

SIMPOSIO INTERNACIONAL

# EL CID EN EL VALLE DEL JALÓN

CENTRO DE ESTUDIOS BILBILITANOS  
(INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO)

Simposio Internacional  
EL CID EN EL VALLE DEL JALÓN  
Ateca-Calatayud, 7-10 octubre de 1989

**EL CID  
EN EL VALLE  
DEL JALÓN**



**SIMPOSIO INTERNACIONAL**



CENTRO DE ESTUDIOS BILBILITANOS  
Institución Fernando el Católico  
Calatayud  
1991

Publicación número 36  
del  
Centro de Estudios Bilbilitanos  
y 1.261 de la  
Institución Fernando el Católico  
Fundación Pública de la  
Diputación de Zaragoza  
<http://ifc.dpz.es>  
[ifc@dpz.es](mailto:ifc@dpz.es)

I.S.B.N.: 84-7820-089-4  
Depósito Legal: Z-1.124-91

*Impreso en España*

---

Tipo Línea, S.A. – Isla de Mallorca, s/n. - 50014 Zaragoza

## PRESENTACIÓN

Rodrigo Díaz de Vivar, apodado «Cid» por los musulmanes, es un personaje sobradamente conocido incluso por los escolares y al que la historiografía tradicional ha presentado como la encarnación del héroe de la «Reconquista». Hoy día se revisan tanto el concepto de «Reconquista» como la imagen del Cid de paladín de la Cristiandad. Baste decir que no dudó en combatir contra los cristianos aragoneses, poniéndose al servicio del rey árabe de Zaragoza. En todo caso, este guerrero castellano que llegó a conquistar a finales del siglo XI la importante ciudad islámica de Valencia, sigue siendo una figura fascinante.

Curiosamente, gran parte de lo que del Cid se sabe no proviene de documentos históricos sino de una obra literaria, el «Cantar de Mío Cid», pieza fundamental de la poesía épica medieval. Pero utilizar una obra literaria como fuente histórica conlleva muchos problemas, pues hay narraciones que pueden ser reales, otras deformadas, y otras puramente ficticias, al tiempo que pueden omitirse hechos importantes que no convengan a la finalidad del poema, en este caso la mitificación del héroe.

Así en el Cantar Primero, mientras no se menciona la estancia del Cid en Zaragoza al servicio del rey Al-Mutamin, se describen con gran lujo de detalles la conquista de la aldea musulmana de Alcocer, en el distrito de Calatayud, y la posterior victoria en el mismo lugar sobre un gran ejército moro incomprensiblemente enviado desde Valencia. Esta gran batalla parece totalmente fabulosa, pero la toma de Alcocer es verosímil, lo que haría necesaria la existencia real de este poblado, sobre cuya posible ubicación no se han puesto de acuerdo los estudiosos.

Recientemente, en 1987, los profesores José Luis Corral y Francisco Martínez han encontrado restos arqueológicos que atribuyen por una parte a Alcocer (en el lugar llamado «La Mora Encantada», en la margen izquierda del Jalón, entre Ateca y Terrer) y por otra el «Otero del Cid» al otro lado del río y precisamente en el cerro «Torrecid». Ambos emplazamientos parecen encajar perfectamente con los versos del poema.

La gran importancia de este hallazgo para los estudios cidianos, tanto históricos como literarios, movió al Centro de Estudios Bilbilitanos a convocar un Simposio Internacional donde prestigiosos especialistas pudieran exponer y

*Presentación*

contrastar sus ideas a raíz de los últimos descubrimientos y sobre el lugar de los hechos.

El Simposio se celebró entre los días 7 y 10 de octubre de 1989 en las localidades de Ateca y Calatayud, con la colaboración de sus respectivos ayuntamientos y del Centro Asociado de la UNED. en Calatayud, a los que estamos muy agradecidos. El programa se desarrolló con total normalidad y al parecer a satisfacción de los participantes, satisfacción que esperamos se vea completada con la publicación de estas Actas.

*Centro de Estudios Bilbilitanos  
Calatayud*

## CALATAYUD Y SU COMARCA EN EL SIGLO XI

POR

AGUSTÍN SANMIGUEL MATEO

Reunidos aquí, en la ciudad de Calatayud, con el fin de tratar diversos aspectos relacionados con el Cid, tanto históricos como literarios y con una especial atención a su estancia en estas tierras, atención que siempre ha existido pero ahora reavivada por recientes descubrimientos arqueológicos, es para mí un honor, como presidente de la Entidad que convoca el Simposio, el Centro de Estudios Bilbilitanos, darles la más cordial bienvenida.

Es al mismo tiempo para mí una obligación, impuesta amablemente por los coordinadores del Simposio, mis buenos amigos José Luis Corral y Francisco Martínez, el presentar esta breve ponencia que no pretende ser sino un modesto pórtico y un discreto decorado de fondo a las intervenciones, sin duda más interesantes, que a continuación tendrán lugar.

Al intentar recrear una posible imagen de esta zona en la segunda mitad del siglo XI eludiré profundizar en temas históricos, que serán tratados por el profesor Afif Turk, así como en aspectos toponímicos que a buen seguro desarrollarán los profesores Criado de Val y Mikel de Epalza. Trataré únicamente de ambientar, como si fuese el encargado de la escenografía de una película, los hechos que se supone protagonizó aquí el Cid.

\* \* \*

En la fecha que nos ocupa, año 1081 de la era cristiana, esto era indudablemente «tierra de moros». El dominio político y militar del Islam se extendería desde el año 713 hasta el 1120, aunque la presencia de musulmanes se prolongó casi cinco siglos más, dando lugar a los fenómenos mudéjar y morisco. Hasta hace poco y salvo restringidos círculos, la historiografía hispánica ha menospreciado esta época de nuestra historia, pasando casi repentinamente de ensalzar el Imperio romano a glorificar la «Reconquista». Por ello tiene especial mérito, ateniéndonos ya a esta comarca, el esfuerzo de nuestro paisano, el historiador don Vicente de la Fuente, incluyendo hace más de un siglo varios capítulos

sobre la época islámica en su *Historia de Calatayud*<sup>1</sup>, ayudado por su amigo el arabista don Francisco Codera y lamentando no disponer de más fuentes históricas.

Desde entonces y a la luz de nuevas aportaciones documentales y arqueológicas, nuestros conocimientos se han ido ampliando aunque quizás no con la rapidez deseada. Una excelente síntesis de todos estos nuevos datos, en el aspecto histórico, nos la ofrece María Jesús Viguera en *Aragón musulmán*<sup>2</sup>. En lo arqueológico, el estudio parcialmente publicado de Juan Antonio Souto sobre el conjunto fortificado islámico de Calatayud<sup>3</sup> reviste gran interés, y para la manifestación artística de la población mudéjar es obra capital el libro *Arte mudéjar aragonés*, de Gonzalo Borrás<sup>4</sup>. Volviéndonos a ceñir al ámbito comarcal, es de obligada mención el capítulo «Los musulmanes en el valle del Jalón», escrito por Germán López Sampedro en *Calatayud y su comarca*<sup>5</sup>, y son bastantes los trabajos puntuales relacionados con el tema del pasado islámico recientemente publicados o en vías de publicación.

\* \* \*

Haciendo una breve síntesis histórica, podríamos comenzar diciendo que esta zona, por su situación geográfica, ha sido siempre un lugar clave en distintas épocas. A caballo entre el valle del Ebro y la Meseta, este sector del Sistema Ibérico ofrece una doble particularidad: Por una parte el río Jalón, en un fenómeno de epigénesis, corta perpendicularmente la cordillera en sentido suroeste-noreste, abriendo así una vía natural de comunicación entre Toledo y Zaragoza. Por otro lado y mediante un proceso de captura, el río Jiloca facilita la relación con Valencia.

Se explica, pues, el elevado número de poblados prehistóricos hallados en esta zona. Los celtíberos fundaron la ciudad de Bilbilis, según recientes teorías, en el término de Valdeherrera y que sería sustituida por la BÍbilis Augusta romana sobre el cerro de Bámbola. Pero así como otras ciudades hispánicas se mantuvieron lánguidamente hasta su revitalización por el Islam aquí los musulmanes sólo encontraron ruinas y pequeños núcleos rurales. Muy temprana, seguramente del siglo VIII, debió de ser la fundación de Calatayud, tradicionalmente atribuida al emir Ayyub ibn Habib al Lajmi en el año 716, aunque sin pruebas documentales. Sí nos consta, en cambio, gracias al testimonio de al-Udri, cómo en el año 862 el emir Muhammad I ordena a los tuyibés la forti-

---

<sup>1</sup> Vicente de la FUENTE, *Historia de la siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*, (2 tomos) Calatayud, 1880 y 1881, reedición facsímil del Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 1989.

<sup>2</sup> María Jesús VIGUERA, *Aragón Musulmán*, Zaragoza, 1980 (Ed. Librería General), 2.ª edición, con detallada bibliografía, en 1988 (Mira Editores).

<sup>3</sup> Juan Antonio SOUTO, *Fuente del estudio histórico-arqueológico del conjunto fortificado musulmán de Calatayud (Zaragoza): objetivos, metodología y primeros resultados*. Terceras Jornadas de Cultura Árabe e Islámica, Madrid, 1983.

<sup>4</sup> Gonzalo M. BORRÁS, *Arte Mudéjar Aragonés*, C.A.Z.A.R. y Colegio de Aparejadores, Zaragoza, 1985.

<sup>5</sup> *Calatayud y su Comarca*, varios autores. Secretaría General del Turismo, Madrid, 1985.



ficación de Calatayud, lo que aparte de representar la primera cita histórica de Calatayud nos indica que desde los primeros años de la conquista la clase dirigente de esta zona fue árabe, concretamente yemeníes y no beréberes o muladíes como en otras partes.

Desde entonces es creciente la importancia de Calatayud, que a juzgar por su perímetro amurallado pudo ser la segunda ciudad en importancia de la Marca Superior, tras su capital, Zaragoza. No acaban de ponerse de acuerdo los historiadores sobre el grado de independencia administrativa de esta comarca respecto a Zaragoza, opinando unos que tendrían categoría de provincia, como las de Huesca o Lérida, y otros que sería distrito de Zaragoza. Esta provincia o este distrito se correspondería aproximadamente con la actual comarca, limitando al oeste con la Marca Media, a la que ya pertenecía Medinaceli, al norte con la provincia de Tudela, al este y sureste con Zaragoza y al suroeste con la provincia de Barusa, quizás con capital en Molina de Aragón. Es de destacar que, según los geógrafos árabes, dentro de la demarcación de Calatayud estaría Daroca (que tras la conquista cristiana constituiría su propia Comunidad) y que en todo caso siempre se cita como ciudad importante. En esta amplia comarca, de la que también se dice es abundante en ríos, árboles y frutas, es muy posible que estuviesen ya constituidas la mayoría o la casi totalidad de las poblaciones que hasta hoy han llegado. En algunos casos, como Alhama (*Al-Hamma*) o Jaraba (*Xaraba*), el topónimo no deja lugar a dudas y también es significativo que en el *Cantar del Cid* no se omita ninguna población entre Ariza y Calatayud. Después de Calatayud y Daroca es posible que los núcleos más importantes fuesen Ariza, Alhama, Ateca y Maluenda.

Retomando el hilo de este breve resumen histórico digamos que los mismos árabes tuyibíes que en el siglo IX sirvieron en Calatayud de baluarte del emirato cordobés frente a los muladíes Banu-Qasi de Zaragoza, tras adueñarse de la capital de la Marca en el siglo X, se mostraron a su vez hostiles a Córdoba, donde gobernaba no ya un emir sino el primer califa de al-Ándalus. El mismísimo Abderramán III vino en el año 937 a restituir su autoridad en la Marca Superior, sitiando Calatayud y conquistándolo el 31 de julio de ese año, consiguiendo la sumisión de Zaragoza algo más tarde.

Tras el siglo X, época de poderío militar y económico del califato, el siglo XI es después de la *fitna* el periodo de esplendor cultural de los reinos de taifas, entre los que sobresale el de Zaragoza, gobernado aún por la vieja familia de los tuyibíes y en 1038 desplazada por la también yemení familia hudí. Tras la muerte del primer rey hudí, Sulayman, se reparten el reino sus hijos, quedándose con el distrito de Calatayud Muhammad, quien acuñaría dirhams atribuyéndose el sobrenombre de «soporte de la dinastía», monedas ya descritas por Vicente de la Fuente en 1880. Tal vez estas monedas fueran, al menos en parte, los «tres mil marcos de plata» con los que los musulmanes compran Alcozer al Cid.

De todas formas fue efímera esta independencia calatayubí y uno de los hermanos hudíes, Ahmad, volvió a unificar el reino, titulándose más tarde *Al-Muqtadir bi-llah*, «El Poderoso por Dios». Treinta y seis años gobernó este culto rey, constructor de la Aljafería, hasta que una enfermedad le apartó del trono

en el año 1081, sucediéndole su hijo Al-Mutamin. Es precisamente en estas fechas cuando Rodrigo Díaz de Vivar, desterrado de Castilla, se interna en el extremo occidental del reino de Zaragoza.

\* \* \*

Tras dejar Castejón de Henares la entrada en el distrito de Calatayud no la hizo, siempre según el *Cantar*, por el camino natural, siguiendo el valle del Jalón, ya que habría que evitar la antigua plaza fuerte de Medinaceli, que llegó a ser capital de la Marca Media. Al sur del Jalón y desde Anguita a Cetina, se extiende una vasta región, aún hoy prácticamente despoblada pues apenas ofrece condiciones para la supervivencia de grupos algo numerosos. Se trata de unos páramos en la zona central del Sistema Ibérico, cuya altitud sobrepasa con frecuencia los 1.200 metros. El terreno lo constituyen en buena parte calizas del Jurásico, entre cuyas grietas se infiltra rápidamente el agua de lluvia. Con la escasez de humedad y las bajas temperaturas debidas a la altitud solo prospera un extraño y singular árbol, la sabina albar, de la familia de los cipreses. Su crecimiento es lento y su vida larga, siendo posible que algunos viejos ejemplares actuales ya existiesen al paso del Cid. Estos negruzcos y silenciosos bosques, hoy verdadera reliquia botánica, ofrecen un aspecto sobrecogedor que, sin embargo, no sorprendería a los guerreros castellanos, pues sabinares semejantes hay al sur de Burgos, en la zona de Silos. Si hoy la región está casi despoblada es de imaginar que más aún lo estaría hace nueve siglos y hasta es posible que los pequeños núcleos pastoriles entonces existentes apenas estuviesen ni cristianizados ni islamizados.

Yendo hacia Ariza el paisaje cambia. Se desciende en altitud y las calizas van siendo sustituidas por conglomerados y arcillas terciarios. La sabina va cediendo el paso al quejigo y sobre todo a la encina o carrasca. La hierba, el follaje y las bellotas alimentarían a una variada fauna en la que habría conejos, venados y jabalíes, que bien podrían servir de sustento a partidas errantes como la del Cid, además de a otras especies depredadoras. La captura de lobos aún estaba recompensada en Calatayud en el siglo XVIII.

Desde los bosques de la orilla derecha del Jalón se divisaría al otro lado del valle, que en este lugar y época suponemos poco cultivado, el enorme castillo de Ariza, «La Posesión», en lo alto de un cerro rojizo de arcillas y margas. Escasos restos quedan de lo que fue una de las más importantes fortalezas de esta zona, habiendo dado a conocer recientemente J. María Establés<sup>6</sup> un lienzo de sillería en la parte baja de la ciudad y que podría corresponder al recinto árabe.

Un placer exótico y demasiado refinado hubiese supuesto para los rudos burgaleses un baño caliente en *Al-Hamma*, hoy Alhama de Aragón, cuyas aguas eran ya frecuentadas en tiempos de la colonización romana. A partir de Alha-

---

<sup>6</sup> José María ESTABLÉS, *Noticia de una ciudad amurallada y una mezquita en la comarca de Calatayud*. Actas 2.º Encuentro de Estudios Bilbilitanos, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 1989.

ma el valle se estrecha entre escarpes, primero de claras calizas y después de oscuras cuarcitas que alternan con pizarras. Las laderas estarían ocupadas por densos encinares, de los que aún quedan restos, y en el reducido valle el arbolado ribereño de chopos y sauces apenas dejaría espacio para pequeños campos de cultivo. Tras un recodo Bubierca se encarama en un promontorio en el que quedan restos de un torreón desmochado de mampostería, posiblemente musulmán según Cristóbal Guitart<sup>7</sup>. A lo largo del valle habría sendas pero sólo para personas y caballerías, y con gran probabilidad puentes estrechos de madera permitirían el paso del cauce sin tener que recurrir a mojarse en los vados. Aunque no se conserve no hay que descartar la existencia de algún puente de piedra que podría haber desaparecido a causa de las frecuentes avenidas o riadas que protagoniza el Jalón.

Por la margen derecha afluye el río Piedra (¿Piedra = Pedrosa = Barusa? ¿Se localizaría aguas arriba el misterioso distrito musulmán?) estando protegida la entrada a su valle por Castejón de las Armas. Poco más abajo y donde por la izquierda acude el río Manubles procedente del Moncayo, Ateca se levanta en la ladera de un cerro. Estos dos afluentes del Jalón, de aguas limpias y carbonatadas, son aún abundantes en truchas y hasta hace poco en cangrejos. El Jalón, por su ocasional turbidez, debida no a la contaminación sino a los arrastres arcillosos tras las tormentas, cría en cambio barbos y madrillas y entonces quizás llegasen las anguilas. Estos recursos piscícolas, además de ser utilizados por los naturales del país es posible que fuesen también aprovechados por la expedición castellana, a la que, como a cualquier otra, le sería útil que algunos de sus componentes además de ser guerreros dominasen el arte de la caza o de la pesca.

Volviendo nuestra mirada a Ateca, de los restos del castillo que coronan su cima no podemos por ahora precisar que contengan vestigios musulmanes, aunque tiene que haberlos. El trazado del caserío actual puede recordarnos con cierta fidelidad cómo pudieron ser Ateca y las otras poblaciones de la comarca en la época del Cid. Las calles son estrechas y retorcidas, con frecuentes adarves y cubiertos. En las casas de ahora pueden observarse técnicas constructivas casi con seguridad heredadas de los musulmanes: en lugar de la mala mampostería que puede fabricarse con las quebradizas cuarcitas se prefiere el uso del barro, bien como adobes (ladrillos secados al sol les llaman en algunos tratados traducidos del inglés) o más frecuentemente en forma de tapial, compactando el barro con o sin piedras entre tablones que se retiraban una vez endurecida la mezcla. Aparte de las puertas el resto de las aberturas serían de menores dimensiones que las actuales ventanas. El adobe y el tapial irían revocados con barro fino mezclado con paja, como aún puede verse en casas viejas de algunos pueblos, o con yeso triturado con rodillos de piedra. Aunque hoy se ven las fachadas blanqueadas por completo, en fotografías antiguas se observa cómo el encalado se limitaba a enmarcar puertas y ventanas, lo que aún sub-

---

<sup>7</sup> Cristóbal GUITART, *Castillos de Aragón*, Tomos I y II, Librería General, Zaragoza, 1976. Tomo III, Mira Editores, Zaragoza, 1988. Es un completísimo catálogo, que incluye ya en el 3<sup>er</sup> tomo Alcocer y Torrecid.

siste en alguna casa de algún pueblo y puede verse en poblados árabes del Yemen y bereberes del Atlas Medio. Así debió de estar entonces.

Queda la duda de cómo sería la cubierta. Hoy todas las casas, salvo casos abyectos, se cubren con teja curva o «teja árabe». Pero en el mundo árabe se emplea mucho la terraza plana de tierra apisonada, incluso en zonas de mayor pluviosidad, como las Alpujarras o el Alto Atlas, y que es utilizada para la trilla. Incluso parece ser que en algunas zonas del propio Pirineo llegó a estar generalizado este sistema. Pero el que en las miniaturas cristianas del siglo XIII se representen siempre las casas cubiertas con teja curva y el que no queden hoy vestigios de terrazas, hace pensar que el nombre de «teja árabe» cuadra muy bien para las cubiertas de las casas de esta época, que en este caso tendrían que disponer de un alero o «rafe» como se dice en Aragón.

No sabemos si este tipo de construcciones, bastante distintas de las antiguas burgalesas, causarían asombro o extrañeza a las aguerridas mesnadas, ya que según el *Cantar* sólo parecía preocuparles el botín que de estos poblados pudieran conseguir. Pero a buen seguro que la vista de la vega que se ofrece desde Ateca hacia Calatayud no dejaría de producir más de una exclamación de sorpresa. En un valle ahora ensanchado la vegetación no la constituían ya sólo dispersos bosquecillos de olmos, chopos y sauces, sino un mosaico de árboles frutales de todas clases y campos de las más variadas hortalizas, así como plantaciones de cáñamo. Unas sencillas presas, los azudes, construidas en lugares apropiados del cauce del Jalón, desviaban parte de sus aguas a derecha e izquierda por unos pequeños canales artificiales de mínima pendiente, las acequias, que llevaban y llevan el vivificante líquido a todos los lugares posibles. Así entre la acequia de Alcocer por la margen izquierda y la de Compén por la derecha y otras que más adelante iban originándose, se creaba una franja de verdor de uno a dos kilómetros de anchura y unos veinte de longitud, hasta el estrechamiento de BÍlbilis. El agua aún se elevaba de vez en cuando por encima de la cota de las acequias mediante las norias de rueda, artificio de origen iraquí que aún funciona en el bajo Jalón. Todo esto tenía que ser un espectáculo insólito para los habitantes de las frías tierras del norte, donde los regadíos se reducían a minúsculas parcelas en torno al poblado.

Al fondo el perfil de la sierra de Vicor era idéntico al que hoy vemos, ya que nueve siglos no significan nada en los cambios de relieve general. Los matices de color sí que variarían, pues el verde de los pinares actuales (parcialmente destruidos en un incendio reciente) no es exactamente igual al verde de las encinas y enebros que entonces poblarían la sierra en su totalidad, como aún lo hacen en parte de su tramo meridional. Es difícil saber qué aspecto presentarían hace novecientos años los montes situados al norte y al sur del Jalón a la altura de Terror y sobre todo de Calatayud. El ensanchamiento del valle en este lugar se debe a unas fallas de la orogenia alpina que hundieron un bloque sobre el que se formó un lago en el período Mioceno y en el que se depositaron por precipitación yesos entre otros materiales. Es prácticamente seguro que una lenta colonización de los yesos originaría en tiempos prehistóricos bosques de encinas. Pero no podemos saber por el momento si la deforestación que ha originado estos bellos desiertos es anterior o posterior a la dominación musulmana.

De haber presentado entonces la sierra de Armantes y los montes de Valdearenas su actual aspecto blanquecino serían un motivo más de sorpresa para extraños, sirviendo por ambos lados de fuerte contraste, como hoy, al verde oscuro de la vega. Es muy probable que las laderas meridionales del valle, de tierra más fértil, entre Ateca y Calatayud, estuvieran pobladas con viñas, almendros y olivos, si bien estos últimos hoy casi han desaparecido.

Quizás la contemplación de esta exuberancia agrícola, índice claro de prosperidad, moviese a Rodrigo Díaz de Vivar a construir un campamento estable en un lugar dominante con el fin de obtener riquezas mediante el sistema de parias que si fue corriente entonces hoy sería éticamente reprochable.

Más allá de Ateca y Alcocer se encuentra Terrer, donde difícilmente puede reconocerse el emplazamiento del castillo musulmán ya que los restos de sus muros fueron arrasados hace unas décadas. Tras la conquista aragonesa la mayor parte de su población permaneció, siendo un pueblo de mudéjares que se dedicaban a la fabricación de ladrillos, como atestiguan numerosos documentos de compra de los siglos XIV y XV.

Río abajo y tras pasar el azud de Guara y el puente de Algar, a la huerta del Jalón se le une por la derecha la del Jiloca, no menos extensa y fértil. Y ya desde ahí, desde la confluencia de los dos ríos, se divisa la capital del distrito, la ciudad de Calatayud. Aún hoy y si borramos mentalmente los bloques de viviendas levantados en los últimos treinta años que se interponen entre el observador situado en el valle y la ciudad medieval, la imagen que se puede contemplar conserva mucho de la época árabe. Sobre los cerros de yeso de la margen izquierda, cortados por dos barrancos que proceden de la cercana sierra de Armantes, se alzan, todavía en relativo buen estado de conservación, murallas, torreones y fortificaciones, levantados en su mayor parte en el siglo IX, concretamente en el año 862, según nos cuenta al-Udri. La técnica de construcción combina un modelado previo del terreno, roca de yeso y el empleo de tapial, bien de piedra de aljezones o de barro prensado. Sólo en el castillo de Doña Martina, según nuestras hipótesis la fundación primitiva del siglo VIII<sup>8</sup>, se emplea obra de sillería. Más de un kilómetro separa al extremo oriental de la muralla norte, los torreones de la Longia, del punto occidental, el castillo de Torremocha. Entre ellos, en lo más alto, el castillo Mayor, con sus dos torres octogonales, caracteriza con su inconfundible silueta cualquier panorámica de la ciudad. En una cota inferior los castillos del Reloj al este, el de la Peña al oeste y el de Doña Martina en el centro, cerrarían la ciudad del siglo IX por su flanco meridional. Perseguido por el Cid, el «emir» Galbe, huyendo tras su derrota en Alcocer, entraría en Calatayud bien por una hipotética puerta de Toledo cerca del barranco de las Pozas o bien por la puerta de Valencia, donde el barranco de la Rúa sale de la ciudad. A juzgar por lo que conocemos de la también árabe puerta de Soria estas puertas meridionales desaparecidas estarían flanqueadas por torreones de planta rectangular y es muy posible que, al igual que la puerta conservada en el lienzo norte de la muralla, el arco fuese de herra-

---

<sup>8</sup> Agustín SANMIGUEL, *El posible emplazamiento del núcleo originario de Calatayud*. Actas 2.º Encuentro de EE.BB., CEB, Calatayud, 1989.

dura, de tipo califal. Dentro de este amplísimo recinto aún se conserva un case-río, los llamados «barrios altos», que por su trazado y tipología nos hacen evo-car el Calatayud de hace mil años. Casas, como ya hemos mencionado, de tapial o adobe, de dos o tres plantas, con patio o corral y aquí con estancias excava-das en la roca de yeso.

La ciudad debió de experimentar una ampliación, seguramente en el siglo XI, construyéndose la *zuda* donde hoy está el palacio episcopal y una nueva mezquita aljama donde se edificó después la colegiata de Santa María. La ciu-dad contaría con varias mezquitas, sinagogas, alguna iglesia, baños públicos, alcaicería, etc., siendo posiblemente la segunda ciudad de la Marca Superior, que con una superficie intramuros de unas cuarenta hectáreas albergaría una población de entre cinco y diez mil habitantes, cifra considerable para la épo-ca. Aunque aparte de la guarnición militar la mayoría de la población se dedi-case a la agricultura, es de suponer que como capital de un extenso distrito el sector comercial fuese muy importante. Sobre la producción industrial tenemos constancia de que aquí se fabricaba, según El Edrisí, loza dorada que se expor-taba lejos. También se cree que en esta época se desarrollaría la industria del cáñamo, la más pujante de Calatayud hasta bien entrado este siglo, y la de los cordobanes, mencionada en el siglo XIII, estando probablemente el arrabal de curtidores en la actual calle de las Tenerías.

Por otra parte tenemos noticias de la vida intelectual y ya Vicente de la Fuen-te nos proporciona abundantes nombres de escritores y juristas. Abú Muham-mad al Zagrí fue un cadí muy admirado en su tiempo y Muhammad ibn Sulay-man escribió una *Historia de Calatayud* que aún no se ha encontrado.

El ambiente urbano sería similar al que aún puede verse en algunas ciuda-des y pueblos de Marruecos. Calles estrechas, retorcidas y a veces empinadas, con casas bajas sin apenas ventanas a la calle y suelo de tierra por donde escu-rriría el agua residual. En las zonas comerciales en torno a la mezquita se con-centraría la bulliciosa multitud, entre olores de frutas y carne asada y los grito-s constantes («balak, balak») de los arrieros para abrir paso a los asnos cargados de las más diversas mercancías.

Poco sabemos con certeza sobre el atuendo que entonces se usaría. Según se cree, hombres y mujeres vestirían calzones largos y anchos, camisa y cha-leco o túnica, cerrada o abierta. Las mujeres se tocaban con un manto o un pañuelo y los hombres con un casquete de fieltro o un gorro de lino. El turbante en un principio era exclusivo de hombres de leyes y dignatarios, pero por influencia bereber se fue generalizando durante los reinos de taifas, al igual que el albornoz con capucha, hoy habituales en el Magreb. No cabe duda que una de las cosas más apreciadas como botín por los cristianos, aparte del oro y la plata, serían los tejidos y prendas de vestir, mucho más refinados que los que ellos elaboraban. Tejidos orientales se empleaban para ornamentos litúrgicos y reyes y cortesanos cristianos con frecuencia gustaban vestir a usanza árabe.

\* \* \*

Volviendo a la ambientación arquitectónica, queda un interesante interro-gante sobre la arquitectura monumental y en especial la religiosa, es decir, sobre

cómo serían las mezquitas. Así como de la arquitectura militar podemos hacernos una idea bastante aproximada a partir de los restos conservados, según la tesis «oficial» no persiste ningún vestigio de arquitectura religiosa en el reino Saraqustí y todo lo que sobre ella pudiera decirse no pasarían de ser elucubraciones. Sin embargo, de esta región es universalmente conocida una originalísima arquitectura de ladrillo, donde mezcladas con estructuras cristianas góticas existe no sólo un sistema ornamental musulmán sino estructuras propiamente islámicas. Esta manifestación artística conocida ahora como «arte mudéjar» se considera exclusiva de época cristiana, fundamentalmente de los siglos XIV y XV. Sin embargo, sólo están documentadas con certeza iglesias de estructura gótica y algunos campanarios tardíos. Las torres de aspecto más genuinamente musulmán carecen de datación documental, conociéndose únicamente referencias de época cristiana a «obras» o «reparaciones». Si se admite sin reservas esta tesis «oficial» subsiste el doble interrogante del surgimiento de esta elaboradísima arquitectura «mudéjar» dos siglos después de la conquista cristiana y de la total desaparición de las mezquitas del reino de Zaragoza. Si los antiquísimos torreones tuyibíes<sup>9</sup> de Calatayud se respetaron y conservaron hasta la actualidad por seguir cumpliendo su papel defensivo, ¿por qué no habrían de respetarse y conservarse los alminares para seguir llamando a la oración, aunque convertidos en campanarios?

Recientemente Javier Peña<sup>10</sup>, Ana Isabel Pétriz y el que esto escribe sostuvimos la idea de que la taifa saraqustí hubo de tener una importante arquitectura propia (cuyo testimonio incuestionable es el palacio de la Aljafería), donde a la herencia cordobesa se unirían importantes influencias orientales; que esta arquitectura se prolongaría sin solución de continuidad, si bien adaptándose a las nuevas exigencias, hasta el apogeo del arte mudéjar en los siglos XIV y XV, y que a falta todavía de irrefutables pruebas documentales o arqueológicas cabe considerar que, con gran probabilidad, una parte sustancial de la arquitectura «mudéjar» puede ser de época islámica, fundamentalmente del siglo XI, sobre todo en lo que se refiere a algunas torres, que en este caso serían auténticos alminares<sup>11</sup>.

Muy cerca de Calatayud, en Villalba de Peregil, se han descubierto restos de una mezquita del siglo X, con arcos de herradura y con un alminar de tapial<sup>12</sup> someramente decorado con discos de cerámica vidriada verde. Igual torre de tapial e iguales discos, más decoración de ladrillo en espina de pez, encontramos en lo que tuvo que ser alminar de una mezquita de Maluenda<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> A. SANMIGUEL, *Las torres defensivas islámicas de Calatayud, precedente formal de torres mudéjares en Aragón*. Actas 3<sup>er</sup> Encuentro de EE.BB., CEB (en prensa).

<sup>10</sup> Javier PEÑA, José Luis CORRAL y otros, *La Cultura Islámica en Aragón*. Diputación Provincial de Zaragoza, 1986.

<sup>11</sup> A. SANMIGUEL, *Un alminar en el distrito de Calatayud. La torre de Santa María de Daroca*. Actas 3<sup>er</sup> Encuentro de EE.BB., CEB (en prensa).

<sup>12</sup> A. SANMIGUEL, *Restos de un posible alminar en Villalba de Peregil*, Actas 2.º Encuentro de EE.BB., CEB, Calatayud, 1989.

<sup>13</sup> A. SANMIGUEL, *Una torre mudéjar de tipo arcaico en Maluenda*. Actas 1<sup>er</sup> Encuentro de EE.BB., CEB, Calatayud, 1985.

Tapial, ladrillo, discos, espina de pez, arcos entrecruzados y columnillas de cerámica se combinan en la torre de Belmonte de Calatayud, que se conserva completa, y los mismos temas, más otros como aspas y arcos de herradura, se dan en la torre de Ateca, mayor y más rica que las anteriores, enteramente de ladrillo pero que perdió su cuerpo superior en el siglo XVII. Es conforme a estas ideas que el diseño del cartel anunciador de este Simposio y que sirve a la vez de portada del programa, es claramente intencionado. Las siluetas de los guerreros del Cid recortándose sobre el policromo y geométrico fondo del supuesto alminar de la mezquita mayor de Ateca vienen a plasmar gráficamente estas teorías, cumpliendo al tiempo el propósito de esta ponencia, crear un decorado a esta etapa de la epopeya cidiana.

Pero a la vez es nuestra intención que el decorado trascienda a los personajes supuestamente protagonistas de dudosas hazañas en esta tierra. Frente a la belicosidad o a la valoración simplista como «tierra de moros» que emanan, como es lógico, de un cantar de gesta (por otra parte maravillosa obra literaria), queremos hacer hincapié en una ciudad de Calatayud, capital de un importante distrito del próspero reino de Zaragoza, con una riquísima agricultura, industrias pujantes, vida intelectual floreciente y arquitectura de gran personalidad.

No sabemos qué habría en la mente de Rodrigo Díaz de Vivar cuando remontando el valle del Jiloca volviese la vista para contemplar por última vez las blanquecinas murallas y los dorados alminares de *Qal'at Ayyub*. Moriría dieciocho años más tarde, tras la efímera pero decisiva conquista de Valencia, y el Islam se rendiría en Calatayud a los aragoneses treinta y nueve años después.

Pasados ya nueve siglos rememoramos aquí el recuerdo del héroe castellano y reafirmamos al mismo tiempo la importancia que para esta tierra tuvo y tiene la herencia cultural del Islam.



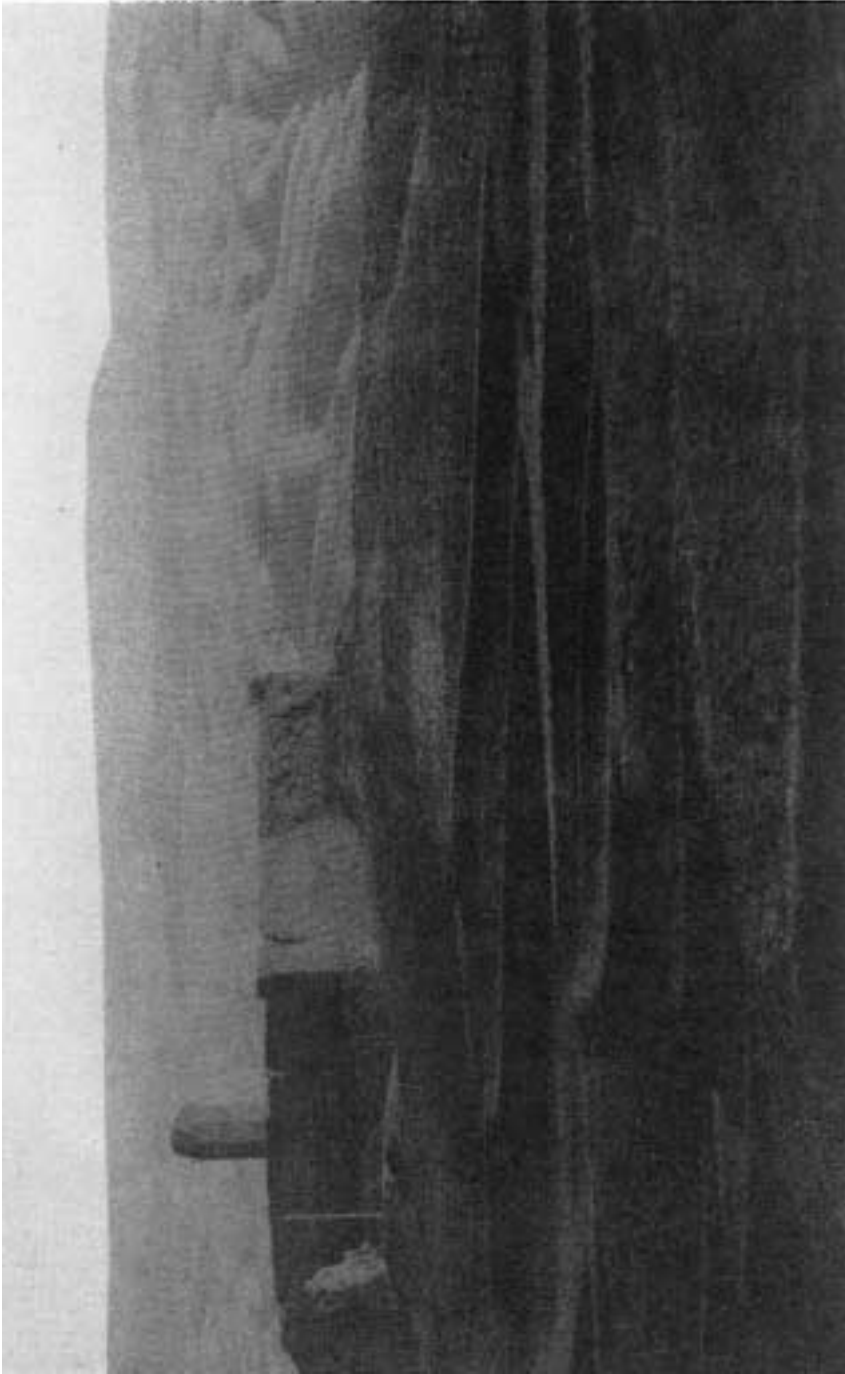


FIG. 1. Murallas árabes de Calatayud, siglo IX, la Torre Mocha desde el Norte. (Fotografía A. Sanmiguel).

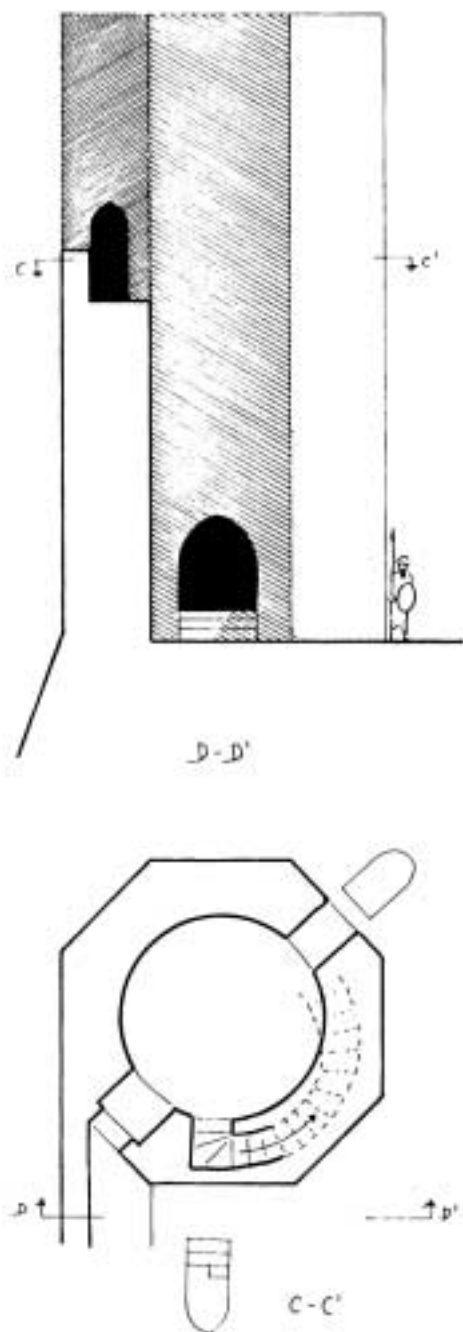


FIG. 2a. Torreón oriental del Castillo Mayor de Calatayud, siglo IX, por A. Sanmiguel.

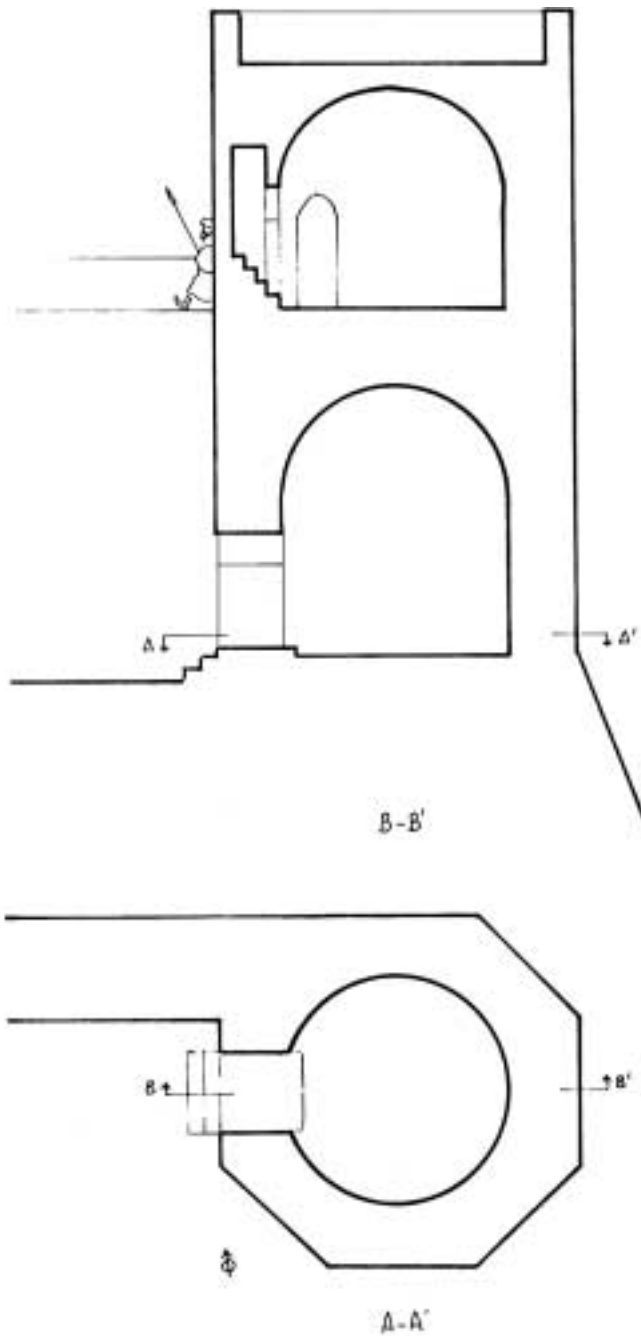


FIG. 2b. Torreón oriental del Castillo Mayor de Calatayud, siglo IX, por A. Sanmiguel.

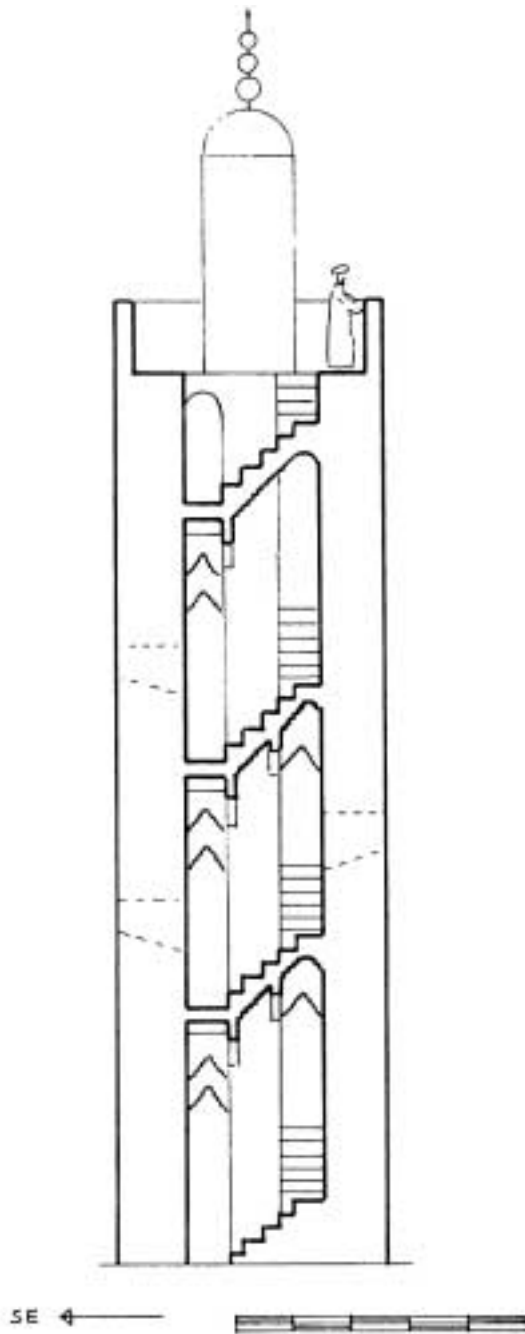


FIG. 3. Alminar de la mezquita mayor de Daroca, por A. Sanmiguel.



FIG. 4. Posible aspecto primitivo de la torre de Ateca, por A. Sanmiguel.

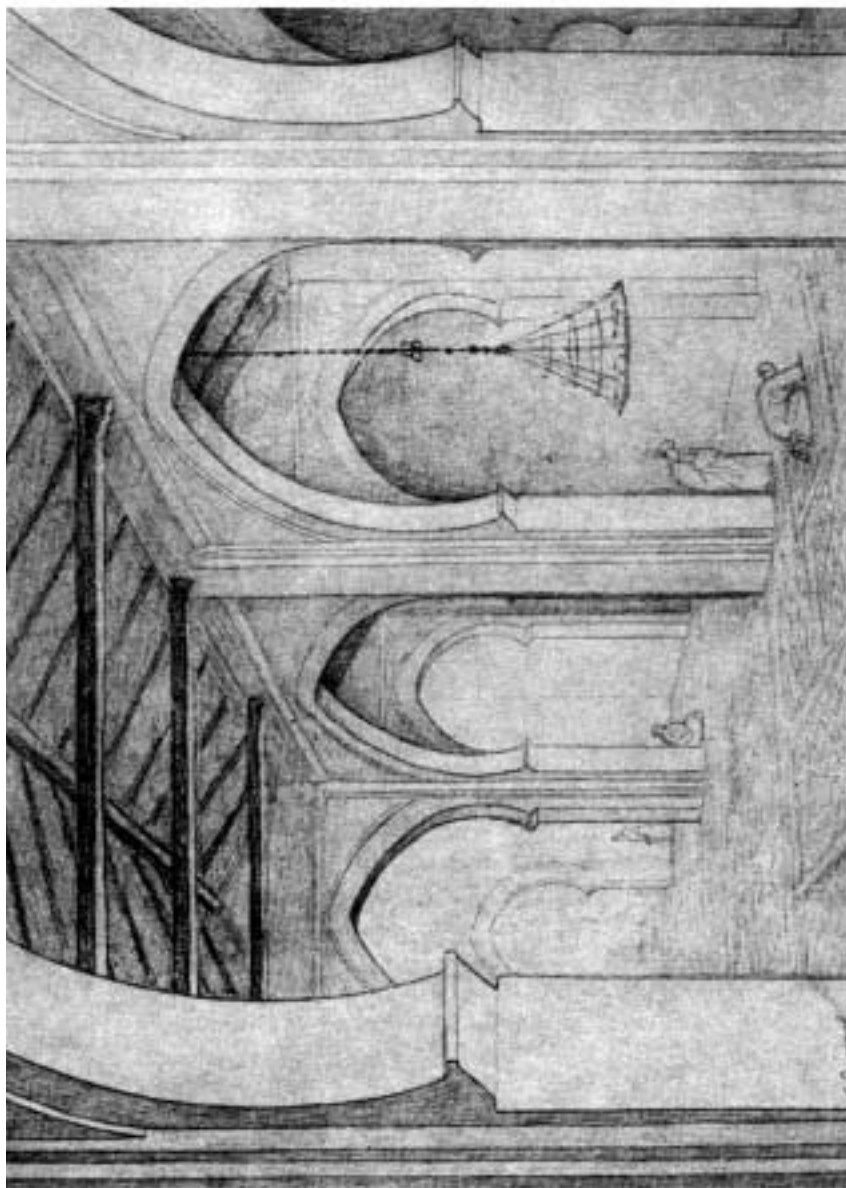


FIG. 5. Posible aspecto del interior de una mezquita de la comarca, basado en la iglesia de San Andrés de Calatayud, por A. Sanmiguel.

## RELACIÓN HISTÓRICA ENTRE EL CID Y LA DINASTÍA HŪDI

POR

AFIF TURK

El Cid, como personaje histórico y literario, como figura real y legendaria, ha estado desde hace mucho tiempo en primera línea del patrimonio histórico de España. Son muchos los investigadores que han llegado a la figura del Cid a través de su vertiente literaria. En el siglo XIX los historiadores reaccionaron en contra de esta imagen. La querrela que la historia del Cid suscitó desde el siglo pasado es una polémica violenta que sintetizó el ilustre medievalista Ramón Menéndez Pidal, suprema autoridad en los estudios cidianos, en particular en sus obras *La España del Cid* y *Poema del Cid*, donde emprendió la rehabilitación del prestigio del caballero castellano de las mermas que le habían agobiado durante el siglo XIX, como un personaje de segundo plano y como un aventurero. Dozy<sup>1</sup> presentó al Cid como guerrero mercenario sin fe ni ley y cruel con los vencidos. Menéndez Pidal, en una reacción —a la vez efectiva y sabia—, llegó a rectificar la carrera aventurera del Campeador y ponerle en el cuadro mencionado del nacionalismo español y en la personificación del ideal caballeresco de esta época<sup>2</sup>. Menéndez Pidal atacó la cidofobia de Dozy y convirtió al Cid como perfecto caballero castellano, símbolo del honor, del valor y de la lealtad.

Por otra parte, Lévi-Provençal<sup>3</sup>, con sus contribuciones en *le Cid de l'histoire* para una mejor comprensión del personaje histórico del Cid, no pudo quebrantar las convicciones de Menéndez Pidal. El medievalista Antonio Ubieta Arteta ha conseguido desmitificar la figura histórica del Cid y que fue el nuevo tipo de hombres, del siglo XI, que vivían en las zonas de contacto entre cristianos y musulmanes. Fue «el hombre de la frontera que era capaz de estar bien con cristianos y musulmanes, actuando a favor de unos u otros, según su con-

---

<sup>1</sup> Recherches<sup>3</sup>, II, *Le Cid de la réalité*.

<sup>2</sup> LÉVI-PROVENÇAL, E., *Le Cid de l'histoire, Islam d'occident*, París, 1948, pp. 155-156.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, pp. 155-185.

veniencia; reservado y cauto por necesidad, solía ofrecer el más alto ejemplo de desprendimiento junto al acto de máxima crueldad»<sup>4</sup>.

Menéndez Pidal<sup>5</sup> escribe «entre esos moros adictos del partido andalusí y entre esos cristianos expatriados nació en las fronteras levantinas el nombre familiar y afectuoso del héroe: CID “señor”, CIDI “mi señor”, le llaman los moros: mio Cid le llaman los cristianos con expresión híbrida, medio romance, medio árabe». Mikel de Epalza<sup>6</sup>, en su hipótesis sobre el origen árabe de la palabra CID, dice «que puede tener tanta o más relación con el nombre árabe SĪD o ŠĪD “león” que con el SAYYID “señor”, cuyo esquema consonántico árabe es el mismo, pero que se vocaliza de distinta manera». Y cree que «es muy posible que se aplicará a Rodrigo en vida el epíteto árabe SĪD (león, señor) o, más bien, ŠĪD (león, cazador)». Lo cierto es que el nombre «el Cid», título de origen de unas de las palabras árabes que habíamos mencionado y que fue aplicado, probablemente, al caballero Rodrigo Díaz por los árabes combatientes de Zaragoza tras la batalla de Almenar (1908).

Rodrigo Díaz, que fue el héroe épico en múltiples géneros literarios, era en realidad una figura política y militar, o el típico guerrero ambicioso del siglo XI. Para abordar la historia de la gesta del Cid Campeador en el reino hūdi de Zaragoza, conviene dar una ojeada sobre las características de la historia de la Península Ibérica en el siglo XI. Fue uno de los más complicados de la historia hispánica y en todo caso uno en el que se sentaron las grandes líneas divisorias de su evolución. Este siglo corresponde a un largo período de transición política.

Al comienzo del siglo XI y durante más de veinte años, Córdoba fue el escenario de la revolución más sangrienta y trágica de la historia de al-Ándalus, que provocó la decadencia y caída del Califato de Córdoba y dio paso a la división del Imperio Omeya en pequeños estados independientes.

Al mismo tiempo la fragmentación del Califato facilitaría la expansión guerrera de los cristianos. Estos reinos de taifas, en vez de reunirse y consolidarse para afrontar el peligro de los vecinos del norte, los unos no tardaron en apoderarse de los otros. Estas luchas acabaron con la imprevista intervención africana de los almorávides.

Como en la parte árabe musulmana de la Península corresponde también en la parte cristiana un largo período de transición política que fue en toda la Península, según dice Menéndez Pidal<sup>8</sup>, «un siglo de desmembraciones fraternales de reinos y el siglo de los fratricidios». Aparte de las luchas internas entre ellos mismos vemos que estos estados cristianos se establecen en un orden nuevo de cosas: el despertar, el esfuerzo de su avance en tierras de los estados vecinos, los taifas y el tender la mano a Europa. Aprovechando la lamentable situación política de estos taifas los reyes cristianos se esfuerzan por intentar prolongar

<sup>4</sup> UBIETO ARTETA, A., *Introducción a la Historia de España*, Barcelona, 1974, p. 155.

<sup>5</sup> *La España del Cid*, cuarta edición, II, p. 555.

<sup>6</sup> «El Cid = El león ¿Epíteto árabe del Campeador?», en *Hispanic Revue*, Filadelfia, vol. 45, n.º 1, 1977, pp. 67-75. Véase también pp. 69-70 y 74.

<sup>7</sup> Se utiliza también en árabe la palabra ASSAD, que significa «león».

<sup>8</sup> *Op. cit.*, I, p. 194.



ese desorden político de éstos y disfrutar de sus riquezas con objeto de empobrecerlos, sacándoles dinero mediante alianzas o pactos pagados con los cuales los reyes de taifas trataron de comprar la paz o prestar ayuda militar utilizando sus recursos económicos. Al mismo tiempo intervenían en la política interna de estos reinos enfrentándose entre sí a fin de someterlos<sup>9</sup>. Tal fue la política de Fernando I y luego de su hijo Alfonso VI con los reyes de Granada, Sevilla y Toledo, que más tarde se entregó al rey de Castilla (mayo de 1085). El siglo XI será el siglo durante el cual el dominio de la Península se inclinará de parte de los reinos cristianos.

En general, el siglo XI nos presenta un largo período confuso y perturbado, un nuevo panorama político en la Península. En aquella época algunas figuras dominantes se destacan en el escenario político de España: en el sur aquellos reyes andaluces, como el poeta rey al-Mutamid de Sevilla y sus rivales, los ziríes de Granada Bādīs y después ‘Abd Allah, autor de las *Memorias*, y en el norte de al-Ándalus los reyes hudíes de Zaragoza, al-Muqtadir y su nieto al-Musta’in, sin olvidar la figura más destacada, el emir almorávide Yūsuf Ibn Tašufīn. En el otro lado de España los reyes Fernando I y Alfonso VI, el conquistador de Toledo y luego — como decía Lévi-Provençal<sup>10</sup> — «La fisionomía aureolada por la leyenda, el Cid Campeador».

La Historia de España en esta época está «constantemente mezclada y forma un todo inseparable. No se debía tampoco descuidar la interpenetración continua de las poblaciones de la Península, porque un español musulmán y un español cristiano no eran tan extraños el uno al otro, tan diferentes que se pudieran ignorar<sup>11</sup>».

Este siglo presenta también otro aspecto que caracteriza el período de los taifas andaluces: la cultura. A la decadencia política de estos taifas corresponde un extraordinario progreso intelectual. Es la época de mayor esplendor cultural y de prosperidad en al-Ándalus. Entre éstos los Banū ‘Abbād de Sevilla y los Banū Hūd de Zaragoza aparecen dotados de una actividad política expansiva y fueron los reinos más florecientes. Sus reyes acogieron con magnanimidad a los hombres de letras, poetas y sabios. Sevilla y en particular Zaragoza, fueron no sólo los centros de cultura sino también los refugios de los desterrados y ambiciosos de los reinos musulmanes y cristianos, que iban en busca de satisfacer sus anhelos de guerrear y reinar<sup>12</sup>.

Zaragoza ha sido desde la revolución cordobesa un centro atractivo para los refugiados y desterrados políticos o militares, así como para los poetas, literatos y sabios que buscaban fama y riqueza.

Dos hombres célebres del siglo XI encontraron refugio en la Corte zaragozana hūdi: el célebre poeta Ibn ‘Ammār, gran visir y favorito de al-Mu’tamid. Luego el famoso guerrero Rodrigo Díaz, el Cid Campeador.

---

<sup>9</sup> ‘ABD ALLĀH, *Memorias*, traducción española por Lévi-Provençal y E. García Gómez en «El siglo XI en primera persona», Madrid, 1980, p. 158.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 160.

<sup>11</sup> LÉVI-PROVENÇAL, *ibid.*

<sup>12</sup> Sobre las características de los reinos de taifas, TURK, A., *El reino de Zaragoza en el siglo XIV de la hégira*, Madrid, 1978, pp. 62-64 y 131.

En la tierra aragonesa el joven castellano Rodrigo Díaz empezó su carrera militar en el ejército zaragozano de los Banū Hūd, cuando el infante Sancho, hijo de Fernando I, acompañaba al rey al-Muqtadir en la batalla de Graus (mayo de 1063) contra su tío Ramiro I de Aragón. Con la hueste de caballeros de Castilla iba Rodrigo, que tenía entonces unos dieciocho años<sup>13</sup>.

El autor andalusí ibn Bassām<sup>14</sup>, en su famosa obra al-Dajira, habla de la toma de Valencia por el Cid como una de las mayores tragedias del siglo XI: el asesinato del rey al-Qādir, el hambre terrible sufrida por los valencianos y la muerte del qādī ibn Yaḥḥāf, gobernador de esta ciudad, quemado vivo; dice el autor que los «Banū Hūd lo [el Cid] habían hecho salir de la oscuridad».

Por otro lado el *Cantar de mio Cid*<sup>15</sup> dice:

*En tierra de moros, prendiendo e ganando  
durmiendo los días e las nochas trasnochando  
en ganar aquellas, mio Cid duró tres años.*

De estas dos fuentes españolas, andalusí y castellana y de otras comenzamos con Rodrigo su camino de destierro al reino zaragozano. Sabemos que durante las guerras fratricidas entre Sancho II de Castilla y sus hermanos Alfonso VI de León y García de Galicia, Rodrigo Díaz llegó a ser el compañero del rey Sancho II y su alférez real. Pero a la muerte de éste (diciembre de 1072) perdió Rodrigo a su señor y protector y tuvo que inclinarse ante el nuevo rey de Castilla, Alfonso VI, que fue rodeado por una camarilla de nobles castellanos envidiosos a los que escuchaba el soberano y entre ellos al joven García Ordóñez, que desde entonces iba a ser el rival encarnizado de Rodrigo.

No hablamos de las actividades del Cid desde que asumió el poder su nuevo señor hasta el destierro de Rodrigo. Pero hay que señalar que la real aversión de Alfonso VI hacia su vasallo el Cid se va a resaltar en el año 1081; cuando el rey se fue a Cuenca para acompañar a su aliado y protegido el rey al-Qādir y devolverlo a su trono en Toledo. El Cid, al recibir en Burgos la noticia de una algará musulmana contra el castillo de Gormaz y sin tener en cuenta la política de su rey y sus tratos con al-Qādir, tomó la iniciativa de ir a atacar y devastar los confines del reino toledano<sup>16</sup>. Este hecho, en la ausencia de Alfonso VI, fue considerado como una reacción contra el rey e indignó en extremo a su señor y según opina Ambrosio Huici Miranda<sup>17</sup> que «la causa verdadera del subsiguiente destierro hay que buscarla en el propósito de cortar una intromisión, que perturbaba la política conciliadora de Alfonso para pactar con al-Qādir y sostenerlo aún, como dueño y señor del territorio toledano».

En el verano de 1081, tras la revuelta de al-Qādir en Toledo, al regresar Alfonso a Burgos decretó la sentencia del destierro. Con sesenta pendones Rodrigo partió de Vivar hacia el otro lado de España, su nuevo órbita el mundo his-

<sup>13</sup> Sobre la batalla de Graus y la participación del Cid, TURK, *op. cit.*, pp. 82-84.

<sup>14</sup> Al-Bajira, edición Abbas, I, Beirut, 1979, t. III, pp. 95 y sig.

<sup>15</sup> Versos 1.167 a 1.169.

<sup>16</sup> LÉVI-PROVENÇAL, *op. cit.*, p. 170. MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, I, p. 267.

<sup>17</sup> *Historia musulmana de Valencia y su región*, Valencia, 1970, I, p. 199.

pano-árabe, donde su figura histórica y legendaria va a lucir en estos estados y reinos ricos y florecientes de Aragón y Levante con superioridad económica y cultural. En tierras de Castilla pudo encabezar unos trescientos caballeros para tentar, con ellos, según la expresión del Fuero Viejo, «Ganar su pan» en tierras extranjeras. Fue el comienzo de la *Odisea* independiente de Rodrigo Díaz de Vivar. Este «destierro ha dado lugar, seguramente, a las leyendas y los relatos episódicos más verosímiles», como decía Lévi-Provençal<sup>18</sup>.

El desterrado continuó su marcha hacia el este y cuando llegó a tomar Castejón de Henares mandó a Álvar Fáñez a saquear por las tierras que pertenecían al rey al-Qādir en la zona de Guadalajara y Alcalá de Henares, para apoderarse de cuanto botín encontrara, sobre todo oro y plata para venderlo a los musulmanes, para ir «formando un pequeño fondo de guerra»<sup>19</sup>. Luego siguió Rodrigo con su hueste hasta llegar entre Ariza y Cetina, donde «posaban hacían grandes presas»<sup>20</sup> y continúan más adelante hasta Ateca, cerca de la cual se encuentra el castillo de Alcocer, el cual fue tomado por el Cid<sup>21</sup>. Rodrigo, al parecer, estuvo acampado en este castillo quince semanas y durante este tiempo los habitantes de la zona de Calatayud, Daroca y Molina de Aragón pidieron socorro a Abú Bakr ibn ‘Abd al-‘Aziz, señor de Valencia, que desde el año 1076 era vasallo de al-Muqtadir de Zaragoza. Es bien extraño, dice Huici Miranda<sup>22</sup>, pedir socorro a Valencia en vez de hacerlo a Zaragoza, que está mucho más cerca que la ciudad de Abú Bakr, y continúa diciendo que «a pesar de la veracidad y exactitud que refleja esta fuente, se haya prescindido de seguirla». En esta región sucedió el encuentro entre los desterrados y los valencianos unidos con los contingentes aragoneses musulmanes de esta zona. Se desarrolló la batalla campal de Alcocer y Rodrigo salió victorioso.

Tras esta batalla continuó Rodrigo su marcha y acampó en el Poyo sobre Monreal del Campo, y siguió hasta llegar a posar en el Pinar de Tévar y desde allí desembocó en los llanos de Alcañiz. En el curso del destierro tuvo que pelear y luchar para ganarse el sustento con sus manos y sus armas; «firiendo y matando e haciendo mucha mal»<sup>23</sup>. Rodrigo mismo decía a su hueste «si con moros non lidiases non les darien el pan»<sup>24</sup>.

Lo cierto es que el Cid, al llegar a las tierras de Alcañiz de la Huerva, lejos de su patria tras un continuo desplazamiento forzado, tuvo que pensar en una solución que puede resolver el «acuciante problema de ir asaltando por sorpresa enriscados castillos y saqueando pueblos oscuros por mantener y pagar a su mesnada sin detenerse mucho tiempo en un lugar, so pena de esquilmarlo y pasar ham-

<sup>18</sup> *Op. cit.*, p. 170.

<sup>19</sup> HUICI MIRANDA, *op. cit.*, I, A., p. 217.

<sup>20</sup> *Crónica General de 1344*, III, p. 427, citada por HUICI MIRANDA, *op. cit.*, I, p. 208.

<sup>21</sup> *Crónica General de 1344*, III, p. 429, y *Primera Crónica General*, p. 526b y citados por HUICI MIRANDA, *op. cit.*, I, p. 209 y n.º 2. Sobre Alcocer véase José Luis CORRAL y FRANCISCO MARTÍNEZ GARCÍA en «Geografía e Historia en el Poema de Mio Cid: La localización de Alcocer» en *R.H.J.Z.*, 55, Zaragoza, 1987, pp. 43-55.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, I, p. 210, para más detalle véanse las pp. 210-213.

<sup>23</sup> *Crónica General de 1344*, III, p. 427, citada por HUICI MIRANDA, *op. cit.*, I, p. 217, n.º 4.

<sup>24</sup> HUICI MIRANDA, *op. cit.*, I, p. 218.

bre»<sup>25</sup>. Entonces Rodrigo, que no podía contar con los príncipes cristianos y como conocía al rey *zaragozano* de cuando fue su antiguo jefe en la batalla de Graus (1063), no tuvo otra solución a sus problemas de desterrado que dirigirse hacia Zaragoza para entenderse con al-Muqtadir y ponerse a su servicio<sup>26</sup>. Son casi dieciocho años los que han pasado desde su primera venida a Zaragoza. Ahora con su mesnada se instala al lado de al-Muqtadir y forma parte del ejército regular hūdi, bien organizado, y desempeña un papel importante en el campo militar. Vivir y refugiarse en los reinos de taifas era cosa corriente entre los desterrados y expatriados, como el caso de Alfonso VI cuando fue a Toledo y su hermano García a Sevilla. También al-Muqtadir acogió en su capital al infante Ramón después de asesinar a Sancho García de Navarra en Peñalén (1076).

Al-Muqtadir acogió al Cid en su Corte juzgando que podía ser útil. Poco después murió el rey zaragozano, el cual, siguiendo «la mala costumbre de aquel siglo», dividió su reino, que tan laboriosamente había unificado, entre sus dos hijos: Yusuf al-Mu'tamin Zaragoza y parte occidental del reino hūdi, mientras Mundir 'Imād al-Dawla Lérida, Tortosa y Denia<sup>27</sup>.

El Cid, que había «actuado como vasallo de Sancho II y de su hermano Alfonso VI»<sup>28</sup>, a partir de entonces iba a «actuar como vasallo de los Banū Hūd»<sup>29</sup> y combatir por la causa del reino zaragozano hasta que tomó Valencia en 1094. Tuvo que luchar, tras la muerte de al-Muqtadir, por cuenta de al-Mu'tamin y luego de al-Musta'in, tanto contra los catalanes como contra los aragoneses; también contra Mundir, señor de Lérida. De pronto se desencadenó una guerra entre los dos hermanos, Yusuf y Mundir, en beneficio de sus vecinos aragoneses y catalanes, quienes ahora intrigan para sembrar la discordia entre los dos hermanos. Estas hostilidades son muy conocidas porque en ellas interviene «una de las figuras sobre la que más se ha escrito de toda la historia de España: Rodrigo Díaz, el Cid Campeador»<sup>30</sup>.

Al-Mu'tamin, muy prudente, sé ocupó del foco peligroso en el extremo oriental de su reino, donde se encuentran las posiciones fuertes de Barbastro, Monzón, Tamarite, Almenar y Balaguer, la línea defensiva del reino zaragozano contra el reino de Aragón y el condado de Barcelona, donde la intervención extranjera podría ser más perjudicial. ¿Qué podía hacer al-Mu'tamin? Aprovechar al Cid y su enemistad con el conde de Barcelona Ramón Berenguer II y Sancho Ramírez de Aragón, para dejarle hacer incursiones contra ellos por una parte y por la otra someter a los que se han negado a reconocer al nuevo soberano hūdi. Y en la primavera del 1082 mandó al-Mu'tamin al Cid a su frontera oriental para reedificar y fortificar el castillo de Almenar.

Al salir el Cid con su hueste hacia Monzón y luego a Tamarite para dirigirse a Almenar, Mundir se preocupó al ver a Lérida amenazada por Rodrigo. Se

<sup>25</sup> HUICI MIRANDA, *op. cit.*, I, p. 218.

<sup>26</sup> HUICI MIRANDA, *ibid.*, LÉVI-PROVENÇAL, *op. cit.*, p. 171.

<sup>27</sup> Sobre la muerte de Al-Muqtadir y la sucesión de Al-Mu'tamin y Mundir, véase TURK, *op. cit.*, pp. 118-122.

<sup>28</sup> UBIETO ARTETA, A., *op. cit.*, p. 158.

<sup>29</sup> UBIETO ARTETA, A., *ibid.*

<sup>30</sup> RUBIERA, M.<sup>a</sup> Jesús, *La taifa de Denia*, p. 110.

puso en contacto con Ramón Berenguer II y otros condes catalanes. Todos acudieron con Mundir a sitiar el castillo de Almenar mientras el Cid estaba en la fortaleza de Escarp, al suroeste de Lérida, que acaba de tomar.

Cuando Rodrigo se enteró de la crítica situación de los sitiados informó a al-Mu'tamin, el cual acudió con su ejército a Tamarite, donde le esperaba el Cid. Fue con las tropas a Almenar y allí derrotó a Mundir y a sus aliados, haciendo prisioneros al conde de Barcelona y a otros de los suyos y los entregó a al-Mu'tamin, que le esperaba en Tamarite. Pero al cabo de cinco días les dio libertad después de concertar la paz con Ramón Berenguer II<sup>31</sup>.

Esta primera victoria tan resonante que Rodrigo Díaz acababa de proporcionar sobre el enemigo, causó gran satisfacción y alegría a los zaragozanos, que le acogieron de una manera triunfal y desde entonces el epíteto SAYYID o SĪD (león) será el título de Rodrigo entre los soldados hūdies y que fue probablemente transformado en «MIO CID» por los hombres de su mesnada. Al-Mu'tamin le colmó con muchos regalos y donaciones.

En el año 1083 el Cid no hizo, en la frontera con el reino aragonés, más que algunas razzias y correrías en la región de Monzón. Tuvo que buscar otro campo, hacia el sureste, donde fue a devastar las tierras de Mundir hasta llegar al castillo de Olocau (Huṣn al-'Uqāb) para reedificarlo por orden de al-Mu'tamin y hacer frente a Morella, una fortaleza importante al suroeste de Tortosa y que pertenecía al señor de Lérida. Mundir, muy preocupado por esta maniobra, pidió auxilio a su aliado Sancho Ramírez, que acudió a socorrerlo contra el Cid, el enemigo común.

El rey aragonés pidió a Rodrigo que evacuara las tierras de su aliado. El Cid le contestó: «si mi señor el rey de Aragón quiere pasar en paz por estas tierras, donde andó, yo le serviré con buen corazón, y además, si lo desea le daré cien de mis caballeros para que le acompañen en su camino».

Sancho Ramírez, irritado por esta respuesta irónica, se apresuró con su aliado Mundir hacia el campamento del Cid y le ofrecieron batalla (14 de agosto de 1084), en la cual salió el Campeador victorioso. Con el botín y unos dieciséis nobles prisioneros de la Corte de Aragón, volvió el Cid a Zaragoza, donde fue recibido como tras cada victoria, apoteósicamente.

Desde la batalla de Morella y durante dos años, ignoramos las actividades del desterrado burgalés, que siguió viviendo inactivo en el reino hūdi hasta la muerte de al-Mu'tamin en el otoño de 1085 y luego continuó bajo el reinado de al-Musta'in. En esta época al-Qādir entrega Toledo a Alfonso VI (6 de mayo de 1085) a cambio de ayudarle a conquistar Valencia, el punto más débil en Levante. Zaragoza fue sitiada por Alfonso tras tomar Toledo y el Cid se abstuvo de defender a al-Musta'in. Su nombre en esta época fue oscurecido por las grandes actividades de Alfonso VI y la intervención almorávide en la batalla de Zalaca (24 de octubre de 1086), que dejó al rey castellano impresionado por la derrota.

Un hecho que fue en principio importante es la reconciliación de Alfonso con el Cid cuando éste se presentó en Toledo espontáneamente y fue recibido

---

<sup>31</sup> Sobre la batalla de Almenar, véase TURK, *op. cit.*, pp. 124-126.

por su señor, en diciembre de 1086 o enero de 1087, con muestras de afecto, otorgándole importantes donaciones, como los castillos de Dueñas y Gormaz. Pero esta reconciliación con su rey fue efímera porque al enterarse el Cid del cerco de al-Qādir en Valencia (primavera de 1087) por Mundir, regresó, de acuerdo con su rey, a Zaragoza con el fin de preparar un ejército con al-Musta'in para levantar el cerco de la ciudad levantina. Los dos miraban hacia levante y concretamente al señorío de Valencia, cuyo gobernador era Abú Bakr ibn Abd al-'Aziz, suegro de al-Musta'in y aliado y protegido del reino hūdi desde el año 1077 hasta la muerte de Abú Bakr en junio de 1085. El Cid concibió el proyecto de ocupar Valencia e hizo creer al monarca zaragozano que pondría la ciudad en sus manos. Pero esto fue un engaño porque cuando al-Musta'in y el Cid llegaron con el ejército a Valencia, Mundir tuvo que levantar el cerco y ofrecer su amistad a al-Qādir, que había pedido socorro a su aliado el rey Alfonso VI y a al-Musta'in. Éste y el Cid fueron acogidos con honor y hospedados por al-Qādir, que obsequió, en secreto, grandes presentes al Cid<sup>32</sup>. Al-Musta'in se sintió engañado por el Cid por no haber cumplido lo prometido. Pero el Cid, por su parte, «suavizó la amargura de al-Musta'in, al esperarle pues, si ahora no lo había puesto en posesión de Valencia por respeto a Alfonso VI, le ayudaría a ganarla, en cuanto lograra la aquiescencia»<sup>33</sup>. Al mismo tiempo el Cid envió sus mensajeros a Mundir para conseguir su amistad, «et esforçal, quel ayudaré et que querie aver su amor con él»<sup>34</sup> y también confirmó a Alfonso VI que sigue siendo su vasallo y que sus soldados los tendrá a su disposición<sup>35</sup>.

A partir de entonces y para llegar a conseguir sus ambiciones de poseer el dominio de Valencia, comenzó a dar pruebas, por su cuenta, de una desbordante actividad, sometiéndolo a sangre y fuego toda la región levantina desde Orihuela hasta Játiva, implantando su régimen de parias tras la victoriosa batalla en el pinar de Tévar (verano de 1090) sobre Mundir y su aliado el conde de Barcelona<sup>36</sup>.

Podemos decir que, a partir de esta época, el Cid siguió, no sólo con su rey Alfonso VI sino con al-Musta'in, una política independiente y tortuosa que era «la típica diplomacia de los protagonistas del siglo XI que trataban de engañarse y sobornarse unos a otros». El Cid no tardó mucho en convertirse en «SAYYID», señor de Levante, cuando el gobernador valenciano, el Qādī ibn Ŷahḥāf, partidario de los almorávides, entregó la ciudad al Cid el 15 de julio de 1094, al cabo de veinte meses de asedio que fue tan duro para los valencianos que sufrieron hambre. El Cid hizo quemar vivo a ibn Ŷahḥāf después de ocupar la ciudad.

Tras estas etapas de la carrera larga (13 años) y agitada, llena de aventuras y heroísmo en las tierras de Castilla, Aragón y Levante, llegó Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, a convertirse en señor absoluto de Valencia hasta que murió en ella en julio de 1099.

<sup>32</sup> *Primera Crónica General*, II, pp. 561a y 562a, citados por HUICI MIRANDA, *op. cit.*, II, p. 10.

<sup>33</sup> HUICI MIRANDA, *op. cit.*, II, p. 11.

<sup>34</sup> *Primera Crónica General*, II, p. 562a. Citada por HUICI MIRANDA, *op. cit.*, II, p. 11.

<sup>35</sup> HUICI MIRANDA, *op. cit.*, II, p. 11.

<sup>36</sup> LÉVI-PROVENÇAL, *op. cit.*, pp. 175-176.

Al-Musta'in, que había ayudado al Cid y mantuvo buenas relaciones con la esperanza de incorporar Valencia a su reino, acabó siendo derrotado políticamente por el Campeador. Se preocupó en seguir manteniendo excelentes relaciones con los almorávides, especialmente con el emir Yusuf, que había destronado (1090) a todos los reyes de taifas andaluces, salvo el rey hūdi. Estas relaciones se manifestaron con la segunda embajada presidida por su hijo el príncipe heredero, 'Abd al-Malik, que fue destronado por los zaragozanos partidarios de los almorávides en el año 1110. Luego más tarde fue Zaragoza conquistada por Alfonso I el Batallador, el 18 de diciembre de 1118.

## MÉTODO ARQUEOLÓGICO Y CANTARES DE GESTA

POR

JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE

*Al Dr. Antonio Ubieto Arteta, fallecido cuando juntos íbamos a excavar —tras muchos años de búsqueda— un yacimiento arqueológico que podía ratificar su hipótesis sobre el lugar de la batalla de la «Canción de Roldán».*

Son miles los títulos bibliográficos que se han editado sobre la poesía épica medieval; prácticamente se han tratado todos los temas posibles: autores, temáticas, estilos literarios, problemas lingüísticos, aspectos gramaticales y sintácticos, elementos simbólicos, métrica poética, historicidad, léxico y vocabulario, historia y poesía, relaciones culturales, aspectos jurídicos..., pero en muchas ocasiones las cuestiones puramente literarias han ocultado otros aspectos importantes en el tratamiento de los textos<sup>1</sup>.

Las discusiones —en muchos casos han sido disputas entre dos contendientes que se ignoraban mutuamente— entre historiadores de la literatura e historiadores han provocado que no se tuvieran en cuenta toda una serie de elementos que podían aportar datos y luces decisivas tanto para los factores literarios como para los históricos.

En general, y aquí sí que la generalización puede ser injusta, los historiadores han considerado a la poesía épica como una fuente histórica más, a veces —como en la Arabia preislámica— prácticamente la única, apenas adornada por el tratamiento literario que en ningún caso vendría a tergiversar ni a defor-

---

<sup>1</sup> La bibliografía existente sobre la épica europea es abundantísima, si bien falta una gran obra de conjunto que sintetice y sistematice toda la poesía épica; esta falta es quizás debida a lo extraordinariamente complejo del tema y a su enorme variedad.



mar la realidad histórica que se narra en los poemas<sup>2</sup>. Los filólogos, por el contrario, han intentado demostrar que los poemas épicos, si bien inspirados en algunos acontecimientos históricos, son creaciones genuinas de autores literarios que aprovechan elementos de esa propia tradición histórica para componer una obra original que en ningún momento puede considerarse como una fuente documental<sup>3</sup>.

Pero hay que considerar, a la vista de tan larga, vieja e irresoluble polémica, que es preferible sentar las cuestiones en su justo término; ni la poesía épica, con los cantares de gesta por lo común como piezas clave, puede tomarse textualmente como una fuente documental incontestable, ni puede rechazarse como documento histórico que puede aportar datos muy significativos en una doble vía, tanto como reflejo de un sentimiento contemporáneo en el momento de escribir la obra como de referencia histórica a lo que en esos poemas se narra<sup>4</sup>.

Los cantares de gesta, como se ha señalado en repetidas ocasiones<sup>5</sup>, iban dirigidos a gentes del pueblo, en su inmensa mayoría de una gran ignorancia y completamente analfabetos; en consecuencia, los poemas épicos podían incorporar elementos fantásticos y exageraciones fabulosas, pero tenían poco margen de maniobra para introducir cuestiones complicadas o demasiado extrañas.

Dirigido a ese tipo de público los autores de los cantares tenían que interpretar y adaptar al gusto popular la literatura que se iba a recitar y a la vez buscar elementos que cualquier oyente pudiera identificar sin ningún problema.

Por ello tanto los lugares, como los personajes, como los acontecimientos deben ser creíbles; de ahí que —quizás al contrario de lo que en algunos casos se ha dicho— la poesía épica medieval está enormemente próxima a la realidad cotidiana y de ahí que se analice con frecuencia con calificativos de verosimilitud y cotidianeidad<sup>6</sup>, porque evidentemente no podía ser de ninguna otra manera.

Los cantares de gesta medievales, incluso las propias sagas escandinavas —a pesar de la fuerte carga mitológica de muchas de ellas— ofrecen en su lectura puntual ese aspecto de obra próxima, de realidad tangible, bien alejada de fantasías y fabulaciones que quedan circunscritas a otro tipo de obras literarias.

Ni en el *Poema del Cid* ni en la *Canción de Roldán* hay elementos fantásticos que puedan considerarse irreales; todo es absolutamente real y aunque «las montañas sean tan altas que casi tocan el cielo», «los bosques profundos y frondosos», «los árboles grandes» y «los enemigos numerosísimos», no hay cuestiones que puedan hacer suponer a los oyentes que lo que se está narrando no sea absolutamente veraz y ajustado a lo creíble.

---

<sup>2</sup> Ubieto (1973), por ejemplo, analiza el *Poema del Cid* como un documento histórico más, sin tener en cuenta su vertiente literaria.

<sup>3</sup> Smith (1985, 230) afirma que «el Poema (del Cid) no es una obra historiográfica en verso, sino un drama humano».

<sup>4</sup> Entre el *Poema del Cid* y el *Cantar de Roldán* existe una diferencia muy sustancial; el *Poema del Cid* está escrito poco después de que acontecieran los hechos que se narran, mientras que el *Cantar de Roldán* se escribió varios siglos después de que sucedieran los acontecimientos narrados.

<sup>5</sup> Riquer, 1983, 31.

<sup>6</sup> Id., 28.

En el tratamiento y en el análisis crítico de los cantares de gesta como fuentes históricas podrá discutirse —por aducir ejemplos casi absurdos— si es cierto que Roldán murió vuelto hacia España o si el Cid introdujo en su jaula al león, podrá incluso discutirse sobre la historicidad de alguno de los personajes que aparecen con nombre propio en los poemas, pero lo que es indudable es la contemporaneidad de todos los textos y su uso, absolutamente legítimo, como fuente histórica.

Los filólogos ya se encargarán de analizar el proceso de creación literario, las fuentes del poeta, la construcción gramatical y las diversas modificaciones y adaptaciones que el poema ha ido recibiendo, pero parece obvio, a la vista de algunos resultados, que ahí debiera acabar su trabajo<sup>7</sup>.

Los historiadores, por su parte, quizás no hayan agotado todas las posibilidades que los cantares épicos ofrecen como fuentes históricas; empeñados en demostrar si eran históricos o no párrafos, expresiones o nombres concretos contenidos en los poemas, se han olvidado de cuestiones de fondo más definitorias del carácter histórico de esos mismos cantares.

Con más de un milenio y medio de distancia respecto a los cantares de gesta, no me resisto a traer un ejemplo suficientemente conocido de la interrelación entre poesía épica y hallazgos arqueológicos; en 1870 Heinrich Schliemann descubrió las ruinas de la mítica ciudad de Troya, escenario de las luchas entre troyanos y aqueos narradas por Homero en la *Ilíada*; Schliemann usó los poemas homéricos como fuente histórica, recorrió las rutas allí descritas y descubrió las ruinas de la ciudad de Troya, que de inmediato excavó. Los trabajos y la metodología de Schliemann, con más de un siglo de antigüedad, siguen siendo para los investigadores un modelo de cómo el trabajo de campo arqueológico puede ayudar considerablemente a resolver una serie de problemas históricos que las fuentes escritas, sean del tipo que sean, no pueden resolver por sí mismas y es un claro ejemplo de la necesidad imperiosa de cooperación entre especialistas de diversas materias en el campo de la investigación humanística.

#### EL MARCO GEOGRÁFICO

La geografía que describen los cantares siempre es un espacio real; puede ser inexacto que Zaragoza esté en lo alto de una montaña, como se indica en el *Cantar de Roldán*, pero la geografía que allí aparece es verídica. En algunos poemas épicos es tan real que algunas estrofas parecen más una descripción de los lugares que va recorriendo el poeta o una perfecta guía de viaje que cualquier otra cosa; en ocasiones se ha aludido al uso de tópicos para describir ciertos lugares, pero no es menos cierto que, por ejemplo, el paisaje pirenaico responde fielmente al que se describe en el *Cantar de Roldán* y que los cerros donde se asienta el Cid —como no podía ser de otro modo— han de ser —y así son— siempre altos y de fácil defensa, y las costas de Norteamérica que reco-

---

<sup>7</sup> Baste como ejemplo de lo que no debe hacerse el desafortunadísimo libro de Smith (1985).

rrieron los vikingos en torno al año mil son exactamente como se describen en la saga de los groenlandeses o en la de Erik el Rojo.

¿Puede, en consecuencia, seguir hablándose de tópicos literarios cuando se describen estos lugares en los poemas épicos medievales?<sup>8</sup> Parece que no; los franceses, a los que iba dirigida la *Canción de Roldán*, sabían que entre España y Francia había desfiladeros profundísimos, altas montañas y bosques tenebrosos; los castellanos y aragoneses que eran destinatarios del *Poema del Cid* conocían perfectamente las tierras donde se desarrollan las acciones del héroe. ¿Cómo se les iba a poder engañar?: únicamente con la introducción de algunas descripciones como la ya indicada de que «Zaragoza está en lo alto de una montaña».<sup>9</sup> ¿Quién podía atreverse a manipular un paisaje que era contemplado cotidianamente por los mismos que eran destinatarios de esos poemas? Parece evidente que los tópicos han de buscarse en los calificativos empleados para describir los paisajes, que se usan imitando otras obras literarias, tales como «otero redondo, fuerte y grande», «poyo maravilloso y grande», «huerta espesa y grande», «montes altos y ramas que llegan a las nubes» (*Poema del Cid*); «altos montes y tenebrosos valles», «temibles desfiladeros», «montes altos, tenebrosos y grandes, valles profundos y aguas rápidas» (*Cantar de Roldán*); «hermosos bosques y blancas playas» (sagas escandinavas), etc.; pero en ningún caso obedecen estos calificativos a descripciones tópicas. Si se toma cada poema en su propio contexto y se analiza particular e individualizadamente podrá observarse que las descripciones geográficas responden a una realidad tan exacta que el poema aparece entonces con una serie de matices bien distintos a los de los manidos tópicos.

Veamos algunos de los llamados tópicos geográficos de los cantares épicos para cotejar si son puras referencias comunes o bien reflejan una realidad paisajística:

En el *Cantar de Roldán* los Pirineos se describen de la siguiente manera:

*Altos son los montes y tenebrosos los valles, pardas las rocas y temibles los desfiladeros* (vv. 814-815).

*Los montes son altos, tenebrosos y grandes, profundos los valles y las aguas rápidas* (vv. 1.830-1.831).

¿Tópicos o descripción de una realidad? Es cierto que la naturaleza épica requiere de una cierta grandiosidad, pero no lo es menos que esa grandiosidad sólo aparece realmente cuando la naturaleza es realmente grandiosa.

Pero ¿qué ocurre cuando en la propia *Canción de Roldán* el poeta debe describir paisajes que desconoce? Ya se ha señalado que cuando en el *Cantar de Roldán* se describe la ubicación de la ciudad de Zaragoza, absolutamente fundamental en la trama narrativa, se hace de forma fabulada —que no fabulosa— y aunque la descripción no se atiene a la realidad urbana de Zaragoza, no hay ningún elemento que no pudiera ser real; por ejemplo:

---

<sup>8</sup> Son muchas las aportaciones que se han hecho sobre los tópicos en los cantares de gesta; algunas de ellas rayan el absurdo.

<sup>9</sup> *Cantar de Roldán*, v. 6.

*No hay castillo que se resista ante él (Carlomagno), ni ha quedado muro ni ciudad sin derribar, salvo Zaragoza, que está en una montaña (vv. 4-6).*

*Tanto cavalgaron que están en Zaragoza, cruzan diez puertas, atraviesan cuatro puentes y todas las calles donde moran los burgueses. Cuando se aproximan a lo alto de la ciudad oyen gran rumor hacia el palacio (vv. 2.689-2.693).*

*Carlos ha ganado su batalla. Ha derribado la puerta de Zaragoza, ahora sabe bien que ya no será más defendida (vv. 3.649-3.652).*

*Bradimonda le ha entregado las torres, diez son grandes y cincuenta pequeñas (vv. 3.655-3.656).*

Desde luego la ciudad que aquí se describe no es Zaragoza, pero no hay ningún elemento que no pueda pertenecer a una ciudad medieval.

En el *Poema del Cid* el autor no sólo no inventa lugares sino que los que allí aparecen se describen ajustándose exactamente a la realidad geográfica, en ocasiones con una verosimilitud extraordinaria. Aunque son muy conocidos, veamos otra vez los ejemplos más significativos del *Poema del Cid*:

*e passo a Alfama, la foz ayuso va, passo a Bovierca e a Teca que es adelant, e sobre Alcocer mio Çid iba posar, en un otero redondo, fuerte e grand; açerca corre Salon, agua nol puedent vedar (vv. 551-555)<sup>10</sup>.*

*Bien puebla el otero, firme prende las posadas, los unos contra la Sierra e los otros contra la agua. El buen Campeador que en buen ora cinxo espada, derredor del otero, bien çerca del agua, a todos sos varones mando fazer una carcava (vv. 557-562)<sup>11</sup>.*

En este caso, la entrada del Cid en Aragón por el valle del Jalón, los conocimientos de la geografía local son tan exactos que incluso conocía el poeta lugares como Alcocer o el Otero del Cid, ambos despoblados desde fines del siglo XI e inéditos hasta su reciente localización e identificación.

La descripción del otero, como un lugar redondo, fuerte y grande, también puede considerarse como un tópico, pero realmente, ahora que se ha localizado, es exactamente así<sup>12</sup>.

Incluso la narración de la toma de Alcocer se ajusta con enorme precisión a la geografía del valle del Jalón a la altura del lugar donde estaba situado el castillo y pueblo musulmán de Alcocer, a la orilla izquierda del río, entre Ateca y Terrer, y como se ha demostrado, ahí está el despoblado del siglo XI y enfrente, controlando todo el valle medio del río Jalón, el castillo que el Cid estableció en un otero de fácil defensa.

En la toma de Alcocer el Cid hace uso de una estratagema muy conocida y habitual que le va a dar muy buenos resultados y que también puede considerarse como un tópico, pero —al igual que en los casos anteriores— la descrip-

---

<sup>10</sup> Foz, en Aragón, es una zona en la que el valle del río se estrecha formando un angosto desfiladero; así ocurre con el Jalón a la altura de Alhama de Aragón (Corral y Martínez, 1987, 44).

<sup>11</sup> Corral y Martínez, 1987, 4445.

<sup>12</sup> Id., 1987, 62, foto n.º 6.

ción se corresponde de manera mimética con la vega del Jalón entre Ateca y Terror; demasiada casualidad para ser también un tópico<sup>13</sup>.

Cuando el Cid abandona el valle del Jalón va a establecerse en el valle del Jiloca, en un alto cerro de nuevo, junto a la localidad actual de Monreal del Campo; el poema dice así:

*passo Salon ayuso, aguijó cabadelant, al exir de Salon mucho ovo buenas aves... y finco en un poyo que es sobre Mont Real; alto es el poyo, maravilloso e grant* (vv. 858-864).

Si se observa sobre el terreno el cerro de San Esteban sobre el Jiloca, en cuya base se asienta el pueblecito actual de El Poyo del Cid y en su cima la fortificación del Cid de fines del siglo XI, coexistiendo con las ruinas de una ciudad romana de nombre desconocido<sup>14</sup>, el cerro es realmente alto y grande; tan grande que la aludida ciudad romana se extiende por las laderas del poyo, construida a base de numerosas terrazas que ocupan varias hectáreas, encerradas por una poderosísima muralla jalonada de grandes torreones<sup>15</sup>.

En varias ocasiones el *Poema del Cid* cuando cita a la localidad de Cella lo hace siempre como «Cella la del Canal» (v. 869). Y en efecto, en época romana se construyó un impresionante canal de más de veinte kilómetros de longitud que llevaba agua desde las proximidades de Albarracín hasta Cella; el canal debió estar en uso hasta la Baja Edad Media y es probable que todo el alto Jiloca se regara con aguas procedentes del canal de Cella, que desaguaba en una laguna, ahora desecada pero alrededor de la cual quedan restos de embarcaderos<sup>16</sup>.

El conocimiento geográfico del poeta del *Cantar del Cid* es mucho más preciso si se corrigen algunos errores deslizados por el copista del texto conservado en la Biblioteca Nacional; en unos versos se dice:

*fizo una corrida la noch trasnochando; tierras d'Alcañiz negras las va parando, e a derredor todo lo va preando. Al terçer dia, don ixo i es tornado* (vv. 937-938).

El Alcañiz que aparece en el verso 936 de *Poema del Cid* no es la ciudad de Alcañiz del Bajo Aragón sino un despoblado ubicado en el curso medio del río Huerva, en la comarca de Cariñena, al cual se puede acceder desde el Poyo por

---

<sup>13</sup> Según Smith (1985, 193), la toma de Alcocer por el Cid responde a un modelo clásico y el autor del *Poema* habría tomado la estrategia militar que usa el Cid de los «Stratagemata» de Frontino; se equivoca Smith buscando fuentes clásicas para justificar una táctica militar tan sencilla y universal como la que en el *Poema* se describe. Ramsden (1959, 133) señaló que el episodio de Alcocer era un gran ejemplo de estructura épica.

<sup>14</sup> Menéndez Pidal visitó El Poyo del Cid en 1921, el 13 de septiembre y vio restos de murallas; gente del pueblo le dijo que habían salido piedras de colores de mosaicos que cree romanos (Menéndez Pidal, 1956, 357-358, nota 4). Almagro (1952, 191 y 1956, 629) volvió a señalar la importancia de estos restos y su relación con el Cid.

<sup>15</sup> F. Burillo (1978, 56) excavó este yacimiento arqueológico que corresponde a una ciudad romana abandonada en la época de Claudio, a mediados del siglo I, y en cuya zona superior existe una fortificación realizada por el Cid.

<sup>16</sup> Ubieto (1973) localiza el canal de Cella y presenta varias fotografías del mismo.

el valle alto del Huerva con suma facilidad. Alcañiz, conocido después como Alcañicejo, todavía estaba poblado en el siglo XVII y aún pueden verse algunas ruinas en aquel lugar. Incluso pueden quedar restos toponímicos en un cerro próximo a este despoblado que se llama aún hoy «cerro Rodrigo»<sup>17</sup>.

Con Alcañiz ha ocurrido un fenómeno similar al de los nombres de Huesca o Monzón que aparecen en la copia de 1207 y que corresponden realmente a las actuales localidades trolenses de Huesca del Común y de Monforte de Moyuela. Con estas tres reducciones todo tiene mucho más sentido y las correrías del Cid desde el Poyo adquieren así un sentido lógico. Para Antonio Ubieto incluso habría que sustituir la Saragossa del Poema por la localidad de Calamocha<sup>18</sup>. El héroe se movió en las semanas que estuvo en el Poyo por los cursos altos de los valles de los ríos Martín, Huerva y Aguas Vivas, a los que se puede acceder de forma rápida desde el alto Jiloca.

Teniendo en cuenta los precisos conocimientos del poeta redactor y los errores de transcripción del copista de 1207, la conclusión parece evidente: el primer redactor del *Poema del Cid* conocía perfectamente —sin duda de primera mano— las correrías del Cid por el Jalón y el Jiloca y dominaba a la perfección la toponimia y las distancias de toda la región de los valles del Jalón y del Jiloca<sup>19</sup>; el copista de 1207, bien porque no supo leer una copia anterior, bien porque la corrigió a propósito, o bien porque no le sonaban los nombres de pequeños pueblos aragoneses, sustituyó los topónimos de Huesca y Monfort por los de Huesca y Monzón, mucho más conocidos e importantes; en el caso de Alcañiz simplemente copió lo que figuraba en el original, pero es evidente que se trata de Alcañiz de la Huerva y no Alcañiz del Bajo Aragón. Es claro que el copista no conocía con la precisión del poeta creador del texto la geografía aragonesa.

Las sagas escandinavas transportan a escala intercontinental las narraciones épicas de los pueblos del norte; pues ni tan siquiera en ellas, pese a la grandiosidad y soledad de los paisajes del norte y a la carga mitológica que queda todavía en algunas, las descripciones geográficas pueden considerarse tópicas.

Uno de los pasajes de mayor contenido geográfico-descriptivo es el contenido en la *Saga de los groenlandeses* y que se refiere a las expediciones vikingas por las costas de América del Norte; así se describen estas expediciones en la *Saga de los groenlandeses*<sup>20</sup>:

«Aparejaron su barco y se hicieron a la mar. La nave recaló por primera vez frente al último país que Bjarni había avistado. Navegaron derechos hacia la costa y echaron anclas; entonces arriaron un bote y

---

<sup>17</sup> El Alcañiz del *Poema del Cid* es sin duda el actual despoblado de Alcañiz de la Huerva; Madoz, en su *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico*, señala en la voz «Alcañicejo» que «es una pardina del término de Tosos, con restos de una iglesia dedicada a San Bartolomé y algunas casas alrededor de ella y ruinas de una importante fortificación». Corral y Martínez (1987, 45) ya identificaron el Alcañiz del *Poema* con Alcañicejo, desestimando la tradicional adscripción de este topónimo al Alcañiz del Bajo Aragón.

<sup>18</sup> Ubieto, 1973, 97 y Corral y Martínez, 1987, 45.

<sup>19</sup> Corral y Martínez, 1987, 45.

<sup>20</sup> *Saga de los groenlandeses*, pp. 9-11, ed. Siruela, Madrid, 1986.

desembarcaron. No había pasto a la vista, el interior estaba cubierto de grandes glaciares, y entre los glaciares y la costa la tierra semejava una inmensa laja. El país les pareció estéril y sin valor alguno.

Entonces dijo Leif: «Ya hemos mejorado lo que hizo Bjarni en lo que a este país se refiere; nosotros, al menos, hemos plantado nuestros pies en él. Le daremos nombre y lo llamaremos Helluland (Tierra de Piedras Llanas)».

Volvieron a su nave y se hicieron a la vela y algún tiempo después, avistaron una segunda tierra. Otra vez se acercaron directamente a ella y echaron anclas, arriaron un bote y fueron a tierra. Aquel país era llano y arbolado, con blancas playas de arena por doquier, y la tierra se inclinaba suavemente hacia el mar.

Leif dijo: «Este país ha de recibir un nombre que hable de su naturaleza: deberá ser llamado Markland (Tierra de Forestas)».

Dicho esto volvieron a su nave tan aprisa como les fue posible, y el barco zarpó empujado por un viento del noreste, y dos días después avistaron otra tierra. Navegaron hacia ella y llegaron a una isla situada al norte».

Las descripciones de los épicos viajes de Erik el Rojo y Leif Erikson por América del Norte no son en absoluto tópicas; son descripciones que se ajustan de una manera extraordinaria a los paisajes de las costas de Groenlandia y Canadá. Y ni tan siquiera hay tópicos cuando en la misma *Saga de los groenlandeses* se describe la expedición de Thorvald, uno de los compañeros de Leif Erikson, por Vinlandia<sup>21</sup>:

«Cuando el barco estuvo aparejado, se hicieron a la mar y no se conserva relato alguno del viaje hasta que llegaron a Leifsbudir (las Casas de Leif), en Vinlandia. Allí vararon la nave y se dispusieron a pasar el invierno, y pescaron peces para comer.

En primavera, Thorvald dijo que deberían aparejar el barco, y que, mientras esto se hacía, una pequeña partida de hombres debería coger el bote y navegar en él con rumbo oeste a lo largo de la costa, para explorar la región durante el verano.

El país les pareció muy hermoso, con bosques que se extendían hasta casi alcanzar la costa y con blancas playas de arena; había un sinfín de islas, y bajíos por doquier. No encontraron huella alguna que delatara la presencia de hombres o animales, excepto en una isla situada al oeste, donde encontraron un pajar muy humilde, y de entre todo lo que vieron, sólo aquello había nacido de la mano del hombre. Y con el otoño volvieron a las Casas de Leif.

Al verano siguiente, y con la mayoría de sus hombres, Thorvald navegó en su nave con rumbo este y después gobernó al norte siguiendo la línea costera. Toparon con un temporal frente a un cabo y fueron arras-

---

<sup>21</sup> Id., pp. 15-16.

trados a tierra. Como la quilla se había hecho añicos, tuvieron que permanecer allí mucho tiempo para repararla».

No hay un solo elemento que pueda ser considerado como fantástico y que no se ajuste a la realidad; claro que también puede considerarse como tópico cualquiera de estos párrafos, pero seguiría estando ajustado a la realidad.

Reduciendo la crítica literaria al absurdo todo serían tópicos, pero claro, cuanto más real sea el paisaje —cerros altos, desfiladeros profundos, bosques hermosos, blancas playas— mucho más tópicos..., pero si se concretan esas descripciones en los paisajes que realmente narran los poemas épicos, los paisajes son reales.

#### LA CULTURA MATERIAL EN LOS CANTARES DE GESTA

Los cantares de gesta, como reflejo de una sociedad, están inmersos en un «ambiente» en el que lo cotidiano se describe con una absoluta naturalidad; el poeta y el juglar narran los versos del poema para una serie de espectadores que tienen que entender lo que se cuenta de una manera rápida y eficaz, sin que exista la posibilidad de detenerse a reflexionar sobre lo que el poeta recita, so pena de perder el hilo argumental del poema.

Es por ello que las descripciones deben ser concisas, ajustadas a un vocabulario simple pero efectivo y de una absoluta contundencia e inmediatez.

Los elementos materiales que aparecen en los poemas épicos están siempre descritos con una sencillez y una precisión extraordinarias; en muchas ocasiones los objetos aparecen citados sin más aditivos, o apenas con uno o a lo sumo dos o tres adjetivos.

En toda la épica europea quizás sean las sagas escandinavas las que ofrecen unas narraciones más próximas a lo cotidiano; en efecto, en la *Saga de los groenlandeses* Erik el Rojo construye en Vinland unas casas grandes tras haber levantado en primer lugar unas cabañas provisionales<sup>22</sup>; en la *Saga de Erik el Rojo* los vikingos comen con una cuchara de latón y un cuchillo con mango de colmillo de morsa, del que se llega a preciar incluso que tiene la punta rota<sup>23</sup>.

El investigador noruego Helge Ingstad realizó una serie de excavaciones arqueológicas en los años sesenta de este siglo en la localidad canadiense de L'Anse Aux Meadows, ubicada en la punta norte de Terranova, que ha sido identificada por algunos como el «Promontorium Winlandie» que aparece en algunas fuentes; en esas excavaciones se descubrieron ocho casas construidas con las técnicas normandas, una de ellas de gran tamaño, y entre sus ruinas aparecieron algunas agujas, un fragmento de aguja de hueso de estilo vikingo, una lámpara en piedra de estilo irlandés, un yunque de piedra, restos de un horno de fundición de hierro y un pedazo de cobre; materiales y casas como los que se describen en las sagas y en una proporción y estado que indican una fase de

---

<sup>22</sup> Id., p. 10.

<sup>23</sup> *Saga de Erik el Rojo*, p. 48. ed. Siruela, Madrid, 1986.



abandono del pequeño poblado de colonización instalado en Terranova por los normandos en torno al año mil<sup>24</sup>.

Las armas que aparecen descritas en las sagas son asimismo las mismas que se han hallado después de las excavaciones arqueológicas; no hay lanzas encantadas, ni espadas maravillosas, ni escudos mágicos; las armas que usan los vikingos en sus luchas son escudos anchos y macizos, yelmos fuertes, hachas enmangadas, espadas grandes y alabardas, las mismas que aparecen en los bronce y bajorrelieves en piedra esculpidos por los escandinavos entre los siglos IX y XI<sup>25</sup>.

Los ritos funerarios de las sagas son también idénticos a los que las excavaciones arqueológicas han descubierto; en la *Saga de Erik el Rojo* se señala que en Groenlandia, tras la llegada del cristianismo, existía la costumbre de dar sepultura a la gente en tierra no consagrada, sin apenas honras fúnebres; el enterramiento se hacía en el suelo no consagrado, cerca de la casa del muerto. A la altura del pecho del enterrado se hincaba una estaca para señalar el lugar de la tumba. Cuando llegaban los sacerdotes cristianos arrancaban estas estacas y derramaban agua bendita en el hoyo que quedaba, celebrando entonces las exequias según el rito cristiano<sup>26</sup>.

En la saga de Egil Skallagrimsson aparecen una serie de enterramientos en túmulos, donde el finado se depositaba con sus armas y ropas si era guerrero; incluso hay noticias de túmulos que una vez cerrados volvían a abrirse para enterrar en ellos a personas recién fallecidas<sup>27</sup>.

Son todavía pocas las excavaciones arqueológicas realizadas en yacimientos vikingos en América del Norte; es más, todavía no se ha iniciado un trabajo sistemático de prospección arqueológica en las costas noroccidentales de América, que además parte ya viciado por una serie de falsificaciones arqueológicas promovidas por norteamericanos de origen escandinavo en el mismo siglo XIX<sup>28</sup>. En cualquier caso algunos investigadores han ido mucho más lejos, como es el caso de Jacques de Mahieu, que ha sostenido la creación de un imperio vikingo en los siglos X y XI en torno a Tiahuanacu, en la actual Bolivia, cerca del lago Titicaca, con restos epigráficos y antropológicos<sup>29</sup>.

En cualquier caso no cabe ninguna duda sobre la presencia de vikingos en América del Norte en torno al año 1000; las costas de Canadá fueron sin duda las más visitadas por los navegantes nórdicos, pero no es seguro que traspasaran hacia el sur el paralelo de Nueva York<sup>30</sup>.

Pese a todo la presencia vikinga en América del Norte apenas duró unos pocos años y los intentos de colonización nunca llegaron a fructificar; sólo se

---

<sup>24</sup> Vid. Prólogo de la *Saga de los groealandeses*, pp. XLIII y XLIV, ed. Siruela, Madrid, 1986.

<sup>25</sup> Pueden verse estos tipos de armas en cualquiera de los museos que conservan restos escandinavos, especialmente en Suecia y Noruega.

<sup>26</sup> Ritos funerarios en Groenlandia en la *Saga de los groenlandeses*, p. 58, ed. Siruela, Madrid, 1986.

<sup>27</sup> Sturluson, 1984, 373 y 421.

<sup>28</sup> Las falsificaciones fueron frecuentes debido al interés de algunos nórdicos instalados en los Estados Unidos por demostrar a toda costa la presencia vikinga en América.

<sup>29</sup> Mahieu, 1985; especialmente fotos de las páginas 6 y 29, con inscripciones supuestas en alfabeto rúnico en Cerro Guazú, en Paraguay.

<sup>30</sup> La *Saga de los groenlandeses* y la *Saga de Erik el Rojo* así parecen confirmarlo.

mantuvieron colonias en la isla de Groenlandia y nunca demasiado importantes y aun con todo estas colonias también se abandonaron en el siglo XV<sup>31</sup>.

Materiales arqueológicos están también presentes en el *Cantar de Roldán*; algunos elementos, como por ejemplo armas o armaduras, son de difícil identificación<sup>32</sup>, pero se encuentran en distintos pasajes del cantar «lórigas de tres dobleces»<sup>33</sup>, «yelmos zaragozanos»<sup>34</sup>, «espadas de acero vianés»<sup>35</sup>, «escudos»<sup>36</sup>, «azconas valencianas»<sup>37</sup>, etc.; el propio Roldán hará sonar un olifante que Carlomagno oye a más de treinta leguas<sup>38</sup>; todo es, en consecuencia, absolutamente normal.

En el *Cantar del Roldán* apenas se describen edificios, pero de Zaragoza se dice que está amurallada con diez torres grandes y cincuenta pequeñas y que tenía cuatro puentes y diez puertas<sup>39</sup>. La descripción no parece ajustada a la realidad, pero en cualquier caso no es irreal. En un poema épico provenzal titulado *Roldán en Zaragoza*<sup>40</sup>, la descripción de la ciudad es mucho más próxima a la ubicación topográfica de Zaragoza; en este poema Roldán entra por una puerta en la ciudad, avanza por una calle y llega a la zuda, al salir de la ciudad se detiene en una fuente para beber agua<sup>41</sup>.

Tras la derrota de Roldán en los Pirineos Carlomagno recorre el campo de batalla y ordena que todos los muertos sean depositados en una fosa sin distinción, abades, obispos, monjes y simples soldados, todos juntos<sup>42</sup>; ante los muertos se quemaba mirra y timiana, una variedad de incienso, y tras cumplir este rito se incineran los cadáveres y se entierran sus cenizas y restos con gran honor en la fosa que se había preparado<sup>43</sup>. Los cadáveres de los personajes más importantes, Roldán, Turpin y Oliveros, son recogidos y depositados en sarcófagos y llevados a Francia<sup>44</sup>.

Por el sur de este país circuló una leyenda desde el siglo XII en la que se afirmaba que los muertos de Roncesvalles habían sido enterrados en los Aliscamps de Arlés, el antiguo cementerio de esta importantísima ciudad galorromana<sup>45</sup>.

Antonio Ubieto ha sostenido con reiteración que la batalla donde fueron derrotados Roldán y la retaguardia del ejército franco no tuvo lugar en Ron-

---

<sup>31</sup> Groenlandia se abandonó a final del siglo XV debido a un empeoramiento del clima en el Atlántico Norte y no se volvió a la isla hasta el siglo XIX.

<sup>32</sup> Cortés Vázquez, 1975, 357-369.

<sup>33</sup> *Cantar de Roldán*, v. 995.

<sup>34</sup> Id., v. 996.

<sup>35</sup> Id., v. 998.

<sup>36</sup> Id.

<sup>37</sup> Id., vv. 998-999.

<sup>38</sup> Id., v. 1.753.

<sup>39</sup> Id., vv. 3.655-3.656.

<sup>40</sup> Editado por Alvar (1976-1977).

<sup>41</sup> Alvar, 1976, 46-61, vv. 468-880. La descripción coincide con la topografía de la Zaragoza medieval; la zuda estaba situada al final de la calle del barrio de San Pablo.

<sup>42</sup> *Cantar de Roldán*, vv. 2.945-2.949.

<sup>43</sup> Id., vv. 2.951-2.961.

<sup>44</sup> Id., vv. 2.962-2.969.

<sup>45</sup> Richtofen, 1970, 20. Según Starkie (1958, 59 y 113) los franceses muertos en los Pirineos con Roldán fueron enterrados en los Alischamps de Arlés, de donde partía además la vía Tolosana, una de las cuatro principales que configuraban el Camino de Santiago en el sur de Francia.

cesvalles sino en un sitio conocido como «la Corona de los Muertos», en la Selva de Oza, en el valle de Hecho, aguas arriba de Siresa<sup>46</sup>. Para sostener su teoría Ubieto aportó, además de datos toponímicos<sup>47</sup>, otros geográficos y arqueológicos, como los restos de la calzada romana que atraviesa el puerto del Palo por la cual iría el ejército carolingio, y el mismo Ubieto indicó la necesidad de realizar excavaciones arqueológicas en la Corona de los Muertos<sup>48</sup>.

Hay más elementos arqueológicos en el *Cantar de Roldán*; Carlomagno ocupa la ciudad de Cordres, identificada con Cortes de Navarra, derribando sus murallas y torres con catapultas<sup>49</sup>.

Recientemente han sido localizados en la Corona de los Muertos, en el valle de Hecho, unos restos arqueológicos que pueden responder a una posible necrópolis; se trata de casi un centenar de cajas y cistas realizadas con piedras en el interior de las cuales se han recogido numerosos materiales metálicos, sobre todo armas<sup>50</sup>. En el *Cantar de Roldán* se afirma que los cadáveres de los francos muertos en la batalla fueron depositados en una fosa común y después incinerados; en este caso la incineración no es habitual en las necrópolis medievales francesas, pero existen algunos ejemplos<sup>51</sup>; por el contrario, los sarcófagos, tal y como se narra en el *Cantar de Roldán*, parece que estaban reservados, en efecto, a los personajes de cierto nivel social<sup>52</sup>.

En el *Poema del Cid* adquieren una gran importancia los lugares de interés arqueológico. Cuando el Cid penetra en el actual Aragón descansa una noche entre Ariza y Cetina<sup>53</sup>, en un campamento provisional, para instalarse en un otero «redondo, fuerte y grande» frente a la localidad y castillo musulmán de Alcocer, en el valle del Jalón<sup>54</sup>.

Los dos lugares de mayor relevancia arqueológica que aparecen en el poema son precisamente dos campamentos del Cid, el del otero frente a Alcocer y el del poyo, en la comarca de Calamocha, aunque hay otros lugares de interés arqueológico, como el puente del Arlanzón<sup>55</sup>, las torres de Atienza<sup>56</sup>, la puerta y castillo de Castejón de Henares<sup>57</sup> o el propio castillo de Alcocer<sup>58</sup>.

<sup>46</sup> Ubieto, 1963, 27.

<sup>47</sup> Ubieto (1982, 60-61) identificó topónimos del *Cantar de Roldán* como Terre Certanie, Porz de Sizer y Portz d'Aspre con los topónimos Tierra de los-Sirtaniyyin, Siresa y Puerto de Aspe, todos ellos en el camino por el valle de Hecho a Francia propuesto por Ubieto como alternativa a Roncesvalles.

<sup>48</sup> Ubieto, 1982, 62. Las excavaciones van a realizarse en los próximos años.

<sup>49</sup> *Cantar de Roldán*, vv. 96-99.

<sup>50</sup> En octubre de 1989 se iba a proceder —por parte de Antonio Ubieto y José Luis Corral— a la excavación de este yacimiento arqueológico; la muerte del Dr. Ubieto, tras una penosa enfermedad, impidió por el momento dicha excavación. Los materiales arqueológicos fueron extraídos por un aficionado y se hallan depositados en la Diputación General de Aragón.

<sup>51</sup> Young, 1977, 31-32.

<sup>52</sup> Lelong, 1976, 228.

<sup>53</sup> *Poema del Cid*, v. 547: «Entre Fariza e Çetina mio Çid iva albergar».

<sup>54</sup> *Poema del Cid*, v. 553: «e sobre Alcoçer mio Cid iva posar» y v. 557: «Bien puebla el otero, firme prende las posadas».

<sup>55</sup> *Poema del Cid*, v. 290.

<sup>56</sup> Id., v. 416.

<sup>57</sup> Id., v. 459.

<sup>58</sup> Id., v. 569.

Sobre estos dos lugares señalados, el otero y el poyo, la bibliografía presenta enormes divergencias<sup>59</sup>; pero si todos están de acuerdo en identificar el poyo con la localidad de El Poyo del Cid, la unanimidad sobre Alcocer no existe y muchos estudiosos del *Poema*, sobre todo los filólogos, han llegado incluso a negar la existencia de este topónimo<sup>60</sup>.

Algunos investigadores, como el propio Menéndez Pidal<sup>61</sup>, Huntington<sup>62</sup>, Hilty<sup>63</sup> o Ubieto<sup>64</sup>, han intentado localizar Alcocer sobre el propio terreno del valle medio del Jalón y todos fracasaron, sin duda porque no aplicaron el método arqueológico en sus indagaciones y usaron otros métodos, en algunos casos muy poco afortunados<sup>65</sup>.

Colin Smith, en uno de sus últimos trabajos sobre el *Poema del Cid*<sup>66</sup>, señalaba que «la busca de Alcocer por los críticos que comparten las creencias historicistas ha sido ardua y vana, para diversión nuestra»<sup>67</sup>. Tras la localización de Alcocer y del Otero del Cid<sup>68</sup> Smith debe parecer algo menos divertido, entre otras cosas porque sus peregrinas teorías sobre la creación del *Poema* han quedado totalmente deshechas<sup>69</sup>.

Según Smith<sup>70</sup> Alcocer sólo existió en la mente del poeta y la estrategia seguida por el Cid para la conquista de este castillo fue copiada por el redactor del *Poema* de los «Strategemata» de Frontino, una fuente de la Roma clásica; aún va más lejos Smith en su especulación al afirmar que la toma de Alcocer es más extensa en el *Poema* que la toma de Valencia pese a la evidente desproporción entre la importancia de ambos lugares, porque «para Alcocer el poeta tenía más fuentes clásicas en las que fijarse»<sup>71</sup>.

---

<sup>59</sup> Ver el estado de la cuestión que realizan Corral y Martínez (1987).

<sup>60</sup> Algunos autores, entre otros y más recientemente Smith (1985, 198), han negado la existencia de Alcocer con el único argumento de que ahora no existe en la región de Calatayud ningún pueblo con ese nombre, ignorando que en toda la Península Ibérica hay una gran cantidad de despoblados de diversas épocas y que Alcocer, como así sucedió, pudo despoblarse; por ejemplo, Horrent, 1973, 275 y 1966, 610.

<sup>61</sup> Menéndez Pidal, 1944-45-46, 1, 49-50.

<sup>62</sup> Menéndez Pidal (1944-45-46, 1, 50) cita el viaje de Huntington.

<sup>63</sup> Hilty (1978, 174) recorrió la región con Félix Monge en 1976.

<sup>64</sup> Ubieto, 1973, 86-91.

<sup>65</sup> Los métodos usados para localizar Alcocer han sido siempre poco afortunados, sin duda debido al desconocimiento de la metodología arqueológica por parte de los investigadores que lo intentaron hasta su descubrimiento por Corral y Martínez (1987). También realizaron identificaciones erróneas Criado de Val (1970, 95), Michael (1976, 122-123), Richthofen (1976, 189), Russell (1956, 105-107) y Horrent (1964, 463), que dudó de su existencia.

<sup>66</sup> Smith, 1985.

<sup>67</sup> Id., 198.

<sup>68</sup> Corral y Martínez, 1987, 49-52.

<sup>69</sup> Las teorías de Colin Smith sobre el *Poema del Cid*, en general muy desafortunadas, quedan totalmente deshechas si se critican mínimamente con un análisis documental riguroso.

<sup>70</sup> Smith, 1985, 198.

<sup>71</sup> Id., 265-266; la afirmación de Smith es realmente sorprendente. Ante la imposibilidad de mantener sus argumentos sostiene que para la conquista de Valencia no hay precedentes clásicos en los que fijarse. Podrían traerse a colación aquí decenas de casos en los que existe un tratamiento literario de la toma de ciudades importantes en la Antigüedad. Quizás el propio Smith se dio cuenta de sus múltiples errores y no quiso recurrir a otros ejemplos.

En la localización de Alcocer y del Otero del Cid, que han estado ahí desde fines del siglo XI sin que nadie los haya encontrado, la utilización del método arqueológico ha sido fundamental; si nadie los encontró antes, pese a ser sus restos tan evidentes, es porque nadie empleó la prospección arqueológica sistemática, combinada con el manejo de las fuentes locales medievales para la microtoponimia.

Con este método la cuestión era fácil; si Alcocer existió y el Cid sentó su campamento enfrente, allí deberían estar los restos materiales, y en efecto, la prospección sistemática realizada por José L. Corral y Francisco Martínez puso al descubierto unos restos que tanto se habían resistido<sup>72</sup>; bastó con usar el método científico que esa búsqueda requería.

Tras la toma de Alcocer el Cid continuó por el valle del Jalón y después por el Jiloca, para instalarse, siguiendo esquemas parecidos a los anteriores, en el famoso poyo que domina los extensos llanos del alto Jiloca, cerca de Calamocha. En el propio *Poema* se dice que el Cid se instaló en el Poyo<sup>73</sup>, reafirmando así que no fue una acampada provisional sino un campamento fortificado.

Varios investigadores han visitado el cerro de San Esteban de El Poyo del Cid en busca de la fortaleza cidiana; ya lo hizo Menéndez Pidal en 1921 sin conseguir fijar con precisión los restos arqueológicos del siglo XI<sup>74</sup>; más tarde Almagro<sup>75</sup> y Burillo<sup>76</sup> han señalado que en este cerro se asentó el Cid y en efecto así fue y allí quedan los restos arqueológicos perfectamente manifiestos en la cima del cerro, formando una verdadera mota similar a la del otero del término de Ateca, claramente diferenciados de las murallas de la ciudad romana que se extiende por las laderas de este mismo cerro<sup>77</sup>.

Siendo éstos los dos lugares más importantes que el Cid fortificó, hay otros que aparecen en la documentación<sup>78</sup> o en la toponimia<sup>79</sup> y que es preciso seguir investigando con la aplicación del método arqueológico antes de emitir cualquier juicio sobre ellos<sup>80</sup>.

---

<sup>72</sup> Corral y Martínez, 1987, 60-63, fotografías 1 a 8.

<sup>73</sup> *Poema del Cid*, v. 864: «y finçó en un poyo que es sobre Mont Real», y v. 900: «aquel poyo en él priso posada».

<sup>74</sup> Ya hemos señalado que Menéndez Pidal (1956, 410) escribe que visitó El Poyo del Cid en 1921, encontrando restos de murallas.

<sup>75</sup> Almagro, 1952, 191 y 1956, 615-628.

<sup>76</sup> Burillo (1978, 56) indica que la ciudad romana de El Poyo se abandonó a mediados del siglo I después de Cristo.

<sup>77</sup> Corral y Martínez, 1987, 64, fotos 9 y 10.

<sup>78</sup> Según Menéndez Pidal (1956, 455) el Cid fortificó la Peña del Cid, entre las localidades de Villel y Libros, en octubre de 1093.

<sup>79</sup> Las provincias de Teruel, Castellón y Valencia presentan abundantísimos topónimos relacionados con el Cid o que presentan la palabra Cid como componente de los mismos; algunos de ellos han sido estudiados desde el punto de vista arqueológico: por ejemplo, Vilafranca del Cid, en la provincia de Castellón (Arasa y Gil, 1977), o la localización de dos castillos en la ruta del Cid (Gordillo, 1981).

<sup>80</sup> En un término conocido como «El Morrón del Cid», o en el municipio de Iglesias del Cid, en la provincia de Teruel, se ha localizado un pequeño despoblado musulmán fechado entre los siglos X y XII (Arasa y Gil, 1983, 63-64 y 138).

La numismática también ha sido usada para aportar nuevos datos al estudio del *Poema del Cid*; Mateu y Llopis concluyó que el *Poema* se realiza con anterioridad a la penetración del maravédí en los reinos cristianos peninsulares<sup>81</sup>; el maravédí apareció con Alfonso VIII, en la segunda mitad del siglo XII; por otra parte el mismo Mateu y Llopis señala que los «dineros malos» que aparecen en el *Poema* pudieran ser los acuñados por Alfonso VI (1062-1109) o por Alfonso VII (1126-1157), por lo que el poeta tuvo que vivir en la primera mitad del siglo XII<sup>82</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, C., 1976-1977, «Roldán en Zaragoza (Poema épico provenzal)», *Revista de Historia J. Zurita*, 29-30, pp. 7-78, Zaragoza.
- ARASA Y GIL, F., 1977, «Estudio arqueológico de Villafranca del Cid (Castellón)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4, pp. 243-269, Castellón.
- , 1983, «El Morrón del Cid (La Iglesia del Cid)», *Teruel*, 70, pp. 61-185, Teruel.
- ALMAGRO, M., 1952, «Dos puentes romanos turolenses en la vía romana y medieval de Zaragoza a Córdoba», *Teruel*, 7, pp. 179-193, Teruel.
- , 1956, «Calamocha y El Poyo del Campo (Teruel) en relación con el Cid Campeador», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, VI, pp. 613-630, Madrid.
- BURILLO MOZOTA, F., 1978, «El yacimiento celtíbero-romano de San Esteban del Poyo del Cid: Estado de la cuestión», *Boletín Informativo de la Diputación de Teruel*, 50, pp. 53-62, Teruel.
- Cantar de Mio Cid*, ed. de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1988.
- CORRAL, J. L. y MARTÍNEZ, F., 1987, «Geografía e historia en el *Poema de Mio Cid*: la localización de Alcocer», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 55, pp. 43-64.
- CORTÉS VÁZQUEZ, L., 1975, *El Cantar de Roldán*, edición del manuscrito de Oxford, versión española e índices, Salamanca.
- CRIADO DE VAL, M., 1970, «Geografía, toponimia e itinerarios del Cantar de Mio Cid», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, CXXXVI, pp. 83-107.
- FLETCHER, R., 1989, *El Cid*, Madrid.
- GORDILLO COURCIERES, J. L., 1981, «Localización y descripción de dos castros y dos castillos en la ruta del Cid Campeador», *Castillos de España*, 19 (86), pp. 25-40.
- HILTY, G., 1978, «El Cid en Alcocer», en *Orbis Mediaevalis. Mélanges de langue et littérature médiévales offerts à Reto Raduolf Bezzola*, pp. 173-185, Berna.
- HORRENT, J., 1964, «Tradition poétique du “Cantar de Mio Cid” au XII siècle», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, VII, pp. 451-477, Poitiers.
- , 1966, «Localisation du Cantar de Mio Cid», en *Mélanges offerts à René Crozet*, I, pp. 609-615, Poitiers.
- , 1973, *Historia en torno al Cantar de Mio Cid*, Barcelona.
- LELONG, Ch., 1976, «Sepulture merovingienne de Pettusson (Indre-et-Loire)», *Archéologie Médiévale*, VI, pp. 219-232.
- MAHIEU, J. de, 1985, *El imperio vikingo de Tiahuanacu: (América antes de Colón)*, Barcelona.

<sup>81</sup> Mateu y Llopis, 1947, 54-56.

<sup>82</sup> La bibliografía sobre el Cid es abundantísima; el libro más reciente es el de Fletcher (1989), que no aporta novedades sustanciales.

- MATEU Y LLOPIS, F., 1947, «La moneda en el “Poema del Cid”. Un ensayo de interpretación numismática del “Cantar de Mio Cid”», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 20, pp. 43-56.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., 1944-1946, *Cantar del Mio Cid*, 3 vols., Madrid.
- , 1956, *La España del Cid* (5.ª ed.), Madrid.
- MICHAEL, I., 1976, «Geographical Problems in the “Poema de Mío Cid”: I. The exile route», en *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, pp. 117-128, Londres.
- RAMSDEN, H., 1959, «The talking of Alcocer», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVI, pp. 129-134.
- RICHTHOFEN, E. von, 1970, «Interpretaciones histórico-legendarias en la épica medieval», en *Nuevos estudios épicos medievales*, pp. 9-29, Madrid.
- , 1976, «La “historicidad” de la campaña de Alcocer en el “Poema del Cid”», en *Límites de la crítica literaria y analectas de filología comparada*, pp. 183-191, Barcelona.
- RIQUER, M. de, 1983, *Chanson de Roldán. Cantar de Roldán y el Roncesvalles navarro*, Barcelona.
- RUSSEL, P. E., 1956, «Where was Alcocer (“Cantar de Mio Cid”, 1.553-861)?», en *Homenaje a J. A. Van Praag*, pp. 101-107, Amsterdam.
- , *La saga de los groenlandeses. La saga de Erik el Rojo*, 1986, ed. Siruela, Madrid.
- SMITH, C., 1985, *La creación en el Poema de Mio Cid*, Barcelona.
- STARKIE, W., 1985, *El Camino de Santiago. Las peregrinaciones al sepulcro del apóstol*, Madrid.
- STURLUSON, S., 1984, *Saga de Egil Skallagrímsón*, Madrid.
- UBIETO, A., 1963, «La derrota de Carlomagno y la “Chanson de Roland”», *Hispania*, LXXXIX, pp. 3-28.
- , 1973, *El «Cantar de Mio Cid» y algunos problemas históricos*, Valencia.
- , 1982, «El valle de Hecho y la “Chanson de Roland”», en *II Semana cultural del valle de Hecho*, pp. 59-62.
- YOUNG, B., 1977, «Paganisme, christianisation et rites funéraires mérovingiens», *Archéologie Médiévale*, VII, pp. 5-81.

# EL OTERO DEL CID O CERRO TORRECID: ENCLAVE MILITAR DEL CAMPEADOR EN EL VALLE DEL JALÓN

POR

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ GARCÍA

*A mi buen amigo Ángel Sánchez Júdez,  
propietario de la finca Torrecid.  
In memoriam.*

## INTRODUCCIÓN

Según narra el *Poema de Mio Cid* en su Cantar Primero, dedicado al destierro del protagonista, el Cid, abandonado Castejón — hoy Castejón de Henares — atraviesa el Campo Torançio, sito en el límite de las provincias de Guadalajara y Soria y se interna en territorio hoy aragonés, entonces dependiente del reino moro de Zaragoza. Siguiendo el curso del río Jalón, dejando atrás Ariza y sin llegar a Cetina pernocta con sus hombres en un lugar todavía sin localizar; al día siguiente prosigue viaje aguas abajo del río Jalón, dejando atrás Alhama de Aragón, Bubberca y Ateca, asentándose «en un otero redondo, fuerte e grand» con la intención de conquistar el castillo de Alcocer<sup>1</sup> y de cobrar parias a las poblaciones limítrofes de Ateca y Terrer ante el desagrado de Calatayud<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Alcocer bien pudiera ser una posada fortificada al pie de un puente sobre el que discurría la calzada medieval, según los planteamientos comentados en este simposio por los profesores Míkel de Epalza y Gerold Hilty.

Sobre la hipótesis Alcocer = posada fortificada, vienen a colación los siguientes versos de Baltasar del Alcázar (1530-1606) de su obra *Una cena*:

*...de aqueste vinillo aloque / ¿De qué faberna se traxo.  
Mas ya..., de la del castillo...  
Por nuestro Señor que es mina / la taberna de Alcocer  
grande consuelo es tener / la taberna por vecina.*

No se intenta con estos versos identificar el Alcocer citado con el Alcocer de «entre Ateca y Terrer», sino apoyar la teoría de los profesores anteriormente citados.

<sup>2</sup> *Cantar*, vv. 530 a 572.



Reconocido el terreno el Campeador elige el lugar más adecuado estratégicamente para el asentamiento de sus hombres, por su situación y por el fácil abastecimiento de agua, pues «açerca corre Salón, agua nol puedent vedar»<sup>3</sup>, a continuación ordena levantar el campamento e instalar las tiendas «las unas contra la Sierra e las otras contra la agua»<sup>4</sup>. El motivo de reforzar estos dos puntos especialmente obedece al interés del Cid porque los musulmanes de Alcocer lo viesen asentado en ese lugar, justo en la ladera del cerro que baja hasta el río Jalón, intimidándoles de esta manera<sup>5</sup>. Al mismo tiempo le interesaba reforzar la parte sur-suroeste donde está la Sierra, pues es este punto el único vulnerable desde el cual podía sufrir un ataque sorpresa por detrás.

Posteriormente, siguiendo una táctica militar tradicional, el Cid ordena a sus hombres excavar un foso o cárcava<sup>6</sup> en previsión de un hipotético ataque musulmán al campamento.

Transcurridas quince semanas —según datos del *Cantar*<sup>7</sup>— y viendo que Alcocer resistía el asedio, decidió el Cid poner en práctica un ardid para conquistarlo<sup>8</sup>. Los resultados fueron óptimos pues gracias a él se pudo tomar la plaza, arrasarse prácticamente toda la población masculina del lugar<sup>9</sup> y obtener pingües beneficios económicos<sup>10</sup>.

Sobre la existencia de Alcocer<sup>11</sup> y la famosa batalla<sup>12</sup> que tuvo lugar entre las tropas moras de Valencia y las huestes del Cid, dando lugar a uno de los episodios más controvertidos del *Cantar*, se han escrito decenas de artículos, siendo la tendencia más usual la de dudar de su existencia<sup>13</sup> debido al desconocimiento de que:

- 1) Desde al menos el siglo XIV hasta el siglo XVII la acequia actual de La Losa y San Julián se llamó acequia de Alcocer, discurriendo paralela al camino de Calatayud y lindando con parajes como El Ballestar y San Julián, hoy bien localizados y muy próximos a la Mora Encantada, lugar que proponemos para situar Alcocer, pues está al lado de San Julián, de la acequia de La Losa<sup>14</sup>, del Ballestar; se encuentran en superficie numerosos restos de cerámica musulmana y cristiana y el topónimo Mora

---

<sup>3</sup> *Cantar*, v. 555.

<sup>4</sup> *Cantar*, vv. 557 a 563.

<sup>5</sup> *Cantar*, v. 563.

<sup>6</sup> *Cantar*, vv. 561 y 562.

<sup>7</sup> *Cantar*, v. 573.

<sup>8</sup> *Cantar*, vv. 576 a 610.

<sup>9</sup> *Cantar*, v. 618: «los moros yacen muertos, de bivos pocos veo».

<sup>10</sup> Este episodio ha sido estudiado por Alberto Montaner Frutos, 1987. También ha incidido sobre él en su trabajo para este Simposio.

<sup>11</sup> La existencia de Alcocer está probada documental, topográfica, toponímica y arqueológica. Véanse para ello los trabajos de Corral Lafuente y Martínez García, 1987, y Martínez García, 1989.

<sup>12</sup> SALVADOR MARTÍNEZ, H., 1975: Una rápida mirada a los géneros «gesta» e «historia» nos revela que las tácticas usadas por el Cid en Alcocer son las mismas que usó (posteriormente) Alfonso VII en la conquista de Castrogeriz, p. 64.

<sup>13</sup> CORRAL LAFUENTE y MARTÍNEZ GARCÍA, 1987, pp. 46 a 49 recogen todas las opiniones.

<sup>14</sup> Topónimo vial, según apuntó muy acertadamente en este Simposio el profesor Míkel de Epalza.



- Encantada suele indicar un yacimiento arqueológico, véase el caso de Daroca o Borja por citar sólo dos ejemplos.
- 2) Se desconocía una noticia del año 1612 en la cual se obliga a Domingo Vellestar a poner remedio para que el agua que baja de un barranco por la parte de la torre de Alcocer no desemboque en la ermita de San Julián sino que discurra cerro abajo y desagüe hacia la parte de la pieza de la Vicaría, la cual está ya en el llano, concretamente en el paraje del Ballestar, muy próxima al río Jalón<sup>15</sup>.

#### UBICACIÓN DEL CAMPAMENTO

Sobre la localización de Alcocer casi nadie ha resistido la tentación de ubicarlo en algún lugar o negar su existencia. Por contra, la situación del campamento base ha podido ser más complicada, es por esto que la mayoría de los especialistas obvian el tema o yerran; es el caso del profesor Ubieto, que sitúa el emplazamiento del Cid en el cerro de Salvatoria, sin duda por aproximarlo a Peñalcazar<sup>16</sup>, o Ian Michael, que lo sitúa en un cerro a orillas del río Piedra por conveniencia al identificar Alcocer con Castejón de las Armas<sup>17</sup>.

La señalización correcta de Torrecid como campamento del Cid la efectuó ya el erudito atecano Francisco Ortega en el año 1924<sup>18</sup> gracias a su conocimiento del terreno y de la toponimia local. Posteriormente, ya en 1970, Criado de Val<sup>19</sup>, sin conocer el trabajo anterior, también propone el Cerro Torrecil como lugar de asentamiento del Campeador, recogiendo a su vez la todavía existente tradición local de que por los pagos de Ateca el Cid permaneció un tiempo con sus huestes, librando una importante batalla contra los moros en el paraje actual del Ballestar, casualmente lugar muy próximo a Alcocer/Mora Encantada y en el cual Ortega dice que los agricultores de Ateca han recogido puntas de flechas y lanzas.

Ya en 1986, fruto de un trabajo exhaustivo de investigación en los Archivos de Protocolos Notariales, Municipal y Eclesiástico de Ateca, pudimos constatar que en el año 1500 existía en Ateca un paraje denominado Oter del Cit u Otero del Cid en 1588, altamente clarificador. Las pistas se difuminan para etapas posteriores hasta llegado el año 1859, donde al efectuarse el primer catastro de la propiedad rústica realizado en Ateca aparece el topónimo Torre el Cid y posteriormente Torrecid<sup>20</sup>.

---

<sup>15</sup> La cita completa aparece en MARTÍNEZ GARCÍA, 1989, 314. Por su interés la vuelvo a reproducir: «Domingo Vellestar tiene una llantado encima de la ermita de San Julian, an de tener obligación de defender que el agua que baxa de un barranco que ban al Campo por la parte de acia el lugar de la torre de Alcocer no pueda ir incia la dicha hermita, antes bien a decir abrevar por el alda de aquel cerro a salir acia la pieza de la Bicarria y se tiene deseo obligar al dicho Vellestar» (Archivo Municipal de Ateca, año 1612, fol. 225 r.º).

<sup>16</sup> UBIETO, Ant., 1973.

<sup>17</sup> MICHAEL, I., 1976.

<sup>18</sup> ORTEGA, F., 1924, 8.

<sup>19</sup> CRIADO DE VAL, M., 1970, 97.

<sup>20</sup> MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., 1989, 315.

Es nuestra opinión identificar ese otero fuerte y grande, citado en el *Cantar*, con el Oter del Cid aparecido en los documentos del siglo XVI y con el Torrecid de la documentación del siglo XIX.

Actualmente este montículo aparece denominado como Cerro Torrecil en el mapa 437 (Ateca, 1/50.000) del Instituto Geográfico y Catastral del Ejército. Posiblemente por confusión con otro cerrete próximo denominado Cerro Gil la «d» final de Torrecid se vea convertida oficialmente en «l», aunque a decir verdad los habitantes de Ateca siguen conociéndolo como cerro Torrecid.

#### DESCRIPCIÓN DEL OTERO

Se encuentra localizado en el término municipal de Ateca, a unos 2.500 metros de la población, según el mapa del Ejército, escala 1/50.000, anteriormente citado y está dentro de las coordenadas 30T XL 017745<sup>21</sup>.

Geográficamente el Otero es un pequeño cerro de unos 700 metros de altitud, prácticamente mimetizado con el paisaje, desde el cual se controla perfectamente todo el valle del río Jalón desde Ateca hasta Calatayud, incluidos Alcocer y Terrer. Su aislamiento físico lo hace casi inexpugnable con la excepción ya comentada de su lado sur, más en contacto con el cerrete próximo.

A sus pies discurre el río Jalón, de cuyo antiguo cauce da fe al abandonado meandro, perceptible hoy todavía desde la cima del otero.

Su emplazamiento en la margen derecha del río le protege de posibles ataques de las poblaciones musulmanas vecinas, enclavadas todas ellas en la orilla opuesta del Jalón.

Cuando coronamos el Otero en el año 1986<sup>22</sup> todavía eran perceptibles en superficie restos de un muro de mampostería careada de aspecto muy tosco, con una longitud de unos 4 metros, sobresallendo del terreno de 5 a 10 cm<sup>23</sup>.

#### LOS TRABAJOS DE EXCAVACIÓN

Demostrada documental y topográficamente la existencia de Alcocer en la Mora Encantada y del Otero del Cid en el cerro llamado Torrecid o Torrecil, sólo la arqueología podía sacar a la luz aspectos nuevos relacionados con el *Cantar del Cid*, bien corroborando las tesis expuestas, bien anulando lo que parecía evidente.

Así pues, en el verano de 1987 comenzaron los trabajos propios de excavación y que de una manera ininterrumpida han continuado hasta el momento actual. Por ello mi agradecimiento a Ricardo Mozo y Julián Millán por su responsabilidad técnica, a Juan José Borque, José Luis Corral y Ángel Aranda por su asesoramiento, a María Jesús Esteban, Sonia Pausa, Pilar Soler y Aurora

---

<sup>21</sup> MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., 1990.

<sup>22</sup> Expedición formada por Juanjo Borque, José Luis Corral, Agustín Sanmiguel y Francisco Martínez.

<sup>23</sup> CORRAL, J. L. y MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., 1987, 57.

Soler por sus trabajos en el dibujo de piezas, a la Institución Fernando el Católico y Ayuntamiento de Ateca por el mantenimiento económico de los trabajos, a Ángel Sánchez, propietario de la finca y a sus herederos posteriormente por permitir excavar en sus propiedades y por supuesto a todos los que con su esfuerzo en los trabajos de campo han contribuido al desarrollo del estudio, algunos ya citados en la relación de participantes de la primera campaña<sup>24</sup>. Para los incorporados posteriormente, mi reconocimiento a Ana Albuixech, María Blasco, Isabel Campos, Crisógono Cristóbal, Diego Dionisio, Antonio Domínguez, Ana Gracia, María del Mar Jaca, Ramón Lasaosa, Jesús Martín, Antonio Martínez Mendizábal, José Manuel Martínez Torrecilla, María Molinero, Carlos Novellón, Joaquín Sáenz, Héctor Sánchez, Andrés Sarmiento, Francisco Sarmiento, Piluca Sarto, Mar Segura y Francisco Simorte.

Una vez en el yacimiento y elegido el punto «0» se trazó en un principio una cuadrícula de 8 m de lado, dividida en cuadros de un metro de lado, asignando las letras al eje de ordenadas y los números para el de abscisas. Con posterioridad se ha ampliado la cuadrícula hasta conformar un rectángulo de 18 m de lado en el eje de ordenadas y 9 m en las abscisas, con una nueva ampliación en el lado suroeste de 21 metros cuadrados, lo que nos da un total de 423 metros cuadrados excavados hasta el momento.

## EL YACIMIENTO

Es claro y notorio que de un yacimiento arqueológico no se pueden obtener conclusiones definitivas hasta que no ha finalizado la excavación, aunque sí es posible aventurar algunos resultados aun a sabiendas de que muy posiblemente alguno de ellos tenga que ser desechado cuando obtengamos las conclusiones definitivas. Por ejemplo, en la publicación de los resultados logrados en la primera campaña, dados a conocer en las jornadas celebradas en el año 1987 sobre el Estado Actual de la Arqueología en Aragón, se puede leer que la primera hipótesis sobre el campamento del Caboso estaba basada en la existencia de un torreón central de 4,56 por 2,95 m, con dependencias adosadas, alrededor del cual se plantaron las tiendas de campaña, siendo misión de la torre del homenaje servir como cuerpo de guardia del ejército castellano para vigilancia del valle y refugio en caso de un hipotético ataque musulmán.

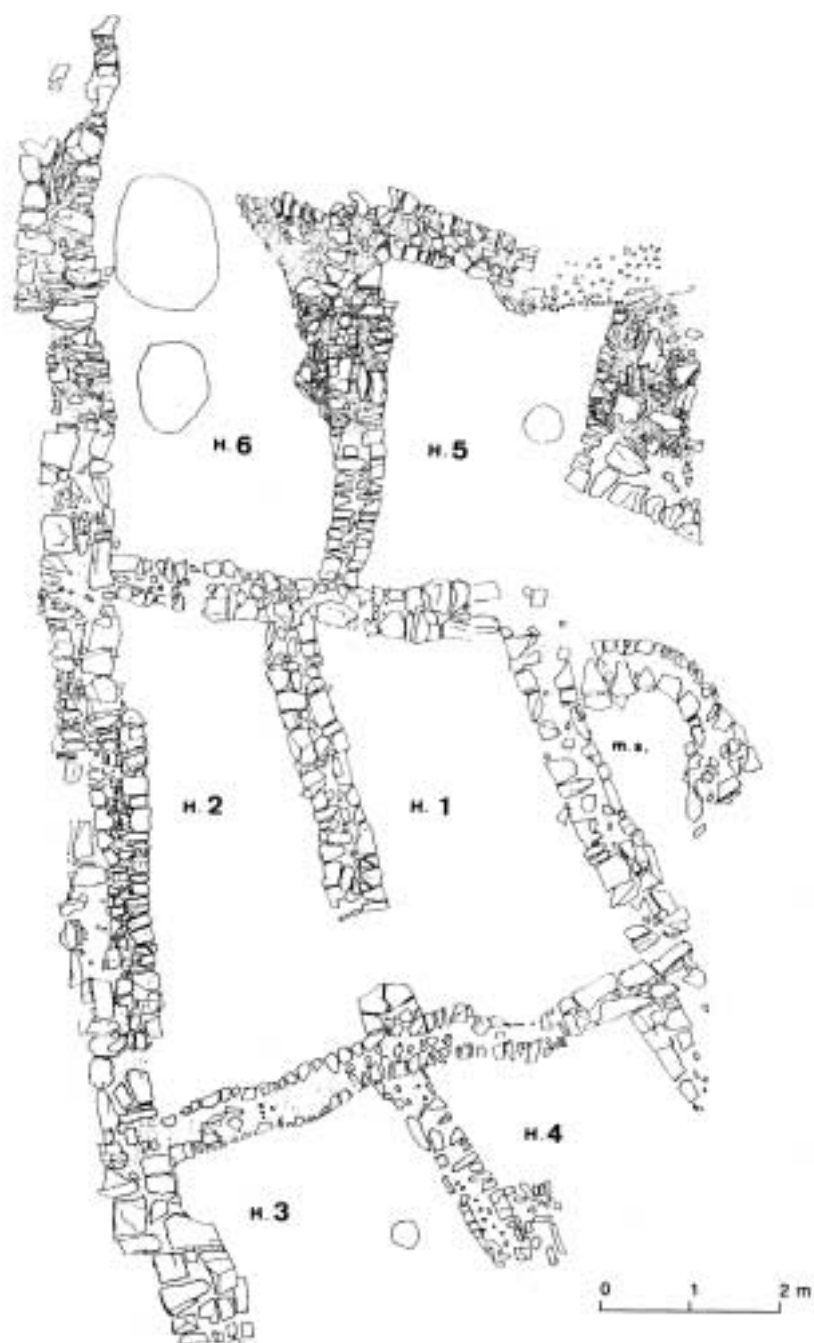
Como podrá comprobarse más adelante, lo que en principio era considerado un torreón hoy está descartado totalmente y le denominamos Habitación 1.

En el momento de redactar esta síntesis se llevan excavadas seis habitaciones, a las que daremos una numeración correlativa coincidiendo con el momento de su aparición, que permiten aventurar una hipótesis sobre la conformación del campamento, distribución, utilidad y extensión.

El campamento está construido con una idea semisedentaria aunque con las mínimas comodidades. Todos los muros de las habitaciones, de los cuales sólo resta en pie lo que podríamos denominar zócalo, levantan unos 40 cm del sue-

---

<sup>24</sup> MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., 1990.



Planimetría del área excavada en el cerro Torrecid, con los restos de muros de la fortificación cidiana.

lo y están contruidos de un modo muy sencillo, ofreciendo un tipo de mampuesto careado solamente por la cara exterior, cuyo único mortero es el barro (agua y tierra) sin cal ni yeso, apoyando directamente en la roca madre, la cual en algunas habitaciones ha sido extraída para nivelar el suelo siendo colocada posteriormente como mampuesto del muro.

#### ANÁLISIS DEL CAMPAMENTO

Siguiendo el orden cronológico de excavación, los primeros resultados vinieron como consecuencia del estudio de la Habitación «1», de 4,56 x 2,95 m de lado. Está excavada en la propia roca, aprovechándose las diferencias de altura entre ambas paredes, levantándose los muros suroeste y sureste sobre el propio suelo (roca madre nivelada) y los muros noroeste y noreste sobre la roca madre en su punto superior, evitándose de esta manera esfuerzo y material.

La anchura de los muros oscila entre los 60 y 80 cm restando del suelo unos 65 cm para los muros sin roca como zócalo y 1,05 para los levantados sobre la roca madre, estos últimos muy deteriorados, quedando del muro sureste tan sólo el vértice izquierdo y el resto en semiderrumbe.

Junto al muro este aparece el arranque de otro semicircular de 55 cm de anchura, levantado sobre la roca madre y del cual sólo permanece en pie la primera hilada. Todavía sin confirmar podría ser el zócalo de un torreón semicircular anexionado.

Este primer habitáculo comunica por su lado oeste con la Habitación «2» mediante una puerta de 1 m de anchura, de la cual pueden apreciarse, en derrumbe, las piedras que sirvieron de dintel a la entrada. Tiene forma trapezoidal y unas medidas de 6,35 x 2,80 x 5,70 x 2 m. Los muros son de un grosor similar a la primera Habitación, estando contruidos igualmente sobre la roca madre, apreciándose en el muro oeste un sobremuro posterior. Este aterrazamiento del terreno ante un firme claramente desnivelado se efectuó bien para asentar posteriormente el muro, bien para levantar una pared de refuerzo tras haberse reventado el primitivo muro como consecuencia de la inclinación del terreno.

Ambas habitaciones posiblemente conformen el núcleo más primitivo del campamento construyéndose en una primera fase.

Al oeste de la Habitación «2» ya no se observa ningún tipo de construcción anexa sino grandes bolsas de ceniza sobre la propia roca madre, con restos de cerámica y abundantes huesos de animales, lo que parece indicar que estamos ante la presencia de basureros exteriores donde se depositaban los desperdicios que serían arrojados desde el interior del habitáculo por algún vano abierto en pisos superiores.

Ambas habitaciones «1» y «2», comunicadas entre sí, no tienen ninguna salida al exterior ni a dependencias anexas, lo que parece indicarnos que la entrada no estaría situada a pie llano sino elevada, siguiendo la tradición de los castillos de reconquista, accediéndose al interior mediante escalera portátil.

Detrás de la Habitación «2» tenemos la Habitación «3», con un muro común entre ambas que será el sur para la «2» y el norte para la «3». De esta Habitación posiblemente su muro oeste corresponda a la primera fase constructiva del

campamento, mientras que el muro este se construyó posteriormente ya que no hacen llave las piedras del mampuesto con el muro que inerva. Tampoco hay que descartar la posibilidad de que no fuese un muro posterior sino una deficiencia técnica constructiva de los hombres del Cid.

Este espacio carece de muro sur, conformando un habitáculo en forma de «U» invertida. Esta ausencia se puede deber, bien a que jamás lo tuvo y se pensó construir una especie de cobertizo con abundante aireación o bien ha desaparecido por los trabajos de roturación del campo en el cual se encuentra el yacimiento.

Sus medidas son de 2,60 x 2,90 x 3 m y en él destaca la aparición de un hogar de 40 cm de diámetro; situado a 60 cm del muro este, tiene forma circular y está asentado sobre la roca madre y está moldeado con barro sin cocer, utilizándose un grueso desgrasante. Junto a él y conformando un ángulo entre los muros norte y este, a unos 90 cm del hogar, apareció una enorme bolsa de cenizas en polvo, de 30 cm de grosor, sin impurezas de carbón vegetal y con abundantes muestras de huesos de animales, indicándonos que junto al hogar, punto de reunión de los comensales, se depositaban los desperdicios alimenticios y combustibles.

Junto a esta permanencia aparece la Habitación «4», cuyo muro oeste se corresponde con el muro este de la Habitación «3» y cuyo muro norte coincide con el muro sur de la Habitación «1». Sus medidas son: 1,90 x 2,80 x 1,60 m. Este espacio, todavía sin excavar en su totalidad, parece tener una estructura similar a la descrita para la Habitación «3», aunque de momento se carezca de más datos de interés.

Con posterioridad se han excavado dos habitaciones más, numeradas como las «5» y «6», situadas ambas en la parte norte del yacimiento.

La Habitación «5» tiene forma rectanguloide, está conformada en su parte sur por el muro norte de la Habitación «1», con una longitud de 2,80 m y una anchura media de 70 cm. El muro oeste divide la estancia de la Habitación «6» y tiene una longitud de 4,40 m y una anchura media de 70 cm. Su muro norte, de una longitud de 3,10 m, está levantado con técnica de construcción mixta ya que su mitad izquierda, de mampuesto careado, inerva en la roca madre conformando la totalidad del muro.

La pared este, también inervada en la roca madre, parece conformar el zócalo de una posible torre del homenaje cuya hipótesis habrá que confirmar cuando se amplíe la cuadrícula hacia el este en sucesivas campañas de excavación. El espacio interior de este habitáculo es extraño pues se divide en dos: un foso excavado en la roca madre y una parte sobreelevada en la cual ha aparecido otro hogar de unos 40 cm de diámetro y similares características al ya descrito de la Habitación «3», distando éste 15 cm de la pared de la torre del homenaje y 7 cm del foso. Junto a él apareció una pequeña bolsa de ceniza con algún resto de cerámica.

La Habitación «6» se localiza a la izquierda de la Habitación «5», su muro este coincide con el oeste de la habitación anterior y el muro sur se corresponde con el norte de la Habitación «2». Limita el campamento por su parte oeste con un muro construido en la primera fase que alcanza una anchura de un metro en varios puntos. Todavía no se ha encontrado el muro de cierre, siendo su



característica principal la aparición de dos silos para almacenar grano y alimentos; uno de ellos ya está excavado, en el que hemos podido recoger restos de forja, cerámica y un gran canto de río. El segundo silo permanece todavía sin excavar. Una vez analizadas las muestras recogidas en los silos sabremos qué tipo de cereal consumían y por tanto la época del año en la que permanecieron en Torrecid, que bien pudo ser primavera o verano si su estancia corresponde, como parece, con el primer destierro histórico del Cid en el año 1081<sup>25</sup>.

## ESTRATIGRAFÍA

El área excavada presenta un solo nivel de ocupación, dividido en distintos estratos:

sv: Manto vegetal, de 5 a 10 cm.

a<sub>1</sub>: Estrato compuesto en su mayor parte de mampuesto procedente del derrumbre de los muros, de unos 30 a 40 cm de potencia.

a<sub>2</sub>: Capa de tierra compacta que pertenece a la época de ocupación del campamento, mantiene una potencia de 5 a 10 cm y aparece depositada sobre la propia roca madre. Aquí suelen aparecer los restos de cerámica, forja, huesos, ceniza, etc.

Es destacable en la estratigrafía del campamento la capa carbonífera aparecida en la Habitación «1» debida al posible desplome de la cubierta. Dato indicativo de un habitáculo con techumbre de madera, materia mucho más fácil de conseguir, más ligera y más rápida en cuanto a modo de construcción se refiere, la cual es muy posible que fuese quemada por las propias gentes del Campador al abandonar el campamento, desplomándose en bloque posteriormente. Este hecho quizás se deba al deseo del Cid de llamar la atención de los musulmanes indicándoles su partida o bien quiso evitar una reutilización posterior del campamento.

## MATERIALES LOCALIZADOS

Hasta el momento todos los fragmentos de cerámica aparecidos pertenecen al tipo denominado cerámica común, de colores grises en sus distintas gamas hasta llegar al negro, y ocres también en sus distintas tonalidades. Todos ellos son perfectamente eumarcables en el siglo XI, dentro del tipo de cerámica denominado de «reconquista». También ha aparecido algún fragmento aislado de «terra sigillata» romana o de tradición romana descontextualizado, al igual que un pondus celtibérico, fragmentado y quemado en uno de sus extremos.

Hasta el momento se ha localizado un total de 42 fragmentos de bordes, 68 piezas entre restos de cuellos, lomos, panzas y carenas, de ellas 18 decoradas,

---

<sup>25</sup> VIGUERA, M.<sup>a</sup> J., 1988. El profesor Afif Turk citó en este Simposio el verano como época en la cual el Cid permaneció en el valle del Jalón.

9 asas, 19 bases, 13 objetos de forja, 1 cántaro casi completo<sup>26</sup>, 5 fichas de cerámica, 1 bola de honda y abundante carbón. Junto a esto numerosos restos óseos de rumiantes y conchas de moluscos pertenecientes a almejas de río y caracol de tierra<sup>27</sup>.

#### INVENTARIO DE MATERIALES

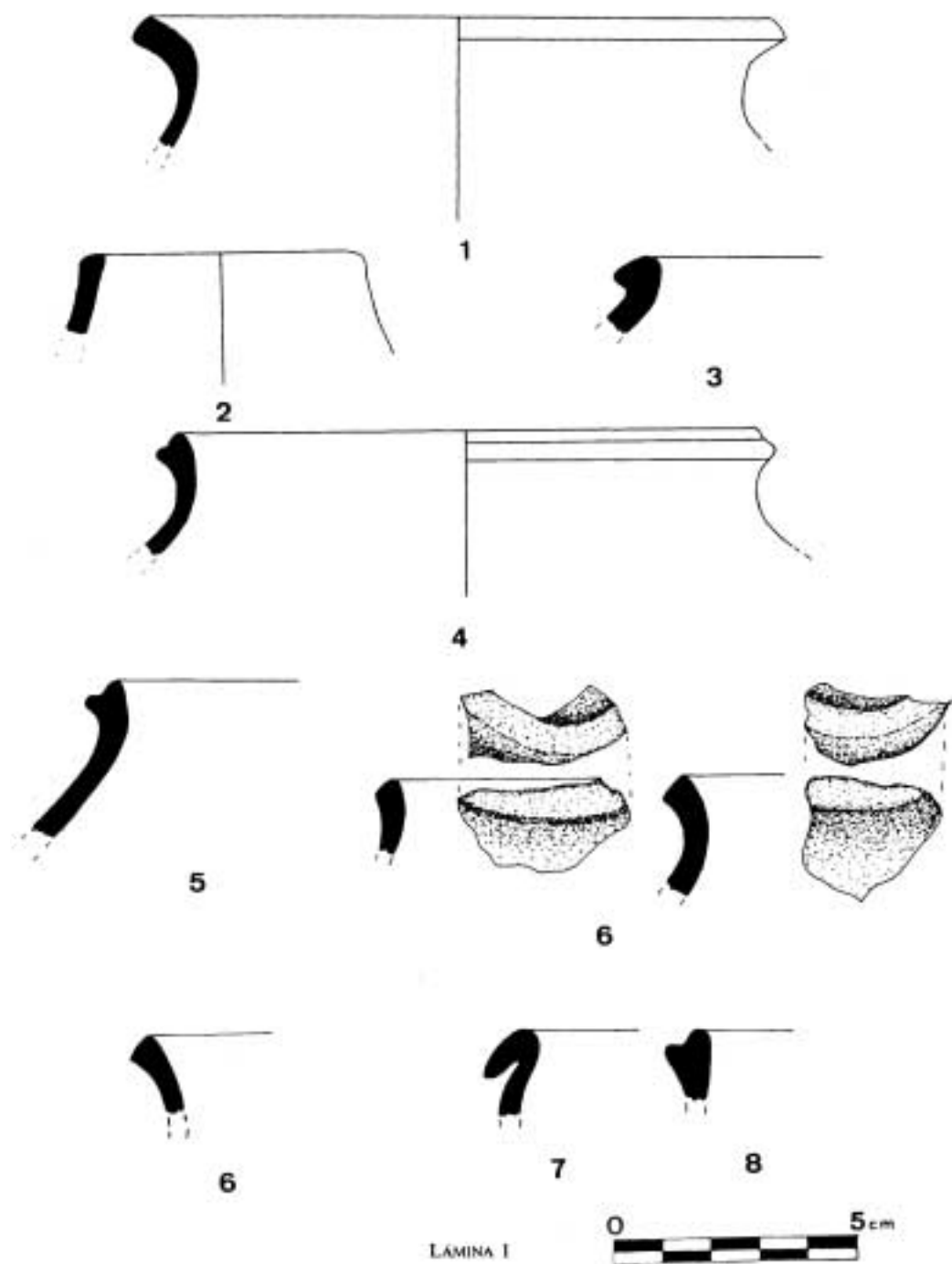
##### *Bordes*

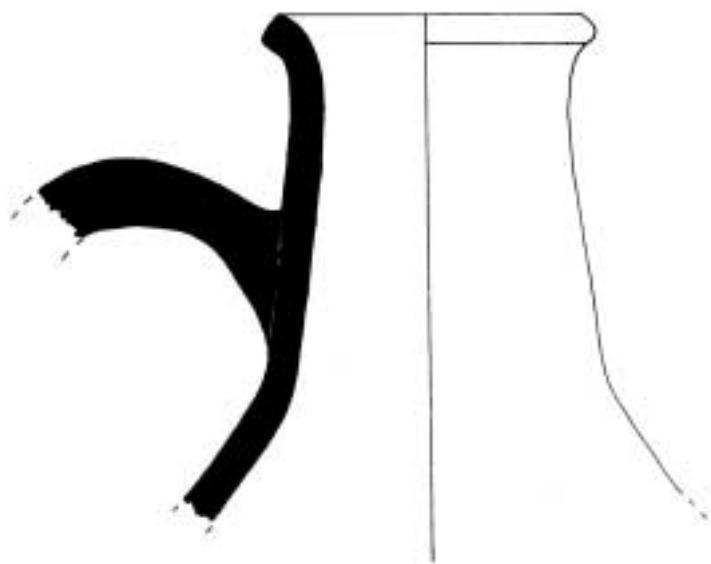
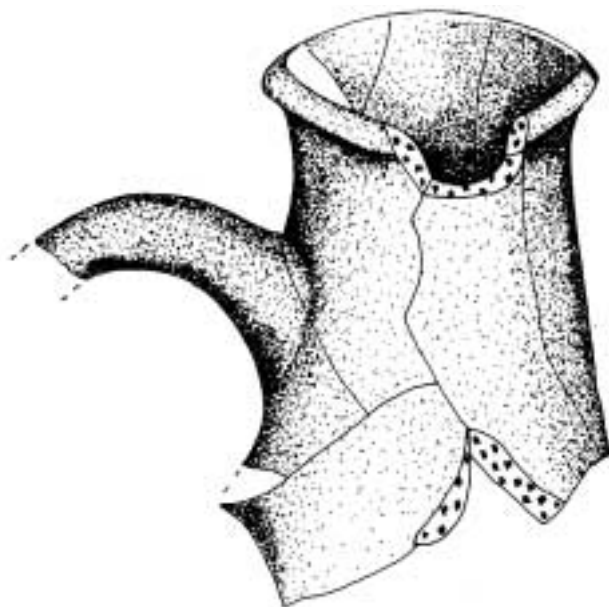
Total: 39

- Lám. 1.1. Desgrasante medio y fino, color negro, cocción reductora, torno lento. Apareció un fragmento en el cuadro 4/F' y otro en el 6/D'.
- Lám. 1.2. Desgrasante medio, color tierra siena claro, cocción oxidante, torno lento.
- Lám. 1.3. Desgrasante medio y fino, cocción reductora, color gris, torno lento.
- Lám. 1.4. Desgrasante medio y fino, cocción reductora, color negro, acordonado hacia el exterior, torno lento.
- Lám. 1.5. Desgrasante medio y fino, torno lento, cocción reductora, color gris, acordonado hacia el exterior.
- Lám. 1.6. Desgrasante medio, cocción reductora, torno lento, color gris.
- Lám. 1.7. Desgrasante medio y fino, cocción reductora, torno lento, color gris.
- Lám. 1.8. Desgrasante fino, cocción reductora, torno lento, color negro. Acordonado hacia el exterior.
- Lám. 2.1. Desgrasante medio y fino, cocción oxidante, color tierra siena claro, torno lento. Aparecido en los cuadros 8/E', 10/C' y 10/D'.
- Lám. 3.1. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color negro, cocción reductora, torno.
- Lám. 3.2. Cerámica común, desgrasante fino, color gris, cocción reductora.
- Lám. 3.3. Cerámica común, desgrasante fino, vidriada en tonos melados y verdosos. Siglos XIX-XX.
- Lám. 3.4. Cerámica común, desgrasante fino, color gris, cocción reductora.
- Lám. 3.5. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora.
- Lám. 3.6. Cerámica común, desgrasante fino, color gris, cocción reductora.
- Lám. 3.7. Cerámica común, desgrasante fino, color gris-negro, cocción reductora.
- Lám. 4.1. Cerámica común, desgrasante medio, color tierra, cocción oxidante.
- Lám. 4.2. Cerámica común, desgrasante medio, color gris-negro, cocción reductora.
- Lám. 4.3. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora.
- Lám. 4.4. Cerámica común, desgrasante medio, color ocre, cocción oxidante. Perteneció a una vasija globular.
- Lám. 5.1. Cerámica común, desgrasante fino-medio, color tierra-siena, cocción oxidante, torno.
- Lám. 5.2. Cerámica común, desgrasante medio, color negro, cocción reductora, torno.
- Lám. 5.3. Cerámica común, desgrasante medio, torno, color gris claro, cocción reductora.
- Lám. 5.4. Cerámica común, desgrasante fino, color tierra siena, cocción oxidante.
- Lám. 5.5. Cerámica común, desgrasante medio, color negro, cocción reductora.

<sup>26</sup> Figura 19.

<sup>27</sup> Los restos óseos han sido analizados por Marian Hernández Barquinero.

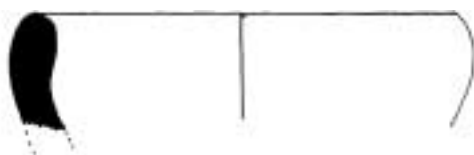




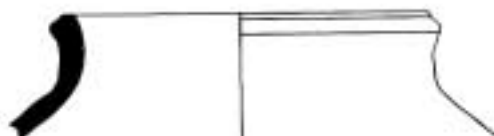
1

LÁMINA 2

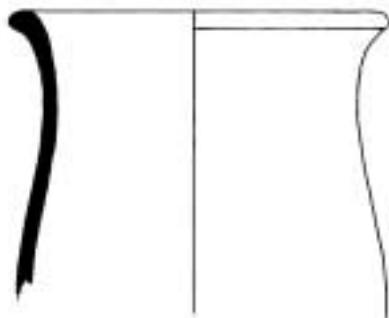




1



2



3



4



5



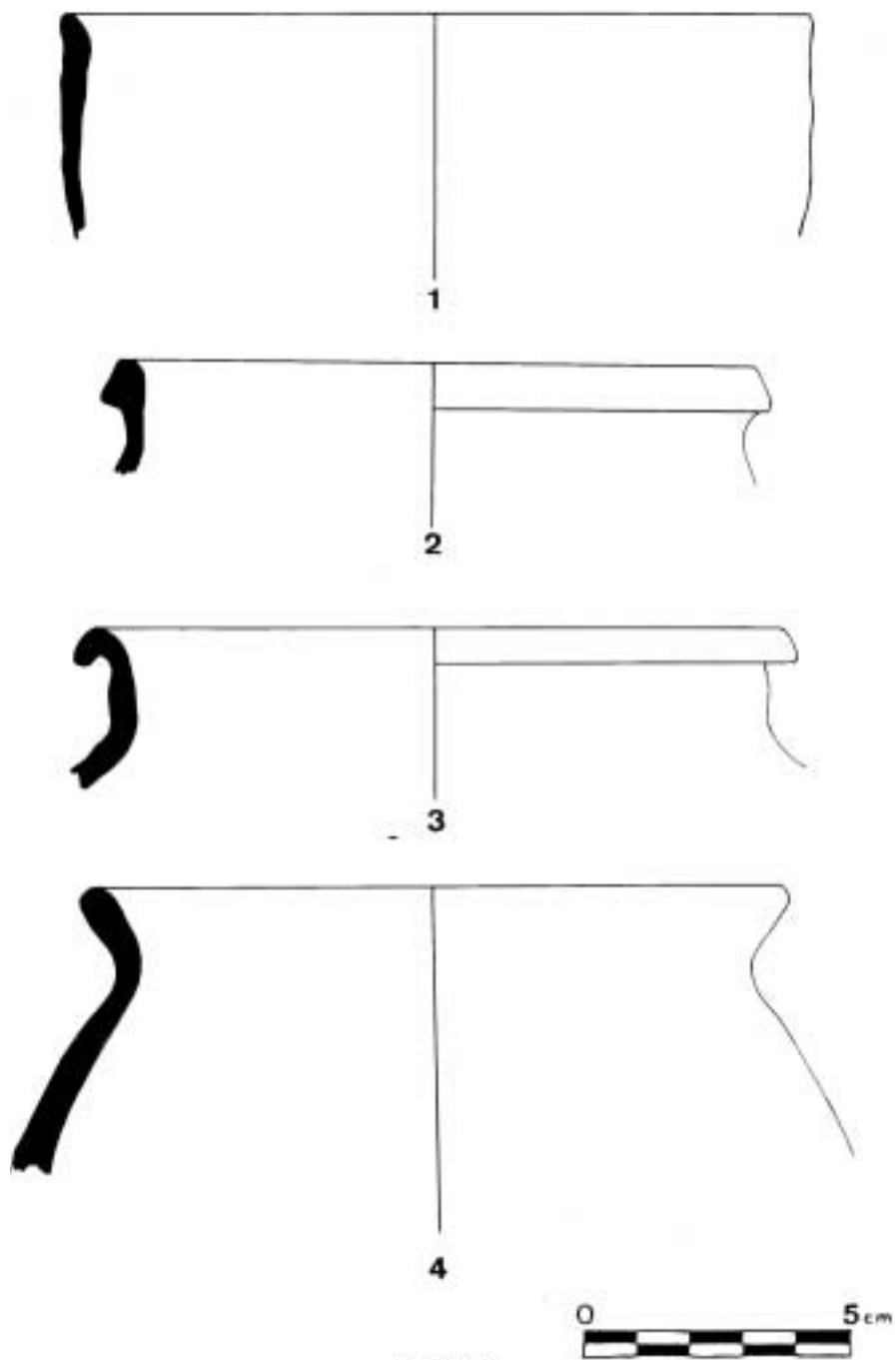
6



7

LAMINA 3





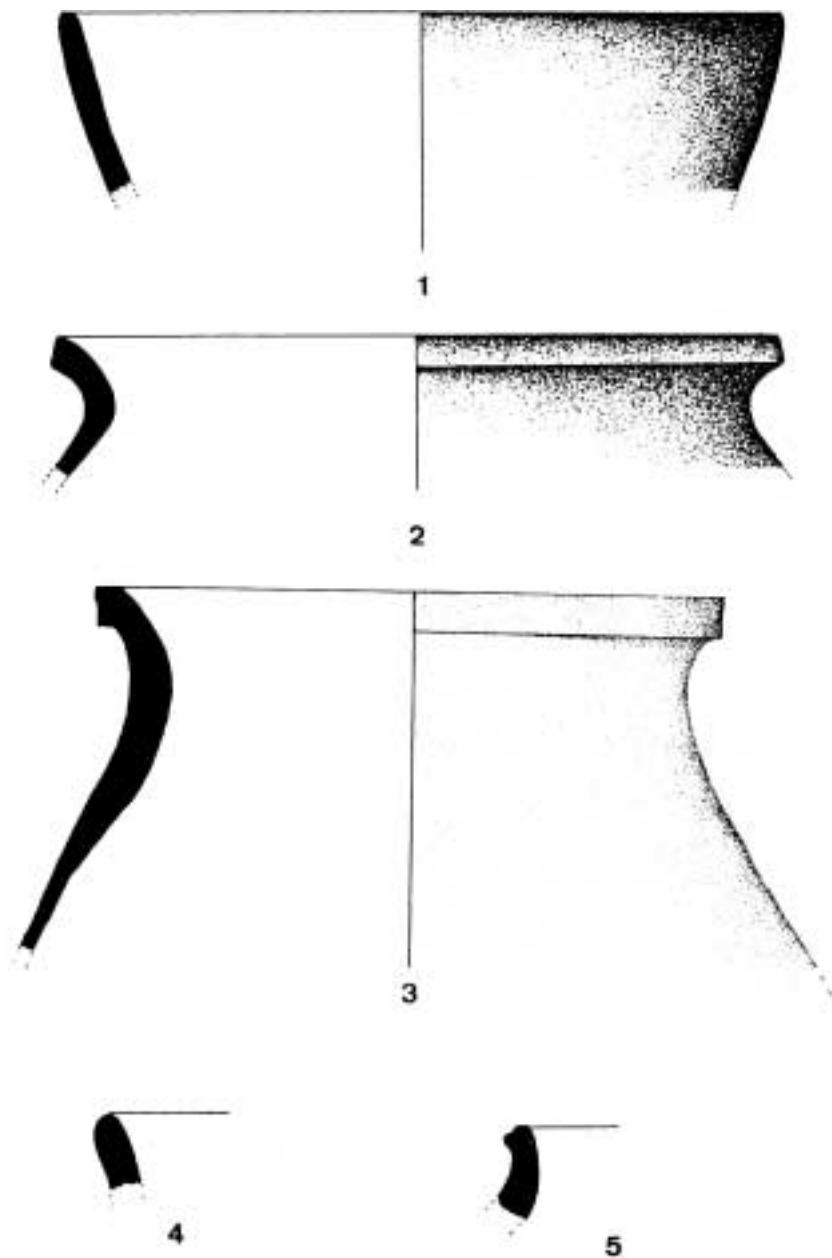
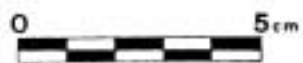


LÁMINA 5



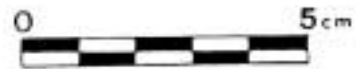
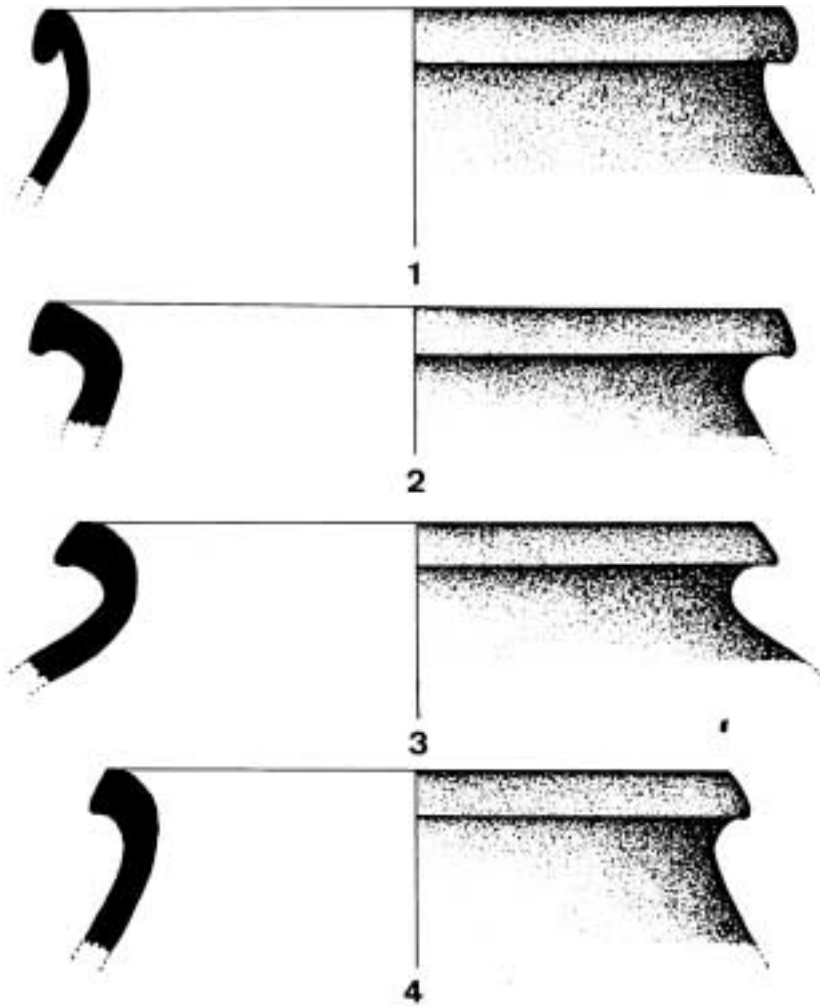


LÁMINA 6





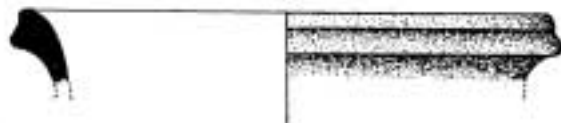
1



2



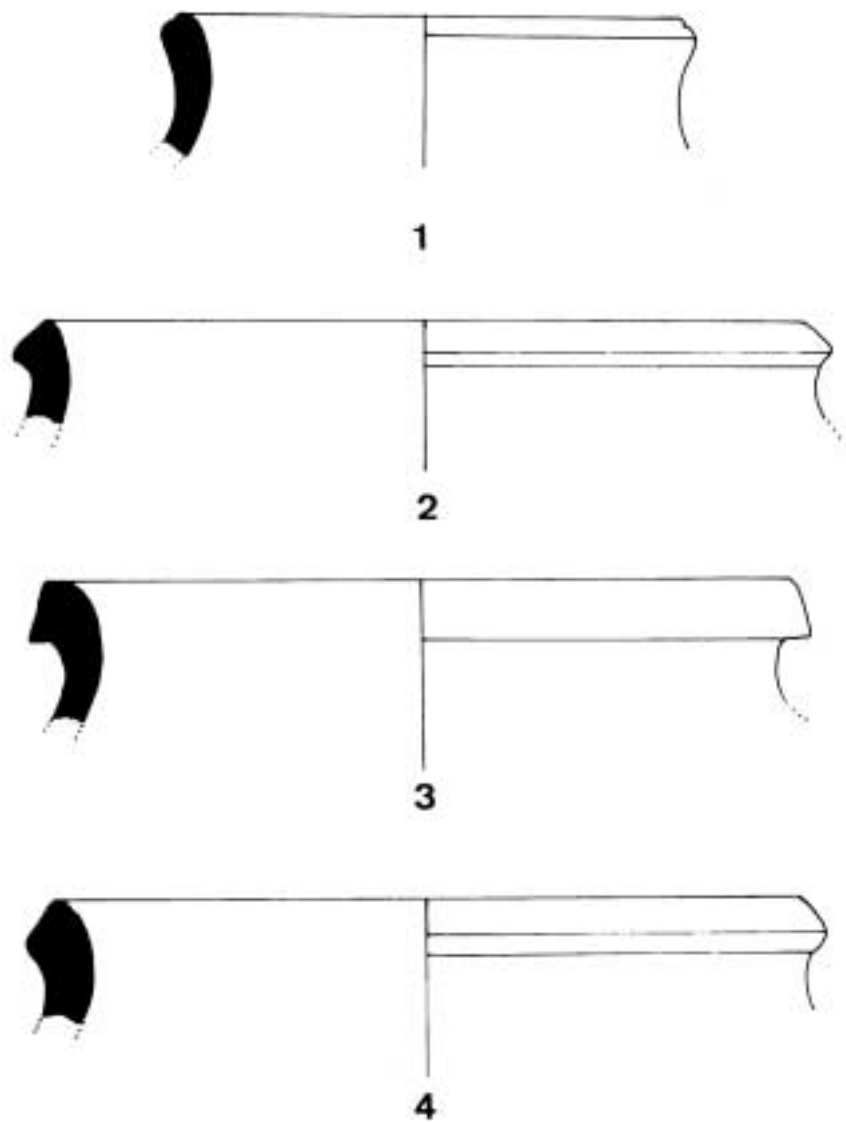
3



4



LAMINA 7



LAMINA 8

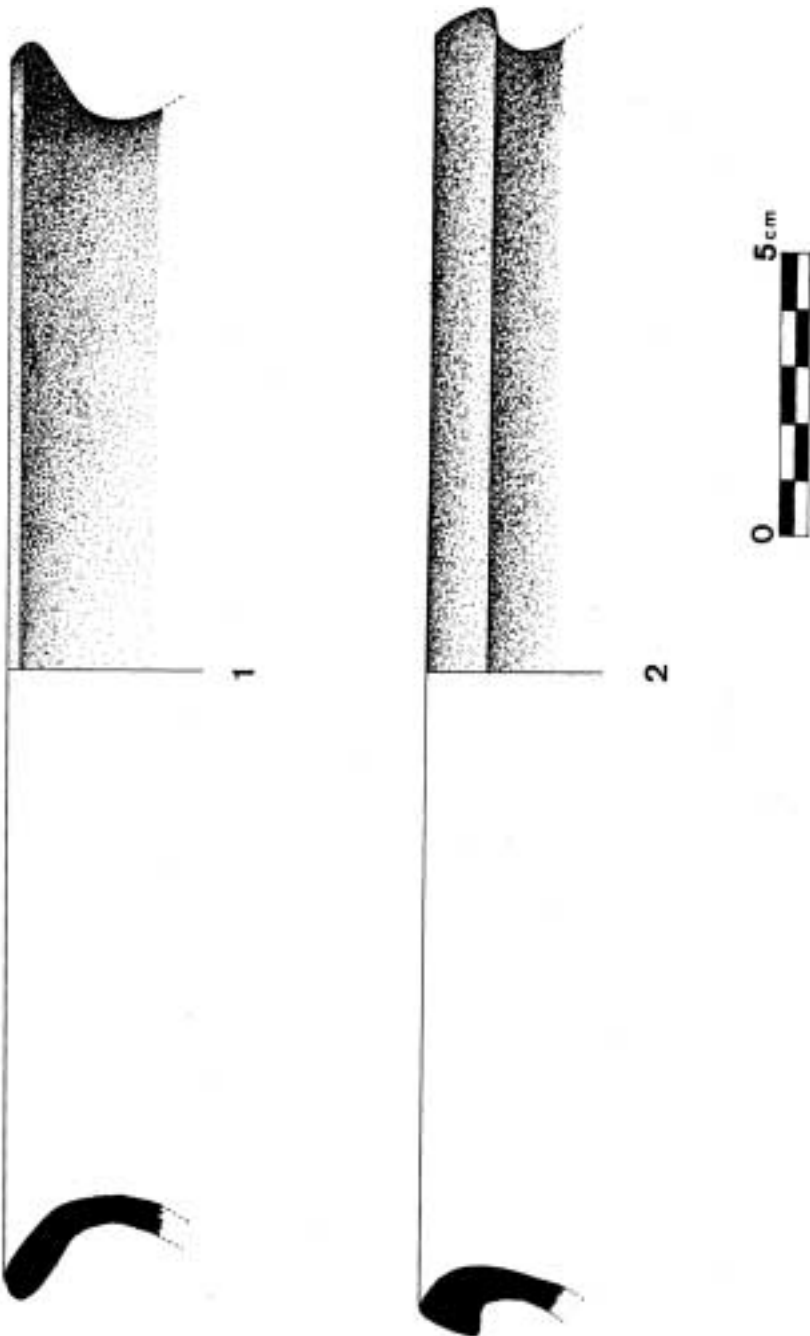


LÁMINA 9

- Lám. 6.1. Cerámica común, desgrasante medio, color gris (exterior) y ocre (interior), cocción reductora, torno.
- Lám. 6.2. Cerámica común, desgrasante medio, color negro, cocción reductora, torno.
- Lám. 6.3. Cerámica común, desgrasante grueso, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 6.4. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color negro, cocción reductora, torno.
- Lám. 7.1. Cerámica común, desgrasante medio, color negro, cocción reductora.
- Lám. 7.2. Cerámica común, desgrasante fino-medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 7.3. Cerámica común, desgrasante fino, color negro, cocción reductora, torno.
- Lám. 7.4. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color negro, cocción reductora, torno.
- Lám. 8.1. Cerámica común, desgrasante fino, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 8.2. Cerámica común, desgrasante fino-medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 8.3. Cerámica común, desgrasante fino-medio, cocción reductora, color gris, torno.
- Lám. 8.4. Cerámica común, desgrasante fino-medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 9.1. Cerámica común, desgrasante medio, color ocre-tierra, cocción oxidante, torno.
- Lám. 9.2. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.

### *Partes intermedias*

Total: 21

- Lám. 10.1. Cerámica común, desgrasante fino, color ocre siena claro, cocción oxidante. Acanaladura central.
- Lám. 10.2. Cerámica común, desgrasante fino, color gris, cocción reductora. Ligeras acanaladuras.
- Lám. 10.3. Cerámica común, desgrasante medio y fino, color tierra siena claro, cocción oxidante, torno lento. Decoración plástica con una banda en relieve alrededor y cordón triangular con pequeña acanaladura en la parte superior.
- Lám. 10.4. Cerámica común, desgrasante medio, color gris-ocre (exterior) y gris (interior), torno.
- Lám. 10.5. Cerámica común, desgrasante fino, color ocre tierra siena, cocción oxidante, torno.
- Lám. 10.6. Cerámica común, desgrasante fino-medio, color tierra, cocción oxidante, torno.
- Lám. 10.7. Cerámica común, color gris, desgrasante fino-medio, cocción reductora. Decoración acanalada.
- Lám. 10.8. Cerámica común, color gris, desgrasante medio, cocción reductora. Decoración acanalada.
- Lám. 10.9. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color negro, cocción reductora, torno lento. Decoración acanalada.
- Lám. 10.10. Cerámica común, desgrasante fino, color tierra siena claro, cocción oxidante, torno lento, con engobe.

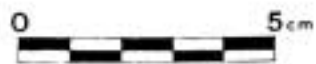
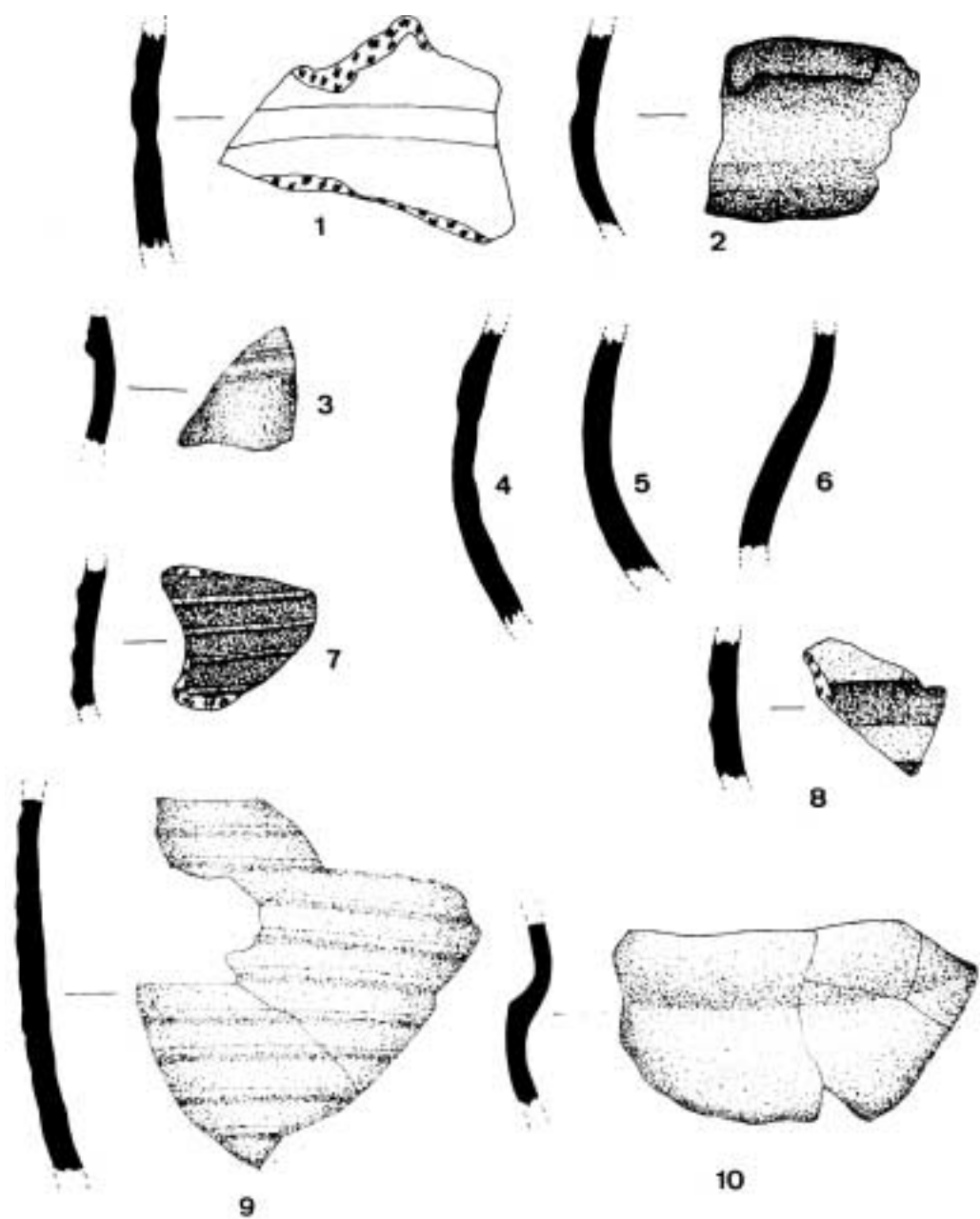


LÁMINA 10

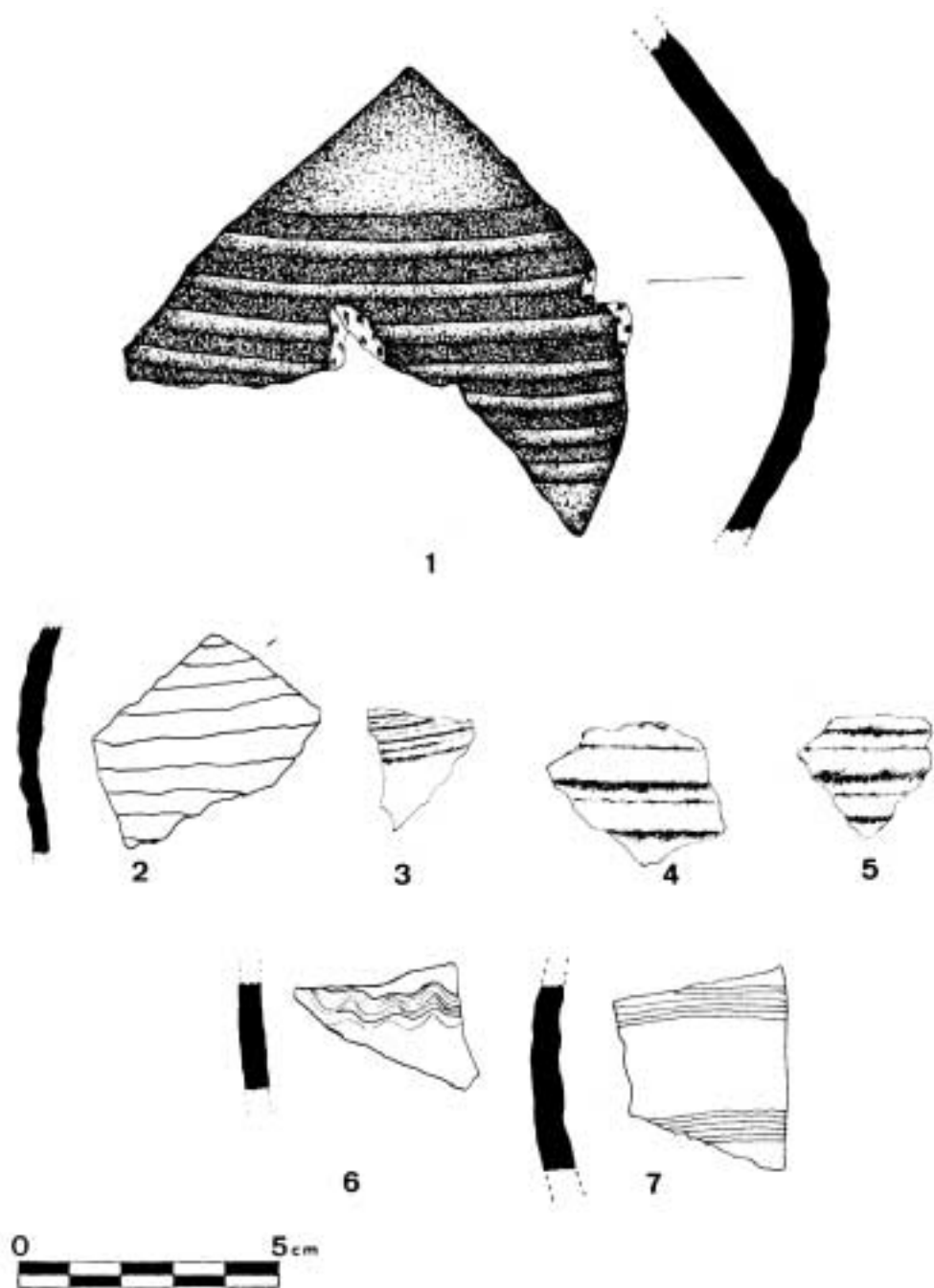
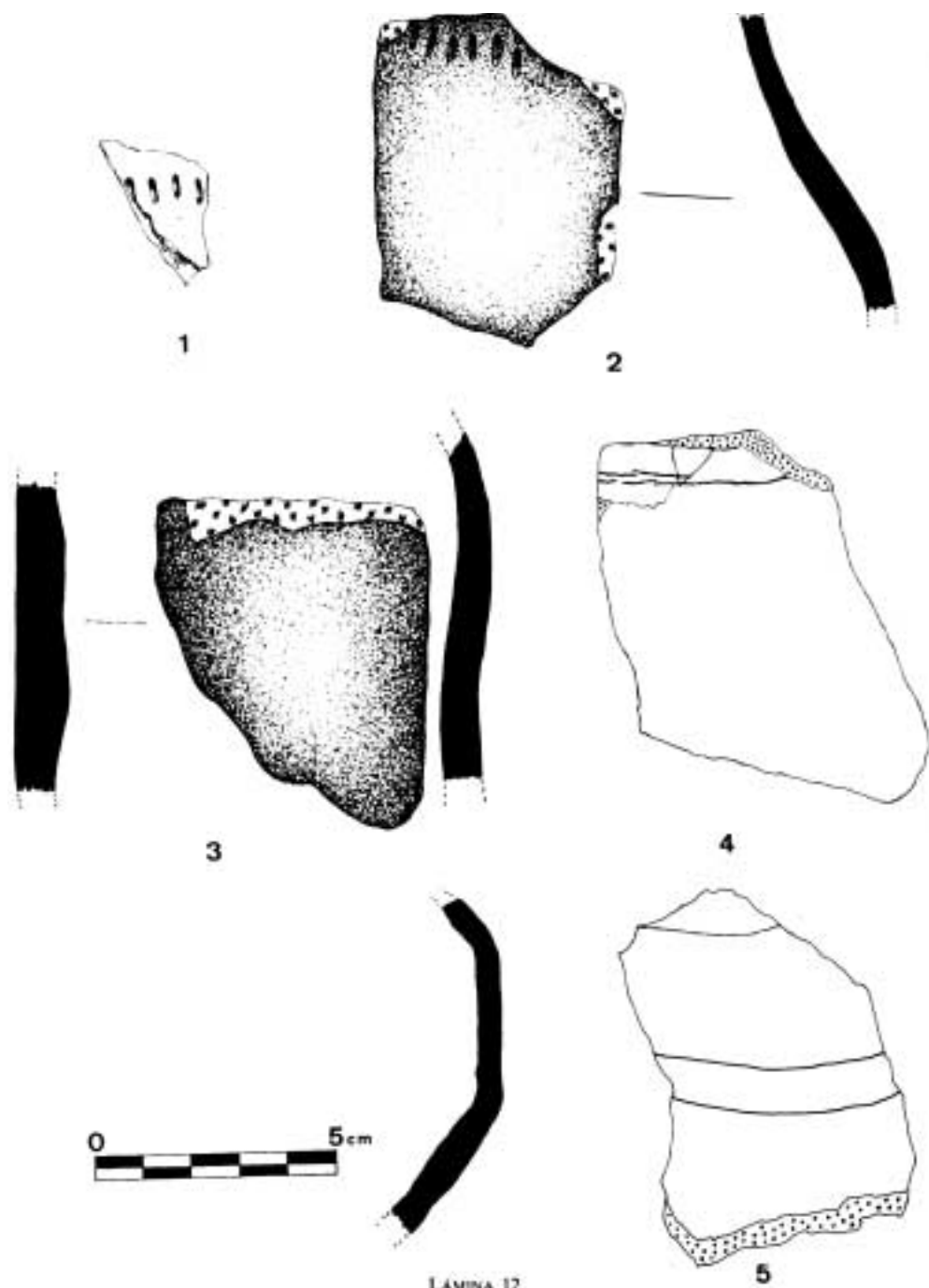


LÁMINA II



- Lám. 11.1. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno lento. Carena con decoración acanalada.
- Lám. 11.2. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color gris oscuro, cocción reductora, torno. Panza con decoración acanalada gruesa.
- Lám. 11.3. Cerámica común, desgrasante medio, color negro, cocción reductora. Carena decorada con incisiones a peine.
- Lám. 11.4. Cerámica común, color gris negro, desgrasante medio cocción reductora, torno. Carena con decoración acanalada.
- Lám. 11.5. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno. Carena decorada con acanaladuras.
- Lám. 11.6. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color negro, cocción reductora, torno. Panza decorada con peinado ondulado.
- Lám. 11.7. Cerámica común, desgrasante fino, color gris, cocción reductora, torno. Panza con decoración peinada.
- Lám. 12.1. y 12.2. Cerámica común, color tierra siena, desgrasante medio, cocción oxidante, torno. Lomo con excisiones en las proximidades del cuello.
- Lám. 12.3. Cerámica común, desgrasante fino, color tierra siena oscuro, cocción oxidante, torno. Cuello.
- Lám. 12.4. Cerámica común, desgrasante medio, color tierra siena, cocción oxidante, torno. Cuerpo.
- Lám. 12.5. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno. Cuello.

#### *Asas*

Total: 8

- Lám. 13.1. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color negro, cocción reductora, torno lento.
- Lám. 13.2. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno lento.
- Lám. 13.3. Cerámica común, desgrasante medio, color negro, cocción reductora, torno lento. Fragmento de carena (asiento de asa).
- Lám. 14.1. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 14.2. Cerámica común, desgrasante fino, color ocre tierra, cocción oxidante, torno.
- Lám. 14.3. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 14.4. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno. Arranque de asa.
- Lám. 14.5. Cerámica común, desgrasante grueso, color gris, cocción reductora, torno.

#### *Bases*

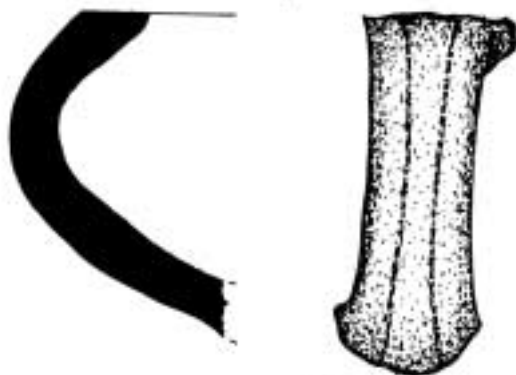
Total: 19

- Lám. 15.1. Cerámica común, desgrasante medio-grueso, color gris (exterior) y tierra siena (interior), cocción reductora.
- Lám. 15.2. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno lento.
- Lám. 15.3. Cerámica romana o de tradición romana, desgrasante fino, color tierra siena fuerte, cocción oxidante. Terra sigillata.

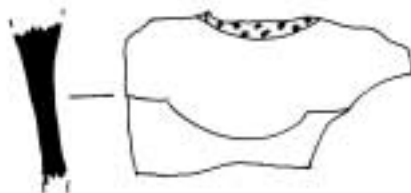




1



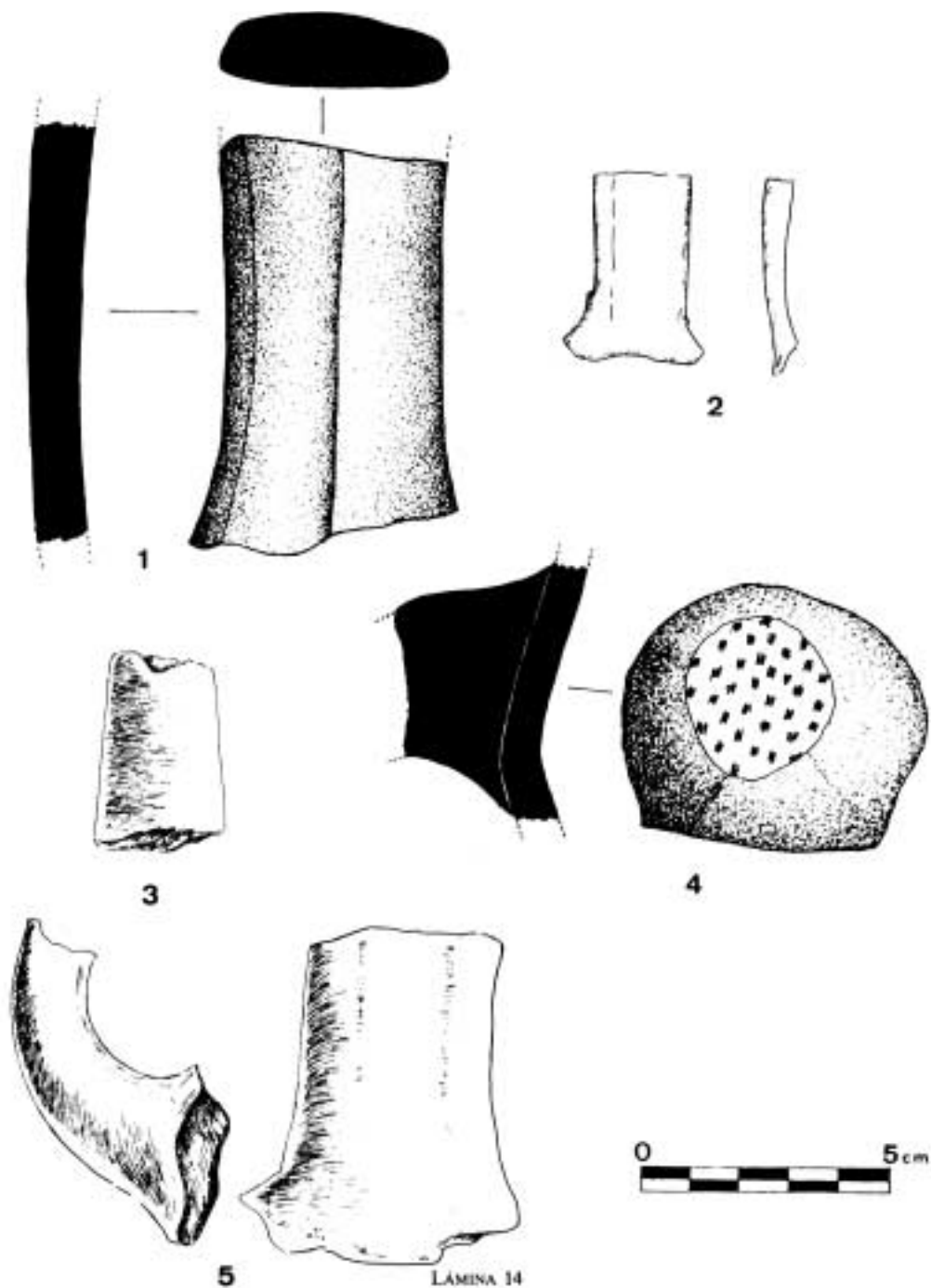
2



3



LAMINA 13



- Lám. 15.4. Cerámica común, desgrasante medio, color gris claro (interior) y negro por la aproximación al fuego en el exterior, cocción reductora, torno.
- Lám. 15.5. Cerámica común, desgrasante medio-grueso, color tierra siena, cocción oxidante, torno.
- Lám. 15.6. Cerámica común, desgrasante medio, color gris claro, cocción reductora, torno.
- Lám. 15.7. Cerámica común, desgrasante medio-grueso, color tierra, cocción oxidante. Engobe exterior y restos de quemadura en su parte interior. Pueden apreciarse las pequeñas patas apezonadas del recipiente.
- Lám. 16.1. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 16.2. Cerámica común, desgrasante grueso, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 16.3. Cerámica común, desgrasante medio, color ocre (interior) y negro (exterior), cocción reductora sin acabar el proceso, torno.
- Lám. 16.4. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 17.1. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 17.2. Cerámica común, desgrasante fino y medio, color tierra siena, cocción oxidante, torno.
- Lám. 18.1. Cerámica común, desgrasante grueso, color ocre (interior) y gris (exterior), cocción oxidante sin acabar el proceso, torno.
- Lám. 18.2. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 18.3. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 18.4. Cerámica romana o de tradición romana, desgrasante fino, color ocre tierra, cocción oxidante, torno. Pertenece a un fragmento de terra sigillata.
- Lám. 18.5. Cerámica común, desgrasante medio, color gris, cocción reductora, torno.
- Lám. 18.6. Cerámica romana o de tradición romana, desgrasante fino, color ocre tierra, cocción oxidante, torno. Pertenece a un recipiente de terra sigillata.

### *Forja*

Total: 13

- Lám. 20.1. Posible clavo. 55 mm de longitud.
- Lám. 20.2. Posible cuchillo para rascar pieles (fragmentado).
- Lám. 20.3. Clavo. 50 mm.
- Lám. 20.4. Clavo. 77 mm.
- Lám. 20.5. Clavo. 84 mm.
- Lám. 20.6. Punta de flecha.
- Lám. 20.7. Remache. Aplastado y con ojal central. Medidas: 30 mm de largo, 9 mm ancho de pie, largo cabeza 12 mm y ancho cabeza 60 mm.
- Lám. 21.1. Hierro de difícil identificación: 160 mm de largo.
- Lám. 21.2. Eslabón de cadena.
- Lám. 21.3. Pasador de cadena.
- Lám. 21.4. Eslabón de cadena, muy deteriorado.
- Lám. 21.5. Fragmento de hierro sin clara definición.
- Lám. 21.6. Remache.

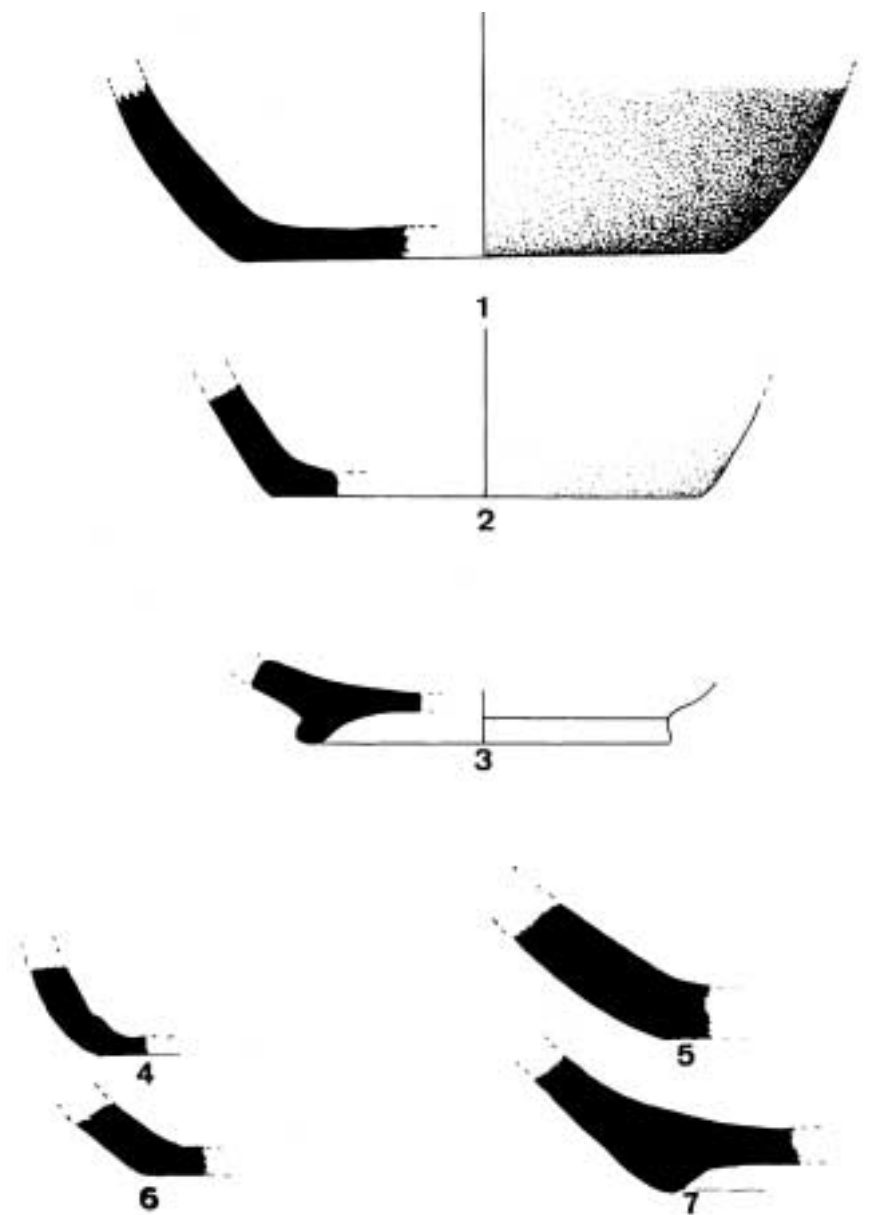
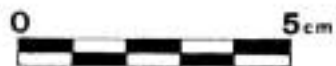


LÁMINA 15



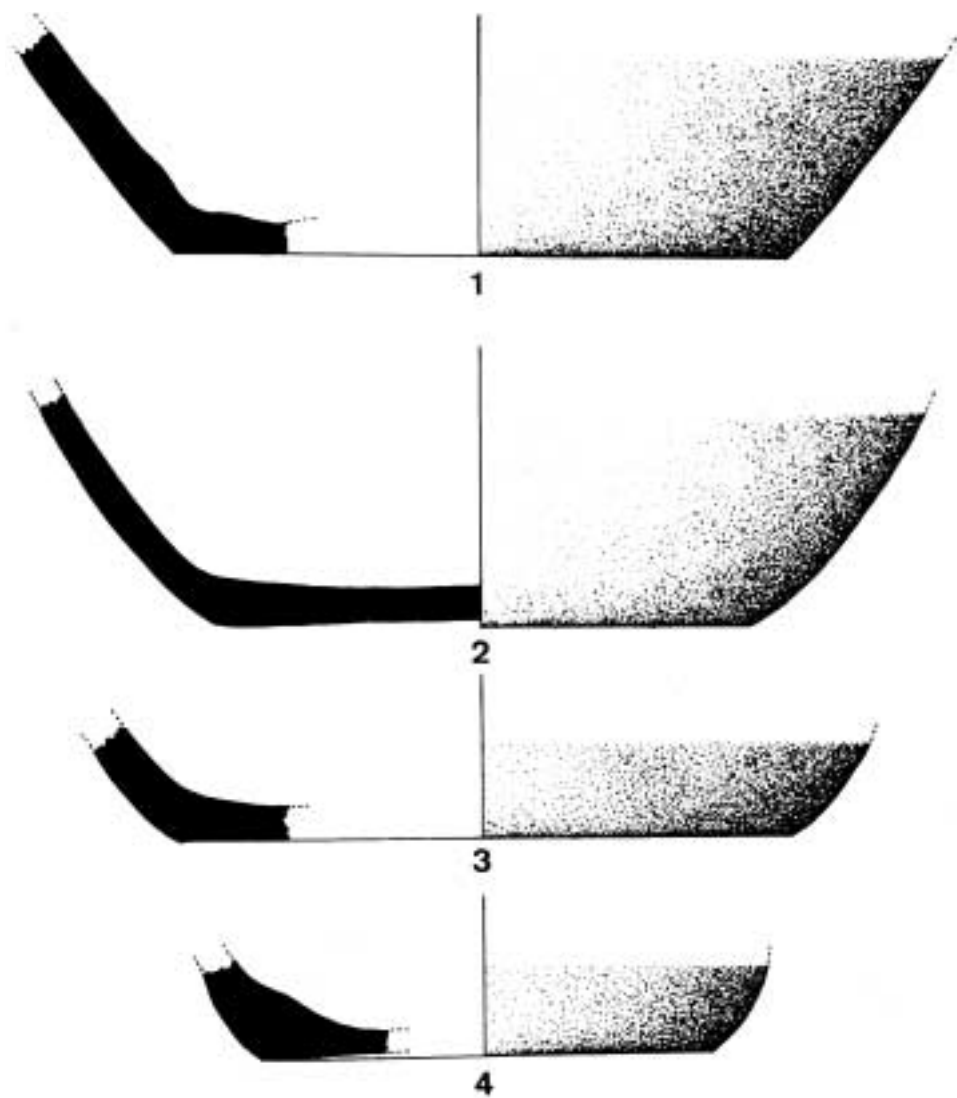


LÁMINA 16

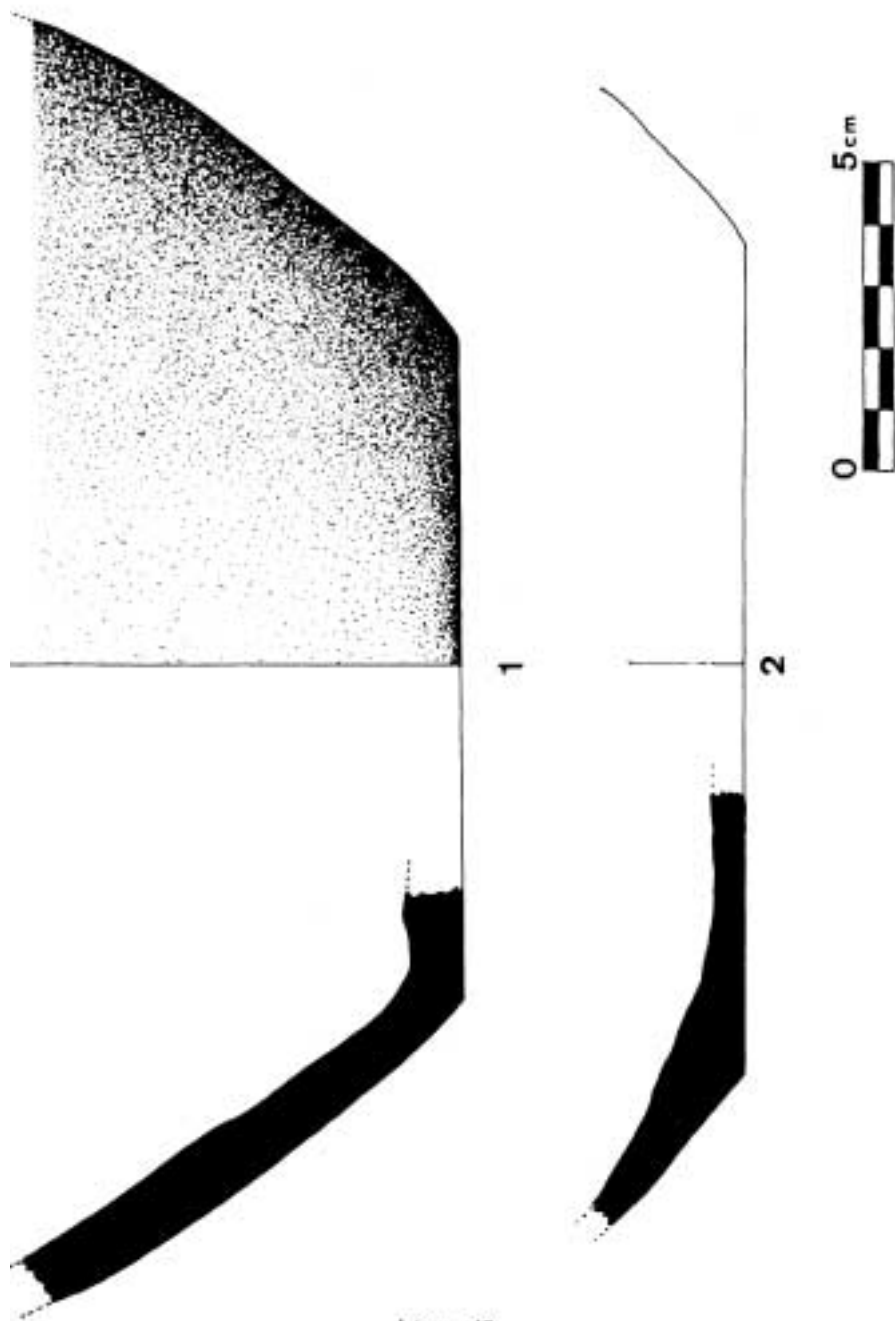


LÁMINA 17

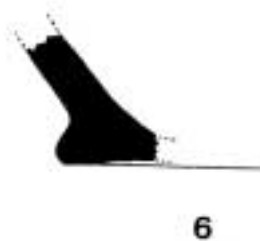
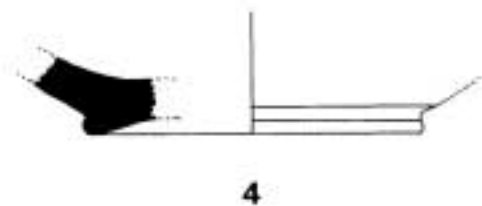
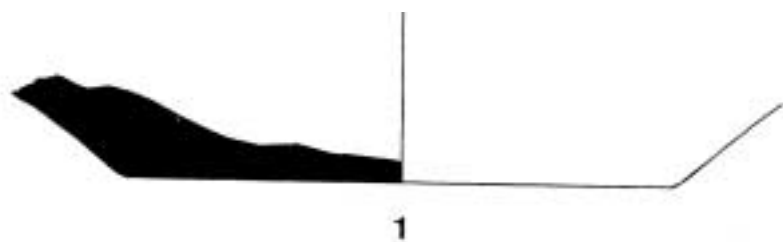
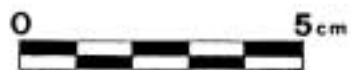


LÁMINA 18



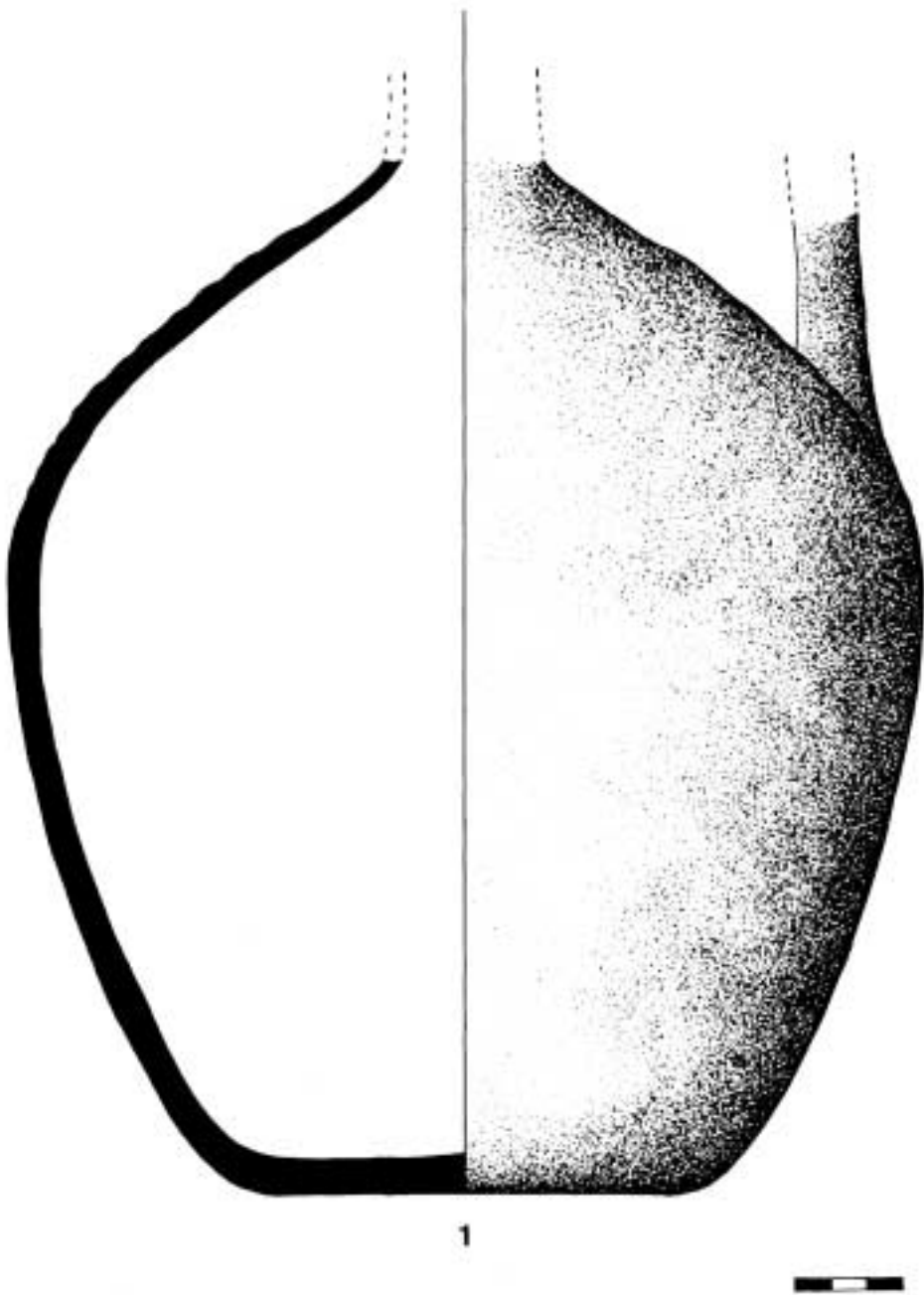
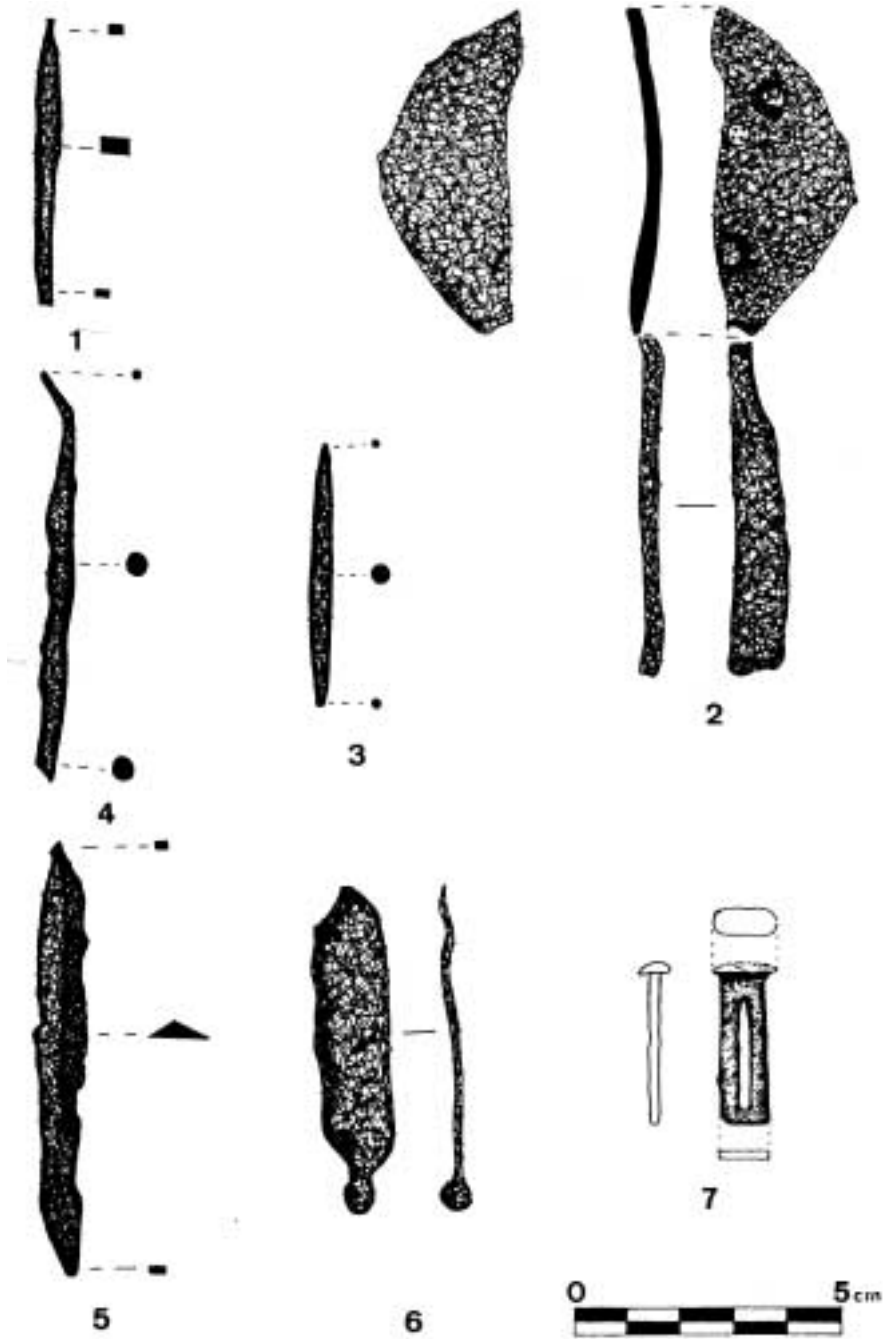


LÁMINA 19





LAMINA 20

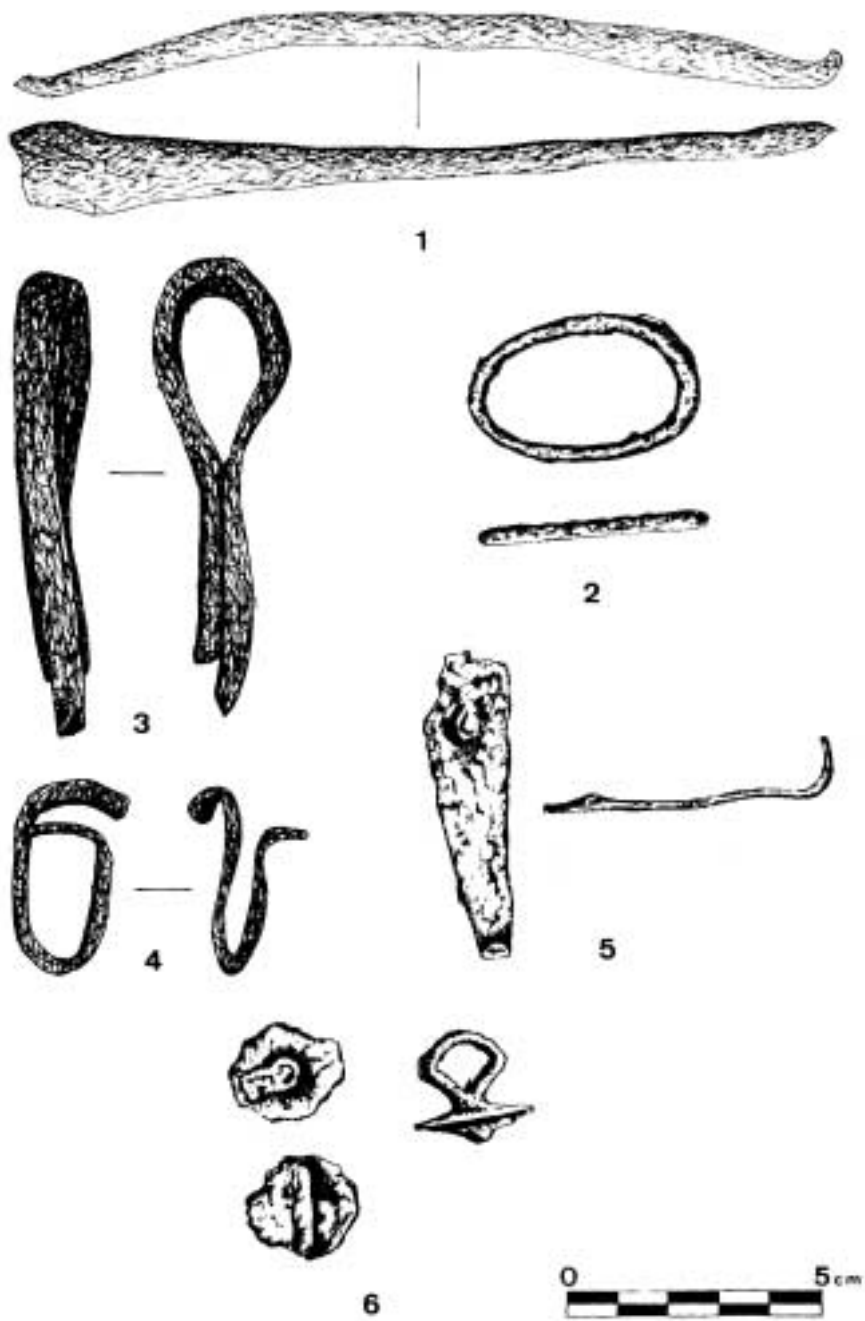
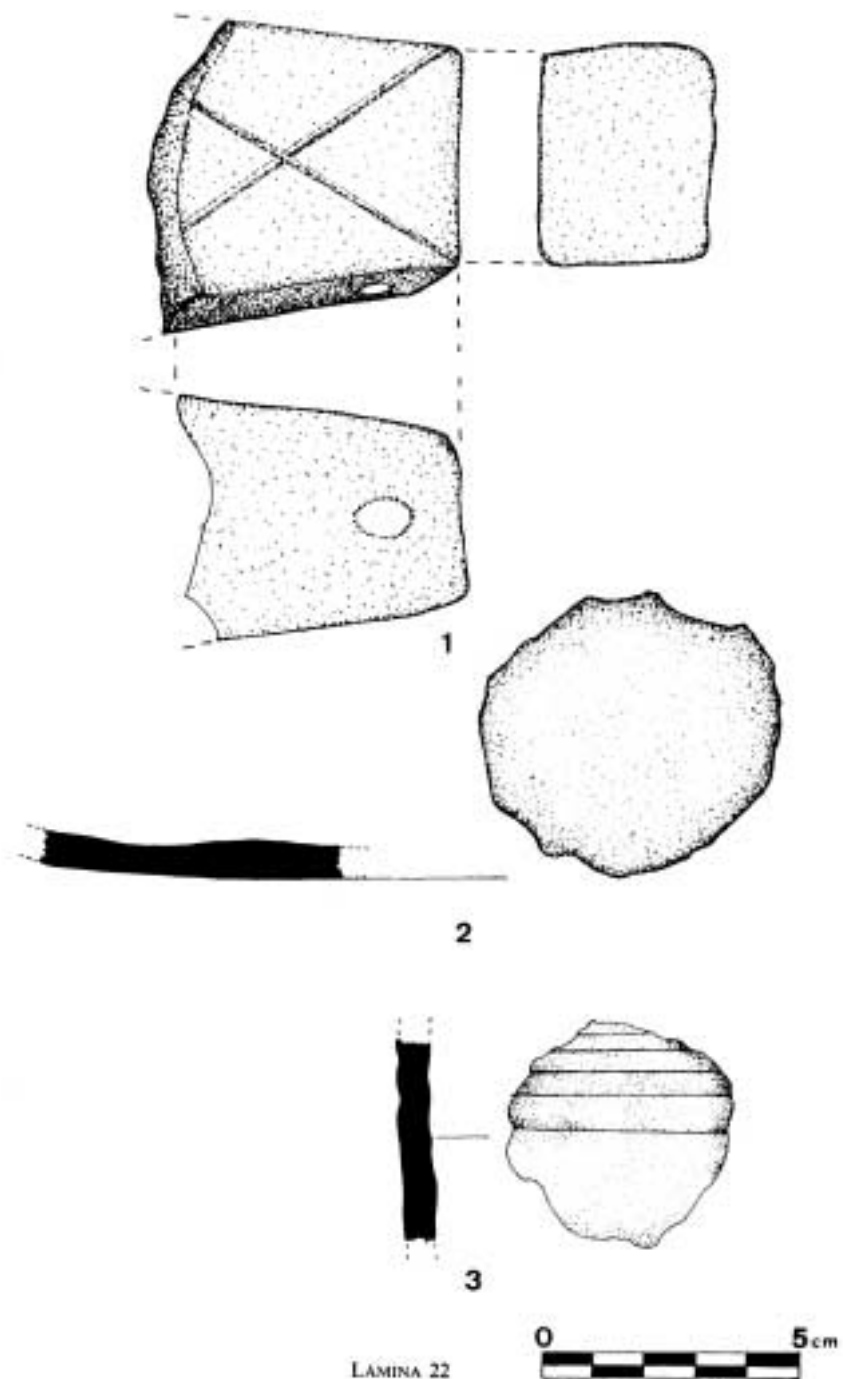


LÁMINA 21



### *Piezas varias*

Total: 3

Lám. 22.1. Pondus de barro cocido, color tierra siena, con orificio circular que traspasa los lados laterales. En su cara superior aparece decoración incisa en forma de aspa. Está fragmentado por la mitad.

Lám. 22.2. Ficha de juego de cerámica reaprovechada.

Lám. 22.3. Ficha de juego de cerámica reaprovechada. Presenta acanaladuras.

Además de lo descrito anteriormente merece la pena constatar la presencia de:

- Una concha de caracol de tierra, una concha de caracola y tres conchas de almeja de río.
- Cinco cantos de río, uno de ellos con estructura anatómica y señales de uso para machacar o afilar por tres de sus caras.
- Tres fichas de juego además de las detalladas anteriormente, una de ellas de piedra caliza.
- Una bolsada de semillas de cereal, al parecer de época reciente, trasladadas por acción animal.
- Una bola de plomo.
- Un molino barquiforme.
- Cántaro casi completo, con ausencia de boca, cuello y parte del asa. Sus pedazos aparecieron distribuidos entre los cuadros 14-B' y 10-B'. Color exterior tierra oscuro, interior gris, desgrasante medio, torno lento y digitaciones en la base. Lám. 19.1.

### PIEZAS DE CERÁMICA APARECIDAS HASTA EL MOMENTO

Total bocas y bordes: 46.

Total piezas intermedias del recipiente: 286.

Total asas: 9.

Total bases: 24.

Total piezas de cerámica: 365.

### CONCLUSIÓN FINAL

El Cid acompañado de 300 caballeros y 300 peones, según datos del *Cantar* en la primavera-verano del año 1081, tras ser desterrado por Alfonso VI, penetra en el reino moro de Zaragoza siguiendo el curso del río Jalón, instalándose en un montículo estratégicamente perfecto para sus actividades guerreras que desde entonces se llamó Otero del Cid y posteriormente Torrecid. Allí mandó construir un campamento operativo desde el cual se planificaban las operaciones de rapiña en las poblaciones vecinas.

Este campamento, ahora en fase de excavación, está levantado con técnicas tradicionales: muros de mampuesto careado sujetos con mortero de barro, distribuidos en una serie de dependencias todavía sin determinar bajo el protectora-

do de una torre del homenaje, de la cual han aparecido sus cimientos. Todo el campamento se protege con un foso que rodea al pequeño poblado y que hoy todavía puede apreciarse en las zonas donde las roturaciones han sido menos intensas.

Mediante los trabajos efectuados sabemos que utilizan un tipo de vajilla común en el siglo XI, de colores grises y ocre, con panzas globulares y bordes en su mayor parte vueltos hacia el exterior. Que el tipo de alimentación estaba basado principalmente en la injección de rumiantes (caprino, vacuno y ovino), almejas de río y caracol de tierra y cereal como el trigo y la cebada, triturados en molinos barquiformes como el aparecido en la Habitación «2» y almacenado en silos como los aparecidos en la Habitación «6».

El tipo de vida, centrado en dispersos hábitats, como lo demuestra la aparición de varios hogares, alternaría la estancia en vivienda estable junto a la propia de la tienda de campaña, abandonando los desperdicios culinarios en basureros al exterior.

Durante el tiempo de espera hasta tomar Alcocer la soldadesca ocuparía su tiempo libre en determinados juegos, como lo prueba la existencia de fichas, realizadas aprovechando los cascotes de piezas de vajilla rota.

Por último, pasado un periodo de tiempo, indeterminado por el momento y cifrado en quince semanas por el *Cantar*, cobradas las parias a las poblaciones vecinas y urdido el plan para conquistar Alcocer, las huestes del Cid recogen cuidadosamente sus pertenencias abandonando únicamente lo inservible y tras incendiar la Habitación «1» fingen una precipitada huida aguas abajo del Jalón. El resultado final se resume con la toma de Alcocer.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARENAS LÓPEZ, A., 1924, *Origen del muy ilustre señorío de Molina de Aragón*, Madrid.
- CACHO BLECUA, J. M., 1987, «El espacio en el *Cantar de Mio Cid*», *Zurita*, 55, pp. 23-42.
- CORRAL LAFUENTE, J. L. y ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1980, «El obispado de Tarazona en el siglo XIV; El libro chantre. I. Documentación», *Turiaso I*, Tarazona, pp. 13-154.
- CORRAL LAFUENTE y MARTÍNEZ GARCÍA, 1987, «Geografía e Historia en el Poema de Mio Cid: la localización de Alcocer», *Zurita*, 55, pp. 43-64.
- CRiado DE VAL, M., 1970, «Geografía, toponimia e itinerarios del *Cantar de Mio Cid*», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, CXXXVI, pp. 83-107.
- DUGGAN, Joseph, 1989, «*The Cantar de Mio Cid*». *Poetic creation in its Economic and Social Contexts*, Cambridge: Cambridge University Press (Cambridge Studies in Medieval Literature, 6).
- EPALZA, Mikel de, 1977, «El Cid = El León: ¿Epíteto árabe del Campeador?», *Hispanic Review*, vol. 45, n.º 1, Winter.
- , 1988, «Constitución de Rábitas en la costa de Almería: Su función espiritual», en *Homenaje al Padre Tapia*, I Encuentro de Cultura Mediterránea, Almería.
- EPALZA, Mikel de y GUELLOUZ, Suzanne, 1983, *Le Cid, personnage historique et littéraire*, París, Maisonneuve et Larose.
- GORDILLO COURCIERES, José Luis, 1981, «Localización y descripción de dos castros y dos castillos en la ruta del Cid Campeador», *Castillos de España*, n.º 86.
- HILTY, G., 1978, «El Cid en Alcocer», en *Ortis Mediaevalis. Mélanges de Langue et Littérature Médiévales offerts à Reto Raduolf Bezzola*, Berna, pp. 173-185.

- HORRENT, J., 1964, «Tradition poétique du “Cantar de Mio Cid” au XII siècle», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, VII, Caen, pp. 451-477.
- , 1966, «Localisation du Cantar de Mio Cid», en *Mélanges offerts à René Crozet*, I, Poitiers, pp. 609-615.
- , 1974, *Historia y poesía en torno al Cantar del Cid*, Barcelona.
- LACARRA, M. E., 1980, *El Poema de Mio Cid, realidad histórica e ideología*, Ed. Porrúa, Madrid.
- LÓPEZ ESTRADA, F., 1982, *Panorama crítico sobre el Poema de Mio Cid*, Madrid.
- MACKAY, A., 1980, *La España de la Edad Media (desde la frontera al imperio, 1000-1500)*, Madrid.
- MAGALLÓN BOTAYA, M. A., 1982, «Bilbilis y la red viaria romana», *Primer Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Calatayud.
- , 1987, *La red viaria romana en Aragón*, Zaragoza.
- MARTÍN BUENO, M., 1989, «Arqueología de la comarca bilbilitana: Actualización», *Segundo Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Calatayud, pp. 17-26.
- MARTÍNEZ ZORRAQUINO, M. A., 1987, «Problemas lingüísticos en el Cantar de Mio Cid», *Zurita*, n.º 55, Zaragoza, pp. 7-22.
- MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., 1989, «Metodología para la localización de un yacimiento medieval, a través de los de “El Torrecid” y Alcocer», *Actas de las IV Jornadas sobre Metodología de la Investigación Científica sobre Fuentes Aragonesas*, Zaragoza, pp. 309-320.
- , 1990, «El yacimiento medieval de “El Torrecid”. Síntesis de la primera campaña de excavación», *Actas del estado actual de la Arqueología en Aragón*, I.F.C., Zaragoza.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., 1944, *Cantar de Mio Cid*, 3 vols., Madrid.
- , 1975, *El Cantar del Cid*, Madrid.
- MICHAEL, I., 1976, «Geographical problems in the “Poema de Mio Cid”: I. The exile route», en *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, Londres, pp. 117-128.
- MONTANER FRUTOS, A., «La toma de Alcocer. Nuevas reflexiones sobre un episodio de Mio Cid», *Boletín Informativo de la A. C. Miguel Martínez del Villar de Malanquilla*, 3 de octubre de 1984, pp. 43-47.
- , 1987, «El Cid: Mito y símbolo», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, XXVII, pp. 121-340.
- ORTEGA, F., 1924. *Breve reseña histórica de la villa de Ateca*, Calatayud.
- PATTISON, D. G., 1983, «The Cid and Alcocer», *Bulletin of Hispanic Studies*, XL, pp. 49-51.
- RAMSDEN, H., 1959, «The taking of Alcocer», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVI, pp. 129-134.
- RICHTHOFEN, E. von, 1976, «La “historicidad” de la campaña de Alcocer en el “Poema del Cid”», en *Límites de la crítica literaria y Analectas de Filología comparada*, Barcelona, pp. 183-191.
- RUSSELL, P. E., 1956, «Where was Alcocer (“Cantar de Mio Cid, 1, 553-861”)»?», *Homenaje a J. A. Van Praag*. Amsterdam, pp. 101-107. (Reed. en *Temas de la Celestina*, Barcelona, 1978).
- SALVADOR MARTÍNEZ, H., 1975. *El “Poema de Almería” y la épica románica*, Madrid.
- SMITH, Colin, 1985, *La creación del Poema de Mio Cid*, Barcelona.
- TURK, A., 1978, *El reino de Zaragoza en el siglo XI después de Cristo (V de la Hégira)*, Madrid.
- UBIETO, A., 1973. *El Poema de Mio Cid y algunos problemas históricos*, Valencia.
- VIGUERA MOLÍNS, M. J., 1988, *Aragón musulmán*, Zaragoza.



FIG. 1. Vista de Torrecid desde la vertiente sur.



FIG. 2. Restos del actual despoblado de Alcocer.



FIG. 3. Primitivo muro, delator del yacimiento de Torrecid.



FIG. 4. Habitación n.º 1.





FIG. 5. Habitación n.º 2.



FIG. 6. Habitación n.º 3. Véase la cocina junto al muro.



FIG. 7. Habitación n.º 5. A la derecha aparece el zócalo del torreón.



FIG. 8. Habitación n.º 6. Se pueden apreciar los dos silos aparecidos hasta el momento.



FIG. 9. Base de la torre del homenaje.



FIG. 10. Borde cerámica común de color gris, muy corriente entre las aparecidas en la excavación.



FIG. 11. Molino barquiforme empleado por los hombres del Cid para moler grano.



FIG. 12. Cántaro de cerámica común casi completo.



FIG. 13. Vista general del yacimiento en dirección norte-sur.



FIG. 14. Estratigrafía exterior del campamento en lateral oeste. (Fotografías Francisco Martínez).

## EL PROBLEMA DE LA HISTORICIDAD DEL CANTAR PRIMERO DESPUÉS DEL DESCUBRIMIENTO DE ALCOCER

POR

GEROLD HILTY

Universidad de Zurich

En 1978 publiqué un artículo titulado «El Cid en Alcocer», en el cual estudié tanto los aspectos geográficos del episodio de Alcocer como los históricos<sup>1</sup>. Dicho episodio ocupa con sus 309 versos (553-861) más de un cuarto del Cantar Primero del *Poema de Mio Cid*. En cuanto a la geografía, acepté la identificación de Alcocer con Castejón de las Armas, propuesta ya en 1928 por A. Arenas López, sostenida nuevamente (sin conocimiento de la primera propuesta) por Manuel Criado de Val en 1970 y aceptada seis años más tarde por Ian Michael<sup>2</sup>. Si al identificar Alcocer con Castejón de las Armas estaba yo de acuerdo con Criado de Val y Michael, difería de ellos en la localización del «otero redondo fuerte e grand» fortificado por el Cid. Mientras que Criado de Val lo había identificado con el Cerro Torrecil<sup>3</sup> (que, sin embargo, no se percibe desde Castejón de las Armas) y Michael con el Cerro de las Dehesillas, en la orilla izquierda del río Piedra<sup>4</sup>, propuse identificar el otero del Cid con el cerro que, a un kilómetro al este de Castejón, se eleva a una altitud de 866 metros, dominando efectivamente Castejón y en cierto modo también Ateca y la vega del Jalón (pág. 177).

No omití algunos puntos problemáticos de las identificaciones propuestas por mí, formulando estas preguntas:

- ¿Cómo es posible que los sitiadores valencianos cortasen al Cid el agua, siendo así que el río Piedra atraviesa Castejón (¿Alcocer?) Si era tan fácil

---

<sup>1</sup> In *Orbis Mediaevalis*. Mélanges de langue et de littérature médiévales offerts à Reto Raduolf Bezzola à l'occasion de son quatre-vingtième anniversaire, Berne, 1978, pp. 173-185.

<sup>2</sup> Véase G. HILTY, *op. cit.*, p. 174, nota 5.

<sup>3</sup> Véase *Zeitschrift für Romanische Philologie* 86, 1970, p. 97.

<sup>4</sup> Véase la nota al verso 554 en su edición del *Poema de Mio Cid* (Clásicos Castalia).

cortar el agua a los habitantes de Alcocer, ¿cómo no se le ocurrió también al Cid hacerlo durante las 15 semanas que estuvo en el cerro fortificado, esperando que los de Alcocer se rindiesen?

- ¿Por qué tiene interés el Cid en conquistar Alcocer, exponiéndose así al gran peligro de ser sitiado, ya que no quiere quedarse en la vega del Jalón?... Por lo visto, el Cid, incluso después de su gran victoria, no quiso o no pudo ocupar esa vega (Ateca, Terrer y Calatayud quedan en manos de los moros) y Alcocer «es tierra... angosta e sobejana de mala» (verso 838). Por eso vende lo que ha conquistado, llegando así a un resultado que no difiere tanto de aquél que había alcanzado ya por las parias que le pagaban Alcocer, Ateca y Terrer.
- ¿Por qué el Cid se empeña en tomar Alcocer, cuando desde su entrada en el reino de Zaragoza había eludido confrontaciones militares importantes, contentándose con sacar de los moros lo que le hacía falta para subsistir? (pp. 177-178).

En cuanto a la historicidad del episodio, dije esto: «Si el paso del Cid por el valle del Jalón en 1081 es probablemente histórico, la conquista de Alcocer (= Castejón de las Armas) no lo es con el mismo grado de probabilidad. Históricamente el Cid desterrado parece haber pasado por el reino de Zaragoza sin grandes combates, procurándose sólo lo que le hacía falta para poder subsistir él y su mesnada. La conquista de Alcocer iría más lejos» (p. 181). No me pareció indispensable admitir —históricamente— más que el mero paso del Cid por el valle del Jalón, saqueando y pidiendo parias. De todas maneras excluí la historicidad de la gran batalla provocada por la conquista de Alcocer.

Por otro lado llamé la atención sobre el hecho de que la narración contenía también elementos que podían relacionarse con la vida histórica anterior del héroe y que a lo mejor habría que buscar la base histórica del cerco y de la batalla de Alcocer en una expedición militar del Cid como alférez de Sancho II contra el reino musulmán de Zaragoza en 1067, campaña en la cual Peñalcázar, con su posición dominante y privilegiada, había desempeñado un papel importante. «No me parece imposible —escribí— que la guerra de 1067 haya producido un canto noticioso sobre hazañas del Cid en la región de Alcázar... y que este canto fuera aprovechado por el *Poema* en relación con el relato de la conquista de Alcocer, efectuándose un traslado múltiple, cuyo punto de partida fue el parecido entre los nombres de Alcocer y Alcázar» (p. 183).

En el mismo año de 1978 se publicó otro estudio sobre el episodio de Alcocer, el de P. E. Russell titulado *Nuevas reflexiones sobre el Alcocer del «Poema de Mio Cid»*<sup>5</sup>. Mientras que yo había intentado interpretar el episodio de Alcocer como una creación poética genial, que combinaba realismo histórico-geográfico con ficción literaria, aprovechando quizás un canto cidiano preexistente y siguiendo modelos épicos en la descripción de la batalla, Russell se inclina a considerar el episodio entero como invención del poeta. Ya que todos los intentos de identificar Alcocer, en opinión de Russell, habían fracasado, éste

---

<sup>5</sup> In P. E. RUSSELL, *Temas de «La Celestina» y otros estudios. Del «Cid» al «Quijote»*, Barcelona, 1978, pp. 45-69.



pone en duda incluso la existencia del lugar. «La mayor parte de los datos discutidos en las páginas precedentes parecen conducir a la conclusión de que todo el episodio de Alcocer, tanto su localización como los acontecimientos supuestamente desarrollados allí, es muy probablemente una invención del poeta —una eficaz ficción poética requerida por la estructura épica y por los fines morales y ejemplares que él se propone. En esto se parecería a otros episodios claramente ficticios, como las primeras bodas de las hijas del Cid, la afrenta de Corpes, las cortes de Toledo, etc.—. Para rechazar esta hipótesis, la crítica cidiana tradicional sin duda contrapondrá la exactitud geográfica del *PMC* al narrar la actuación de su héroe en el valle del Alto Jalón antes y después de la toma de Alcocer. No veo yo por qué, en principio, la exactitud geográfica ha de garantizar la exactitud histórica. Aun admitiendo que el poeta conociera de primera mano la carretera medieval Sigüenza-Zaragoza en su trecho Ariza-Calatayud, esa admisión no establece necesariamente ni la existencia cerca de Ateca de un castillo llamado Alcocer ni la historicidad del episodio relacionado con él. Incluso puede pensarse, por el contrario, que el poeta maneja muy eficazmente la toponimia verdadera del valle con el fin de prestar verosimilitud al episodio ficticio que planea» (p. 65).

En la misma línea está la teoría de Colin Smith, expuesta en numerosos estudios y resumida en su libro *The making of the «Poema de Mio Cid»* de 1983<sup>6</sup>. En la traducción española de este libro, publicada dos años más tarde<sup>7</sup>, leemos: «Alcocer no existe más que en los versos del poeta, pero éste lo ubicó en un escenario perfectamente racional, en el valle del Jalón. La busca de Alcocer por críticos que comparten las creencias historicistas ha sido ardua y vana, para diversión nuestra» (p. 198).

La situación cambió radicalmente en el año 1986. José Luis Corral Lafuente y Francisco Martínez García dieron a conocer los resultados de sus investigaciones acerca de Alcocer y del Otero del Cid, primero en artículos de periódicos y luego en una conferencia pronunciada en octubre de 1986 en Zaragoza, dentro de un ciclo dedicado al *Poema del Cid*, organizado por la Institución Fernando el Católico, conferencia titulada «Geografía e historia en el *Poema de Mio Cid*: La localización de Alcocer» y publicada hace dos años en la *Revista de Historia Jerónimo Zurita*<sup>8</sup>. Para mí no queda duda: Alcocer existió y, según toda probabilidad, el Cid tuvo su base militar durante algún tiempo en el cerro que hoy se llama Torrecil.

Claro está que he tenido que revisar mi opinión en algunos puntos y abandonar la identificación de Alcocer con Castejón de las Armas y del Otero del Cid con el cerro de 866 metros de altitud que domina Castejón, identificaciones hechas hace años según el proverbio «A falta de pan buenas son tortas». Por los descubrimientos recientes vi confirmada, sin embargo, mi idea central, expresada así en el estudio de 1978: «La concordancia entre los datos geográficos y la narración del *Poema* es perfecta» (p. 177).

---

<sup>6</sup> Cambridge, 1983.

<sup>7</sup> *La Creación del «Poema de Mio Cid»*, Barcelona, 1985.

<sup>8</sup> *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 55, 1987, pp. 43-64.

Al releer el *Poema* a luz del descubrimiento de Alcocer, he podido profundizar en tres cuestiones:

### 1. LA IMPORTANCIA DE ALCOCER

¿Por qué el Cid interrumpe su marcha por el valle del Jalón precisamente en Alcocer? ¿Tenía Alcocer entonces una importancia estratégica, hoy día difícil de reconocer? Creo que una observación de Russell puede suministrarlos elementos para hallar una respuesta a esta pregunta. Dice el autor inglés: «Según las investigaciones de Antonio Gutiérrez de Velasco parece que, en la Edad Media, seguía usándose por el valle del Jalón la antigua calzada romana Titulcia-Segontia-Caesaraugusta. Ésta, en el trayecto que nos interesa, corría en la antigüedad cerca de la orilla sur del río, pasando a la orilla norte entre Ateca y Terrer»<sup>9</sup>. ¿No sería posible que Alcocer hubiera sido construido precisamente para dominar un puente antiguo por el cual la calzada cruzaba el río Jalón y que fuera una estación, una posada fortificada en un punto neurálgico de una ruta importante? Si así fuera tendríamos un elemento más para probar la exactitud geográfica del *Poema*. Había en el ejército del Cid bastantes peones (véase verso 418), a los cuales convendría marchar por la calzada. Por eso el Cid no pudo dejar a un lado Alcocer, que controlaba y defendía el paso por el Jalón, como lo había hecho con las demás poblaciones. Pues durante el viaje del Cid desde Cetina a Ateca el poeta emplea siempre el verbo *pasar a* ante los topónimos («passó a Boverca e a Teca que es adelant», verso 552), lo que da la impresión de que no hubo contacto entre las guarniciones moras y el ejército del Cid. En Alcocer sí hubo contacto.

### 2. EL PROBLEMA DEL CORTE DE AGUA

Ya que según sabemos hoy Alcocer se abastecía de agua por una acequia (la acequia de Alcocer que aparece en las fuentes desde fines del siglo XIV hasta mediados del siglo XVII)<sup>10</sup> es posible que los moros que asediaban al Cid establecido en Alcocer le cortasen el agua. Es más difícil explicar por qué al Cid no se le ocurrió lo mismo durante las 15 semanas que estuvo en el cerro fortificado esperando que los de Alcocer se rindiesen. Por parte del Cid no se trata, sin embargo, de un asedio propiamente dicho y además los moros de Ateca podían defender fácilmente la acequia de Alcocer.

### 3. LA TÁCTICA DEL CID

Las excavaciones en el Torrecil muestran claramente cuál fue la táctica del Cid. Llegado a una región instala su campamento en un punto alto, de difícil

---

<sup>9</sup> *Op. cit.*, p. 48.

<sup>10</sup> J. L. CORRAL LAFUENTE, F. MARTÍNEZ GARCÍA, *op. cit.*, pp. 50, 53 y 56.

acceso. Además lo fortifica para preservarse de ataques. Desde tal campamento se efectúan algaradas para cobrar parias y conseguir lo que hace falta para subsistir. Después de haber agotado los recursos de una región el Cid con su mesnada tiene que buscar otra región que le sustente. Por eso es lógico que algún tiempo después de haber conquistado Alcocer deje la vega del Jalón, vendiendo su conquista a los moros. En las demás regiones mencionadas en el Cantar Primero (valle del Jiloca y del río Martín) el Cid adopta la misma táctica. Esto es evidente sobre todo para su campamento en el cerro de San Esteban al lado del pueblo de El Poyo del Cid, pero vale también para los demás campamentos.

\* \* \*

Tales observaciones muestran que el *Poema*, en los aspectos mencionados, es un reflejo fiel de la realidad geográfica, militar e histórica de fines del siglo XI. El descubrimiento de Alcocer y la localización segura del Otero del Cid estrechan los lazos que existen entre la realidad histórico-geográfica y la narración del *Poema*.

Sin embargo, no por eso el Poema se convierte en un documento historiográfico afortunadamente. Aunque Russell y Colin Smith tengan que abandonar su idea de que todo el episodio de Alcocer es pura invención, quedan muchos elementos ficticios, no históricos en los más de 300 versos dedicados a este episodio. He aquí los más importantes:

## 1. EL CARÁCTER DE ALCOCER

La base árabe del topónimo es un diminutivo, que designa un tipo de pequeño castillo reducido a una torre y un muro que encierra un espacio escaso junto a ella. Los mismos descubridores de Alcocer escriben: «En el siglo XI, Alcocer debió de ser un lugar de escasos habitantes agrupados en varias casas en la ladera sur de una de las estribaciones que circundan el valle medio del Jalón... El caserío se agrupaba bajo un emplazamiento defensivo sito en la cima del cerro, del cual sólo se conserva un gran farallón moldeado artificialmente, alrededor del cual se construiría un muro de tapial»<sup>11</sup>. En el *Poema* Alcocer aparece mucho más grande de lo que pudo ser en el siglo XI. Después de la captura por los cristianos, se establecen en Alcocer todos los soldados del Cid, los cuales entre caballeros y peones constituyen un ejército de más de 600 soldados (véase verso 674). Además el Cid no echa a los moros que han sobrevivido. La importancia de Alcocer se prueba también en la frase siguiente del Cid: «En este castiello gran aver avemos preso» (verso 617). El pequeño castillo que, probablemente, controlaba y defendía el paso por el Jalón se ha transformado en una población respetable, con grandes riquezas y con una importancia estratégica que nunca poseía.

---

<sup>11</sup> *Op. cit.*, p. 50.

## 2. LA CONQUISTA DE ALCOCER

Colin Smith cree que la descripción de la conquista de Alcocer por un ardid no estriba en la realidad histórica sino en la literatura, concretamente en los *Strategemata* de Frontino, colección de ardidés famosos en la historia militar de griegos y romanos<sup>12</sup>. En su edición del *Poema*, I. Michael ya notó una incongruencia importante entre el *Poema* y el texto de Frontino alegado, incongruencia que Russell reprocha al poeta, «que parece no haber comprendido lo esencial del ardid mediante el cual el Cid logra hacer creer a los alcocereños que ha abandonado precipitadamente el asedio»<sup>13</sup>. ¡Argumentación extraña, determinada por prejuicios!

Si a la luz de la localización de Alcocer y del Otero del Cid analizamos el texto que da cuenta del ardid en cuestión, vemos que esta narración es absolutamente coherente — como ya lo mostró Ramsden<sup>14</sup> — y que concuerda perfectamente con la situación geográfica y con una táctica conocida en España, que en el *Libro de Alexandre* (751b) llevará el nombre de *torna-fuye*<sup>15</sup>. Esto no excluye que el autor del *Poema* haya aprovechado también modelos literarios. Diciendo esto no pienso en el texto de Frontino sino en relatos épicos que contaban la conquista de una ciudad o de un castillo por el ardid de una huida fingida, relatos cuya existencia en España está asegurada a mediados del siglo XII<sup>16</sup>. Voy a mostrar la posibilidad del influjo de modelos épicos con respecto a otra hazaña del Cid. En los versos 425-541 el *Poema* cuenta la conquista de Castejón de Henares. Para Colin Smith la narración respectiva es también «una invención poética, no un recuerdo histórico», invención basada en un episodio del *Bellum Yurgurtinum* de Salustio<sup>17</sup>. De nuevo no excluyo que el poeta del Cid se haya dejado inspirar no sólo por la realidad histórica sino también por modelos literarios. Sólo en último lugar, sin embargo, pienso en textos clásicos como el de Salustio. Me parecen más importantes los relatos relacionados con acontecimientos propios de España y de su historia. ¡Observemos la estrategia empleada por el Cid para conquistar Castejón de Henares! El Campeador se esconde durante la noche en una emboscada cerca de Castejón y cuando amanece y los habitantes de Castejón abren las puertas y salen para ir a sus campos, el Cid y los suyos salen de la emboscada y se precipitan hacia Castejón. Los de Castejón están dispersos fuera de la muralla y no pueden resistir. Así se gana Castejón. Hay un relato muy parecido entre los milagros efectuados *post mortem* por Santo Domingo narrados en la *Vida de Santo Domingo de Silos* de

<sup>12</sup> «Fuentes clásicas de dos episodios del *Poema de Mio Cid*», in *Estudios Cidianos*, Madrid, 1977, pp. 107-123, sobre todo 116-123.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, pp. 53-54.

<sup>14</sup> H. RAMSDEN, «The Taking of Alcocer (*Cantar de Mio Cid*, vss. 574-610)», *Bulletin of Hispanic Studies*, 36, 1959, pp. 129-134.

<sup>15</sup> Véase J. OLIVER ASÍN, *Origen árabe de «rebato, arrobda» y sus homónimos*, Madrid, 1928, pp. 29-34; Spurgeon BALDWIN, «Deception and Ambush: The Cid's Tactics at Castejón and Alcocer», *Modern Language Notes*, 99, 1984, pp. 381-385.

<sup>16</sup> Véase H. SALVADOR MARTÍNEZ, *El «Poema de Almería» y la épica románica*, Madrid, 1975, p. 265.

<sup>17</sup> *Estudios Cidianos (cit.)*, p. 112.

Berceo. Estamos en la misma época (reinado de Alfonso VI, antes de la reconquista de Toledo) y en la misma región (valle del Henares: Hita, Guadalajara). He aquí lo que cuenta Berceo:

- |     |  |  |
|-----|--|--|
| 736 | <i>Cavalleros de Fita<br/>nin temieron al Rey,<br/>Sobre Guadalajara<br/>ovieron end algunos</i>         | <i>de mala conoscencia<br/>nil dieron reverencia<br/>fizieron atenencia;<br/>en cabo repintencia.</i>                  |
| 737 | <i>Sobre Guadalajara<br/>ant que amanesciese<br/>Ellos eran seguros,<br/>fiziéron(lis) grand daño</i>    | <i>fizieron trasnochada,<br/>echáronlis celada.<br/>non se temién de nada<br/>en essa cavalgada.</i>                   |
| 738 | <i>Cuando en la mañana<br/>dieron salto en ellos<br/>mataron e prendieron<br/>de quanto lis fallaron</i> | <i>exién a las lavores,<br/>essos cavalgadores,<br/>muchos de labradores,<br/>non fueron más señores<sup>18</sup>.</i> |

Estas coplas nunca han sido, que yo sepa, relacionadas con el episodio de Castejón de Henares en el *Poema de Mio Cid*. Me pregunto, sin embargo, si el milagro de Santo Domingo, narrado en forma latina por Grimaldo (la fuente de Berceo) en la misma época del Cid, no prueba la existencia de modelos narrativos que en el *Poema* se podían sobreponer —transformándola— a una realidad histórica subyacente. Que tales modelos sean de abolengo clásico no es imposible. Pero antes de recurrir a Frontino y a Salustio hay que estudiar las tradiciones de la misma España.

### 3. LA BATALLA EN LA VEGA DEL JALÓN

¿Cuál fue la reacción de los moros del valle del Jalón ante la conquista de Alcocer por el Cid? El *Poema* dice que pidieron ayuda al rey Tamín de Valencia. Sin embargo, la región pertenecía entonces al reino de Zaragoza. Por eso difícilmente puede ser histórico el que los moros del valle del Jalón llamasen en su ayuda al rey de Valencia, al que, además, se da el nombre de un rey de Zaragoza: *(Mu)tamin*. Tampoco puede ser histórica la marcha de un ejército de 3.000 moros desde Segorbe a Calatayud (unos 250 kilómetros) en dos jornadas. La gran batalla campal en la vega del Jalón es, aún más que el engrandecimiento de Alcocer, de abolengo épico. Al poeta le hacía falta una gran batalla en el *Cantar del destierro* y además una batalla que de un modo u otro se relacionase ya con el reino de Valencia. En cuanto a los elementos épicos que con tal fin el poeta combinó con los elementos históricos, sigo contando con la posibilidad de que al lado de modelos épicos generales (en parte de origen francés) se haya aprovechado un canto noticioso sobre hazañas del Cid en la región de Peñalcázar y que el poeta haya integrado en la narración de la primera gran

<sup>18</sup> Gonzalo de BERCEO, *Vida de Santo Domingo de Silos*, edición de Teresa Labarta de Chaves, Madrid (Clásicos Castalia), 1972, pp. 202-203.

batalla del Campeador sucesos de la vida anterior del héroe, como su victoria sobre el moro Ḥārīt de Medinaceli, cuyo nombre es idéntico a Fariz, nombre de uno de los dos generales del ejército moro, precisamente aquél al que vence el Cid, en combate singular, durante la gran batalla.

Todo esto es hipotético, como también sería hipotética una reacción directa del rey de Zaragoza y una victoria del Cid, mucho menos espectacular, claro está, sobre tropas zaragozanas que intentasen reconquistar Alcocer. Pero lo que no es hipotético es el gran valor literario de la descripción de la batalla en la vega del Jalón. Después de haber analizado esta descripción Dámaso Alonso, en un estudio titulado *Estilo y creación en el Poema del Cid*, llega a la conclusión siguiente: «Como en un tríptico estilístico nos ha presentado el poeta la descripción general de la batalla. Serena preparación allá para la lucha, rasgada por el alto grito del Cid; confusión luego, desorden horribundo de las criaturas materiales del arte militar, pero confusión alusiva al vencimiento de la misma confusión. En fin: gloria ordenada del haz castellano. El grito del Cid, en medio; a un lado, la confusión de las fuerzas oscuras; al otro, el grupo glorioso y cuasi angélico de los paladines de Castilla. Norma y dominio: triunfo de la fuerte razón sobre el desorden. Y para cada una de estas perspectivas, como hemos visto, tres medios estilísticos diferentes, tres sabios bandazos del timón, tres giros de mano maestra. ¡Pero habrá quien crea todavía en la barbarie del poema, en su falta de técnica y pobreza de recursos! Quien escribía así venía, sin duda, detrás de una larga tradición, de una escuela literaria, y poseía una técnica, distinta, sí, de la de otra cualquier época, pero sabia, pero maestra, pero perfecta, es decir, adecuada a sus fines»<sup>19</sup>.

\* \* \*

Vemos pues, que el episodio de Alcocer, por un lado, presenta una fidelidad geográfica e histórica sorprendente, corroborada por los descubrimientos recientes. Por otro lado contiene numerosos elementos ficticios, puramente literarios.

Lo que es verdad para el episodio de Alcocer lo es para todo el Cantar Primero. Las algaras en el reino de Toledo (Castejón de Henares, Hita, Guadalajara, Alcalá), contadas por el *Poema*, son históricas, pero no las hizo el Cid después de desterrado sino que se trata de las correrías que había hecho inmediatamente antes del destierro y que habían servido de excusa al rey para desterrarlo. Con toda probabilidad el Cid histórico pasó en 1081 por la región de Ateca-Calatayud, pero es poco probable que inmediatamente después efectuara las correrías a lo largo del Jiloca y del río Martín, como hace creer el *Poema*. Según todo lo que sabemos por las fuentes históricas esa marcha hacia el sur no se produjo antes de 1089. El poeta combina, pues, en una unidad cronológica acontecimientos de fechas diferentes y unifica así los dos destierros del Cid. Esto no excluye que los detalles sean exactos. En cuanto a la táctica militar ya hemos dicho que la exactitud está fuera de duda. En cuanto a las

---

<sup>19</sup> Véase *Ensayos sobre poesía española*, Buenos Aires, 1944, pp. 69-111; el pasaje citado en pp. 82-83.

indicaciones geográficas, en la última parte del Cantar Primero el texto del único manuscrito contiene seguramente algunas formas alteradas que conviene corregir. Además la red de los topónimos es mucho más fina en el valle del Jalón que en casi todas las otras regiones por las cuales pasa el Cid en el Cantar Primero. En la densidad de topónimos mencionados sólo se puede comparar con el valle del Jalón la región de San Esteban de Gormaz, de donde procedía, en mi opinión, el gran poeta al que debemos el *Poema de Mio Cid* en su forma conservada. Con respecto a nuestra región escriben los descubridores de Alcocer y del Otero del Cid: «Los datos que cita el *Poema* son tan precisos y las descripciones tan adecuadas a la realidad que difícilmente pudiera nadie haber escrito el texto sin conocer estos lugares. En consecuencia, o el autor del *Poema* recorrió las tierras del Jalón... con el Cid a fines del siglo XI, o la tradición oral se transmitió con una asombrosa precisión sobre los lugares descritos, hasta que otro poeta lo puso por escrito varios años después. Son, en todo caso, cuestiones a replantear»<sup>20</sup>.

Efectivamente, distan mucho de estar resueltos los problemas de la autoría y de la fecha del *Poema de Mio Cid*. Pero ése es otro cantar.

---

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 53.

**EL CID Y LOS MUSULMANES:  
EL SISTEMA DE PARIAS-PAGAS,  
LA COLABORACIÓN DE ABEN-GALBÓN,  
EL TÍTULO DE CID-LEÓN,  
LA POSADITA FORTIFICADA DE ALCOCER**

POR

MÍKEL DE EPALZA

Universidad de Alicante

0. PREÁMBULO SOBRE LO ÁRABE EN LA HISTORIA Y LA LITERATURA DEL CID

Parecería ocioso tener que justificar la importancia del elemento árabe islámico en el *Cantar de Mio Cid*, en la vida del personaje histórico y en todo el conjunto de la producción literaria que ha generado, en diversas lenguas, en variadas formas literarias y en épocas diferentes<sup>1</sup>. Históricamente una parte muy importante de su vida profesional militar y de su papel político en la segunda mitad del siglo XI se desarrolló en relación con los musulmanes de la Península, Al-Ándalus de los árabes. Literariamente el elemento árabe-musulmán es un actante fundamental de todos los textos que tienen al Cid como tema (épica, lírica, teatro, cine, etc.). Por eso no va a estudiarse aquí todo el conjunto de ese elemento. Se trata de aportar algunas novedades desde el punto de vista del investigador especialista en temas árabes e islámicos.

El tema de las parias, en particular, aparece en el *Cantar* como la plasmación institucional de las relaciones entre el Cid y los musulmanes, más aún que la guerra, al menos en su paso por las actuales tierras aragonesas. Las acciones bélicas anti-musulmanas aparecen en este texto épico, más que en cualquier otro texto literario medieval, como un medio para obtener parias. De ahí su importancia específica como elemento literario.

Pero hay que decir también, dentro de la problemática que los organizadores de este congreso han querido dar al Simposio, relacionando una vez más el

---

<sup>1</sup> Ver muestrario en M. de EPALZA, S. GUELLOUZ, *Le Cid, personnage historique et littéraire. Anthologie de textes arabes, espagnols, français et latins, avec traductions*, París, 1983, 261 pp.



*Cantar* con la realidad histórica, que el estudio de las parias y otros elementos vinculados con los árabe-musulmanes en la sociedad peninsular de finales del siglo XI contribuye a comprender mejor el realismo o verismo del texto épico<sup>2</sup>.

Finalmente, también como observación previa, hay que advertir que la actuación del Cid en el valle del Jalón, según el *Cantar*, corresponde a un proceso épico ascendente, que encontrará su cumbre en la toma de Valencia, en lo que se refiere al elemento o actante árabe-islámico. El conjunto estructural del paso del personaje por tierras actualmente aragonesas adquiere su pleno sentido en su meta valenciana, como también no se puede explicar toda la toma de Valencia sin los episodios precedentes, especialmente la toma de Alcocer y las relaciones del Cid con Abengalbón.

Estas advertencias preliminares eran, por tanto, necesarias para comprender el marco general en el que se insertan los puntos particulares que se van a tratar más analíticamente en los capítulos siguientes.

### 1. PARIAS EN TERRITORIO ACTUALMENTE ARAGONÉS, SEGÚN EL *CANTAR*

No es quizás inútil presentar el conjunto de textos del poema que se refieren, de forma generalmente muy expresa y directa, a las parias. Dan una idea de la importancia de este tema en el marco más general del destierro cidiano y de su relación con los árabe-musulmanes. Este aspecto eminentemente económico de la actividad del Cid, según el *Cantar*, se verá confirmado por el más expresivo testimonio árabe contemporáneo, el *Kitāb at-tibyān* o «memorial» en defensa propia del emir Abdāllah de Granada.

Los textos son los siguientes<sup>3</sup>:

(ante la toma de Alcocer, versos 568-572)

*Esperando está mio Cid con todos sus vasallos;  
el castillo de Alcocer en paria va entrando.  
Los de Alcocer a mio Cid le dan parias  
y los de Ateca y los de Terrer, casa,  
a los de Calatayud, sabed, mal les sentaba.*

(ante la treta de la fingida fuga del Cid, que volverá para tomar Alcocer, comentan sus habitantes, con codicia, v. 586)

*las parias que ha tomado las devolverá dobladas.*

(después de dejar Alcocer e instalarse en Monreal, vv. 866-869)

---

<sup>2</sup> Ver J. L. CORRAL LAFUENTE y F. J. MARTÍNEZ GARCÍA, «Geografía e historia en el Poema de Mio Cid: la localización de Alcocer», *Revista J. Zurita*, 55, Zaragoza, 1987, 43-64, y F. J. MARTÍNEZ GARCÍA, «Metodología para la localización de un yacimiento medieval, a través de los de “El Torrecid” y Alcocer», *Actas de las IV Jornadas sobre Metodología de la investigación Científica sobre Fuentes Aragonesas*, Zaragoza, 1989, 309-320.

<sup>3</sup> Aunque tenemos a la vista la edición de R. MENÉNDEZ PIDAL, *Obras de R. Menéndez Pidal*, tomo V, *Cantar de Mio Cid*, vol. III, *Texto del Cantar y adiciones*, Madrid, 1969, 4.<sup>a</sup> edición, como el tema de este estudio es predominantemente histórico y literario y no paleográfico y lingüístico, citaremos según F. MARCOS MARÍN, *Cantar de Mio Cid. Edición modernizada, estudio y notas*, Madrid, 1985.

*Metió en paria a Daroca antes,  
luego a Molina, que está a la otra parte,  
la tercera Teruel, que estaba delante;  
en su mano tenba a Celfa la del Canal.*

(mientras Minaya está en misión a Castilla, vv. 903-904)

*Estando allí, mucha tierra depredaba,  
el valle del río Martín todo lo metió en paria.*

(y prosigue en versos de dudosa historicidad, vv. 913-914)

*a todas esas tierras todas las depredaba,  
a Zaragoza la ha metido en paria.*

(la fama de las parias recorre el valle medio del Ebro, vv. 939-942)

*Ya va el recado por las tierras todas,  
pesando va a los de Monzón y a los de Huesca,  
porque dan parias place a los de Zaragoza  
de mio Cid Ruy Díaz, que no temían ninguna afrenta.*

Esta actividad económica depredatoria indigna al conde barcelonés, que en su arenga exclama (v. 964):

*ahora me corre las tierras que en mi mano están.*

La ganancia es también aliciente de los habitantes de Alcocer, que quieren desquitarse de lo que han tenido que pagar al Cid (vv. 584, 586 y 590):

*ataquémoslo a él y tendremos gran ganancia,  
las parias que ha tomado las devolverá dobladas.  
Dicen los de Alcocer: «¡ya se nos va la ganancia!».*

Por parte de los compañeros del Cid, los de su empresa económica militar, hay siempre gran alegría relacionada con las parias y otras ganancias (vv. 847-850). También en términos económicos plantea el Cid el porvenir de la conquistada Alcocer (vv. 616-622).

*Oídme, Alvar Fáñez y todos los caballeros,  
en este castillo gran botín retenemos,  
los moros yacen muertos, y vivos pocos veo.  
Los moros y las moras venderlos no podremos,  
aunque les descabecemos, nada nos ganaremos,  
tengámoslos adentro, pues el mando tenemos,  
pararemos en sus casas y de ellos nos serviremos*

Esta concepción económica del éxito viene refrendada en el *Cantar* por el propio rey Alfonso (vv. 884-885):

*Mas, como es de moros, el regalo me agrada,  
me alegre por mio Cid, que hizo tal ganancia<sup>4</sup>.*

---

<sup>4</sup> Es importante la observación y nota de I. MICHAEL, *Poema de Mio Cid. Edición, introducción y notas*, Madrid, 1976, p. 141: «Algunos editores suprimen ganancia para ajustar la asonancia, pero es palabra importante puesto que indica el propósito de las operaciones del Cid, que, en la mente del rey por lo menos, es la obtención del botín (no existe aquí concepto de cruzada)».

El acentuado carácter económico como elemento importante del *Cantar* es muy conocido y ha sido monográficamente estudiado por muchos historiadores del texto, por lo que no vamos a insistir<sup>5</sup>. Sólo queríamos poner de relieve la importancia de las parias en este campo económico, como meta fundamental de la acción del Cid a su paso por tierras aragonesas, dentro de un crescendo de necesidades financieras, para él y los suyos, que parte de la treta con los judíos de Burgos y concluye con la toma de Valencia y el botín de la batalla contra los musulmanes.

Curiosamente también en la codicia económica basa sus acusaciones contra los cristianos el emir Abdállah de Granada, testigo absolutamente contemporáneo de la conquista de Valencia por el Cid<sup>6</sup>. Aunque atribuye las exigencias económicas de Alfonso VI a un medio para debilitar a los musulmanes, en la imposibilidad en que se encuentra de conquistar y repoblar sus territorios<sup>7</sup>, la insistencia en esa explotación por medio de las parias o pagas económicas es prueba evidente, por parte musulmana, de la importancia de esa institución para las relaciones entre cristianos y musulmanes de la Península.

## 2. LAS PARIAS: ORIGEN DEL NOMBRE, DEFINICIÓN E INSTITUCIÓN SEGÚN CRISTIANOS

Con los textos del *Cantar* ya mencionados es evidente que el Cid Rodrigo está enteramente inmerso en el sistema de parias como marco de sus relaciones militares, políticas y económico-depredatorias con los musulmanes desde el punto de vista del poema épico. Pero también lo está Rodrigo desde el punto de vista histórico, según la documentación conocida de su actuación a finales del siglo XI. Por eso es importante estudiar las parias y tratar de comprender mejor esta institución desde el punto de vista de los cristianos y desde el punto de vista de los musulmanes.

Las parias han sido bien estudiadas desde el punto de vista cristiano: por R. Menéndez Pidal en relación con la figura del Cid<sup>8</sup>, por H. Grassotti en lo que

---

<sup>5</sup> Ver estudio de M. E. LACARRA, *El «Poema de Mio Cid». Realidad histórica e ideología*, Madrid, 1980.

<sup>6</sup> En su «memorial» en defensa propia, encarcelado y condenado por los almorávides, menciona «el asunto de Valencia», aún no concluido en favor de éstos. Lo hace para mostrar que los almorávides, que le tienen encarcelado tras haberle destronado por no oponerse con suficiente energía a las pretensiones de Alfonso VI, no son tan fuertes contra los cristianos, como tampoco lo fue él (de ahí la complaciente mención también de la inanidad de los esfuerzos de almorávides y soberanos taifales coaligados frente al castillo de Aledo ocupado por los cristianos), pero finalmente les desea el éxito del Islam (lo que indica que no había caído Valencia en sus manos de nuevo). Ver traducción castellana de E. LÉVI-PROVENÇAL y E. GARCÍA GÓMEZ, *El siglo XI en 1.ª persona. Las «Memorias» de 'Abd Allāh, último rey zīrī de Granada, destronado por los almorávides (1090) traducidas*, Madrid, 1980, pp. 296-298.

<sup>7</sup> *Id.*, pp. 153-155, 157-163, 175, 184, 197, 225-233, 269, 290.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, vol. II, p. 786, donde recoge los principales sentidos que aparecen en el *Cantar*, que resume: «...“tributo”... De *pariare*». Creemos que este sentido y esta etimología son incompletos, como se verá a continuación. También trata ampliamente sobre las parias y el Cid en R. MENÉN-

se refiere a la Corona castellano-leonesa<sup>9</sup> y por J. M. Lacarra para el conjunto de la institución<sup>10</sup>, destacando las acciones del Cid en ese marco de relaciones entre cristianos y musulmanes.

Hilda Grassotti resume claramente la forma en que se efectuaban esas parias o pagas de musulmanes a los soberanos castellano-leoneses: «Conocemos el mecanismo de la exigencia y de la recaudación de las parias. A veces se presentaba Alfonso con su ejército ante la capital del reyezuelo sarraceno y le requería amenazante el pago de una suma anual; a veces enviaba a un grupo de magnates que extorsionaban al rey moro; a veces era un gran capitán, alcaide de una fortaleza cercana al reino a cuyo soberano se apremiaba, quien reclamaba el pago; a veces era el príncipe o los príncipes miedosos, de éste o el otro reino, quienes voluntariamente, mediante embajadores, remitía o remitían a Alfonso sumas de dinero y magníficos regalos»<sup>11</sup>. Esta descripción escueta de los hechos —el pago—, sin otras consideraciones sobre las condiciones y calificaciones de los pagos, permite explicar posteriormente la doble y simultánea interpretación que darán moros y cristianos del hecho del pago.

La misma investigadora fecha a inicios del reinado de Alfonso VI el inicio de las exigencias de parias en su sentido pleno: «Debemos al autor de la llamada *Historia Silense* las primeras noticias sobre la entrega de *munera* al rey cristiano por Al-Ma'mūn de Toledo en 1062 con ocasión de su campaña contra Talamanca y Acalá... y por Al-Mu'tadid de Sevilla en 1063... Ninguno de los dos textos permite pensar con Menéndez Pidal en que los dos reyes se comprometieran a hacer pagos anuales. Pero entregados los presentes para detener las devastaciones de un poderoso ejército puede suponerse que serían cuantiosos y que comprenderían fuertes sumas en metálico...», negando que se hiciera en tiempos de Fernando I<sup>12</sup>.

La ambigüedad de la palabra *munera*, «dones», ya hizo sospechar a Lacarra que había un doble sentido a esos pagos: «El carácter de permanencia que adquieren las parias desde mediados del siglo XI hace que los príncipes cristianos apliquen a los musulmanes el calificativo de tributarios. No es infrecuente en los textos esta asimilación entre “paria” y “tributum”, aun cuando en los pactos originales que conservamos se evite esa palabra. Por muy humillado que se sienta el príncipe obligado al pago, siempre conserva su condición de soberano»<sup>13</sup>.

---

DEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, vol. I, pp. 135, 140, 151, 160, 166, 358, 393; vol. II, 257, 264, 265, 306, 318.

<sup>9</sup> «Para la historia del botín y de las parias», *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, XXXIX-XL 1964, 43-132, reimpreso en H. GRASSOTTI, *Miscelánea de estudios sobre instituciones castellano-leonesas*, Bilbao, 1978, pp. 133-221.

<sup>10</sup> «Aspectos económicos de la sumisión de los reyes de taifas (1010-1102)», *Homenaje a Jaime Vicéns Vives*, Barcelona, 1965, vol. I, 255-277, y «Dos tratados de paz y alianza entre Sancho el de Peñalén y Moctádir de Zaragoza (1069 y 1073)», *Homenaje a Johannes Vicke*, 1963, vol. I, 121-134, reeditados en J. M. LACARRA, *Colonización, parias, repoblación y otros estudios*, Zaragoza, 1981, pp. 40-76 y 77-94.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, p. 55.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, pp. 52, 53 y 54.

<sup>13</sup> *Colonización...*, p. 50.

Para comprender esa dualidad de interpretaciones de un mismo hecho en las parias, el pago, conviene ver el origen de esos pagos —en el apartado siguiente— y la etimología misma de la palabra *paria* o *parias*.

La primera etimología, la latina, la da la Real Academia: «*parias* (Del b. latín *pariāre*, igualar una cuenta, pagar) f. pl. Tributo que paga un príncipe a otro en reconocimiento de superioridad. // *Dar o rendir, parias* a uno fr. fig. Someterse a él; prestarle obsequio»<sup>14</sup>. La ambigüedad entre el original «pago» y la más concreta realidad cristiana medieval que considera a las parias como «tributo» o pagas tributarias está patente, como lo recogen otros diccionarios etimológicos<sup>15</sup>. Pero hay que retener el sentido primigenio de *paria*, «pagar, igualar una cuenta», entre *pares*, que tampoco es incompatible con la interpretación de los musulmanes sobre esa clase de pagos, como se verá.

La segunda etimología, la árabe, es menos conocida pero no se opone a la primera, ya que conserva la misma ambigüedad del pago no-tributario que le quieren dar los musulmanes a esos pagos y tiene una homofonía con el latinismo o romanticismo *paria* que fomentaría esa ambivalencia. La propuso Elena Pezzi, doctora en Historia y profesora titular numeraria de universidad del área de estudios árabes e islámicos<sup>16</sup>. Vendría de la forma nominal *bāri'a*, «cosa excelente, cosa superior», con el sentido de «don», como se ve en el derivado verbo de V.<sup>a</sup> forma *ibtara'a*, «dar algo a título de presente»<sup>17</sup>.

Resumiendo, desde el punto de vista cristiano se trataría evidentemente de un «pago» considerado debido, como un «tributo». Pero etimológicamente sería simplemente un «pago» o «saldo de deuda» —etimología latina— o un «don a título de presente» —etimología árabe—. Pueden, en efecto, reivindicarse ambas etimologías para explicar el origen y punto de vista musulmanes de estos «pagos», considerados por ellos como «pagas militares».

### 3. LAS PARIAS O PAGAS MILITARES SEGÚN LOS MUSULMANES

Ya he presentado anteriormente, aunque de forma muy escueta, la hipótesis del origen e interpretación musulmanes de las parias<sup>18</sup>. El punto de partida es

<sup>14</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, 20.<sup>a</sup> ed., vol. II, p. 1.014.

<sup>15</sup> J. COROMINAS, J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, vol. IV, 1981, p. 397, col. 2, líneas 9-11, 44-51.

<sup>16</sup> «Sobre el origen del vocablo “PARIAS”», *Andarax*, Almería, año II, n.º 9, abril-mayo 1979.

<sup>17</sup> A. de BIBERSTEIN KAZIMIRSKI, *Dictionnaire arabe-français*, París, 1860, t. I., p. 113.

<sup>18</sup> En el XI Congreso de Storia della Corona d'Aragona (Palermo-Trapani-Erice 25-30 aprile 1982 sul tema *La società mediterranea all'epoca del Vespro*, publicado por la Accademia di Scienze Lettere e Arti, Palermo, 1983, vol. II, Comunicazioni, pp. 579-598, «Attitudes politiques de Tunis dans le conflit entre Aragonais et Français en Sicile autour de 1282», para explicar las razones políticas de rechazo constante de los musulmanes a las exigencias aragonesas del «tributo», junto a los pagos musulmanes a Aragón y su justificación militar y la función de los «dones» que les hacían (*joies, presents, dons*, según las fuentes cristianas). También estudiaba estas realidades en una comunicación del Congreso Internacional sobre *Alfonso X el Sabio: vida, obra, época*, 29 de marzo-6 de abril 1984, «La tradición andalusí de las parias-pagas militares en la política de Jaime I y Alfonso X» (resumen publicado por el Instituto de Historia «Jerónimo Zurita» (D.S.I.C.), pp.

siempre el rechazo constante, fundamental, de considerar los pagos a cristianos como algo debido o tributario, buscando otras justificaciones para esos pagos, cuya realidad económica está perfectamente documentada, especialmente en toda la historia islamo-cristiana de la Península Ibérica.

Esa negativa de las autoridades musulmanas a pagar tributos a los cristianos ha sido advertida por historiadores modernos, que lo han atribuido a «susceptibilidad política»<sup>19</sup> ya que en la práctica sí que pagan importantes cantidades. Pero el rechazo se debe a causas mucho más profundas: al mismísimo fundamento teológico de la autoridad islámica.

En efecto, la tributación es la manifestación misma de la soberanía política en el Islam. Sólo pueden exigirlo las autoridades musulmanas. Es lo primero que imponen al conquistar unas tierras cristianas o simplemente no-musulmanas<sup>20</sup>. Una curiosa expresión castellana ha conservado el dilema que la autoridad musulmana ha de hacer a los recién conquistados: «*con hacerse muçlimes o con pagar las parias*»<sup>21</sup>. Sería, por tanto, ir contra el orden político teológicamente imperado por el Islam el que sean los musulmanes los que tengan que pagar a los cristianos. Según el gran teólogo cordobés del siglo XI Ibn-Hazm de Córdoba, uno de los crímenes mayores de una autoridad musulmana es obligar a los musulmanes a pagar impuestos como los que tienen que pagar los cristianos «sometidos»<sup>22</sup>.

Más aún, esos pagos generalmente cuantiosos que hacen los soberanos de taifas del siglo XI a los cristianos acaban siendo gravámenes muy pesados para los súbditos musulmanes, que se ven apremiados por vía fiscal por sus autoridades con crecientes impuestos que les permitan pagar a los cristianos. Ahora bien, el tema de los tributos no previstos por la legislación del Corán y del Profeta es política y religiosamente muy delicado en toda sociedad islámica. Suponen una transgresión a la Revelación divina y quitan legitimidad a la autoridad que los impone. Esta transgresión es tanto más peligrosa para la autoridad cuanto que las mismas clases sociales sobre las que suelen recaer esos tributos son la burguesía terrateniente, comercial y artesanal de las ciudades, y son precisamente la clase de donde suelen salir los teólogos y juristas que inter-

---

20-21), donde explicaba la tradición y evolución de esas «pagas militares» de los musulmanes a los cristianos.

<sup>19</sup> Ver C.-E. DUFOURCQ, *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIII<sup>e</sup> et XIV<sup>e</sup> siècles*, París, 1966, p. 156 y *passim*, acerca de los pagos exigidos en los tratados entre la Corona de Aragón y los estados musulmanes del Magreb. Ver también *supra*, nota 13.

<sup>20</sup> Ver, por ejemplo, el más conocido de los tratados de los conquistadores de la Hispania visigótica, el que se firmó con el magnate Teodomiro de Orihuela, abundantemente citado y estudiado (textos y traducciones en E. A. LLOBREGAT CONESA, *Teodomiro de Orihuela. Su vida y su obra*, Alicante, 1973). Para idéntica actuación tributaria con vascones no cristianizados, por parte de un gobernador musulmán de Zaragoza, hacia el año 767, ver M. de EPALZA, «El derecho político musulmán y su influencia en la formación de Álava (siglos VIII-XI)», *Estudios de Deusto*, Bilbao, XXXII.2/73, 1984, 505-518.

<sup>21</sup> «Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la Ley y Çuna», *Memorial Histórico Español*, V, Madrid, 1953, p. 333.

<sup>22</sup> A. M. TURKI, «L'engagement politique et la théorie du califat d'Ibn Hazm (384/994-456/1.064)», *Mélanges H. Laoust, Bulletin d'Etudes Orientales*, Damasco, XXX, 1978, t. II, reproducido en *Théologiens et juristes de l'Espagne musulmane. Aspects polémiques*, París, 1982, p. 87.

pretan la Ley religiosa y legitiman con sus dictámenes las actuaciones de las autoridades políticas. El texto del *Memorial* del emir Abdállah de Granada, justificación de su política frente a las acusaciones almorávidas y particularmente a las de los propios alfaquíses granadinos, tiene muchas y muy matizadas manifestaciones de ese problema tributario, que es político y religioso a un tiempo, consecuencia de las necesidades taifales de pagar ingentes sumas a los cristianos<sup>23</sup>.

De la conjunción de esos dos elementos de la política musulmana —el de tener que pagar, junto al de tener que justificar ese pago de forma que no parezca un tributo a los cristianos ni aparezca como una forma no islámica de tributo a los musulmanes— nacen las justificaciones de las parias por parte musulmana.

La primera justificación es la de considerar esos pagos a cristianos como «pagas militares».

En Al-Ándalus la utilización de milicias cristianas por diversas autoridades musulmanas de la Península y más tarde del Magreb vecino, era un hecho muy frecuente y abundantemente documentado<sup>24</sup>. En Al-Ándalus se reclutaban soldados o cuerpos de ejército indistintamente entre beréberes magrebíes y cristianos peninsulares o extra-peninsulares, aunque las fuentes a veces los presentan de forma diferenciada<sup>25</sup>. Las reformas militares de Almanzor, a fines del

---

<sup>23</sup> Ver E. LÉVI-PROVENÇAL y E. GARCÍA GÓMEZ, *op. cit.*, pp. 83-88, al principio del texto, donde se estipulan las condiciones financieras del establecimiento de los antepasados ziríes de Abdállah en Al-Ándalus por razones militares; pp. 217-218, acusaciones de alfaquíses por sacar dinero «contra la ley»; pp. 225-230, cómo se justifica en razones defensivas para pagar a Alfonso VI. Y muchísimos otros pasajes de ese documento excepcional sobre la política de los soberanos musulmanes, si se sabe leerlo como un «memorial» de un condenado a muerte que defiende sus actuaciones políticas.

<sup>24</sup> Según E. LÉVI-PROVENÇAL, *España musulmana 711-1031. Instituciones y arte*, en R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, Madrid, 1957, 1965, t. V, pp. 42-44, el reclutamiento de milicias cristianas puede remontarse a los primeros omeyas de Córdoba en el siglo VIII. Los estudios sobre esas milicias son muy abundantes, desde J. ALEMANY, «Milicias cristianas al servicio de los sultanes musulmanes de Almagreb», *Homenaje a don Francisco Codera*, Zaragoza, 1904, y A. JIMÉNEZ SOLER, «Caballeros españoles en África y africanos en España», *Revue Hispanique*, Burdeos, XII, 1905. Contemporáneo del Cid es el geógrafo árabe Abu-Ubaid Al-Bakri (m. en Córdoba o Sevilla en 1094) que describe a los cristianos del norte de la Península con las peores características (sucios, viles, alcohólicos de sidra, etc.), siguiendo al geógrafo judío del siglo X Ibrahim de Tortosa, pero reconoce esa «especialización» militar: «Tienen gran valor, no admiten la huida en el encuentro en la guerra, y consideran apropiada la muerte en su puesto» (trad. de E. VIDAL BELTRÁN, *Abū 'Ubuyd Al-Bakrī. Geografía de España...*, Zaragoza, 1982, p. 23. E. GRASSOTTI (*op. cit.*, p. 51) opina que los pagos cordobeses que marcan el principio del período taifal serían antecedentes directos de los pagos musulmanes a cristianos: «En el año 1009 el conde Sancho Garcés, después de su entrada en Córdoba, regresó a Castilla cargado de riquezas, esta vez lograda pacíficamente. Nos hallamos en presencia de una forma híbrida de botín; en verdad, debemos considerarle como una especie de prehistoria del régimen de paria». Efectivamente, esos pagos pacíficos o los que obtendrán más tarde los catalanes en Córdoba son pagos de servicios militares prestados a autoridades o rivales musulmanes.

<sup>25</sup> Véase cómo contrata un gobernador de Calatayud unas milicias de alaveses y cómo se lo reprocha la crónica, por utilizarlos contra Abderrahmán III, en M. J. VIGUERA y F. CORRIENTE, *Ibn Hayyān, de Córdoba. Crónica del califa Abderrahmán III an-Nāsir entre los años 912 y 942 (al-Muqtābis V)*. Traducción, notas e índices, Zaragoza, 1981, 295-298.

siglo X, aumentaron las aportaciones de beréberes<sup>26</sup>. Pero el integrar a soberanos cristianos con sus ejércitos en sus expediciones contra otros cristianos era también una forma de reclutamiento militar. Aunque no consta documentalmente que Almanzor les pagara soldada, en estos últimos casos, ni positiva ni negativamente, el librar al soberano cristiano de una expedición en sus tierras, por aquel año, pasando la cuenta a los del vecino, puede considerarse también como una forma de pago militar, a él y sus tropas.

Por eso el pago a cristianos de cantidades a título de «pagas militares» tenía amplia tradición en Al-Ándalus. Podía considerarse como una necesidad defensiva, válida teológicamente para justificar con mayor o menor aceptación unas cargas fiscales nuevas a los súbditos musulmanes. Creo que éste es el planteamiento islámico que constituye el antecedente de las parias del siglo XI.

Esta situación, que alimentaba las arcas de los cristianos y contribuía a crear en ellos una «especialización» profesional militar, tan rentable, se fue transformando a lo largo de la primera mitad del siglo XI, cuando los cristianos se hicieron cada vez más fuertes militarmente y fueron imponiendo sus «servicios militares» a los reinos de taifas, exigiendo bajo amenazas sus «pagas militares». Las autoridades musulmanas tenían entonces que justificar esos «gastos de defensa» con guerras innecesarias con sus vecinos y con el *titulus coloreatus* de «gastos de paz» para librarse de amenazantes ataques cristianos. La política de Abdálla de Granada da muestras antológicas de ese mecanismo económico-militar y de sus justificaciones<sup>27</sup>. La política del Cid con el rey de Sevilla y sus disputas contra el de Granada, con el rey de Zaragoza y sus batallas con sus vecinos y en todas sus actuaciones en la zona levantina y con la ciudad de Valencia, antes de entrar en ella por meras razones estratégicas de defenderse de los ataques almorávides, se explica muy coherentemente si se tiene en cuenta la dialéctica que presidía las relaciones entre autoridades musulmanas y fuerzas militares cristianas: según la *Historia Roderici* ya había cobrado parias en nombre del rey Alfonso en Sevilla y en Córdoba<sup>28</sup>.

La necesidad de esas «pagas militares» podían justificar ante la ley islámica el pago de sumas de dinero a cristianos. De ahí la noción de «paria» en su etimología latina: cancelar una deuda, quedar «a pares», siempre entre iguales y sin que quedara una relación de superioridad de uno sobre otro tras el pago.

---

<sup>26</sup> Ver presentación de reclutamientos de beréberes en el conjunto de las reformas militares de Almanzor, por Abdálla de Granada, que lo analiza detenidamente al principio de su «Memorial» de autodefensa para recordar el origen de su dinastía de beréberes que vinieron a auxiliar a los musulmanes de Al-Ándalus, como los almorávides, también beréberes, un siglo más tarde, en E. LÉVI-PROVENÇAL y E. GARCÍA GÓMEZ, *op. cit.*, pp. 81-88. E. García Gómez atribuye esos contratos militares a la «insuficiencia militar del régimen omeya» (Introducción a E. LÉVI-PROVENÇAL, *España musulmana...*, Madrid, 1950, pp. XXVII-XXVIII), aunque cree que es una estructura de origen oriental (*id.*, p. XXIX) y analiza así el texto del rey Abdálla de Granada sobre mecanismos de pago de la ciudad de Elvira a los ejércitos de sus antepasados ziríes (*id.*, p. XXVIII).

<sup>27</sup> Ver *supra*, notas 7 y 23 y *passim* en la *op. cit.*

<sup>28</sup> Ver R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1929, 1969 (7.<sup>a</sup> ed.), especialmente sus comentarios al texto de la *Historia Roderici*: «Interea namque rex Aldefonsus nuntium eum pro paria sua ad regem Sibille et ad regem Cordube misit...» (vol. II, pp. 921-922).



Pero los musulmanes tienen, aun entre ellos mismos, un cuidado exquisito de exigir y dar sumas de dinero sin que puedan parecer impuestos de los que la ley musulmana no tiene previstos: son los «regalos». Su carácter formalmente voluntario y libre les hacen aparentemente diferentes de los impuestos obligatorios. Esos «regalos» de un súbdito al soberano se ven correspondidos por otros regalos lujosos de éste hacia su súbdito — vestidos, armas, joyas, animales, etc. —. Las crónicas están llenas de detalles vistosos de ese tipo que en realidad pretenden encubrir auténticas relaciones tributarias<sup>29</sup>.

Así el precioso texto del *Memorial* del rey Abdállah de Granada menciona repetidas veces sumas de dinero que pagó a los almorávides en concepto de *diyāfa* («hospitalidad») y otros dones<sup>30</sup>: es una forma de recordarles que también ellos exigían «impuestos» no islámicos, como le acusaban a él. Los tratados de paz entre la Corona de Aragón y los soberanos de los estados musulmanes del Mágreb están llenos de detalles que muestran cómo estos últimos querían encubrir bajo el título de *resents*, *dons* y *joies* (en árabe *hidāyā*) los pagos que tenían que hacer a los cristianos, como «pagas militares» por tener milicias cristianas a su servicio o por presiones de los estados cristianos amenazantes, a título de «gastos defensivos» o de «gastos de paz»<sup>31</sup>. Todo servicio que se pueda prestar y que no tenga apariencia de pago tributario servirá para apartar lo más lejos posible toda apariencia de vasallaje o dependencia política, prohibida por el Islam.

Este sentido tienen las parias en el *Cantar* cidiano y en la política de Rodrigo con los musulmanes, por parte de éstos. Si puede verse la exigencia del pago en los sometimientos que Rodrigo hace en tierras actualmente aragonesas es en los episodios de Ibn-Galbūn (Abengalbón), «señor» de Molina, donde se puede ver mejor lo que es para el Cid un «buen moro de parias», que paga a título de amistad y procura siempre hacer servicios y regalos sustitutorios de las parias, que tienen siempre unas apariencias tributarias que los musulmanes intentan evitar.

#### 4. ABEN-GALBÓN Y SU COLABORACIÓN EN EL SISTEMA DE PARIAS

En la acción épica del *Cantar*, en la que las relaciones del héroe, el Cid, con los musulmanes se enmarcan en un contexto económico de batallas victoriosas para obtener botín y establecer parias o «pagas» regulares, la figura del moro *Auengalbon* (Ibn-Galbūn) destaca por su presentación positiva en el *Cantar*<sup>32</sup>:

---

<sup>29</sup> Para la época de Abderrahmán III, por ejemplo, ver M. J. VIGUERA, F. CORRIENTE, *op. cit.*, pp. 290-291, 319.

<sup>30</sup> Ver E. LÉVI-PROVENÇAL, *op. cit.*, pp. 225 y 263.

<sup>31</sup> Ver C. E. DUFOURCQ, *op. cit.*, 102-103, 128, 130, 165, 166-167, 207, 241 y *passim*. Sobre el carácter de «gastos de paz», ver significativo párrafo de H. GRASSOTTI, *op. cit.*, pp. 51-52: «Las parias se pagaron precisamente por los islamitas a los mencionados soberanos para evitar los destrozos y saqueos de los ejércitos cristianos en las tierras sarracenas», con citas al apoyo.

<sup>32</sup> Ver en el vocabulario de R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario*, vol. II, p. 487.

Rodrigo habla de él como de «mi amigo, el moro Abengalbón» (v. 2.636), «amigo es de paz» (v. 1.464), en Molina de Aragón, «la que Abengalbón mandaba» (v. 1.545). Aunque se insiste sobre todo en su fidelidad y amistad con el Cid y los suyos, su figura positiva de «moro de paz» no deja de tener también connotaciones económicas, que hay que comprender también en el estudiado sistema de parias-pagas militares que rigen las relaciones del Cid con los musulmanes en el *Cantar* «lo suyo gastaba el moro, que de ellos no tomaba nada» (v. 1.557). Es poseedor de grandes riquezas, que excitan la codicia de los infantes de Carrión: «... todo eso hizo el moro por amor del Cid Campeador. Ellos veían las riquezas que el moro sacó...» (vv. 2.658-2.659), «si pudiésemos matar al moro Abengalbón, cuanta riqueza tiene sería para los dos» (vv. 2.662-2.663). Pero lo que hay que tener en cuenta es que entra perfectamente en la dualidad ya señalada de las parias: pagos obligados y búsqueda de motivos o de «titulus coloreatus» para que no parezcan impuestos regulares.

Abengalbón aparece en el *Cantar* como alcaide —*alcayaz* (vv. 1.502, 2.669)— o jefe militar de Molina y su región, jefe de una pequeña circunscripción jurisdiccional, seguramente dependiente de Medinaceli. Estas autoridades comarcales eran nombradas generalmente por una autoridad superior pero actuaban con relativa autonomía, especialmente en la turbulenta época de las taifas, en zonas fronterizas, entre los soberanos musulmanes de Toledo y los de Zaragoza. La importancia de Molina en época musulmana, desde el punto de vista militar y por tanto político, se debía a su situación vial, en el camino que unía Toledo con Zaragoza: Abderrahmán III, entre muchos otros, empleará ese camino para volver de Zaragoza a Córdoba<sup>33</sup>. Según el *Cantar*, el paso por Molina es absolutamente necesario para las relaciones del Cid desde tierras valencianas a tierras castellanas.

Abengalbón es personaje histórico documentado<sup>34</sup> y su nombre ha quedado en topónimos recogidos por Menéndez Pidal, lo que indicaría que su jurisdicción o la de su familia alcanzaba una amplia zona, según la tradición de los conquistadores cristianos que pusieron su nombre a esos lugares, por juzgar que eran suyos, en un proceso de creación de topónimos de conquista, por razones catastrales, que se ha podido estudiar en otros lugares de la Península y para otras épocas<sup>35</sup>.

El verismo o realismo de lo que se refiere a Abengalbón en el *Cantar* se ve reforzado por el análisis de su actuación o colaboración con el Cid. Corres-

---

<sup>33</sup> Ver M. J. VIGUERA, F. CORRIENTE, *op. cit.*, p. 271, el *hisn Molīna* del texto árabe editado por P. CHALMETA, R. CORRIENTE, M. SUBH y otros, *Ibn Hayyān. Al-Muqtabas V*, Madrid, 1979, p. 362. Ver distancias viales de Molina a Medinaceli, a Daroca y a Calatayud, en J. A. MIZAL, *Los caminos de al-Ándalus en el siglo XII. Estudio, edición, traducción y anotaciones*, Madrid, 1989, 98-99.

<sup>34</sup> Ver R. MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, vol. III, 1.212-1.213. El *Cantar* emplea con él la misma expresión *que... mandó*, por afán de verismo del autor, que como lo emplea para otros personajes, y en el mismo sentido de historicidad literaria del análisis de C. SMITH, «¿The Personages of “Cantar de Mio Cid” and the Date of the Poem», *The Modern Language Review*, 66/31, 1971, 580-597, especialmente pp. 595-596.

<sup>35</sup> Ver M. de EPALZA, «Topònims d’origen antroponimic àrab de temps de la conquesta (Cid, Buset, Benimassot, Massoda, Benissoda)», *XIVé Col.loqui General de la Societat d’Onomàstica. Iln d’Onomàstica Valenciana*, Alicante, 1991, vol. II, 619-627.

ponde perfectamente al marco de las parias, tal y como se ha estudiado en el apartado anterior de este trabajo.

En efecto, el *Cantar* informa, en primer lugar, que Molina ha sido reducida a parias después de la ocupación de Alcocer y de la victoria contra los ejércitos musulmanes (vv. 866-869):

*Metió en paria a Daroca antes,  
luego a Molina, que está a la otra parte,  
la tercera Teruel, que estaba delante;  
en su mano tenía a Celfa la de Canal.*

Esta «sumisión» financiera se presentará más adelante como una relación personal de amistad entre Abengalbón y Rodrigo:

*... Abengalbón, amigo es de paz (v. 1.464)  
Ya Abengalbón, amigo le sois sin falta (v. 1.528)  
salud a mi amigo, el moro Abengalbón (v. 2.636)*

Abengalbón es el que más interés muestra en manifestar sus sentimientos amistosos, con los que envuelve ostentosamente los diversos servicios económicos que presta al Cid y a los suyos:

*El moro Abengalbón, cuando supo el mensaje,  
salió a recibirlos con gran gozo que hace:  
«¿Venís los vasallos de mi amigo natural?  
A mí no me pesa, sabed, mucho me place».  
Habló Muño Gustioz, no esperó a nadie:  
«Mio Cid os saludaba y lo mandó recabar,  
con cien caballeros que rápido le socorráis;  
su mujer y sus hijas en Medina están:  
que vayáis por ellas, se las traigáis acá,  
y hasta Valencia no os vayáis a separar».  
Dijo Abengalbón: «lo haré de voluntad».  
Esa noche condumio le dio grande,  
por la mañana se ponen a cabalgar;  
ciento le pidieron, mas él con doscientos va  
(vv. 1.477-1.490)*

Como se ve, si hay cifras en el mandato cidiano, la «desobediencia» del musulmán consiste en camuflar la orden con una generosidad del doscientos por cien para que parezca «regalo» y no «impuesto». Así aparecerá como generoso moro en el séquito de la familia del Cid (vv. 1.502-1.503):

*y el alcaide Abengalbón con sus fuerzas que trae,  
por gusto de mio Cid, para gran honra darle.*

La recepción de la comitiva al llegar a Medina, donde esperan Minaya con la familia del Cid, no es menos ostentosa (vv. 1.517-1.534). De los parlamentos que se hacen ambos jefes, Minaya y Abengalbón, hay que retener una frase del «moro de paz», que resume bien la presión militar que engendra la situación de las parias (v. 1.525):

*en paz o en guerra lo nuestro obtendrá.*

Por eso se presta el musulmán a reconocer su situación y camuflar la carga financiera y política que supone con apariencias de generosidad y servicios amistosos. Si Minaya le invita a una cena responderá con más agasajos:

*Dijo Abengalbón: «esta invitación me agrada;  
antes de hoy en tres días os la daré doblada»*  
(vv. 1.533-1.534)

El paso por Molina será también ocasión de nuevos agasajos por parte del moro (vv. 1.545-1.559). Hace ostentación de su generosidad: la hospitalidad encubre unas equivalentes parias exigibles por el Cid (vv. 1.550-1.557):

*Han entrado en Molina, buena y rica casa;  
el moro Abengalbón bien los servía sin falta,  
de cuanto quisieron no tuvieron falta,  
aun las herraduras pagárselas mandaba;  
a Minaya y las señoras, ¡Dios, cómo las honraba!  
A la mañana siguiente pronto cabalgaban,  
hasta Valencia servíalos sin falta,  
lo suyo gastaba el moro,  
que de ellos no tomaba nada.*

Curiosamente Abengalbón no figura en el recibimiento de la comitiva por el Cid en Valencia. Su papel consiste en haber escoltado a la comitiva cidiana por los pasos montañosos de tierras musulmanas, desde Medinaceli a la llanura valenciana. No es quizás coincidencia el advertir que Jaime I, siglo y medio más tarde, confiará también a una autoridad musulmana, el antiguo gobernador almohade de Valencia, algunos pasos montañosos, del camino entre Teruel y la costa valenciana por una parte y los pasos montañosos entre sus fortalezas de Biar, Xixona y Polop, en la línea fronteriza meridional de sus nuevos territorios valencianos<sup>36</sup>.

Amistad y servicios económicos se mezclan también en el mensaje que envía el Cid a Abengalbón para que reciba a sus hijas, que pasan inevitablemente por Molina para ir a las tierras de sus esposos los infantes de Carrión (vv. 2.635-2.641):

*Oigáis, sobrino, tú, Félez Muñoz  
por Molina iréis, ahí pasaréis una noche;  
saludad a mi amigo, el moro Abengalbón,  
que reciba a mis yernos como pueda mejor;  
dile que envió a mis hijas a tierras de Carrión,  
que en lo que necesiten las sirva a satisfacción,  
y desde ahí las escolte a Medina, por mi amor,  
de cuanto él hiciere  
yo le daré por ello buen galardón».*

---

<sup>36</sup> Estoy preparando un pequeño estudio sobre esta situación geopolítica de las posesiones concedidas al *sayyid* Abū-Zaid por el rey Jaime I de Aragón, que espero saldrá en la revista *Sharq Al-Ándalus. Estudios Árabes*, de la Universidad de Alicante.

Se renuevan las expresiones de hospitalidad y de generosidad con ostentación (vv. 2.647-2.650, 2.654, 2.655, 2.658):

*hélos en Molina, con el moro Abengalbón.  
Al moro, cuando lo supo, le plugo de corazón:  
con gran alborozo a recibirlos salió:  
¡Dios, cómo los sirvió a plena satisfacción!*  
.....  
*A las hijas del Cid el moro regalos dio,  
sendos buenos caballos a los infantes de Carrión,  
todo eso hizo el moro  
por amor del Cid Campeador.*

Sigue el episodio ya mencionado de la codicia de los infantes y el consiguiente enfado y despedida de Abengalbón:

*Yo sirviéndoos sin engaño  
y vosotros tramando mi muerte.  
Aquí me aparto de vosotros,  
como de malos y traidores*  
(vv. 2.680-2.681)

Finalmente, a la vuelta de las infantas, les volverá a agasajar con todo su séquito (vv. 2.880-2.883):

*y de Medina a Molina en otro día van,  
al moro Abengalbón de corazón le place,  
los salió a recibir con buena voluntad,  
por amor de mio Cid rica cena les da.*

Pero no hay que olvidar, para concluir, que todos esos servicios, amores y amistades no vienen justificadas por una simpatía personal entre los dos personajes sino por la primitiva relación que se estableció cuando el Cid le obligó por la fuerza a entrar en el sistema de parias-pagas, «gastos de paz»: «Metió en paria... a Molina, que está a la otra parte» (vv. 866-867). Abengalbón se adaptó a esa situación con realismo (vv. 1.524-1.525):

*aunque mal le queramos, no se lo podremos lograr,  
en paz o en guerra lo nuestro obtendrá.*

Todas las manifestaciones de amistad y todos los servicios que presta al Cid y los suyos (hospedaje, regalos, escoltas, manifestaciones de cordialidad...) entran también en la actitud musulmana de no reconocer pagos obligados a cristianos, que podrían parecer tributos y dependencia política, en el sistema de las parias-pagas.

Sin pretender mostrar un historicismo estricto del texto literario del *Cantar* no se puede negar al menos un verismo o máxima verosimilitud histórica en la descripción y utilización estética literaria de esos elementos relacionados con los musulmanes, tanto en el caso del musulmán Ibn-Galbún como en el del sistema de parias que regían en gran parte las relaciones entre musulmanes y cristianos, junto a las luchas bélicas de las batallas. Estos dos elementos presentan seguramente pocos anacronismos con respecto a finales del siglo XI, porque

esas relaciones estarían en gran parte vigentes, al menos a nivel de nostalgia cristiana, en la época de redacción del *Cantar*.

5. PROBABLE ORIGEN DEL TÍTULO MILITAR ÁRABE DEL CID  
(«LEÓN», «CAMPEADOR»)

Hace años presenté la hipótesis, apoyada en diversas razones filológicas y literarias, de que el título de origen árabe de Rodrigo —que sólo se conoce por fuentes cristianas o hebreas, no en textos árabes— no fuera primitivamente el de *sayyid* («señor») o *sayyid-ī* («mi señor»), pronunciado en árabe dialectal *sīd* o *sīdī* respectivamente, como aparece en el *Cantar*: sería originariamente el epíteto *sīd* («león» en árabe dialectal de Al-Ándalus, como lo sigue siendo en el del Magreb), título guerrero que se aplicaba a militares árabes de la época y de todas las épocas, título que traduciría el título militar romance de Campeador (que aparece en textos cronísticos en prosa árabe, pero inadecuado filológicamente para la poesía panegírica que le dirigirían los poetas árabes de su séquito) y etimología que vendría refrendada literariamente en el propio *Cantar* por el episodio, altamente simbólico pero quizás con base etimológica, de la lucha del Cid y el león (vv. 2.278-2.310) como reza el romancero:

*Aturdido está el gentío  
Viendo lo tal, no catando  
Que ambos era leones  
Mas el Cid era el más bravo.*

A los argumentos que se aportaban en aquel trabajo<sup>37</sup> se puede añadir un texto árabe contemporáneo que confirma de forma bastante convincente la hipótesis de que *cid* proviniera originalmente de *sīd* («león») antes de derivar en el arabismo más conocido entre cristianos de *sīd* o *sīdī* («señor» o «mi señor»)<sup>38</sup>.

Por otra parte, en este mismo Congreso de Ateca-Calatayud se me ha ofrecido otra confirmación, ésta de origen castellano, de la misma etimología: hay un león esculpido en un edificio de tierras alavesas que fueran señoríos de Rodrigo<sup>39</sup>.

---

<sup>37</sup> M. de EPALZA, «El Cid = El León: ¿epíteto árabe del Campeador?», *Hispanic Review*, Philadelphia, 45, 1977, 67-75, texto presentado en el Congreso Internacional de Hispanistas de Bordeaux, agosto 1974. Reeditado en *Sharq Al-Ándalus. Estudios Árabes*, Alicante, 7, 1990, 227-236.

<sup>38</sup> Texto amablemente indicado por María Jesús Rubiera Mata, catedrática de estudios árabes e islámicos de la Universidad de Alicante. Se presentará a continuación, aunque el análisis pormenorizado de ese texto de Al-Waqqaḫī referente al Cid se ha realizado en M. de EPALZA, «Etimología árabe del Cid, como antropónimo ("El León") y como topónimo ("El Señor y/o El Gobernador") almohade», *Sharq Al-Ándalus. Estudios Árabes*, Alicante, 7, 1990, 157-169.

<sup>39</sup> Debo esta información, con documentación gráfica y otros detalles, a don Juan Antonio Marrero Cabrera. Se refiere a unos medallones de un atrio, a las afueras del pueblo de Franco, en el condado de Treviño, junto al río Ayuda, donde el Cid obtuvo un molino, del que cobraba su maquila. Aunque las representaciones del león no serían significativas, sobre todo en la Corona de Castilla y León, sí que puede serlo en unas posesiones de Rodrigo. Sobre representaciones islá-

Todo ello permite ahora afirmar con bastante seguridad este origen árabe militar de este título del Cid, «El León», con el que Rodrigo sería ya conocido en sus primeras acciones militares independientes, al inicio de su destierro por tierras musulmanas y árabehablantes, las actualmente aragonesas que centran los estudios de este encuentro de Ateca-Calatayud.

El texto de al-Wáqqaxi (magistrado de origen toledano que tuvo un papel importante en Valencia en el momento del asedio que el Cid impuso a la ciudad antes de conquistarla) sólo se ha conservado al parecer en su traducción y transcripción castellana (el texto árabe transcrito sería una retraducción al árabe a partir de la traducción castellana de la arenga árabe original)<sup>40</sup>. La estrofa o párrafo 16 (yo creo que el original no era ni un zéjel ni una casida sino una archuza, poema en pareados parecido a la prosa rimada de los discursos o sermones religiosos, como lo pruebo en trabajo mencionado)<sup>41</sup> presenta a la ciudad de Valencia acosada de peligros por sus cuatro puntos cardinales. Esos peligros son en el texto de Al-Wáqqaxi:

Al Este está el mar, que no permite huir.

Al Sur está la red de acequias y la Albufera, inundadas por mandato del Cid, para que la ciudad no pueda recibir ayudas por esa dirección, por parte de los almorávides u otros ejércitos musulmanes.

Al Oeste está el fuego del asedio, desde el arrabal de Rayosa, a la orilla derecha del río, la orilla donde está la ciudad.

Al Norte está El León, El Cid, en la montaña de El Puig, en el arrabal de la Alcudia y en la Almunia de Vilanova, al otro lado del río, a su orilla izquierda: «*si fuer a siniestro matar mā el león*».

El texto presenta numerosos problemas, pero la mención del león al norte de la ciudad está clarísima, confirmada por la transcripción árabe: «*allacet*» (en árabe clásico, *al-asad*, «el león»). La presencia en el asedio del Cid de esa mención al león no puede ser fortuita y confirmaría todos los otros datos que se han acumulado a favor del origen árabe del título militar de Rodrigo<sup>42</sup>.

---

micas del león, ver M. V. ORDÓÑEZ PALACIOS, «Representación del León en el arte hispanomusulmán», *Actas del XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte*, Granada, 1976, 170-177. Sobre el león como calificativo o título de militares, ver mis trabajos antes citados (tanto en el Occidente musulmán como en Oriente, en sus versiones árabe *asad*, turca *arслан* o kurda *shirkuh*, aplicado a generales almohades, turcos selyuquies o kurdos ayyubies, del XI y XII).

<sup>40</sup> Ver edición de R. MENÉNDEZ PIDAL, «Sobre Alaucaxi y la elegía árabe de Valencia», *Homenaje a D. Francisco Codera*, Zaragoza, 1904, 391-409, sacando el texto castellano y el texto árabe transcrito en caracteres latinos de la Primera Crónica General de España y estudiando ambos textos, con la ayuda del arabista Julián Ribera y Tarragó. Sobre estos textos, ver los importantes estudios de A. R. NYKL, «La elegía árabe de Valencia», *Hispanic Review*, Philadelphia, 1940, 9-17, y en su *Hispano-Arabic Poetry and its Relations with the Old Provençal Troubadour*, Baltimore, 1946 (reimpresiones 1970, 1986), 303-309; F. Corriente, «De nuevo sobre la elegía árabe de Valencia», *Al-Qantara*, Madrid, VIII, 1987, 331-346.

<sup>41</sup> Ver estudio citado *supra*, nota 39.

<sup>42</sup> Para no recargar este estudio, remito al trabajo citado *supra*, nota 39, para el análisis del texto desde el punto de vista lingüístico, métrico, histórico y topográfico. Aquí (sólo presento las conclusiones del estudio, cuya fiabilidad presentaba, en resumen, de la forma siguiente: «Este texto de Al-Wáqqaxi, contemporáneo del sitio de Valencia, a pesar de sus ambigüedades menciona dos

6. ALCOCER, «LA POSADITA FORTIFICADA» EN EL PASO DEL CAMINO A TRAVÉS DEL RÍO JALÓN

El Congreso Internacional que nos reúne ha sido organizado por dos investigadores, José Luis Corral y Francisco José Martínez García, que han descubierto, siguiendo los detalles del *Cantar* y sus propias investigaciones arqueológicas y archivísticas, la localización más probable de Alcocer<sup>43</sup>. Quisiera aportar, desde la filología árabe y la toponimia vial, algún complemento y confirmación a sus convincentes hipótesis.

Alcocer es un topónimo cuyo étimo árabe se ha traducido por «el palazuelo»<sup>44</sup>, aunque el contexto del *Cantar* permite considerarle como un «castillo»<sup>45</sup>. En realidad es un diminutivo —con artículo prefijo— de la palabra árabe *qasr*, «alcázar», que tiene evidentemente el sentido militar de «castillo» porque está fortificado, pero también el sentido lujoso de «palacio». El *qasr* tiene también la carga semántica y el valor mítico de los palacios celestes o de las mansiones reales fantásticas de la literatura árabe<sup>46</sup>. El geógrafo del siglo XII Al-Idrisi sólo menciona alcázares urbanos en Mérida y Córdoba<sup>47</sup> y en cambio también menciona alcazarillos viales<sup>48</sup>. Como el recientemente estudiado en las cercanías de Almería<sup>49</sup>. La dualidad entre los alcázares urbanos y los que están en zonas rura-

---

hechos significativos: a) el terrible peligro del león para Valencia sitiada por el Cid, y b) sitúa a ese león con bastante certeza al norte de la ciudad. Si la segunda afirmación presenta alguna duda —por las contradicciones de los textos castellano y árabe que nos han llegado, que hemos intentado solventar—, el primer elemento —el peligro del león— nos parece confirmar con un argumento bastante importante la hipótesis de que el Campeador era conocido como Cid, “León” por los musulmanes contemporáneos suyos».

<sup>43</sup> Ver *supra*, nota 2.

<sup>44</sup> M. ASÍN PALACIOS, *Contribución a la toponimia árabe de España*, Madrid-Granada, 1944, 2.<sup>a</sup> ed., p. 53. Ver también *alcázar*, *alcazarejos*, *alcazarén*, *alcozero*, *alquézar*, en *id.*, pp. 53, 54, 74, que son derivados de la misma palabra árabe.

<sup>45</sup> Ver en el vocabulario de R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de...*, II, 450.

<sup>46</sup> Ver los capítulos «Los palacios míticos de los árabes», «Los palacios» y «Los palacios de Al-Ándalus», en M. J. RUBIERA, *La arquitectura en la literatura árabe*, Madrid, 1981, 1988.

<sup>47</sup> Edición de C. E. DUBLER, en *Al-Idrīsī. Opus Geographicum...*, Nápoles-Roma, fasc. V, 1975, p. 580 para los alcázares o «mansiones» (*qusūr*) de Medina Azahara, ciudad palaciega cerca de Córdoba, y pp. 545 y 546 para los alcázares en ruinas de la alcazaba de Mérida.

<sup>48</sup> *Id.*, p. 537, para Aznalcázar entre Sevilla y Niebla (*hisn al-qasr*, significativamente «el castillo de la posada», mostrando la diferencia entre ambos); pp. 538, 544 Y 547 para Alcácer do Sal, importante núcleo de comunicaciones en la desembocadura del Tajo; p. 561, un Alcocer (*al-qusair*) en el camino entre Andújar y Córdoba, y el del Cabo de Gata (ver nota siguiente). Siendo núcleos de población inicialmente reducidos no es de extrañar que sólo figuren unos pocos en la obra geográfica de Al-Idrisi, en la parte consagrada a toda la Península de Al-Ándalus. Los hay también al otro lado del Estrecho que se han conservado como topónimos hasta nuestros días.

<sup>49</sup> *Id.*, p. 562, estudiado en M. de EPALZA, «Constitución de rábitas en la costa de Almería: su función espiritual», *Homenaje al Padre Tapia. Almería en la historia*, Almería, 1988, 231-235. «Al-Idrisi... nos precisa un poco más la naturaleza de esa rábita del Cabo Gata. Primero nos la sitúa en un itinerario, que bordea la sierra de Gata por la costa: de Los Escullos a Cabo de Gata, con unos 8 kilómetros, y desde allí a Almería, con unos 17 kilómetros. También nos dice que no hay en la rábita una fortaleza (*hisn*) ni un poblado (*qaria*), sino que hay una posada fortificada (*qasr*). La palabra árabe *casr* no puede traducirse alcázar en este contexto, sino por lugar de etapa seguro, como lo ha estudiado Hernández Jiménez («La travesía de la Sierra de Guadarrama en el acceso



les, es decir, en estructuras viales de los caminos entre ciudades, permite comprender mejor la realidad de lo que los árabes entendían por un «alcocer» o «posadilla fortificada», que quedó fosilizado en el topónimo Alcocer, como el del *Cantar*.

Una «alcázar» o «alcocer» vial viene a ser una «posada» o «albergue» en el camino, relativamente fortificado para dar seguridad al viandante. El ejemplo de Alcocer de Planes (provincia de Alicante, comarca del Alcoià-Comtat) es semejante al del *Cantar* según la identificación de Corral y Martínez: está en una pequeña altura, junto al camino, cuando éste atraviesa el vado de un río, en ese caso el Serpis. El agua es una comodidad muy apreciada por los viajeros musulmanes por toda clase de razones higiénicas y religiosas<sup>50</sup>, venga de río, de acequia (el caso aragonés) o de fuente (en el caso alicantino o en el almeriense antes citado). Es evidente que junto al «palacito» de Alcocer podía establecerse una pequeña población rural, como aparece en el *Cantar*, con terrenos de agricultura y pastoreo que permiten cierta riqueza para los habitantes, que se pueden refugiar en las murallas del poblado. La presencia en ese paraje del topónimo latino de época árabe La Losa confirmaría el carácter vial de ese poblado, evidente en los tres casos mencionados de topónimos Alcocer<sup>51</sup>.

Podría añadirse además que el paso semántico de un *qasr*, «palacio» urbano o mítico, a los «alcázar» o «alcocer» viales, mucho más modestos, corresponde a una imagen de lujo que pretenden dar esas posadas, en un proceso semántico parecido al de los modernos hoteles llamados «PALACE», que pretenden así emular con su nombre los palacios reales de la Corona Imperial Británica.

Puntualizados estos sentidos denominativos en árabe, que dieron lugar al topónimo Alcocer (es una pequeña posada vial, fortificada por razones de seguridad en zona rural, junto a un camino y un vado, con las necesarias comodidades acuíferas y con pretensión de lujo), se puede confirmar la localización propuesta por Corral y Martínez en el paraje de la Mora Encantada<sup>52</sup>. Más aún, esta descripción permitiría comprender mejor las razones por las que Rodrigo, recién exiliado de Castilla, ataca en primer lugar al castillito de Castejón junto al Henares y a la posadita de Alcocer junto al Jalón.

---

de la raya musulmana del Duero», *Al-Andalus*, Madrid, XXVIII, 1973, 69-185) y lo indica el mismo texto de Al-Idrisi, al mencionar la rábida como una etapa de itinerario y añadir que «hay un casr donde hay gente que defiende el camino». Por el hecho de que allí vivía bastante gente, además de los eventuales viajeros, sin ser una fortaleza ni una aldea, necesitaban un lugar con bastante agua, lo cual viene confirmado por...» (p. 232).

<sup>50</sup> Ver M. de EPALZA y otros, *Agua y poblamiento musulmán*, Benissa, 1988.

<sup>51</sup> Para la toponimia vial árabe y su utilización para precisar los itinerarios, ver M. J. RUBIERA, *Villena en las calzadas romana y árabe*, Alicante, 1985, especialmente pp. 15-17. He estudiado este topónimo para una publicación local del pueblo de Lloseta, en Mallorca, M. de EPALZA, «Posible origen vial del nombre de Lloseta: "El camino empedrado"», *Lloseta*, III, n.º 36, septiembre 1986, p. 4 (183). Ver también otro topónimo, híbrido árabe-romance, en situación geográfica idéntica que la de los también diminutivos Alcocer: Alcazarejos, en una calzada islámica, a su paso por el río Júcar, actualmente junto a Vandegangas (prov. de Albacete).

<sup>52</sup> Ver *supra*, nota 2.

En efecto, su reducido ejército no puede enfrentarse con las grandes ciudades y fortalezas musulmanas, perfectamente preparadas para resistir a bandas transeúntes como la suya. Sólo puede atacar a núcleos de población pequeños y aun eso con astucia, porque también están preparados para ataques de ese tipo. Antes de apoderarse de Alcocer Rodrigo había tomado el castillito de Castejon (el diminutivo está en la terminación del topónimo, aunque no en el *Cantar* por razones épicas obvias). Ese género de pequeñas fortalezas de camino, generalmente en alto para transmitir avisos, según el sistema de fortalezas viales de época omeya<sup>53</sup>, no reunían las condiciones de asentamiento de la «pequeña posada vial fortificada» de Alcocer, según narra el *Cantar* (vv. 524-526):

*Decidió mio Cid con toda su compañía  
que allí en el castillo no tendrían morada  
que podrían defenderlo, pero allí no había agua.*

Con los moros de Castejón había establecido también un sistema de parias-pagas, complemento depredatorio de las expediciones militares realizadas por sus tropas en las campañas de la región de Alcalá-Guadalajara-Fita:

*Los moros en paz pues escrita está la carta.*

(v. 527)

La ocupación de Alcocer corresponde, según el *Cantar* y seguramente también en la realidad, a una doble finalidad: por una parte apoderarse de un recinto fortificado pero con condiciones de aposentamiento para todos los suyos, y por otra cortar así las comunicaciones viales entre las importantes ciudades de la región (Ateca, Terrer, Calatayud), para poder sacar más pagos de su acción militar, como así lo confiesa el *Cantar* (vv. 570-572, 625-626, 630-635, 774-777, 842-846, 860-861).

Como se ve, la etimología árabe de Alcocer y la comparación de esa «pequeña posada vial fortificada» con otras semejantes de Al-Ándalus permite comprender mejor ese episodio del *Cantar* y comprobar con nuevos detalles su verismo épico.

---

<sup>53</sup> Ver M. J. RUBIERA, *op. cit.*, y M. J. RUBIERA, M. de EPALZA, *Xàtiva musulmana (segles VIII-XIII)*, Xàtiva, 1987.

## TIERRA E ITINERARIO DEL CID EN ARAGÓN

POR

MANUEL CRIADO DE VAL

Sobre el itinerario del *Cantar del Destierro*, del que forma parte la cuenca del Jalón, publiqué en el año 1970 un artículo aparecido en la *Zeitschrift für Romanische Philologie*, con el título «Geografía, toponimia e itinerario del *Cantar de Mio Cid*».

Para comprender y llegar al fondo del itinerario cidiano es indispensable descifrar la base de la caminería medieval y de la estrategia militar que está fundada en ella. Sin olvidar que las rutas militares no siempre coincidían con las civiles, especialmente en las regiones fronterizas.

El paso de una hueste fuera de las fronteras venía condicionada por las fortalezas y torres de vigilancia, que normalmente debían de ser evitadas. La desviación de las calzadas y cañadas para evitar las fortalezas es la principal razón de que aparezcan variantes en la marcha en relación con los ejes camineros principales. El Cid evita cuidadosamente fortalezas como Atienza, Gormaz o Calatayud.

El eje principal de estos itinerarios son los ríos. Puede decirse que la idea obsesiva en una hueste como la del Cid era encontrar un cauce de agua que le sirviera de aprovisionamiento. El itinerario del «destierro» se inicia en el Arlanzón, baja hacia el Duero por la cuenca del Arlanza, cruza el Duero y se adentra en tierras de moros por el curso del Cañamares, alcanza la cuenca del Henares en donde el Cid vacila en seguir hacia el sur, pero al fin se conforma con enviar a Álvar Fáñez en «algara» hacia Alcalá; tuerce hacia el este en busca del Jalón y de las tierras aragonesas; al pasar Alcocer enlaza con la cuenca del Jiloca que le conduce hacia sus grandes campamentos de Gallocanta y el Poyo de Mio Cid. En este punto parece tener una cierta vacilación entre seguir hacia Cataluña, pero el encuentro con el conde Ramón Berenguer le decide a variar su ruta y dirigirse hacia Valencia continuando por la cuenca del río Cella.

## LAS CALZADAS

Junto a los ríos son determinantes las calzadas, organizadas por la ingeniería romana con criterio muy semejante al de la caminería medieval de la que es base fundamental. En el itinerario cidiano siempre hemos de contar con el apoyo esencial de las calzadas; primero desde Burgos hasta llegar al Duero, cruzando la llamada Calzada de Quinea, enlaza con la de Mérida a Zaragoza. Desde Daroca baja hacia Valencia siguiendo la ruta de la calzada que no dejará de acompañarle hasta tierras valencianas. Naturalmente que no siempre el Cid sigue en su marcha las grandes vías romanas sino que también utiliza las cañadas y en las zonas despobladas los pequeños caminos vecinales. La necesidad de evitar las grandes fortalezas obliga al Cid a adentrarse por zonas despobladas en rápidas marchas nocturnas, que le permiten organizar sus «celadas» en los lugares que más le interesan.

## LOS CAMPAMENTOS

Los campamentos que forzosamente debían establecerse en una marcha militar requerían una técnica especial, que dependía de las circunstancias de la región y también de la importancia de la hueste o ejército en marcha. Eran muy diferentes los campamentos que llamaremos «de paso», simples acampadas «en la sierra» o en la glera, como en los primeros días del destierro. Otro tipo de campamentos a los que llamaremos «de asedio», para descanso en la marcha o para el ataque de lugares fortificados, como es el caso de Castejón o del cerro Torre Cid. Por último, los campamentos «estables», previstos para concentrar nuevas tropas en vista de alguna acción militar de gran envergadura; éste es el caso de Celfa o Gallocanta. En cualquiera de estos últimos la elección de un campamento precisaba el que el cerro o poyo en que se establecía fuese de fácil defensa, que no faltara el agua de algún río cercano o manantial de fácil acceso y que dispusiera de una vega cercana donde poder establecer las tiendas. Estos últimos campamentos no siempre eran improvisados; en la mayoría de los casos ya habían sido utilizados con anterioridad, bien sea para las incursiones musulmanas o las cristianas. Puede servir de modelo el campamento de Torre-cid o el de Sopenetrán junto a Hita, que sirvió para alojar las incursiones musulmanas primero y luego las cristianas. En este campamento se localiza una tradición hagiográfica en torno al hijo de Al-Mamún, que estando en el se convirtió al cristianismo. También aparece citado en el *Muqtabis V* como escala de Abderamán III después de la derrota del Jandaq.

## LA ESTRATEGIA MEDIEVAL

El juglar autor del *Cantar del Destierro* tenía unos indudables conocimientos del arte militar de la época. Domina la doble terminología árabe y cristiana y aplica con precisión palabras como «almofalla», «arrobdá», «fonsa-

do», «arrancada», «alcanz» así como el arte de montar que el Cid utiliza para vencer al conde Berenguer:

*Pues adelant irán tras nós, aquí sea la butalla,* 990  
*apretad los çavallos e bistades las armas.*  
*Ellos vienen cuesta yuso e todos trahen calças*  
*e las siellas çoçeras e las çinchas amoiadas,*  
*nós cavalgaremos siellas gallegas e huesas sobre calças.*  
*çiento cavalleros devemos vençer aquellas mesnadas.* 995  
*Antes que ellos lleguen a[ll] llano, presentémosles las lancas,*  
*por uno que firgades, tres siellas irán vazias;*

En la estrategia del *Destierro* las celadas tienen claro protagonismo. La tradición literaria es evidente pero tampoco es dudosa su relación con la real práctica militar de la época. Junto a las celadas eran práctica habitual las algaras o «corridas» en busca de ganancias o parias (algaras de Henares, río Martín, etc.). Las marchas habituales se hacían de día o al amanecer, al primer o segundo cantar del gallo, salvo cuando se realizaban «transnochadas» para sorprender una posición enemiga o para evitar una fortaleza peligrosa. Las «lides campales», en espacios abiertos, se reflejan en las batallas de Alcocer muy especialmente y en la de Murviedro.

El juglar, sea testigo o no de la batalla de Alcocer, pone todo su empeño en los «detalles» «militares» de la escena. Contrasta esta petición con la esquemática cita de la conquista de Valencia, que resume en tres versos.

*Metióla en plazo, si les viniessen uviar;*  
*nueve meses complidos, sabet, sobr' ella iaz[e]*  
*quando vino el dezeno oviérongela a dar.* 1.210

#### DISTANCIAS CONVENCIONALES

Si la precisión en los datos geográficos es grande en el *Cantar*, no puede decirse lo mismo de su cronología, salvando la fecha muy dudosa del v. 373. Ninguna otra referencia de años o fechas aparece a lo largo del *Poema*. En su lugar, de vez en cuando, el juglar nos indica apreciaciones del tiempo muy sospechosas de ser convencionales ya que salvo muy pocas excepciones son tres, cinco y quince los números que nos da.

Tres son los días que dura el ayuno del conde Ramón Berenguer (v. 1.030) tres semanas es el plazo para las vistas del Tajo (v. 1.962), tres meses dura la campaña antes de Valencia (v. 1.169), en tres años no habían comido mejor los huéspedes del Cid. Otro número convencional es el cinco. Cinco días dura el viaje de las hijas de Álvar Fañez entre San Pedro y Medina (vv. 1.451-1.452). Y la tercera cifra, también convencional, es el quince, que se repite en cuatro ocasiones: vv. 573-1.410-1.665-2.251.

Este concepto plenamente convencional de los datos cronológicos del *Cantar* es sin duda fruto de la actitud libre y creadora del juglar frente al testimonio historiográfico.

Hay un dato claro. En la marcha del rey de Valencia en ayuda de Alcocer con tres mil hombres el *Poema* establece tres jornadas, con aposentamientos en

Segorve y Cella. La geografía es correcta y los campamentos también. Pero es imposible que un ejército tan numeroso, con peones e intendencia, pudiera, por muy rápida que fuese la marcha, cubrir esa distancia de cerca de trescientos kilómetros en tres jornadas. En el número tres está la clave de estos versículos: tres jornadas y tres mil hombres. Todo indica la creación literaria al margen de la documentación histórica.

#### EL ITINERARIO DEL CID POR EL JALÓN

Cuando la hueste del Cid deja el curso del Duero se adentra por tierras áridas siguiendo el curso del río Cañamares y procurando pasar inadvertido por la poderosa fortaleza de Atienza. Prepara la celada de Castejón de Henares. Pero esa tierra tampoco le interesa. Prefiere las ganancias de la algar de Alvar Fáñez por tierra de moros tributarios de Alfonso VI pero sin deseo de enfrentarse con él. Se dirige hacia Aragón en marchas nocturnas por despoblados. Anguita y el Campo de Toranz hasta entrar en el Jalón.

#### EL CAMPAMENTO DE TORRECID

El Cid decide cercar a Alcocer. Para lograrlo acampa, nos dice el *Cantar*, «en un otero redondo, fuerte e grand» (v. 554). En él manda poner la posada e hincar las tiendas «unas contra la Sierra, e las otras contra la agua» (v. 558), rodea el cerro de una trinchera o cárcava y consigue le den parias las tres fortalezas más cercanas: Alcocer, Ateca y Terrer.

La toponimia es auxiliar decisivo en este problema. En el plano 437 (Ateca, 1/50.000) del Instituto Geográfico y Catastral, encontramos al sureste del pueblo de Ateca, al otro lado del Jalón, los siguientes topónimos: Cerro Torrecil, La Almunia, La Sierra, Atalaya y Castejón de las Armas. Al estudiar la zona sobre el terreno comprobamos que el nombre de Torrecil es en realidad TorreCID y que persiste en el pueblo una tradición según la cual el Cid tuvo allí su campamento. Se trata efectivamente de un otero redondo de unos 750 metros de altura, a la orilla misma del Jalón, que tiene a la espalda, como también dice el *Poema*, a la Sierra (éste es exactamente el nombre popular que se da a los montes que cierran el acceso al río por el sur y en los que todavía existen varias minas antiguas abandonadas). Al pie del cerro TorreCID hay huertas y parideras que corresponden al topónimo La Almunia. La Atalaya, a su espalda, es indicio de la función militar de esta zona.

Sobre el cerro TorreCID escribe Ian Michel:

Me parece que Criado de Val, p. 97, está equivocado en identificar la colina en la que acampa el Cid como el cerro de Torrecil, de 750 m de altura, situado a gran distancia al este de Castejón; considera que Torrecil es corrupción de TorreCID, pero no presenta ninguna prueba que lo confirme. (Edición PMC, p. 119).

Sitúa el cerro Ian Michel en:

el cerro de las Dehesillas, de 686 m de altura, situado al noroeste de Castejón, en el ángulo formado por la confluencia del Piedra y el Jalón, domina el pueblo y corresponde exactamente a la descripción de los vv. 555-558 (p. 119).

En el Simposio sobre «El Cid en la cuenca del Jalón» se ha discutido a fondo la localización del campamento del Cid frente a Alcocer. Las excavaciones en el cerro Torrecid, dirigidas por Francisco Martínez García, del Centro de Estudios Bilbilitanos, han confirmado los datos de la toponimia. Realmente en el poema no se describe un campamento «fortificado» sino simplemente la instalación de unas tiendas frente al río y otras cubriendo el acceso desde la sierra, sobre un alto poyo cercano al río. Todo ello defendido por una cárcava o foso. A la vista de la excavación caben varias hipótesis: que el Cid utilizara una fortificación del campamento forzado por la resistencia de Alcocer, que utilizase un campamento anterior, o que después de su marcha el campamento se hubiera estabilizado. Probablemente la calzada de Mérida a Zaragoza pasaría por sus inmediaciones y necesitaba de una vigilancia de esta naturaleza. De cualquier modo las excavaciones han descubierto la existencia de un campamento que sin duda el juglar conocía y que parece ser un campamento «estable», aprovechado por el Cid o construido por él. Un campamento que como en el caso de Castejón de Henares viene determinado por la proximidad de la calzada.

En el *Poema* no se hace referencia a que el Cid fortificase el cerro con instalaciones permanentes. Sólo nos dice que puso sus tiendas, defendidas por una «cárcava» y unas frente al río y otras frente a la tierra. El Cid en ningún caso piensa, una vez conquistada la plaza de Alcocer, en detenerse largo tiempo en aquella tierra.

Punto esencial de la ruta y también de la estrategia militar del *Poema* es el castillo de Alcoçer, a cuya conquista y abandono final se dedican trescientos diez versos (553 a 863). A pesar de su trascendencia militar demostrada por el hecho de que el rey moro de Valencia no duda en enviar un ejército de tres mil hombres para reforzar lo que llama el *Poema* la «frontera», Alcoçer figura como lugar desconocido en la geografía del Cid e incluso ha provocado algunas sospechas sobre su carácter más o menos fantástico.

La conquista de Alcocer por el Cid suponía el cierre de la frontera del Jalón y efectivamente no sólo tenía que pesar «a los de Ateca, a los de Terrer y a los de Calatayuth» sino también a las ricas poblaciones de Valencia, Zaragoza e incluso Barcelona, que descansaban en la fortaleza del triángulo estratégico cuyo vértice está en esa foz del Jalón, que el Cid dismantelaba con la nada insignificante conquista de Alcocer. Buena prueba de ello es la falta de nuevos grandes episodios militares hasta que el Cid amenaza las tierras desguarnecidas del conde de Barcelona y llega en marcha vertiginosa hasta Valencia. Es justo reconocer en el *Cantar* un gran realismo estratégico y una profunda comprensión de las zonas protagonistas de la Península en el plano militar de la época.

Junto al cerro Torrecid y casi en la confluencia del Jalón con el río Piedra está el pueblo de Castejón de las Armas, que constituye una fuerte posición

defensiva entre ambos ríos con castillo roquero, cuyas ruinas en el centro mismo del pueblo atestiguan ser el Alcocer del *Cantar*. La identidad semántica entre el diminutivo romance de castillo (Castejón) y el diminutivo árabe de alcázar (Alcocer) nos lleva a un proceso etimológico muy fácil de justificar en zonas que han vivido en una gran promiscuidad lingüística.

Junto a la toponimia ibérica o latina, que se traduce al árabe al realizarse la conquista, hay otra traducción inversa a la que sin duda pertenece este Castejón, que es sinónimo perfecto de Alcocer. El Castillo o Castejón de Alcocer es una tautología del tipo «Puente de Alcántara» muy frecuente en la toponimia española. Cabe también que coexistieran ambos nombres, Alcocer para los hablantes musulmanes y Castejón para los cristianos y que el juglar del *Cantar* prefiriese el primero para evitar la confusión con el Castejón de Henares que protagoniza la primera batalla del Cid.

Ian Michel, editor del *Poema* y especializado en su geografía, dice así en una larga nota:

Después de examinar el terreno en dos ocasiones, estoy de acuerdo con Criado de Val en pensar que Alçoçer probablemente representa Castejón de las Armas, al sur del Jalón junto al río Piedra, veloz riachuelo montañoso que confluye con el Jalón a 1 km al norte del pueblo. Entre las razones aducidas por Criado, destacan la de la geografía existente y el probable nexo entre el topónimo Alçoçer, diminutivo del árabe *alkasr* («castillo») y Castejón, aumentativo, o posible diminutivo, del lat. CASTELLUM. Añadamos: 1) que Castejón de las Armas es el único sitio de cierta importancia en esta parte del valle que de otro modo no se mencionaría en el *Poema*, y 2) que el poeta acaba de relatar la toma de Castejón de Henares (v. 541) y hubiera sido muy inconveniente tener que hablar de dos topónimos idénticos en tan poco espacio (p. 119).

Por parte del equipo del Centro de Estudios Bilbilitanos que estudia la base arqueológica del largo pasaje sobre Alcocer en el *Poema*, se ha propuesto la localización de Alcocer en un cerro de la orilla izquierda del río Jalón, en el paraje conocido por «la mora encantada», entre Ateca y Terrer. Allí existe un mogote natural coronado por piedras; la ladera plantada de pinos deja al descubierto un espacio yermo en el que el equipo investigador espera encontrar restos arqueológicos cuando se hagan las excavaciones oportunas.

Los argumentos frente a la localización de Alcocer en Castejón de las Armas son los siguientes: Gerold Hilty considera primordial el verso 661 que indica que los sitiadores de Alcocer «quitaban el agua al Cid». Pero realmente los sitiadores musulmanes, dueños de toda la región, no tenían la menor dificultad para desviar el curso de un pequeño arroyo como es el río Piedra en cualquier punto de su recorrido, desde su nacimiento hasta la desembocadura en Alcocer.

Otra objeción propuesta consiste en que desde Alcocer no se ve el cerro Torrecid. Se olvida la existencia de un topónimo como es la «Atalaya» muy cercano a Castejón y que serviría de puesto de vigilancia a la línea defensiva entre Ateca y Castejón.

La penetración por los desfiladeros del Jalón se realiza por la margen derecha, que no cuenta con más poblados que el de Castejón mientras que la izquier-



da era una serie continua de fortalezas musulmanas, Ateca, Terrer, Calatayud, que el Cid nunca conquistó. Sería muy importante localizar el trazado de la calzada y la posible existencia de puentes o vados aunque el caudal del Jalón, normalmente, no representa un obstáculo infranqueable.

El hallazgo de un topónimo, «acequia de Alcocer», que se sitúa cercano a Ateca y no lejos de Castejón, es importante. No obstante no se trata de un topónimo puntual sino la referencia al largo trayecto de la acequia.

#### EL ESCENARIO DE LA «LID CAMPAL» DE ALCOCER

El juglar, en uno de los más expresivos pasajes literarios del *Poema*, describe con precisas imágenes la «estampa» de la batalla:

*Veriedes tantas lanças promer e alçar,  
tanta adágara foradar e passar,  
tanta loriga falsa[r] [e] desmanchar,  
tantos pendones blancos salir vermeios en sangre,  
tantos buenos cavallos sin sos dueños andar.* 730

La batalla descrita con un alarde de técnica literaria termina con la huida de los reyes Fariz y Galve. Fariz huye hacia Terrer y Galve, perseguido por el Cid, se refugia en Calatayud.

El «escenario» de la batalla o «lid campal» de Alcocer supone un conocimiento muy directo del contorno por parte del juglar. La hueste del Cid decide salir de Alcocer y avanza por la orilla del Jalón mientras que la línea militar de los moros valencianos le sale al frente desde la otra orilla del río y desde sus posiciones de Ateca, Terrer y Calatayud. La vega que se extiende en un terreno sin dificultades, a pesar del paso del río, es lógico escenario del combate.

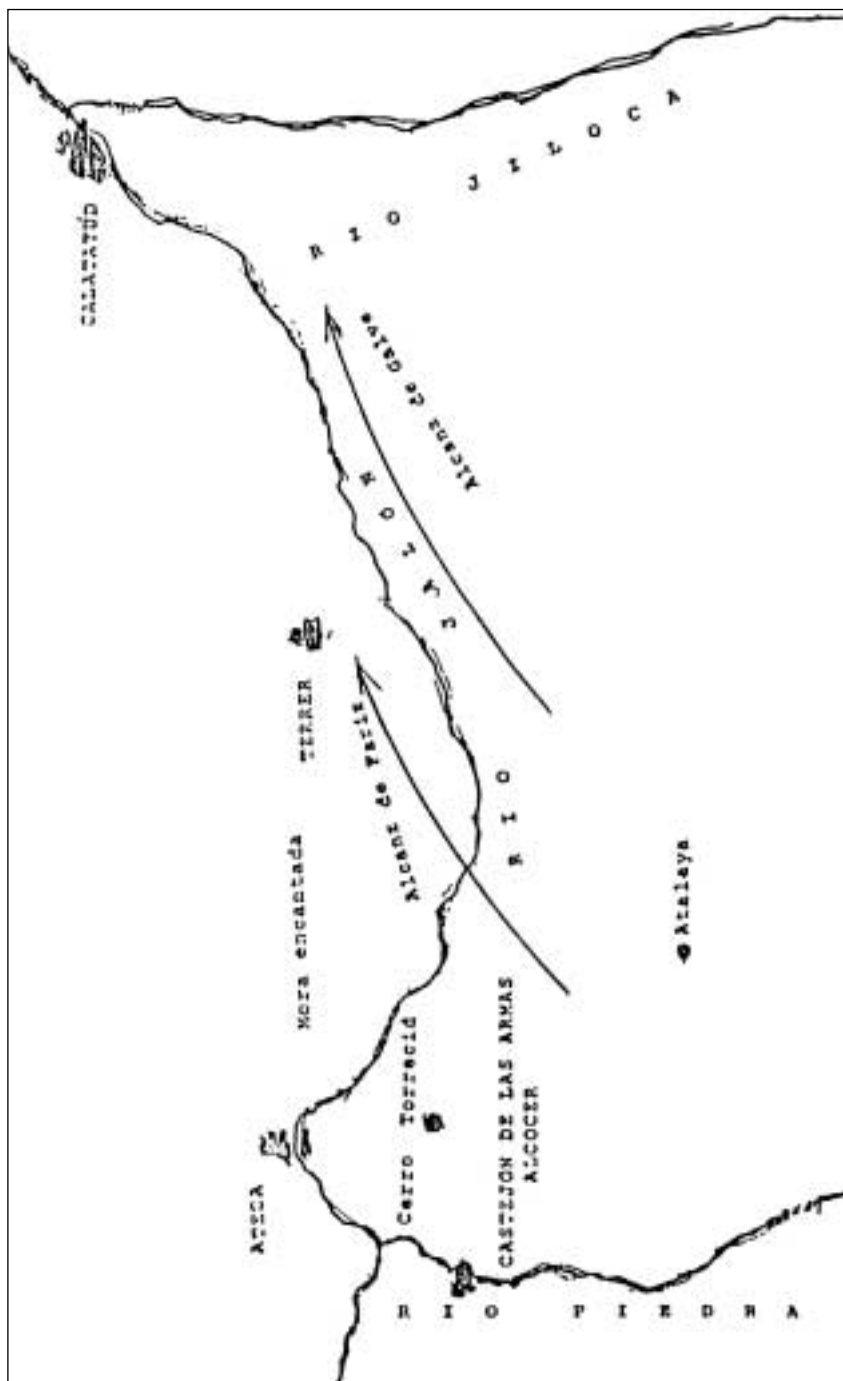
Al margen de la posible «historicidad» de la batalla es evidente el propósito del juglar de dar el mayor relieve posible a un combate, sin olvidar el menor detalle de lo que una «lid campal» requería en la época. El Cid trata de conservar la formación de su hueste que es rota por su alférez Rodrigo Bermúdez.

La huida de Fariz hacia Terrer se sitúa en lugar cercano al cerro. La desproporción entre el número de combatientes moros reforzados por las guarniciones de Calatayud, Terrer y Ateca frente a los seiscientos y pico caballeros que siguen al Cid es una desproporción típica del carácter literario del *Poema*.

#### EL ITINERARIO DEL JILOCA

Después de la conquista de Alcocer al Cid se le presenta una alternativa: o seguir por la ruta de Calatayud hacia Zaragoza o torcer hacia el este y seguir la cuenca del Jiloca hasta Valencia. El Cid prefiere seguir este segundo camino.

La elección está bien justificada. Se supone que después de su victoria en Alcocer el Campeador dejará su caminar aventurero por fronteras y despoblados y buscará una tierra fértil donde poder asentarse. No le interesan las tierras



Escenario de la «lid campal» de Alcocer.

«sobejanas de malas» de la cuenca del Jalón. Pero debe proteger su retaguardia, lo que justifica su acción.

Entre el primero y el segundo *Cantar* hay varias diferencias esenciales. En sus primeros momentos el Cid trata de evitar cualquier conflicto con su rey Alfonso VI y también con los moros tributarios de él. La alternativa de Cataluña se frustra en su encuentro con el conde Ramón Berenguer aunque a cambio asegura su retaguardia. En este episodio, uno de los más afortunados del *Cantar*, se nos presenta un Campeador humorista que contempla la huelga de hambre de su prisionero y con el que sin duda acaba estableciendo un pacto por el que su retaguardia queda protegida. El final de esta campaña frente a Cataluña marca el final del primer *Cantar*, si bien cabe dudar que la extensión de esta primera parte llega hasta la conquista de Valencia. Para la conquista de Alcocer la marcha del Cid es exactamente eso, una marcha. No hay propósito de «poblar» unas tierras angostas y, como dice el *Cantar*, «sobejanas de malas». A partir de Alcocer la marcha deja de ser lineal. Se convierte en una auténtica invasión. Podemos imaginar que ya son varios miles los que acompañan al Cid y que pueden seguir por distintos itinerarios. No es por eso de extrañar que fuesen dos los campamentos casi simultáneos en los que mantiene durante un período de tiempo su dominio. Son el Poyo de Mio Cid y en sus proximidades el Puerto de Alucant o Gallocanta. Con estas bases el dominio del Cid se extiende desde Molina a Montalbán y a Teruel.

Hoy Gallocanta es el nombre de un pueblo a orillas de la laguna que está situada en una amplia plataforma llamada Campo Romano y limitada al noreste por una pequeña sierra de unos mil metros de altitud, con pasos muy próximos en Santed, Berrueco y Calamocha, que todavía conservan restos de sus castillos. Desde ese puerto se desciende rápidamente hasta la vega del Jiloca. Sin duda ahí estaba el «puerto de Alucant», que es una magnífica posición militar con agua abundante, tierra fértil y protegida a la espalda por la tierra adicta o dominada por el Cid de Molina. Su proximidad a la anterior posada del Cid en el Poyo no es contraria sino prueba confirmatoria. La táctica guerrillera del Campeador se compagina perfectamente con esa movilidad en apariencia arbitraria de sus «posadas», a las que abandona una vez cumplida su misión (véase anteriormente Castejón, Alcocer o el Poyo).

La tercera cita, Alucad (v. 1.108) ya aparece discriminada en el manuscrito en la terminación -d, procedente de una forma árabe *al-ocab* y sin duda se refiere al pueblo de Olocau cercano a Xérica y que el Cid ocupó en su maniobra de cerco a la capital valenciana.

Pero no es ésta tampoco la tierra que él busca. Quiere llegar hasta el mar y asentarse en la tierra fértil de Valencia.

En Celfa sitúa el juglar el campamento ideal que necesita el Cid para la conquista. Agua abundante y una no muy alta meseta pero muy extensa en la que asentarse. Es un campamento de los que llamamos «estable» y que ya había servido para el mismo fin a la hueste del rey valenciano cuando trata de socorrer a Alcocer. El cerco a Valencia con distintas direcciones hacia Sagunto y a la que llama Cebolla por no confundir con el sinónimo castellano del Poyo muestran una muy diferente actitud ya que se trata de dominio y posesión de la tierra.

El paso del Jalón al Jiloca pudo realizarlo el Cid sin necesidad de llegar a Calatayud.

La segunda «lid campal» la sitúa el juglar en Murviedro, aunque sea con mucho menor detalle que la de Alcocer. El Cid pide refuerzos a las regiones vecinas. Se divide la hueste castellana entre Álvar Fáñez y el Cid y lograrán la victoria persiguiendo a los moros hasta Valencia (1.147-1.148).

La invención literaria del juglar cuenta con antecedentes clásicos y medievales. Tampoco es posible la marcha descrita en el *Poema* entre Murviedro y Monreal; una traspasada de más de 170 km.

Sorprende en estos pasajes la predicción del juglar de que el campamento que establece en un poyo cercano a Monreal que se llamaría Poyo de Mio Cid. Todo hace suponer que cuando se escribió el cantar ya se llamaba así esta localización. Confirma esta sospecha la doble cita de Monreal que fue fundada por Alfonso I en 1124. Si la fecha de la conquista «histórica» de Valencia tuvo lugar antes del año 1089, hay 35 años en los que Monreal todavía no existía, al menos con ese nombre. El juglar del poema debía conocer esta parte de la geografía del *Cantar* al menos estos 35 años después de que el Cid siguiera este itinerario.

La estrategia del Cid en el *Poema* a lo largo del Jiloca no es ya una marcha continua de sus huestes camino hacia el mar sino una «sucesión» de campamentos base para dominar una amplia región, con incursiones de ida y vuelta al poblado, al que convocaba también la venida de nuevos caballeros. Estos campamentos, tales como el del Poyo de Mio Cid, Gallocanta o Celfa, eran movidos periódicamente según propósito indicado por el juglar. En cualquier caso la toponimia es más genérica y probablemente menos conocida por el juglar que la correspondiente al río Jalón.

En resumen, junto a la clara significación legendaria y dramática del ciclo del condado de Castilla se opone un mayor sentido épico del *Poema del Cid*. También destaca el protagonismo común a todos los autores castellanos del contorno geográfico. Los juglares castellanos establecen un fondo de extraordinario realismo local muy poco modificado por influencias intertextuales. Sobre ese fondo las figuras y los acontecimientos sólo tienen una referencia muy genérica hacia el proceso histórico que el juglar interpreta con plena libertad artística. Contexto histórico que sin duda es mayor en el *Poema del Cid* que en las *Leyendas del Condado de Castilla*.

Otra diferencia es fundamental. El *Poema del Cid* es reflejo de una Castilla en expansión, adecuado al avance castellano realizado en el siglo XI, que sale ya de la línea del Duero, mientras que los *Siete Infantes de Lara* son fiel reflejo de un período del siglo X bajo la tremenda presión de Almanzor sobre la «tierra» castellana. Un amplio espacio del bajo Aragón puede considerarse como el contorno más característico del gran poema castellano sobre el Cid.

**LA TOMA DE ALCOCER  
EN SU TRATAMIENTO LITERARIO:  
UN EPISODIO DEL *CANTAR DEL CID***

POR

ALBERTO MONTANER FRUTOS  
Universidad de Zaragoza

*A la memoria de dos grandes conocedores del Cantar del Cid: don Antonio Ubieto, que abrió nuevos caminos a su interpretación histórica, y don Joaquín Casaldueiro, que mostró en páginas sutiles la irrenunciable verdad estética del mismo.*

1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

El *Cantar del Cid* desarrolla tres episodios en torno a la plaza de Alcocer: su conquista por parte de las tropas del Cid (vv. 550-624), la victoriosa defensa de la misma frente al ejército musulmán de Fáriz y Galve (vv. 625-809) y su definitivo abandono por parte del Cid y sus hombres ante el peligro que conlleva su permanencia en ella (vv. 825-85). Se dedican, por tanto, a narrar los sucesos relacionados con Alcocer un total de 311 versos, el 8,3% de todo el *Cantar*, lo que hace de esta secuencia una de las más extensas del mismo (vid. DUGGAN, 1989, 823-8). Pese a ello la crítica no ha destinado mucha atención a la estructura y a la elaboración literaria de estos pasajes, al haber centrado sus esfuerzos en la hasta hace poco infructuosa búsqueda de Alcocer.

Ésta ha sido por fin concluida gracias a las investigaciones de José Luis Corral y Francisco Martínez<sup>1</sup>, mediante la identificación de Alcocer con los ves-

---

<sup>1</sup> Véase CORRAL Y MARTÍNEZ (1987), MARTÍNEZ (1989) (en prensa), así como las últimas aportaciones recogidas en este mismo volumen.

tigios musulmanes del paraje atecano de la Mora Encantada, sito en el curso de la antigua acequia de Alcocer. Los datos, tanto arqueológicos como documentales, que estos dos estudiosos han revelado apenas dejan lugar a duda sobre la certidumbre del hallazgo. Por tanto, es ahora posible volver de nuevo sobre el propio texto del *Cantar* para determinar el modo en que está constituido y las posibles repercusiones de la localización de Alcocer en la comprensión del mismo.

## 2. LA NARRACIÓN DE LA TOMA DE ALCOCER

La conquista de esta plaza musulmana, episodio en el que centraré mi análisis, constituye la segunda de las victorias del Cid en el destierro y se desarrolla fundamentalmente en tres momentos. El primero (vv. 550-572) cumple un papel introductorio: el Cid, siguiendo el curso del Jalón, llega hasta Alcocer y establece su campamento «en un otero / redondo, fuerte e grand» (v. 554)<sup>2</sup>, desde el que impone su dominio sobre la zona, cuyas principales ciudades le han de pagar parias. El segundo momento (vv. 573-610) constituye el núcleo de la acción y refiere el ardid empleado por el Campeador para conquistar la plaza mora. El tercero (vv. 611-624) narra, por último, el asentamiento de las tropas del Cid en Alcocer y sirve de enlace con el episodio de Fáriz y Galve.

La narración adopta una disposición claramente tripartita que es bastante frecuente en la estructuración interna del *Cantar*<sup>3</sup>. Esto puede apreciarse mejor si el pasaje se desglosa de una manera más detallada<sup>4</sup>:

### I. INTRODUCCIÓN (22 v.):

- A. *Introducción* (6 v.): El Cid llega a las cercanías de Alcocer, en las que acampa (vv. 550-556).
- B. *Desarrollo* (7 v.): El Cid asienta su campamento en el otero sobre Alcocer (vv. 557-563).
- C. *Conclusión* (9 v.): Se extiende la noticia de la llegada del Cid y los pueblos de la zona le pagan parias (vv. 564-572).

### II. DESARROLLO (38 v.):

- A. *Introducción* (3 v.): El Cid, cansado de esperar la rendición de Alcocer, decide usar una estratagema (vv. 573-575).

---

<sup>2</sup> Todas las citas del *Cantar* se hacen según el texto de la edición que estoy preparando para la colección *Biblioteca Clásica*, que, bajo la dirección del profesor Francisco Rico, publicara la Editorial Crítica, de Barcelona.

<sup>3</sup> Se trata de una tendencia relativamente habitual en el *Cantar*, pero no parece responder a un plan preconcebido (vid. DE CHASCA, 1972, 266-268, y MONTANER, 1987, 293). Deyermond (1987, 31) ha sugerido, acertadamente a mi juicio, que tanto el uso de estructuras ternarias como la mención explícita de tal número responden en muchas ocasiones a la «ley del tres» folclórica expuesta por Olrik (1909, ed. 1965, 140).

<sup>4</sup> Sigo, con diversas modificaciones, el esquema trazado en Montaner (1987, 207-208), un análisis más detallado de la parte central (II. *Desarrollo*) puede verse en Ramsden (1959, 133).

- B. *Desarrollo* (34 v.):
1. Primera parte (18 v.): El Cid finge huir, lo que atrae en su persecución a los habitantes de Alcocer, que dejan el lugar desguarnecido (vv. 576-593).
  2. Segunda parte (16 v.): Cuando los alcocereños están suficientemente alejados, el Cid vuelve a la carga y los derrota, ocupando la plaza (vv. 594-609).
- C. *Conclusión* (1 v.): «Mio Cid gañó Alcocer, / sabet, por esta maña» (v. 610).

III. CONCLUSIÓN (14 v.):

- A. *Introducción* (2 v.): En Alcocer ondea la enseña del Cid (vv. 611-612).
- B. *Desarrollo* (9 v.): El Cid arenga a sus tropas (vv. 613-622).
- C. *Conclusión* (2 v.): El Cid se establece en Alcocer y desmantela el campamento del otero (vv. 623-624).

El arranque del episodio analizado marca una evidente transición: el Cid ha abandonado Castejón (vv. 540-543) y, tras saquear la Alcarria y el valle del Tajuña (vv. 543-549), llega al Jalón. A partir de aquí una escueta sucesión de topónimos indica el rápido avance del Campeador hasta llegar al que será su nuevo objetivo militar:

*Otro día movió's mio Cid el de Bivar  
e passó a Alfama, la foz ayuso va,  
passó a Boverca e a Teca, que es adelant,  
e sobre Alcocer mio Cid iva posar.*

(vv. 550-553)<sup>5</sup>

La acumulación de los nombres de cuatro poblaciones, el reiterado uso de verbos de movimiento («movió's», «passó», «va», «passó», «iva posar») y el paralelismo anafórico de los vv. 551-552 contribuyen a crear esa sensación de marcha imparable y decidida. Como ha señalado Russell (1978, 41), la intención del Cantar está aquí fuera de duda: «durante la cabalgada por el valle no hubo lucha entre cristianos y musulmanes hasta que el Cid llegó a Alcocer». Nótese que en el v. 549 se dice que «non lo saben los moros / el ardiment que an» los del Cid y el narrador tampoco se lo comunica al auditorio, que asiste igualmente en suspenso al avance cidiano. Es ahora cuando se revela ese pro-

---

<sup>5</sup> El pasaje plantea una dificultad menor, el sentido de «passó a» (cfr. MICHAEL, 1976, 121-122, y 1978, 118). Podría entenderse «cruzó el río en dirección a», pero esto sólo tendría sentido para el caso de Alhama, puesto que Boverca y Ateca están también en la ribera norte del Jalón. Parece, pues, que ha de significar «pasó por», «cruzó por». Ahora bien, si se admite, con Criado de Val (1970, 107), que el Cid avanza por la ribera sur del Jalón, resulta más adecuado «pasó frente a» o incluso, «dejó atrás». Nótese, a este respecto, que el trayecto aquí atribuido al Cid puede identificarse con el de la antigua calzada romana de Titulcia a Cesaraugusta, que flanqueaba el Jalón por el sur y cruzaba al norte entre Ateca y Terrer (vid. RUSSELL, 1978, 48). Esto explica que el Campeador no se enfrente a los musulmanes a lo largo del Jalón hasta llegar a Alcocer (RUSSELL, 1978, 48) y puede justificar la hipótesis, expuesta en este mismo simposio por el profesor Hilty, de que la importancia estratégica de Alcocer radicaba en permitir el control del vado del río.

pósito oculto, que tan directamente encaminaba los pasos del Campeador: «Mio Cid don Rodrigo / Alcocer cueda ganar» (v. 556).

Para acometer esta empresa, el Cid se establece

*en un otero redondo, fuerte e grand;  
acerca corre Salón, agua no l' puedent vedar.*

(vv. 554-555)

Se trata, por tanto, de una adecuada posición militar que gracias al inmediato acceso al agua, puede resistir fácilmente un cerco. Este último detalle confiere a la descripción un aspecto realista y sugiere, junto con otros datos, que el creador del *Cantar* no era tan lego en asuntos bélicos como a veces se ha supuesto<sup>6</sup>. De hecho, el lugar escogido reúne todos los requisitos que, años más tarde y siguiendo a Vegecio, se prescribirían en las *Partidas* de Alfonso X para la elección de un campamento<sup>7</sup>:

Aposentar huestes es muy grand maestría e ha menester de ser muy sabidor el cabdillo que la ha de fazer. (...) E aún catavan más los que la hueste aposentavan, que non la pusiessen en lugar que fuesse so otero o sierra alta, por que los enemigos non se apoderassen de aquel lugar alto, para fazerles daño, e se acogiessen en salvo. E que non fuesse puesta en tremadal, nin en lugar que le pudiesse aguaducho fazer mal. E fuesse siempre cerca de agua, y de yerva, y de leña, que son cosas que mucho ha menester la hueste, que non pueden escusar.

(*Partidas*, II, xxiii, 19).

Cercando la hueste villa o castillo sobre que se quiere estar, fasta que la tomen, deve el señor mayor, o el otro cabdillo que y fuere por él, fazer tomar las posadas, en derredor de aquel lugar que quiere cercar. (...) E si todo non lo pudieren cercar, deven posar (...) todos en uno, en el lugar do entendieren que mayor daño podrían fazer a los de dentro. Ca cerca non quiere ál dezir, si non cosa que ciñe todo en derredor. E la que non es assí fecha non la llaman si non alvergada. Pero deven aposentar a la hueste en tal lugar que sea cerca de los enemigos, por apoderarse d'ellos e fazerles mal.

(*Partidas*, II, xxiii, 23).

La total acomodación del otero a la base de operaciones perfecta no puede desligarse de que su descripción sea esencialmente formular. También la «montaña» (=«bosque»), en la que acampa el Cid en el v. 427 es «maravillosa e grand», mientras que la sierra que cruza en el v. 422 «fiera es e grand», lo mis-

---

<sup>6</sup> Así lo han juzgado, por ejemplo, Russell (1978, 53-54) y Smith (1985, 118). Respecto de uno de los argumentos alegados por aquél, la falta de actuación de la infantería, hay que señalar que, junto a motivos ideológicos, este silencio puede deberse al carácter parcialmente subsidiario de la misma en los ejércitos medievales, desde el siglo IX hasta finales de la Edad Media (cfr. CONTAMINE, 1984, 86, y KEEN, 1986, 314-315).

<sup>7</sup> En ésta y en las demás citas de textos medievales he respetado las grafías de la edición de referencia, salvo que ha puntuado y acentuado, adaptando las normas actuales a la lengua medieval y he regularizado el uso de *u/v* e *i/j/y*. Además la ese alta (*f*) ha sido transcrita como ese baja (*s*), el signo tironiano (*τ*) se ha transcrito por *&* y las abreviaturas se han resuelto sin ninguna indicación.



mo que las montañas del v. 1.491<sup>8</sup>. Además El Poyo, que sirve al Cid de campamento, recibe una descripción semejante:

*alto es el poyo, maravilloso e grant,  
non teme guerra, sabet, a nulla part.*  
(vv. 864-865)

Como ha señalado Russell (1978: 50-1): «los citados epítetos que el poeta aplica al otero alcocereño parecen ser epítetos de fórmula que él suele usar con relación a otros sitios donde acampa el Cid (cfr. vv. 427, 864), como si la importancia, grandeza o extrañeza de éstos reflejaran la potencialidad moral del héroe». Haya o no una asociación directa entre el paisaje y el Campeador, está claro que la función de este tópico descriptivo es inducir la admiración del público y probablemente se trata de un préstamo de la épica francesa, en la que ya había mostrado su efectividad<sup>9</sup>:

*Halt sont li pui e li val tenebrus,  
Les roches bises, les destreiz merveillus.*  
(vv. 814-815)

*Halt sunt li pui et la voiz est mult lunge.*  
(v. 1.755)

*Halt sunt li pui e tenebrus e grant, AOI.  
Li val pargunt e les ewes curant.*  
(vv. 1.830-1.831)

*Halt sunt li pui e mult halt les arbres*  
(v. 2.271)<sup>10</sup>

*Devers Espagne est en un pui agut.*  
(v. 2.367)

*Passent ces puis e cez roches plus haltes,  
E cez parfanz, cez destreiz anguisables.*  
(vv. 3.215-3.216)

Esto no significa, desde luego, que la descripción del otero sea irreal y tampoco que no pueda aplicarse a un paisaje concreto que el poeta conociese, como parece argumentar en su intervención José Luis Corral, asimilando de un modo

---

<sup>8</sup> La fórmula «maravillosa e grand» se repite en los vv. 1.084, 1.648 y 2.427, referida respectivamente a la ganancia, a riqueza y a una batalla. Una variante de la otra fórmula comentada, «espessa es e grand», describe las huertas del v. 1.615 (cfr. DE CHASCA, 1972, 380-381).

<sup>9</sup> Todos los versos que a continuación se citan son de la *Chanson de Roland* (texto O). Para la posible relación del Cantar con las fórmulas aquí citadas y otras ocurrencias, no referidas al paisaje, de «merveilleuse e grant» (*Roland*, v. 1.663 y *Enfances Cuilleume*, v. 373) y de sus variantes (*Roland*, v. 1.320, 1.412, 1.653 y 3.381; *Charroi de Nîmes*, v. 350, y *Aspremont*, v. 1.933), véanse las opiniones, en contra, de Horrent (1973, 364-365) y, a favor, de Herslund (1974, 105-106), Smith (1977, 173), Hook (1982, 111) y Riquer (1984, 252). Además Smith (1977, 132) ha sugerido que el v. 1.615 del *Cantar*: «miran la huerta, / espessa es e grand» es un eco del v. 3.676 de *Florence de Rome*: «Et la forest fu large, espesse et longue et lee». Sin embargo, la posibilidad de que el *Florence* haya podido influir en el *Cantar* ha sido seriamente cuestionada por Deyermund/Hook (1981) y por Duggan (1989, 109-114). Para una comparación sólo parcialmente útil entre las técnicas descriptivas del *Cantar* y las del *Roland*, véase Cortés (1954), especialmente, para el asunto aquí tratado, pp. 146-157.

<sup>10</sup> Este verso posee cierto parecido con la descripción del Robledo de Corpes en el *Cantar*: «los montes son altos, / las ramas pujan con las nubes» (v. 2.698).

impreciso los *loci communes* retóricos a «tópicos manidos». Pero sí pone en evidencia que sus intereses eran fundamentalmente literarios, que buscaba una determinada efectividad poética y que, en todo caso, actuaba de acuerdo con la manera medieval de ver el mundo (cfr. CACHO, 1987). Conviene tener en cuenta, a este respecto, que la percepción del paisaje y del espacio no es tan objetiva como pueda parecer y que depende, en una amplia medida, de factores culturales, como han puesto de manifiesto los estudios tanto de la geografía humanística como de la semiótica de la cultura»<sup>11</sup>.

Este fenómeno se manifestaba en la mentalidad medieval por una tendencia a resaltar los rasgos genéricos frente a las peculiaridades. Del mismo modo que las efigies de los monarcas (en sus acuñaciones o en sus sellos, por ejemplo) presentan como elemento esencial los atributos de su cargo y no la fidelidad del retrato, la descripción paisajística acentúa los caracteres menos individuales del lugar representado porque parte de una serie de marcos tipificados a los que intenta adscribirlo<sup>12</sup>. Contribuía decisivamente a esta asimilación el hecho de que tales paisajes estereotipados presentasen una relación muy estrecha con el tipo de acción que se desarrollaba en ellos, de modo que su descripción permitía a menudo al lector u oyente prever los acontecimientos futuros<sup>13</sup>.

Todo ello hace que una descripción estrictamente realista, con su gusto por la exactitud del detalle, sea ajena a los textos medievales, tanto literarios como históricos y que incluso la experiencia vivida tendiera a acomodarse (en los libros de viajes, por ejemplo) a este tipo de presupuestos culturales<sup>14</sup>. Las producciones de esta época se limitan normalmente a ofrecer los elementos funcionales de la descripción. Por ello, aunque, como ha señalado José Luis Corral en su intervención en este simposio, las montañas pirenaicas sean (en parte) los altos montes de la *Chanson de Roland* y los oteros del valle del Jalón,

---

<sup>11</sup> Respecto de la primera corriente, son de interés varios de los artículos recogidos en Ley/Samuels (1978), especialmente el de Gibson (pp. 138-154), para un planteamiento de fondo, y los de Houston (pp. 224-237) y Sopher (pp. 251-268) para análisis culturales concretos. Para la segunda, véase el volumen colectivo Lotman/Escuela de Tartu (1979), en particular los trabajos de Ivanov (pp. 149-172) y Tolstoj (pp. 195-198) sobre las oposiciones espaciales del tipo «central/periférico», «izquierda/derecha», etc. Una aplicación de estos conceptos al caso del *Cantar* puede verse en Cacho (1987).

<sup>12</sup> Por ello en el arte medieval, tanto verbal como plástico, «las indicaciones relativas al lugar se realizan en tanto en cuanto son necesarias para situar a los personajes en el cuadro de la acción. Nos encontraremos, en consecuencia, con lugares que no aparecen individualizados, sino que expresan estereotipos convencionales más o menos adecuados no sólo con el hambre, sino con su actividad» (CACHO, 1987-1988, 157). Dilucida excelentemente esta cuestión Guriévich (1990, 84-92).

<sup>13</sup> Es lo que sucede con el vergel o *locus amoenus*, cuya descripción llega a ser muy estereotipada y en el que normalmente tienen lugar escenas de recreación amorosa, frente al yermo o el bosque (*locus terribilis*, *locus horridus*), que es el ámbito del peligro y de la agresión por un lado, o del retiro ascético por otro. Para el tratamiento como tópico retórico de estos escenarios, vid Curtius (1955, 263-289). Para su significado dentro de la mentalidad medieval, vid. Le Goff (1985, 25-39) y Bonuassie (1983, 33-37). Para su papel como marco literario de determinadas acciones, vid. Cacho (1987-1988, 157-171). En fin, para su presencia y función en el *Cantar*, vid. Curtius (1955, 288-289), Deyermond (1973, 56, y 1987, 32-33), Cacho (1987, 3941) y Montaner (1987, 253-254).

<sup>14</sup> Ésta es la razón por la que las descripciones de los primeros cronistas de Indias recuerdan más a los libros de caballerías o a los relatos medievales de viajes, como el de Marco Polo o el de Jehan de Mandeville, que a los propios paisajes americanos, tal y como nosotros los percibimos. Vid. Lacarra/Cacho (1990).

y en particular Torrecid, puedan cumplir las especificaciones del v. 554, no hemos de esperar una concreción de particularidades que permita identificar inequívocamente el paisaje descrito. Antes bien, la descripción del otero sirve fundamentalmente para sugerir el carácter bélico de los sucesos que se van a narrar a continuación: desde una posición privilegiada, cuya altura y fortaleza transmiten una idea no sólo de potencia militar sino de dimensión heroica, el Cid va a imponer su presencia a las poblaciones del entorno como paso previo a la realización de su objetivo, la conquista de Alcocer.

Como buen caudillo, el Campeador comienza por tomar las medidas oportunas para su estancia. Se trata de precauciones defensivas (v. 562), pero también permiten dejar bien patente su presencia en el otero y, en consecuencia, en la comarca que éste domina (v. 563). En cuanto al tipo de campamento que el Cid establece, se dan muy pocos detalles específicos:

*Bien puebla el otero, firme prende las posadas,  
los unos contra la sierra e los otros contra la agua  
El buen Campeador, que en buen ora [cinxo espada],  
derredor del otero, bien cerca del agua,  
a todos sos varones mandó fazer una cárcava,  
que de día nin de noch non les diessen arretata,  
que sopiessen que mio Cid allí avié fincança.*

(vv. 556-563)

Es posible suponer que al público coetáneo del *Cantar* estas someras indicaciones le sugiriesen de manera más concreta la imagen de las «posadas» o «posición militar» cidiana y que los vv. 556-557 bastaran para evocar la erección de un pequeño recinto fortificado, como la mota feudal de Torrecid, con la que José Luis Corral y Francisco Martínez identifican el campamento cidiano (vid. nota 1). Sin embargo, no hay ninguna seguridad a este respecto, pues si la construcción de un foso queda garantizada por el v. 561, lo único que se puede asegurar es que éste rodeaba unas tiendas de campaña (vid. vv. 576, 582 y 624). Ésta es también la interpretación que sugieren las prosificaciones cronísticas<sup>15</sup>:

---

<sup>15</sup> La relación de las crónicas con el *Cantar*, de la que depende la pertinencia de las comparaciones ahora realizadas, ha sido objeto de numerosas controversias. Menéndez Pidal (1898 y 1909, 124-136) supuso que la *Crónica de Veinte Reyes* seguía un texto similar al del manuscrito «de Per Abbat», en tanto que la *Primera Crónica General* y sus descendientes (las otras crónicas aquí citadas) adoptaban el texto de sucesivas refundiciones del *Cantar*, opinión defendida, con variaciones, por Armistead (1987, 347 y ss). Otros investigadores sostienen que la *Crónica de Veinte Reyes* y la *Primera Crónica General* (versión regia) son dos reelaboraciones independientes de una fuente común, seguramente una prosificación del *Cantar* realizada por los compiladores alfonsíes como parte de la documentación de la *Estoria de España*, mientras que las otras crónicas citadas derivan conjuntamente de la *Crónica de los reyes de Castilla*, que es a su vez una revisión «novelizada» de la «versión regia» de la *Primera Crónica General* (CATALÁN, 1963 y 1969; PATTISON, 1983, 115-142; POWELL, 1983, 34-49; SMITH, 1987). Por último, Dyer (1980) sostiene que la *Crónica de Veinte Reyes* prosifica también una refundición, al menos parcial, del *Cantar*, propuesta que ha contado con el apoyo de Armistead (1987, 349). Por lo que se refiere al pasaje aquí analizado, no hay nada que pueda achacarse a una refundición. Todos los textos aducidos (y especialmente los más antiguos, las dos primeras crónicas citadas) están muy próximos al *Cantar* conservado. Su única diferencia con éste, la negativa a recibir las parias de Alcocer, implica que todas las crónicas remontan a una fuente común y no a versiones distintas del *Cantar*. Esa fuente era probablemente la prosificación alfonsí, pues la adición responde al criterio de los retoques cronísticos y no presenta vestigio alguno de asonancia.

E dende tomo camino de Atiença [*sic pro Ateca*] e fueron posar sobre Alçoçer, en un otero muy fuerte çerca el río Xalón, porque les non pudiessen vedar el agua. Otro día, mandó el Çid posar los unos contra el río e los otros contra la sierra, e fizo fazer una cárcava aderredor de ssí, por guardarse de rebate de día e de noche. [...] e mandó coger todas las tiendas, sinon una sola que dexó en esa bastida.

(*Crónica de Veinte Reyes*, pp. 123-124)

Et movieron dend otro día et passaron Alfama; et indo la foz ayuso, llegaron a \*Bobierca, et dend a Ateca, et fueron posar sobre Alcocer en un otero redondo, grand et fuerte, cerca'l río Salón, porque les non podiesse ninguno vedar agua. Et cuedando el Çid ganar a Alcocer, mandó los unos de su companna posar contra'l río, a los otros contra la sierra, et fazer una cárcava aderredor de sí por guardarse que algunos non les fiziesen rebuelta de día nin de noche. [...] Mandó dexar una tienda en la bastida et arrancar todas las otras et cargar pora irse.

(*Primera Crónica General*, p. 526a)

E otro día movieron & pas[sa]ron Alfaina [*sic pro Alfama*]. E yendo la foz ayuso, passaron cerca de Huerta [*sic pro Ateca*], e fueron sobre Alcocer en un otero redondo. E fueron cerca del río Aillón (*sic pro Salón*), porque les non pudiesen vedar el agua, ca asmó muy bien el Cid que de allí ganaría el castillo de Alcocer. E después que hovo ende endeçado su bastida fue a ver el alcáçar, si lo podría por alguna guisa entrar. [...] e mandó dexar las tiendas en la bastida.

(*Crónica del Cid*, f. 30a; similar en la *Traducción gallega*, v. I, p. 42)

E outro dya movero dally e foronsse a foz ajuso. E passarõ per a par d'Urca [*sic pro Ateca*] e forõ posar sobre huã outeiro redondo perto do ryo de Salon, por tal que lhes nõ podessẽ vedar a agua, ca etendeu o Cide dally guaanhar Alconcier. E despois que forõ apousentados, forõ veer Alconcier, se avya alguñ logar per que se guaanhar. [...] e mandou leixar as tendas no real.

(*Crónica de 1344*, v. III, pp. 427-428)

Compárense el *Cantar* y las crónicas con la disposición típica de las «posadas», según las describen las *Partidas*:

Aposentada deve ser la hueste segund la faciõn del lugar, si fuere luenga o quadrada o redonda. E poner las tiendas del señor en medio, e las de los oficiales que lo han de servir, en derredor. [...] E después d'estas tiendas deven posar todos los otros de la hueste [...] e si la hueste fuere redonda, deven dexar una carrera ancha de parte de dentro, enderredor de las tiendas los hombres honrrados e las otras de los pueblos; e si fuere luenga, dexar una en medio, que sea toda derecha; e si fuere quadrada, deven dexar dos o fasta quatro, las unas en luengo y las otras en traviesso.

(*Partidas*, II, xxiii, 20)

Carcavear deve el cabdillo la hueste en derredor, quando supiere que allí han de fazer morada luenga en algund lugar. Lo uno, porque no reciban daño de los enemigos. Lo otro, porque non se pierdan sus bestias nin les furten sus cosas. Otrosi, deven dar tantos de caballeros e de peones que la guarden de noche, segund entendieren que es el poder de los enemigos e conviene al lugar do estuvieren posados.

(*Partidas*, II, xxiii, 21)

E luego que asosegada fuesse la hueste, deven fazer entre sí e los de dentro [*de la plaza sitiada*] cárcavas en derredor, porque los de la villa non les puedan dar rebato, ni ellos non les puedan ir a combatir sin mandamiento de sus cabdillos.

(*Partidas*, II, xxiii, 23)

A la luz de estos datos parece probable que el autor del *Cantar* estuviese representando en estos versos un campamento de tiendas rodeadas por un foso defensivo y no una torre con recinto amurallado, de la que, desde luego, no se hace ninguna mención. En todo caso lo que sí resulta patente es que el Cid del *Cantar* se comporta aquí enteramente de acuerdo con las concepciones tácticas del Medievo y que el poeta ha descrito lo que se consideraba la correcta actuación militar de un caudillo del momento. Por lo tanto es obvio que, al menos en un plano doctrinal (o quizás fundamentalmente en él), el creador del *Cantar* poseía conocimientos bélicos (cfr. HENDRIX, 1922).

El resultado inmediato de tales acciones es la intimidación de las plazas musulmanas de las cercanías, de tal modo que «en la su vezindad / non se treven ganar tanto» (v. 567)<sup>16</sup>. En consecuencia todos los pueblos del contorno inmediato (Ateca, Alcocer y Terrer) empiezan a pagar parias al Campeador (v. 569-571). Se trata de uno de los procedimientos habituales por los que el Cid del *Cantar* adquiere su riqueza y está en relación con la importancia concedida al esfuerzo personal en la ideología del poema. En efecto, el *Cantar* pone un énfasis especial en el «aver» obtenido de los moros, sobre todo en el numerario, y opone claramente lo adquirido por el propio denuedo a lo heredado o a lo conseguido sin combate (como los intereses del préstamo usurario)<sup>17</sup>. Como luego se verá, esta actitud influye en la caracterización de los alcocereños ante la huida del Cid.

De todas formas el Campeador no aspira sólo a percibir este «impuesto», sino que pretende conquistar Alcocer, como ya se ha declarado en el v. 556, dada la extraordinaria importancia estratégica atribuida aquí a dicha plaza (cfr vv.

---

<sup>16</sup> El significado que aquí posee *ganar* es dudoso. Si, como hace Menéndez Pidal (1908, 702), se relaciona con la acepción «mozo de labranza» que posee *gañán* y con la de «labourer, cultivar, sembrar» del francés antiguo *gaaignier*, significaría «cultivar el campo, trabajar la tierra» (acepción admitida por SMITH, 1985, 283, y HORRENT, 1982, 263-264). Otra posibilidad es relacionarlo con ganado, con la acepción de «pastor» que también ha poseído *gañán* (vid. COROMINAS/PASCUAL, 1980, III, 79b) y con el sentido de «faire paître» presentado asimismo por *gaaignier* (vid. GREIMAS, 1987, 304a). En este caso sería preferible interpretarlo como «apacentar el ganado», según hace Michael (1978, 120). De todos modos, puede admitirse un significado más amplio, como el del verbo francés citado, que abarque ambas actividades agropecuarias.

<sup>17</sup> Para estos aspectos, vid. Rodríguez-Puértolas (1972, 169-187), Lacarra (1980, 37-50), Frajeas (1982, 248-57), Catalán (1985, 810-812), Cacho (1987, 26) y Duggan (1989, 16-57).

630-635). Por ello tras cierto tiempo de espera, «complidas quinze semanas» (v. 573)<sup>18</sup>, el Cid decide pasar a la acción. Hay aquí cierta incoherencia argumental, pues las parias, como nos recordará el profesor De Epalza en su intervención, eran el pago de un «seguro», o, en palabras del profesor Angus MacKay, un «chantaje de la protección», que garantizaba al pagador que no sufriría daño por parte de quien las recibía. Además el Cid no exige en ningún momento la rendición de la plaza, por lo que los vv. 573-574 quedan parcialmente faltos de motivación. Como ya señaló Russell (1978, 67-68), las prosificaciones cronísticas han advertido el desliz y lo han intentado corregir en los siguientes términos:

E los moros de la villa, con el miedo que ovieron d'él, dixieronle que le pecharían quanto él quisiesse, e que los dexase en paz. E el Çid non lo quiso fazer, e acogióse a su bastida.

(*Crónica de Veinte Reyes*, p. 124)

Et los de la villa, con miedo que ovieron d'ell, fabláronle como en razón de pecharle et darle parias, et él que los dexasse vevir en paz; mas el Çid non lo quiso fazer, et cogiósse a su bastida.

(*Primera Crónica General*, p. 526a)

E los moros fablaron con él que le darían parias, & que les non fiziesse mal & los dexase vivir en paz; mas el Cid non lo quiso fazer, & tornóse a su bastida.

(*Crónica del Cid*, f. 30a)<sup>19</sup>

Sin embargo, al prosificar los vv. 585-586 estos textos mantienen la referencia a las parias entregadas al Campeador, lo que muestra claramente que la versión del *Cantar* que seguían era similar a la del manuscrito conservado:

«Ca si ellos lo prendién», dixeron ellos, «non nos darán nada de la ganança. E ssi lo nós desbaratamos, tornarnos á las prendas, que de nós levó, dobladas».

(*Crónica de Veinte Reyes*, p. 124)

«Ca si los de \*Terrer le prenden, non nos darán ende nada, et las parias que de nós á levadas, dobladas nos las tornarás».

(*Primera Crónica General*, p. 526b)<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> Esta referencia es convencional. También cuando acampa en El Poyo, «allí sovo mio Cid / complidas quinze semanas» (v. 907).

<sup>19</sup> Presentan un texto similar al de la *Crónica del Cid* la *Traducción gallega*, v. 1, p. 421, y la *Crónica de 1344*, v. III, p. 427. En cuanto a *bastida*, designa a menudo, en las crónicas alfonsíes, al campamento, especialmente al de asedio (vid. *Primera Crónica General*, pp. 526a-b, 561b, 582a, 679a y 745b). En plural vierte a veces el latín *castra* (*Primera Crónica General*, pp. 59b, 69a-b y 76b). En el episodio de Alcocer, la *Crónica de 1344* (v. II, pp. 427-428) traduce *bastida* por *real*.

<sup>20</sup> Las otras crónicas citadas emplean una forma más ambigua, quizás por haber advertido la incongruencia: «E nós non avremos ende nada, ni cobraremos ninguna cosa de quanto daño nos fizo» (*Crónica del Cid*, f. 30b; similar en la *Traducción gallega*, v. I, p. 422, y en la *Crónica de 1344*, v. III, p. 428). De todos modos ese «daño» no había sido referido antes, lo que deja claro que sustituye a la mención explícita de las parias, sin lograr armonizar por completo el relato original y la interpolación cronística.

Es difícil saber si el *Cantar* muestra aquí un simple despiste o si el error es significativo. Russell (1978, 51) considera que:

No es posible creer que el poeta haya querido sugerir que el Cid se comportó de mala fe para con los alcocereños. Parece que introdujo el tema de las parias con el fin de llamar la atención sobre el temor que sentía la guarnición al verse asediada por el Cid, pero sin atender debidamente a las consecuencias jurídicas de dicha introducción.

La suposición es plausible, pero el último elemento resulta extraño en un autor que no sólo conocía bien el derecho, sino que poseía una auténtica mentalidad jurídica (vid. SMITH, 1977, 63-85, y 1985, 100-127; RUSSELL, 1978, 28-30; HOOK, 1980; LACARRA, 1980, 254-264, y DEYERMOND, 1987, 17-19). Podría, quizás, pensarse que la quiebra del sistema de parias tras la invasión almorávide ha hecho que el poeta, que compuso el *Cantar* probablemente a finales del siglo XII o principios del XIII, no estuviese totalmente al tanto de sus implicaciones legales<sup>21</sup>. De hecho, frente a las 45 menciones de «ganancia(s)» con el sentido de «botín de guerra» y a la adecuación de su reparto a los preceptos legales de los fueros de extremadura, «paria(s)» sólo aparece en nueve ocasiones y nunca se dan precisiones sobre su recepción, valoración o distribución<sup>22</sup>.

Otra posibilidad es que lo que a nosotros puede parecer «mala fe» no lo fuera para el público del *Cantar* (cfr. MONTGOMERY, 1987, 199 y 204-205). De ser así, los cronistas habrían modificado el episodio, al igual que sucede con el de las arcas de arena, para adecuarlo a unas pautas morales más estrictas. En todo caso lo que sí resulta obvio es que el pago de las parias, además de cumplir la misión expuesta por Russell, es indispensable para justificar la persecución de los alcocereños, pues si éstos no tuviesen el acicate del botín, simplemente habrían dejado al Cid abandonar el lugar. Ésa es la razón por la que las

---

<sup>21</sup> Catalán (1985, 811 y ss.) y Marcos Marín (1985, 25-26) han relacionado la supresión del aporte dinerario de las parias con las condiciones sociales descritas en el *Cantar* (oposición de los infanzones a la alta nobleza terrateniente) y con la penuria de «aver monedado» que experimentan, por ejemplo, los Infantes de Carrión (vv. 3.212 y ss.), lo que, en opinión de dichos autores, permite retrotraer el *Cantar* a la fecha de 1140 propuesta por Menéndez Pidal (1908, 19-28; ads. 1944, 1.165-1.170). Sin embargo, la cuestión del dinero acuñado va más allá del asunto de las parias y enlaza con un cambio de mentalidad, detectado en toda Europa a finales del siglo XII, en virtud del cual se dio mayor importancia a las apreciaciones monetarias y numéricas en general (vid. MURRAY, 1985, 203-210), como aquí sucede, por ejemplo, en los vv. 845, 1.010 o 2.426. Además, la carencia de efectivo no es general, sino que, precisamente, afecta a los grandes señores poseedores de bienes inmuebles, frente a la liquidez de los infanzones que combaten en la frontera y que tienen acceso al botín. Esta situación se adecua mucho mejor a la coyuntura económica y jurídica del último cuarto del siglo XII o los primeros años del XIII, es decir, la primera parte del reinado de Alfonso VIII (cfr. LACARRA, 1980, 239-242, y DUGGAN, 1989, 19-29 y 68-81). El que el Cid haya de recurrir a los usureros no está relacionado con esto, como piensa Marcos Marín (1985, 26), pues ahí el problema es que el Cid, al que se le han confiscado sus heredades y carece del dinero de las parias, cuyo robo se le ha atribuido falsamente, no puede vender nada y ha de recurrir a un empeño fraudulento. El que los prestamistas dispongan de los 600 marcos indica que la carencia de numerario no se presenta como un problema general del reino, sino de determinados estamentos sociales.

<sup>22</sup> Para los datos lexicométricos me baso en Oelschläger (1948, 90 y 105), Waltman (1972, 222-223 y 238) y Pellen (1977, 192 y 199). En cuanto a la observancia de las disposiciones forales sobre el botín, vid. Lacarra (1980, 32-42, 47 y 238).

crónicas han mantenido la mención de las parias a la altura del v. 586, como se ha visto. En definitiva, la posible incongruencia se debería a que el tratamiento de la cuestión tenía objetivos fundamentalmente literarios, a los que se han subordinado otras posibles consideraciones.

Frente a este desajuste, el momento central del episodio muestra una gran coherencia interna y evidencia el deseo del poeta de otorgar verosimilitud psicológica al éxito de la estratagema cidiana (BELTRÁN, 1978, 238-9). Ésta, en su inicio, no ofrece dudas de interpretación: se trata de una huida fingida, que tiene como objeto desconcertar a los alcocereños e invitarles a aprovechar la situación abandonando el refugio de las murallas, lo que permitirá a las tropas del Cid obtener una victoria en campo abierto. La «tienda fita» del v. 576 es un señuelo que en Alcocer se interpreta exactamente como el Cid había previsto:

—*Fallido á a mio Cid el pan e la cevada;  
las otras abés lieva, una tienda á dexada,  
de guisa va mio Cid como si escapase de arrancada.*  
(vv. 581-583)

La incitación surte efecto por obra de la codicia que entonces sienten los alcocereños (vv. 584-585), no exenta de deseos de venganza (v. 586). El *Cantar* reitera esta caracterización de los moros cuando, al salir de Alcocer, ven que el Cid apresura su marcha:

*Dizen los de Alcocer: —¡Ya se nos va la ganancia!—  
Los grandes e los chicos fuera salto da[van]  
al sabor del prender, de lo ál non piensan nada,  
abiertas dexan las puertas, que ninguno non las guarda.*  
(vv. 590-593)

Esta insistencia en el ansia que embarga a los alcocereños no constituye únicamente la explicación de su comportamiento ante al ardid del Campeador, sino que, desde el sistema de valores reflejado en el *Cantar*, supone una auténtica justificación moral de su derrota. Como ha hecho Montgomery (1987, 198-199), este pasaje puede alinearse con el de Rachel y Vidas por una razón común: la codicia de los personajes les ciega y les hace caer en la trampa. En ambos casos el que pretende aprovecharse de una supuesta situación de inferioridad del Cid es quien resulta perdedor. El contraste entre los que pretenden ser burladores y acaban burlados conlleva un claro efecto irónico (MONTGOMERY, 1987, 195-196), aunque éste es más patente en el episodio de Rachel y Vidas porque no hay derramamiento de sangre.

Además, en los dos episodios los antagonistas del Campeador pretenden obtener una ganancia por medios diferentes del propio esfuerzo. Esto resulta evidente para el préstamo usurario, pero también se aprecia en la reacción de los alcocereños, quienes intenten beneficiarse de una situación que ellos no han provocado. En suma, frente a la mesura, solidaridad y prudencia propias de los cidianos, la codicia, egoísmo e irreflexión de los alcocereños justifican su derrota.

El modo en que ésta se produce ha sido objeto de controversia entre los críticos. Hay conformidad en que el Cid comprueba que los moros están ya dema-



siado lejos de Alcocer como para refugiarse allí y, entonces, manda a sus tropas dar media vuelta para enfrentarse a ellos (vv. 594-600). El problema radica fundamentalmente en los vv. 606-609:

*Dando grandes alaridos los que están en la celada,  
dexando van los delant, por el castiello se tornavan,  
las espadas desnudas, a la puerta se paravan,  
luego llegavan los sos, ca fecha es el arrancada*

Si se interpreta «celada» por «emboscada», su sentido habitual (cfr. M. ALONSO, 1986, I, 664b), habría que admitir para estos versos la paráfrasis de Reyes (1919, reed. 1976, 91):

Dando entonces grandes alaridos los que habían quedado ocultos, salen, se adelantan, desenvainan las espadas y se agolpan a la puerta del castillo para guardarla. Pronto llegan los suyos; la victoria está consumada.

De este modo el ardid consistiría en alejar a los alcocereños de la plaza para que los emboscados la atacasen. Sin embargo, estos datos no concuerdan con lo que dice el texto. En primer lugar «sacarlos a celada» (v. 579) no significaba eso, sino «atraerlos a una emboscada», es decir, conducirlos al lugar donde las tropas ocultas caerían sobre los perseguidores:

Bernaldo, quando vio el poder del rey salir et venir derranjadamente contra él, fizo enfinta que fuyé. Et los del rey yendo empos él, salieron los de la celada et dieron en ellos, et bolvieron con ellos una grand batalla et murieron y muchos de cada parte<sup>23</sup>.

En segundo lugar, el *Cantar* no dice nada de tropas ocultas al explicar los preparativos del ardid en los vv. 574-579. Smith (1977, 119) y Horrent (1982, 24b y 264), que interpretan el pasaje como Reyes (1919), han supuesto, por diferentes razones, que los emboscados se hallaban en la «tienda fita» del v. 576. Sería posible que, como arguye Smith (*ibídem*), el poeta hubiera silenciado este detalle al describir la parte inicial de la estratagema para luego sorprender al auditorio, pero no tiene sentido que no explicase después de dónde salían esos inopinados combatientes. Además sería la única vez en el *Cantar* en la que el segundo cuerpo del ejército no era mandado por Álvar Fáñez, quien estaba junto al Campeador, como sabemos por el v. 601 (vid. MONTANER, 1987, 213-214).

Por último, el primer hemistiquio del v. 605, «dexando van los delant», queda sin sentido (cfr. MICHAEL, 1978, 121). Literalmente parece significar: «Los de la celada van dejándolos delante», pero aun concediendo que *los* se refiera al resto de los cidianos, la locución *dejar delante* es incomprensible. La citada interpretación de Reyes (1919) tampoco es admisible, porque *adelantar* es antónimo de *dexar delante* y porque convierte al verbo en intransitivo. Horrent

---

<sup>23</sup> *Primera Crónica General*, p. 373a; vid. también pp. 14b-15a, 64b-65a y 336b. A lo mismo aluden los célebres versos 145-150 de las *Coplas* de Jorge Manrique: «Los plazerres y duiçores / de esta bida trabajada / que tenemos / no son sino corredores, / y la muerte es la celada / en que caemos» (en *Poesía completa*, p. 109). Sobre este pasaje y otros textos poéticos y cronísticos que describen la misma estratagema, vid. Palumbo (1984, 409-414).

(1982, 24b) traduce «laissant ceux qui sont devant eux»<sup>24</sup>, pero para ello habría debido editar «dexando van [a] los [de] delant» y justificar por qué los emboscados tenían que *dejar* al resto de los cidianos si no estaban junto a ellos. Además denominar a éstos «los de delante», cuando deberían quedar a espaldas de los emboscados, al dirigirse a Alcocer, resulta cuando menos confuso.

Por todo ello creo que ha de admitirse en lo fundamental la versión de Hendrix (1922, 46) y Ramsden (1959), según la cual el ardid consiste en una huida fingida que atrae a los alcocereños a la lucha en campo abierto. Cuando esto se ha conseguido, el Cid y sus tropas dan media vuelta y, gracias a una maniobra envolvente, obligan a los musulmanes a permanecer luchando en el campo mientras la vanguardia del Campeador, encabezada por él y Minaya, se apodera de la plaza desguarnecida. Esta explicación se basa en la literalidad del texto y en que «los delant» está documentado con el sentido de «la vanguardia de un ejército»: «afuerz' a los delant, sí faz a los de çaga» (*Libro de Alexandre*, 74c). De este modo «los delant» se convierte en el sujeto de «dexando van».

Quedan dos dificultades menores: el sentido que se ha de dar a «celada» y la falta de un complemento directo para *dexar* en el v. 607. Respecto de la primera, puede alegarse que el término está tomado aquí en un sentido laxo, sinónimo del «art» del v. 375 y de la «maña» del v. 610<sup>25</sup>, como justifica su acepción «asechanza, engaño, trampa» en diversos textos medievales (vid. M. ALONSO, 1986, I, 665a). Por tanto, «sacarlos a celada» significaría simplemente «hacerles caer en una trampa». La segunda cuestión es más problemática; podría pensarse en un error de copia y suplir el pronombre en la forma «dexándo [la] van» referida a la celada, o más probablemente, «dexándo[los] van» a «los que estan en la celada». También puede tratarse de una elipsis del pronombre átono, como en los v. 2.358, 2.804 y 3.055, aunque sólo el primero<sup>26</sup> posee una estructura similar a éste.

Admitiendo provisionalmente esta última solución, los vv. 606-609 pueden entenderse así<sup>27</sup>: «Mientras los que participan en la estratagema dan grandes gritos, los de la vanguardia los van dejando y se dirigen al castillo; con las espadas desnudas, se detienen en la puerta; luego llega el resto de los suyos, pues se ha conseguido la derrota de los enemigos». Las prosificaciones cronísticas de los vv. 601-609 apoyan también esta interpretación:

---

<sup>24</sup> De modo similar Marcos Marín (1985, 83) moderniza el hemistiquio en la forma «dejan a los de delante».

<sup>25</sup> Recuérdese que, según las *Partidas*, II, xxi, 8, «Arteres e mañosos deven ser los cavalleros, e estas son dos cosas que les conviene mucho, porque bien assí como las mañas les fazen sabidores de aquello que han de fazer por sus manos, otrosí [...] el artería les muestra cómo sepan vencer con pocos a muchos, e cómo estuerçan de los peligros cuando en ellos cayeren». Comenta el sentido de ambos términos en el *Cantar Gargano* (1986, 318-324), con interesantes sugerencias sobre el código moral que implican.

<sup>26</sup> Menéndez Pidal (1908) lo considera inseguro en la p. 319 y en la p. 1.115 opta por enmendar «feridlos». Sin embargo, la mayoría de los editores modernos admiten la lección del manuscrito. Para ejemplos de esta elipsis en otros textos medievales, vid. Ramsden (1956, 132).

<sup>27</sup> Vid. Ramsden (1956, 132) y Montaner (1987, 214). Frente a la opinión de Ramsden, defendida por Michael (1978, 123), de que el v. 606 alude a los moros, prefiero entender, con Smith (1977, 119) y Horrent (1982, 24b), que se refiere a los cristianos. *Alarido* se ha de tomar aquí en su acepción usual de «grito del combatiente al acometer» (vid. MENÉNDEZ PIDAL, 1908, 437), como parte del efecto intimidatorio y sorpresivo de la táctica descrita.

e lidiando todos de buelta, entró el Çid e Álvar Fánez entre los del castiello, e mataron allí más de trezientos moros. E el Çid e Álvar Fánez, demientra que la otra cavallería lidiava con los moros, fueronsse quanto más pudieron para el castiello, e entráronle luego.

(*Crónica de Veinte Reyes*, p. 124)

et esforçando sus cavalleros, mandoles que firiessen en los moros muy de rezio; et firiéndolos, bolviéronse con ellos por el campo. Mas demientre que todos lidiavan de buelta, el Çid et Álvar Hánnez agujaron adelant en buenos cavallos que trayén et entraron entre los moros e el castiello. Et desí acogióronse al castiello et entraronle luego que non fallaron y embargo ninguno.

(*Primera Crónica General*, pp. 526b-527a)

E los del Cid ivan feriendo & matando en ellos. E los moros yendo assí vencidos, adelantóse el Cid con los bien cavalgados. E tomaron las puertas del castiello.

(*Crónica del Cid*, f. 30b)<sup>28</sup>

Esta táctica, aunque mucho menos difundida que el uso de la celada, no era en absoluto desconocida en la Península Ibérica durante la Edad Media. Marcos Marín (1985, 86) y Armistead/Monroe (1989, 43) la han identificado correctamente con el ardid del origen beduino conocido en las fuentes árabes como *karr wa-farr*<sup>29</sup> y en las romances como *tornafuye*<sup>30</sup>. Éste, practicado pridas ára-

---

<sup>28</sup> Presentan un texto similar a éste la *Traducción gallega*, v. I, p. 422, y la *Crónica de 1344*, v. III, p. 429.

<sup>29</sup> También con la forma *al-karr wa-l-farr*, literalmente «la carga y la retirada». La táctica parece ser originaria de los nómadas árabes (OLIVER ASIN, 1928, 375-376; BOSWORTH, 1971, 202a), aunque el término no aparece en la poesía preislámica (cfr BOUDOT-LAMOTTE, 1964, 55-56). La expresión *mikarrin mijarrin* (var. *mumarrin*) que aparece en la *mu'allaqa* del poeta preislámico Imru' al-Qays y en otro poema de su *Dīwān* (vid. ZWETTLER, 1978, 253 y 266) es ambigua, pues si bien sugiere un ataque «cargando y retrocediendo», como entienden Armistead/Monroe (1989, 43), *post* Johnson, también puede interpretarse simplemente «yendo y viniendo», como hace Corriente (1974, 75), al no referirse específicamente a un contexto bélico. En todo caso, la lengua clásica se hace abundante eco de esta estratagema, con expresiones como *karra bi-nafsi-hi* «charger de nouveau a l'ennemi après avoir simulé d'abord la retraite» (KAZIMIRSKI, 1860, II, 879a), *yafurru yakurru* «il est habile dans le stratagème qui consiste à simuler la fuite pour retourner subitement à la charge» (*ibidem*, 879a), *karrār* «qui dans le combat a l'habitude de simuler la fuite et puis revenir a l'attaque» (*ibidem*, 879b) o *mikarr* «habile à revenir promptement et adroitement à la charge après une fuite simulée (cheval, cavalier)» (*ibidem*, 879b-880a). Dozy (1881, II, 460a) sí recoge el término, pero con el sentido figurado de «a intervalos». Entre los tratadistas andalusíes, Ibn Huḍayl incluye el *karr wa-farr* entre las principales suertes de combate (*Gala de caballeros*, c. XX, p. 224).

<sup>30</sup> *Tornafuy(e)* traduce literalmente el término árabe, pues *karr* es propiamente «volver a la carga». La mención más antigua es la del v. 715b del *Libro de Alexandre*, «faziendo torna-fuye (var. torna-fugi), fuéronlos sossacando», que se refiere a los movimientos de retirada y contraataque con los que los griegos atraían a los troyanos para alejarlos de la ciudad y permitir que actuasen los guerreros escondidos en el caballo. Se alude de nuevo a dicha táctica al describir el modo de lucha de los escitas: «somos gentes ligeras, malas de conquistar, / somos bien aguisados al tornar e fuir» (1936b-c). También se refiere a esta práctica Berceo en la *Vida de San Millán*: «como omnes que lidian tornando e fuyendo» (v. 383d); vid. Nelson (1976, 75), quien añade a estas referencias los vv. 1.417c y 2.174b del *Libro de Alexandre*, el v. 452b de la *Vida de San Millán* y el v. 494c del *Poema de Fernán González*. Sin embargo, en esos casos, la expresión *nin foir nin tornar* significa

bes y después por los beréberes, persas y turcos, ha sido descrito en los siguientes términos:

ils ne s'obstinaient pas dans un effort de rupture des lignes adverses, mais cherchaient, le contac pris, a les attires a leur poursuite, à désorganiser donc leur ligues, et brusquement alors à se retourner<sup>31</sup>.

El éxito del tornafuye se debía al desorden creado en las filas de los perseguidores y al efecto sorpresivo del ataque de vuelta (*karr*), como testimonia Don Juan Manuel:

Et sabet que non catan nin tienen que les paresçe mal en foir, por dos maneras: la una, por meter los christianos a peoría, por que vayan en pos ellos descabdelladamente; et la otra es por guaresçer quando veen que más non pueden fazer. Mas al tiempo del mundo que más fuyen et paresçe que van más vençidos, si veen su tiempo que los christianos non van con buen recabdo o que los meten en tal lugar que les pueden fazer danno, cred que tornan entonçe tan fuerte et tan bravamente commo si nunca oviesen començado a foir<sup>32</sup>.

Esto es exactamente lo que refiere el *Cantar* respecto de la toma de Alcocer, salvo que en esta ocasión son los musulmanes quienes caen víctimas del engaño. De su terrible efectividad da cuenta el mismo Don Juan Manuel:

Et sobre todas las cosas del mundo, deven guardar los christianos que non dexen ningunos de los suyos andar con ellos a un trebejo que ellos fazen de tornafuy. Ca bien cred que quantos a este trebejo se meten con los moros, que son ellos en grant peligro, et meten a todos los otros a lugar de ser muertos o desbaratados. [...] Mas si quisieren todos desranchar con ellos dévenlo fazer con acuerdo e non con rebato.

(*Libro de los estados*, c. LXXVII, pp. 351-352)

Pero sobre todas las cosas del mundo, deve[n] guardar que non fagan aguijadas de pocas gentes, sinon quando fueren todos en uno. Ca una de las cosas del mundo con que los christianos son más engannados, et por que pueden ser desbaratados más aína, es si quieren andar al juego de los moros o faziendo espolonadas a tornafuy. Ca bien cred que en aquel

---

simplemente «ni ir ni venir», es decir, la imposibilidad de moverse. Para más detalles sobre el tornafuye y otras tácticas árabes conexas empleadas en la Península, vid. Oliver Asín (1928, 372-389) y Corominas-Pascual (1980, IV, 810a-b).

<sup>31</sup> Cahen (1971, 187a). La táctica se practicaba también en combates singulares, como muestra el sigmente texto aljamiado: «Y bio šaḥarbil como el enemigo de Allah tenía gran fuerça y retirábasele de delante; y pensó fazer una alḥāla (= «ardid») en la pelea. Y fizo šaḥarbil como que fuia; y el enemigo de Allah pensó que le tenía miedo y siguiólo. Y cuando fue çerca, volvió la lança šaḥarbil y quisole ferir por el pescueço; y esviósele el maldito» (*El libro de las batallas*, v. I, p. 316; simplifiqué la transcripción de acuerdo con HARVEY, 1981, 4-5).

<sup>32</sup> *Libro de los estados*, c. LXXVI, p. 347-8. Describen también el ardid, sin darle su nombre, la *Crónica del Rey D. Alfonso el Onceno*, c. LXXXVII, p. 226b, y en términos muy similares la *Gran crónica de Alfonso XI*, c. CVIII, v. I, p. 483. Para otros pasajes de la primera crónica citada que dan cuenta del uso del tornafuye, vid. Oliver Asín (1928, 374).

juego matarían et desbaratarían çient cavalleros de moros a trezientos de christianos.

(*Libro de los estados*, c. LXXIX, p. 356)

La derrota de los alcocereños se debe a estas mismas causas: salen en tropel, sin orden ni concierto y son conducidos a terreno favorable a los del Cid y allí vencidos. Sólo varía la magnitud de la victoria, pues si en el texto manuelino la proporción es de 1:3 (vencedores: vencidos), en el *Cantar* se reduce a 1:1, ya que el Cid llevaba entonces consigo 300 caballeros (v. 418).

La insistencia de Don Juan Manuel en advertir los peligros del tornafuye indica que los cristianos no empleaban usualmente dicha estratagema<sup>33</sup> y, además, que no debían de conocerla bien pese a que, como el mismo autor señala (*ibídem*, c. LXXIX, p. 356), los musulmanes les habían infligido numerosas derrotas por su causa. Esto puede relacionarse con la escasez de menciones del ardid en fuentes romances, donde la palabra *tornafuye* es muy infrecuente<sup>34</sup>. El propio *Cantar*, como se ha visto, lo llama impropriamente «celada», lo que podría deberse, junto a la razón antes apuntada, a que los cristianos confundían ambas tácticas, que los musulmanes conjugaban a veces (vid. CAHEN, 1971, 187a, y BALDWIN, 1984, 383). Sea como fuere, la confusión terminológica no implica en este caso ignorancia de la treta, descrita con total propiedad. Ello contrasta con la situación general de los cristianos, según Don Juan Manuel y sugiere con más fuerza la idea de un autor familiarizado con las cuestiones militares (cfr BALDWIN, 1984, 384).

Otro aspecto interesante del uso de la estratagema en este episodio es el modelo de comportamiento que de él se deduce. El *Cantar* no ofrece el tipo de moral heroico-aristocrática, según la cual «nunca pora rey fue engaño nin celada»<sup>35</sup>. Esto no implica que se rechace la proeza individual, un factor esencial de la ideología caballerescas entonces en expansión, pues a menudo se ensalzan comportamientos personales en la batalla. Sin embargo, éstos se subordinan a la actuación colectiva y la victoria depende de la sabiduría del caudillo y de la disciplina de sus tropas. Este segundo elemento puede entenderse como parte de la solidaridad característica del bando cidiano, analizada por Montgomery (1987) y muestra que aquí el «leal servicio» o servicio disciplinado prepondera sobre el individualismo que exigía al caballero ser, ante todo, *preux y hardi*<sup>36</sup>. En cuan-

<sup>33</sup> Hasta el punto que, según Ibn Xaldūn, «hay dos modos de combatir: uno, usado por los no árabes, que consiste en atacar puestos en fila sin retroceder; y otro, usado por los árabes y los beréberes, que consiste en «atacar y huir» (*al-karr wa-l-farr*) alternativamente» (MENÉNDEZ PIDAL, 1917, 171; la transcripción en cursiva es mía). Véase también Oliver Asín (1928, 375-376 y 389).

<sup>34</sup> Ninguna de las crónicas que prosifican el episodio de Alcocer emplea este término para describir el ardid y se limitan a designarlo con términos imprecisos. El término no aparece en la *Primera Crónica General* ni en los lib. I y IV de la *General Estoria*. Tampoco consta en las leyes de las Partidas (II, xxiii, 26-30) que describen los tipos de combate y ardid de guerra, ni en los pasajes aducidos en la nota 32.

<sup>35</sup> *Libro de Alexandre*, 1.323a. Pese a ello, en la misma obra se dice del caballo de Troya «que Dios les avié este seso mostrado» (744c; vid. en general 746-745). Este contraste impide aceptar, con Gargano (1986, 328), que esta obra implique un cambio radical de actitud respecto del *Cantar*.

<sup>36</sup> Sobre la dicotomía *loyauté / prouesse* como una de las principales tensiones de la ética caballerescas, tiene páginas esclarecedoras Keen (1986, 152 y 306-312). Como señala también Contamine (1984, 320), la insistencia en la proeza individual no debe ocultar «que tanto los simples com-

to al primero, enlaza con la tantas veces subrayada *mesura* del héroe. Esta cualidad no hace al Cid taciturno, sino adecuadamente prudente, pues es el punto de encuentro de *fortitudo* y *sapientia*<sup>37</sup>.

El *Cantar* no presenta entre el héroe y su deuteragonista, Álvar Fáñez, una dualidad como la reflejada en el célebre v. 1.093 del *Roland*, «Rollant est proz e Oliver est sage», pues ambos participan de las dos cualidades<sup>38</sup>. El Cid no sólo es un valiente guerrero sino también un astuto estratega y más tarde un buen gobernador (en Valencia) y un hábil litigante (en las Cortes de Toledo). Tal caracterización puede ponerse en relación con un interesante fenómeno constatado por Murray (1982, 144-147 y 152-157) para el conjunto del Occidente europeo. Se trata de la creciente estima del *miles prudens* y aun *prudētissimus* frente al *miles nobilis, fortis* o *strenuus*, tal y como la reflejan los textos a partir de ca. 1100. Es la época (siglos XII-XIII) en que la *prudētia* fue colocada por los teólogos entre las virtudes cardinales,

pero a un nivel más bajo, como con los caballeros y sus *militia*, el énfasis de los teólogos sirvió simplemente para autorizar una política dictada por consideraciones no específicamente cristianas. A este nivel, la política era circunspección. [...] Su esencia—la cual se mantiene ya sea virtuoso o no— es la inteligencia útil.

(MURRAY, 1980, 157)

Este factor ideológico contribuye a separar al Cid épico del Rodrigo Díaz histórico, pues las características del héroe que el *Cantar* subraya implican la nueva mentalidad que va cuajando a lo largo del siglo XII para triunfar plenamente en el XIII<sup>39</sup>.

La conquista de Alcocer queda definitivamente establecida cuando Pero Vermúez, el alférez del Campeador, sitúa su bandera «en todo lo más alto» (v. 612), de acuerdo tanto con la necesaria visibilidad del signo de posesión como con

---

batientes como los jefes y gobernantes tenían una clara conciencia de todo lo que tenía de insuficiente la hazaña del campeón aislado».

<sup>37</sup> Sobre estos aspectos, vid. Menéndez Pidal (1963, 70-71 y 226-231 y 1969, 619-620), Spitzer (1948, reimp. 1980, 69 y 72), De Chasca (1972, 127-128), Hart (1977, 64-68), López Estrada (1982, 115-118), Smith (1983, 124-126), Catalán (1985, 808), Marcos Marín (1985, 46), Gargano (1986, 315-318), Montaner (1987, 182) y Deyermond (1987, 23-26).

<sup>38</sup> Si se da el contraste, en cambio, con Pero Vermúez, especialmente cuando, desobedeciendo las órdenes del Cid, arremete en solitario contra las tropas de Fáriz y Galve (vv. 704-713). Gargano (1986) ha mostrado que tal actuación responde al creciente influjo, a fines del siglo XII, del ideal caballeresco del *preu d'ome*. Si en el *Cantar* predomina el otro polo de la dicotomía caballeresca (cfr nota 36) es porque aquí no se presenta a un particular, sino a un caudillo. En este sentido el *Cantar* se muestra de acuerdo con su época, pues «a partir de la segunda mitad de la Edad Media vemos cómo las autoridades militares proclamaban las penas más severas contra todos aquellos que rompieran la ordenanza, salieran de la formación, por la causa que fuera, mientras se recomendaba formalmente la puesta en común de todo lo capturado, para proceder a un reparto posterior» (CONTAMINE, 1984, 293).

<sup>39</sup> Recuérdese, a este propósito, las palabras de Lulio: «¿Qué cosa les es más necesaria [a los caballeros] que la prudencia? La usanza del caballero de guarnecer y combatir no se conviene tanto con el oficio de la Caballería como el uso de la razón y de entendimiento y de voluntad bien ordenada; porque más batallas se vencen con maestría y cordura que por muchedumbre de gentes, guarniciones ni caballeros» (*Libro del Orden de Caballería*, VI, 7; cfr también II, 18 y el texto de las *Partidas* citado en la n. 25).

las pautas jerárquicas del espacio en la Edad Media (cfr CACHO, 1987, 26). El desenlace del episodio es el balance de la victoria, puesto en boca del Cid. No se trata de una arenga militar; ni se felicita a los guerreros por su conducta ni se recuerda a los caídos en el combate. Tampoco se aprecia en él voluntad de cruzada. Su orientación es eminentemente práctica, económica, casi administrativa:

*Fabló mio Cid Ruy Díaz, el que en buen ora fue nado:  
— ¡Grado a Dios del cielo e a todos los sos santos,  
ya mejoraremos posadas a dueños e a cavallos!  
Oíd a mí, Albar Fáñez e todos los cavalleros:  
en este castiello gran aver avemos preso,  
los moros yazen muertos, de bivos pocos veo;  
los moros e las moras vender non los podremos,  
que los descabecemos nada non ganaremos,  
cojámoslos de dentro, ca el señorío tenemos,  
posaremos en sus casas e d'ellos nos serviremos.—*  
(vv. 613-622)

Ante la mera lectura de estos versos huelga el comentario: la mayor parte del vocabulario se refiere a la ganancia y aun al comercio. Esta peculiar actitud, cuyo contraste con el resto de la épica románica ha enfatizado recientemente Duggan (1989,19-20), es obviamente la propugnada por el poeta, como deja clara la intervención de la voz del narrador al final de la escena:

*Mio Cid con esta ganancia en Alcocer está,  
fizo enbiar por la tienda que dexara allá.*  
(vv. 623-624)

En ese detalle, en apariencia nimio, de mandar recoger la tienda empleada como señuelo, se trasluce en gran parte ese espíritu pragmático que anima el *Cantar* y que ha ocasionado tantas veces su anacrónica consideración como un texto realista. Con esta constatación no se intenta negar el carácter deliberadamente épico (heroico) del relato, sino deslindar el tipo de heroísmo propuesto desde el *Cantar*, el conjunto de valores que alejan a este texto de la moral arcaizante y trágica del ciclo épico de los condes de Castilla, de parte de la épica germánica y de *chansons de geste* francesas como *Raoul de Cambrai* y *Garin le Loheren*, o del más abstracto ideal del imperio cristiano que presentan las *chansons* de Roland, Guillaume o Vivien (vid. SPITZER, 1948).

El *Cantar del Cid* es, desde esta perspectiva, un poema estrechamente ligado a su tiempo, que refleja un programa de acción bastante concreto, posibilista, y que transmite una moral paradigmática. Su héroe no es el guerrero de proezas imposibles (Roland, Guillaume) ni el vasallo inútilmente rebelde (Isembart, Ogier, Girart de Roussillon) o el monarca casi divinizado (Carlomagno) de gran parte de la épica francesa, sino un modelo histórico relativamente reciente (aunque suficientemente alterado en su presentación literaria), al que se podía imitar, o en todo caso, un caudillo al que se podría haber seguido si viviese. Esto aún les era posible a los coetáneos del *Cantar* a través de los des-

cientos del Cid, puesto que, como nos recuerda el v. 3.724, «Oy los reyes d'España / sos parientes son»<sup>40</sup>.

### 3. LAS FUENTES DEL EPISODIO

El hallazgo de Alcocer y de lo que podría haber sido un campamento cristiano destinado a su conquista, en Torrecid, obligan a revisar la conclusión de Russell (1978, 64-66) de que el episodio es enteramente ficticio. En efecto, esta consecuencia, que era lógica ante la aparente inexistencia de la plaza descrita, no resulta ahora evidente por sí misma. Por tanto, aunque las repercusiones que para la posible historicidad del *Cantar I* tiene la identificación de Alcocer van a ser discutidas por el profesor Hilty en su intervención, he de referirme ahora a ellas para determinar algunas cuestiones de la elaboración literaria del episodio.

La hipótesis de Corral/Martínez (1987, 53), en tanto que descubridores de los nuevos datos, es la siguiente:

Si el Poema fue escrito en 1207 [...], el poeta conocía una tradición anterior que debió de circular desde el mismo momento de las acciones que narra el Poema; es si no impensable que describiera con tantos detalles [...] que existió un poblado y castillo musulmán de Alcocer, con su ubicación exacta, que desapareció a finales del siglo XI, que se construyó un lugar fortificado llamado Otero del Cid en el lugar exacto que se narra, y que se protegió el Otero con un foso frente a un monte del término de Ateca llamado la Sierra.

Esta idea, que sus autores han vuelto a defender brillantemente aquí, resulta, así expuesta, bastante convincente. Sin embargo, conviene deslindar varios aspectos. Ante todo que ninguna fuente independiente del *Cantar* habla de una campaña del Cid en el Jalón<sup>41</sup> y que tanto la conquista de Castejón como la batalla contra Fáriz y Galve son con casi total seguridad ficticias (vid. HORRENT, 1973, 20, 22 y 273-276; SMITH, 1977, 109-112, y DUGGAN, 1989, 82).

De hecho resultaría absurdo que Rodrigo Díaz, que se dirigía desde Burgos a Barcelona, realizase un rodeo de tal magnitud (por el Henares y el Jalón). Tampoco es lógico que, habiendo de cruzar toda la taifa de Zaragoza para llegar a su destino, entrase en ella combatiendo las plazas fronterizas. Además su casi inmediata puesta al servicio de al-Muqtadir de Zaragoza y las buenas rela-

---

<sup>40</sup> Aunque lo más probable es, como sugiere Lomax (1977, 75-76), que este verso se refiera primordialmente al presente histórico de la propia narración, también es obvio que la afirmación era válida para la época del *Cantar*, aunque esta indicación no ayude a precisarla.

<sup>41</sup> La tradición atecana de que el Cid libró una gran batalla con los moros en el término adyacente de El Ballestar (CORRAL/MARTÍNEZ, 1987, 52) es con seguridad moderna, pues Martínez del Villar (1598, 124), gran conocedor de la zona, no la menciona en absoluto, pese a recoger por primera vez la creencia de que Alcocer era el castillo de Ateca. Lo más probable es que tal tradición sea de origen culto y parta, precisamente, de dicha identificación, como pasó en el Alcocer alcarreño, cuyos habitantes consideraban, por aquellas mismas fechas (1580), que era el lugar mencionado en las crónicas cidianas (vid. MENÉNDEZ PIDAL, 1908, 150).



ciones que siempre mantuvo con él y con su sucesor, al-Musta'in II, no favorecen la suposición de hostilidades mutuas<sup>42</sup>.

En esta situación la exactitud geográfica (incluso referida la microtoponimia) no es sinónimo de realidad histórica y bajo ciertas circunstancias ni siquiera implica un conocimiento directo de la zona descrita. No obstante el que, como parece, Alcocer fuese abandonado a fines del siglo XI, ya que los restos del lugar hubieron de permanecer reconocibles durante bastante tiempo, mientras que el toponimo pervivió hasta el siglo XVII, como demuestran las aportaciones documentales de Corral/Martínez (1987, 50 y 53) y Martínez (1989, 313-314). Por lo tanto, un autor de finales del siglo XII pudo ambientar perfectamente un episodio ficticio en un marco auténtico.

El problema es que, además, la presunta precisión del pasaje no es tanta como parece. No sólo la mayor parte de los datos son de suyo bastante vagos, sino que presentan flagrantes contradicciones (vid. RUSSELL, 1978, y MONTANER, 1984). Así los únicos detalles concretos que se dan sobre Alcocer son dos: que se hallaba entre Ateca y Terrer (vv. 552-553 y 585) y que tenía murallas (vv. 593 y 608). La indicación del v. 612, al ser una apreciación relativa, no permite deducir casi nada sobre la disposición arquitectónica de la plaza.

En puridad no sabemos (por el *Cantar*) si Alcocer estaba en la ribera norte del Jalón o en la sur, si era una villa fortificada o albergaba sólo a una guarnición. Su capacidad (los seiscientos hombres del Campeador más los moros supervivientes), la riqueza que guardaba (v. 617), su gran valor estratégico (vv. 632-635) y el elevado precio de su rescate (v. 845) sugieren una población más importante que la testimoniada por el nombre y los restos de la misma<sup>43</sup>. Del paraje en que se asienta se nos dice en el v. 559 que es una llanura, mientras que en los vv. 835 y 838 se habla de «tierra angosta». Por último hay que señalar que el *Cantar* adscribe erróneamente Alcocer a la taifa de Valencia cuando pertenecía a la de Zaragoza (vid. MENÉNDEZ PIDAL, 1908, 874; RUSSELL, 1956, 101-102; MICHAEL, 1978, 124, y DUGGAN, 1989, 84).

Un detalle aparentemente preciso, la presunta referencia a La Sierra en el v. 557, no puede aceptarse aquí como prueba porque es una palabra común en el *Cantar* para designar las estribaciones montañosas<sup>44</sup> y porque no sabemos des-

---

<sup>42</sup> Para estos datos históricos, vid. *Historia Roderici*, 11, 12; Menéndez Pidal (1969, 279-290) y Fletcher (1989, 138 y ss.), así como la intervención del profesor Turk en este mismo simposio, aunque en ella se defiende la historicidad de la campaña del Jalón.

<sup>43</sup> «En el siglo XI Alcocer debió de ser un lugar de escasos habitantes agrupados en varias casas (...) El caserío se agrupaba bajo un emplazamiento defensivo sito en la cima del cerro» (CORRAL/MARTÍNEZ, 1987, 50). Sobre el cerro, en realidad un estrecho mogote, habría una torre defensiva o una especie de atalaya, nada más. Esto es lo que corresponde al árabe andalusí *al-quṣáyr* (diminutivo de *qásr*, «alcázar»), «el pequeño castillo», propiamente una torre de unos 7,5 m de altura y 5,5 m de lado, rodeada por una muralla que delimitaba un área de unos 25 m<sup>2</sup> (vid. CORRIENTE, 1977, 53, y RUSSELL, 1978, 57-58), es decir, algo poco diferente del donjón amurallado de Torrecid. Otro sentido posible de *al-quṣáyr* es el de «un albergue caminero ligeramente forficado», como ya señaló Russell (1978, 165) y aquí ha vuelto a defender Mikel de Epalza. Por último, teniendo en cuenta que, en el norte de África *qásr* podía designar «un village entouré d'une muraille» (DOZY, 1881, II, 365a), puede pensarse que *quṣáyr* designase un tipo de población, como parece ser el caso, pero de dimensiones minúsculas.

<sup>44</sup> Aparece ocho veces con esta función, de las cuales dos se refieren explícitamente a la sierra de Miedes (vv. 415 y 2.692). Vid. Oelshläger (1948, 116), Waltman (1972, 401) y Pellen (1977, 204).

de cuándo recibe ese nombre. En cualquier caso es seguro que en la época del Cid, tratándose de territorio musulmán, no se llamaba así. Por tanto, si realmente es un nombre propio, implica una elaboración posterior a la conquista cristiana y, en consecuencia, un dato en contra de la fiel historicidad del episodio.

Tampoco en el caso del otero la exactitud es tan obvia. Como ya se ha visto la descripción es demasiado general como para individualizar un otero en concreto<sup>45</sup>. Tampoco señala el *Cantar* que los hombres del Cid hubieran de cruzar el río para atacar Alcocer, un aspecto importante desde el punto de vista táctico. Además no hay prueba alguna de que el *Cantar* se refiera a una mota feudal como la descubierta en Torrecid. Más bien parece aludir a un típico campamento de tiendas, como los descritos en las *Partidas*. Tampoco la presencia del foso es determinante, pues, como se ha visto, *carcavear* en torno a la hueste era una precaución básica. Además, la disposición del emplazamiento de Torrecid, «un torreón central, rodeado a su vez de doble línea de murallas *separadas por un foso*» (MARTÍNEZ, en prensa; subrayo) es bastante diferente a la que se menciona en el *Cantar*. En éste el foso se hace «derredor del otero / bien cerca del agua» (v. 560), es decir, al pie del monte, pues rodea a un conjunto de tiendas capaz de albergar a los más de 600 hombres que, según el v. 674, el Cid lleva consigo. Semejante foso no concuerda con el hallado en Torrecid, situado a más de media ladera, mucho menor en perímetro y ceñido al donjón amurallado.

El argumento onomástico dista de ser concluyente. Es verdad que «otero» sólo aparece en el *Cantar* en esta ocasión, lo que establece una conexión más estrecha que en el caso de «la sierra». Pero si el otero se hubiese llamado «del Cid» en la época en la que se compuso el *Cantar*, ¿no lo habría hecho constar el poeta para mayor gloria de su héroe? Es lo que sucede, respecto de El Poyo, en los vv. 900-902:

*Aquel poyo en él priso posada,  
mentra que sea el pueblo de moros e de la yente cristiana,  
El Poyo de mio Cid, así l' dirán por carta.*

De todos modos, ni siquiera la mención expresa del nombre garantizaría la historicidad de estos sucesos. En efecto, si el topónimo Otero del Cid<sup>46</sup> depen-

<sup>45</sup> En la misma foto 1 de Corral/Martínez (1987, 60) se aprecian otras elevaciones de la zona que responden a esa descripción. Por otro lado, en el v. 631, los emisarios calatayubíes se refieren al otero como «un tan fuerte lugar», caracterización que comparte con el castillo roquero de Atienza (v. 2.691), en terreno mucho más abrupto e inexpugable que el donjón atecano, y con el castillo de Gormaz (v. 2.843), «la fortaleza más grande de toda la larga fila de castillos que protegían la línea del Duero» (MENÉNDEZ PIDAL, 1908, 59).

<sup>46</sup> Esta denominación aparece documentada a partir de 1500, mientras que la forma usual actualmente es Torrecid, con la variante Torrecil (vid. CORRAL/MARTÍNEZ, 1987, 51, y MARTÍNEZ, 1989, 314-316). No sabemos si esta concurrencia de formas es más antigua ni cuál pudo ser exactamente la original. Si *Torre-* hace alusión al donjón que coronaba el cerro es probable que fuese la denominación primitiva, puesto que se le habría puesto cuando éste aún era reconocible. Nótese una alternancia semejante en el caso de Peña del Cid = Peñacil (cerca de Montalbán, Teruel), comentado por Ubieto (1973, 101-102) y en los de adalil = adalid y Almonacir = Almonacil = Almonacid, citados por Coraminas/Pascual (1980, I, 50b); en ellos la forma en *-il* es siempre la etimológica y es posible que suceda lo mismo en Torrecid = Torrecil.

diera de un suceso en el que estuvo involucrado Rodrigo Díaz<sup>47</sup>, esto exigiría la pervivencia de una tradición local a partir de testigos del suceso. Supuesto que éstos, en la época del Campeador, sólo podían ser musulmanes, no es fácil que denominaran al cerro con el nombre de su enemigo, pero de haberlo hecho habría sido en árabe y no en romance. Además la reluctancia de los musulmanes a aplicar dicho título a los cristianos (como han señalado aquí los profesores De Epalza y Turk) hace improbable que, en tal caso, hubieran empleado precisamente ese término en lugar de los de Rodrigo o Campeador (*Rudrīq* y *al-Kanbiyaṭūr* en las fuentes árabes). En fin, una posible traducción o adaptación romance implicaría, como en el caso de La Sierra, una actuación cristiana posterior a 1120, época en que se reconquistó la zona, lo que impediría asegurar la fidelidad de la tradición histórica.

Es verdad que Menéndez Pidal (1969, 357) ha invocado el argumento topónimo para justificar que cuando Rodrigo Díaz acampó en la zona de Calamocha en mayo de 1089 lo hizo en El Poyo, como señala el *Cantar* (no así la *Historia Roderici*). Pero, ¿cómo pudo pervivir la memoria exacta de dónde acampó el Cid si los únicos habitantes del lugar lo abandonaron con él y la zona no fue ocupada de nuevo por los cristianos hasta 1124<sup>48</sup>? Además la estancia en Calamocha parece haber sido demasiado breve y poco significativa para dar nombre a lugar alguno (vid. *Historia Roderici*, IV, 29).

Así pues, es más plausible pensar en que el poeta o sus fuentes supusieron *a posteriori* que tal topónimo se debía a la actuación del Campeador<sup>49</sup>. En efecto, los vv. 900-902 dan a entender que el autor del *Cantar* conocía la mención de El Poyo del Cid en un documento oficial, seguramente el *Fuero de Molina*<sup>50</sup>

<sup>47</sup> Al que, por cierto, no sabemos si se denominó *Cid* en vida, aunque sea lo más probable (vid. MENÉNDEZ PIDAL, 1908, 574-576, y FLETCHER, 1989, 15). En tal caso es posible que fuese con posterioridad a la toma de Valencia (cfr MENÉNDEZ PIDAL, 1969, 161 y 555), por lo que no tendría aplicación aquí. Tampoco está claro que al comienzo de su primer destierro Rodrigo Díaz fuese un caudillo tan famoso como para que se le fuera poniendo su nombre a los lugares por donde pasaba.

<sup>48</sup> Véase, a este respecto, Ubieto (1973, 39-40).

<sup>49</sup> Pese a lo sostenido aquí por José Luis Corral, los topónimos con un componente *Cid* son demasiado diversos para vincularlos con Rodrigo Díaz. A los dos citados pueden añadirse Benecid *Bani Síd* (en Almería; vid. CORRIENTE, 1977, 83), La Iglesia del Cid (en el límite de Teruel y Castellón), Lucena del Cid (en Castellón), Peña del Cid (una cerca de Montalbán, otra cerca de Teruel y una tercera junto a Petrel — Alicante —), Riviella de Mío Cid (entre el Duero y el Esgueva, hoy desaparecida), Sierra del Cid (en Alicante), Vilafranca del Cid (en Castellón), Villacid (en Ciudad Real), Villa de Meo Kik (en Palencia, citada en documentos del siglo XI; vid. MENÉNDEZ PIDAL, 1908, 575), la Cabeza del Cid (una cerca de Molina y otra al sur de Ávila, situada junto a una Cabeza de Per Abat, lo que ha dado lugar a uno de los argumentos menos afortunados de Smith [1983, 93 y 264] en pro de sus tesis).

<sup>50</sup> Vid. Russell (1978, 25), Lacarra (1980, 258 y 262) y Smith (1983, 104). La idea de Menéndez Pidal (1908, 803) de que realmente se trata de una predicción resulta algo ingenua. El poeta está usando obviamente la profecía *post factum*; cfr Russell (1978, 176-177), aunque su teoría de que la «carta» es «una narración escrita sobre las campañas del Cid» me parece insostenible. Recientemente Duggan (1989, 66) ha sostenido que «to maintain that he (*the poet*) must have read the *Fuero de Molina* in order to have been able to state that the hill would be known as “el Poyo de myo Cid” in written documents is an abuse of the evidence». Sin embargo, la mención de un «pueblo» y de una «carta» no deja lugar a dudas sobre el tipo de documento aludido. Tampoco obsta que la versión original del *Fuero* (ca. 1154) no se haya conservado, pues el romanceamiento de ca. 1280 ha de transcribir fielmente la fijación original de los lindes de la población, que no po-

y que a partir de ahí lo relacionó con su héroe. Este tipo de leyenda etiológica era muy común en la Edad Media<sup>51</sup> y la casi total certeza de su uso aquí impide aceptar sin más la historicidad de los sucesos narrados.

Nos encontramos, pues, ante un cúmulo de pruebas circunstanciales que sólo en apariencia se apoyan mutuamente. Lo más que se puede concluir es que el poeta o sus fuentes conocían la toponimia de la zona cuando ésta ya estaba en poder de los cristianos<sup>52</sup>. En resumen, no hay datos suficientes para garantizar que la toma de Alcocer por parte de Rodrigo Díaz fuera un hecho real. En cambio el relato del *Cantar* se adecua perfectamente a la actitud con que presenta al Cid. Así Alcocer pasa de ser el fortín, aldehuela o posada que fue en la realidad para convertirse en una localidad de ciertas dimensiones<sup>53</sup> y de extraordinario valor estratégico. De este modo, sin ser una plaza de primer orden, tampoco se queda en una conquista sin importancia. En tal contexto esta campaña pone desde el principio de manifiesto la ideología cidiana, plasmada por Álvar Fáñez en los célebres versos 672-673. Se trata de prosperar a costa del enemigo, no aliándose con él, como fue el caso histórico del Campeador y de otros muchos desterrados de su época (vid. MENÉNDEZ PIDAL, 1969, 281-282). En esto el *Cantar* se acerca de nuevo a la ideología de los hombres de frontera y a la política expansionista de Alfonso VIII.

Además la adscripción de la comarca de Calatayud al reino de Valencia permite soslayar la presencia del Campeador en la Corte hudí de Zaragoza e introduce ya claramente el objetivo levantino en la narración (RUSSELL, 1978, 50, y MONTANER, 1984, 46b). Todos los factores de este tipo ya analizados y otros similares, como la inverosímil despedida que dan al Cid los alcocereños en los vv. 851-856 o los evidentes paralelismos que guardan entre sí los episodios de Castejón y Alcocer (vid. RUSSELL, 1978, 55), señalan claramente una intención fundamentalmente literaria y la subordinación de todo el pasaje a los intereses generales del poema.

---

dían modificarse arbitrariamente. Además el poeta no se está vanagloriando simplemente del nombre del lugar, sino de su fijación en un texto importante, con poder legal, que iba a garantizar su pervivencia.

<sup>51</sup> Cfr el episodio de Val d'Espera en la versión de los Siete Infantes de Lara recogida en la *Crónica de 1344*, v. III, p. 165, o el de Aguilar de Campoo en las *Mocedades de Rodrigo*, vv. 130-135. Para la etimología como forma de pensamiento típica de la Edad Media, vid. Curtins (1955, 692-699).

<sup>52</sup> En este sentido cabe la posibilidad de que el poeta haya tenido a la vista algún *itinerarium* o mapa medieval, sobre todo si Alcocer era realmente una posada junto a un vado (cfr RUSSELL, 1978, 164-169 y 180-199, y CACHO, 1987, 35). De todos modos, en el caso del Jalón se puede pensar en un conocimiento directo, aunque quizás superficial; de lo contrario habría hecho coincidir mejor su descripción del supuesto campamento cidiano con las ruinas de Torrecid. En cuanto al origen de éstas, teniendo en cuenta que, según Martínez (en prensa), «una torre de piedra rodeada de un recinto amurallado» es «la planta preferida en el siglo XII» y que la cerámica hallada corresponde «a finales del siglo XI y principios del siglo XII», parece lógico pensar en una posición construida en la época de la reconquista de Calatayud (1120). Respecto de la elección de Alcocer como emplazamiento de una batalla ficticia (cuestión suscitada por Panison [1983b, 50]), pueden indicarse dos razones: que al controlar el vado del Jalón poseía realmente cierto valor estratégico y que su nombre sugería inmediatamente un tipo de fortaleza.

<sup>53</sup> De tal modo que las prosificaciones cronísticas la califican de «villa». A este respecto téngase en cuenta que «la importancia de las ciudades en la estrategia de la época no se explica tanto por razones militares como por el hecho de que los centros urbanos y no los castillos constituían en los siglos XI y XIII los verdaderos puntos clave del espacio» (CONTAMINE, 1984, 128).

Esta constatación permite plantearse de nuevo el asunto de las fuentes literarias del episodio, suscitado por Smith en 1975 y discutido desde entonces por la crítica. La sugerencia de Smith (1977, 116-122) es que el autor del *Cantar* se ha inspirado en un *locus* de Frontino, *Strategemata*, II, v, 34, con el posible influjo subsidiario del parágrafo III, x, 2 de dicha obra o de *Josué*, 8, 2-25<sup>54</sup>. La crítica más fundada que se ha hecho de esta hipótesis es la de Baldwin (1984), quien señala que no hay razón para pensar en un pasaje en concreto cuando la estratagema está documentada en otras partes (cfr también FRADEJAS, 1982, 283-4). Sin embargo, en esta cuestión la procedencia de la tretra es lo de menos, pues todo el material aportado tanto por Smith como por Baldwin y Fradejas se refieren a emboscadas, mientras que en Alcocer se describe el tornafuye, como se ha visto. En este sentido creo que tiene razón Baldwin (1984, 383-384) al atribuir la estratagema a los propios conocimientos militares del autor.

Desde luego, si el núcleo táctico del episodio no parece proceder de ninguno de tales textos, podría concluirse que no han influido en absoluto en el *Cantar*. Pese a todo hay un detalle en el pasaje propuesto por Smith (1977, 117) como fuente principal que merece ser tenido en consideración. Me refiero a que en él Craso simula la huida «manente praetorio in maioribus castris, ut fallerentur hostes». Es lo mismo que pretende el Cid con su «tienda fita» (v. 576) «por sacarlos a celada» (v. 579), algo que no aparece en ninguno de los otros pasajes aducidos y que no es propio del tornafuye, al menos hasta donde yo tengo noticia.

Ante esta concordancia las otras similitudes entre ambos pasajes cobran más fuerza (cfr FRADEJAS, 1982, 284). Éstas son «castris vallavit» = «mandó fazer una cárcava» (*vallum*: «trinchera»), «et fuga simulata deduceret» = «como si escapasse de arrancada», «cum barbari insecuti essent, equite recedente» = «Mio Cid, cuando los vio fuera, / cojós' como de arrancada», «acies Romana adaperata cum clamore procurrit» = «dando grandes alaridos/ los que están en la celada»<sup>55</sup>. La ausencia de voces como *insidiae* u *occultare*, presentes en los otros textos antes aducidos y que describen inequívocamente una celada, pudieron ser la causa de que el poeta se inspirase en este relato en concreto a la hora de componer el episodio de Alcocer, aunque adaptándolo al empleo del tornafuye.

Como ha indicado Smith (1983, 193-197), refuerza la posibilidad de que el autor del *Cantar* haya sido influido por este texto el que en los episodios de Castejón y de Fáriz y Galve se puedan rastrear otros paralelismos con obras lati-

---

<sup>54</sup> Recuérdese que en la Edad Media Josué fue considerado modelo de caballeros (KEEN, 1986, 163).

<sup>55</sup> Los otros textos citados presentan un parecido sensiblemente inferior. En *Strategemata* III, x, 2, sólo «speciem fugientis praestitit» puede equipararse al v. 583. El parágrafo II, v, 19 de la misma obra (aducido por Baldwin [1984, 382] como contraejemplo) se refiere a una celada sin huida fingida. Su única semejanza es la de «Illyrii timentes, ne quae Molossorum erant ab Aetolis occuparentur, velut ad praedam festinantes neglectis ordinibus adcelerare coeperunt» con los vv. 584-587 o 592-593, pero la causa es muy distinta. Por último, *Jos.* describe una operación bastante más compleja e incluye la intervención divina. Hay ciertas similitudes entre *Jos.* 8, 14-17 y los vv. 587-593, pero sólo el versículo 17, «et ne unus quidem in urbe Ahi et Bethel remansisset qui non persequeretur Israhel / sicut eruperant aperta oppida relinquentes» podría tener un eco directo en el v. 594.

nas: el *Bellum Iugurthinum*, XC-XCI, de Salustio, para el primero (vid. SMITH, 1977, 113-116) y *De Bello Gallico*, IV, 25, de César, para la carga de Pero Vermúez, en el segundo (vid. HOOK, 1979, 47-50, y MONTANER, 1987, 214-215). Realmente no hay ninguna coincidencia verbal tan exclusiva que constituya una prueba irrefutable de tales influjos. Pese a ello es significativo que el *Cantar* emplee en la toma de Alcocer y en parte, en la batalla contra Fáriz y Galve, una disposición que no repite posteriormente<sup>56</sup>. Se trata de un esquema tipificado por la analística latina y repetido en buena parte de la historiografía clásica.

Según Gouillart (1986, xcii), tal modelo consiste en que, después de que los romanos aparecen en una situación de inferioridad real o fingida, «leur contre-attaque est fulgurante, et les ennemis, après un instant de flottement, s'égaillent dans toutes les directions. On lance la cavalerie contre les fuyards, qui sont massacrés. Enfin, pour que la fête soit complète, les Romains prennent le camp ennemi». El desarrollo de este relato está tan estereotipado que la fraseología es casi formular<sup>57</sup>:

— Les barbares attaquent toujours en désordre: *aduersus ita incompositos uenientes* (28, 3); *eo effusius sequi hostes* (31, 6); *per neglentiā effusi* (33,4) [...]

— Les Romains font une sortie simultanée de plusieurs côtés, en poussant le cri de guerre: *clamore... sublato simul omnibus portis Romani eruperunt* (28, 3); *tribus partibus simul erumpit, clarore... sublato* (31, 7) [...]

— Les ennemis sont mis en déroute: *in castra omnes trepida fuga compulsi sunt, deinde ipsis exuti castris* (28, 5); *qui superarant in omnes passi partes capessunt fugam* (32, 6) [...]

— Puis vient la liste des pertes ennemies, toujours très élevées, ainsi que les mesures prises après la victoire.

(GOUILLART, 1986, xcii-xciii)

El uso en el *Cantar* de esta disposición, que es la que da también Frontino a sus *exempla* militares, puede ser casual. Sin embargo, estos datos invitan a pensar al menos en algún conocimiento de este tipo de narraciones latinas. Este aspecto puede estar ligado con la importancia concedida en el *Cantar* a la táctica<sup>58</sup>, pues la aparición del interés por la guerra «como ciencia», desde media-

<sup>56</sup> Las lides campales referidas en el *Cantar* responden fundamentalmente a los tópicos descriptivos de las *chansons de geste*, como ha demostrado Herslund (1974, 88-94). La ausencia en la épica francesa del tema del asalto (vid. SMITH, 1983, 247) y su presencia en los tratadistas latinos, que entonces comenzaban a difundirse (vide *infra*), podrían explicar un influjo tan concreto.

<sup>57</sup> Los ejemplos aducidos pertenecen al libro XL de las *Décades* de Tito Livio (y es lo único parcialmente suprimido en la cita). En este caso la posibilidad de influjo está descartada de antemano, pues hasta el siglo XIII la difusión de Livio fue muy escasa y los libros XL-XLV fueron conocidos sólo muy fragmentariamente hasta el siglo XVI (vid. WITTLIN, s. a., 20-25).

<sup>58</sup> Nótese, a este respecto, cómo el poeta se encarga de subrayar en el v. 610 que «Mio Cid ganó a Alcocer, / sabet, por esta maña». Un elemento típico del *Cantar* es presentar, antes de casi todas las batallas, una reunión del Cid con sus capitanes, en la que se determina la táctica que se va a emplear. En ella Alvar Fáñez suele proponer la aplicación del sistema de «líneas exteriores» o «envolventes» (cfr MONTANER, 1987, 221 y 262-263). Para otros aspectos tácticos en el *Cantar* y su datación finisecular, vid. Ubieta (1973, 56-63).

dos del siglo XII, está ligado al creciente predicamento de los tratados técnicos de la Antigüedad, como los *Strategemata* de Frontino y, en especial, la *Epitoma rei militaris* de Vegetio, que alcanzó gran difusión, a menudo en versiones adicionadas y otras extractado en florilegios<sup>59</sup>. No hay contradicción entre esta posibilidad y la familiaridad con las tácticas coetáneas que evidencia la descripción del tornafuye: como se ha visto, incluso un autor tan «clerical» como el del *Libro de Alexandre* lo conocía.

Podremos seguir albergando dudas sobre el nivel cultural del creador del *Cantar*, pero lo que cada vez resulta más claro es que participaba de la nueva mentalidad política, militar y económica triunfante en el paso de los siglos XII al XIII, que han analizado, desde diferentes perspectivas, Murray (1982) y Keen (1986). En definitiva, aunque no se acepte ningún tipo de fuente para el episodio, los paralelismos señalados contribuyen a mostrar el carácter esencialmente literario del mismo, en el que los referentes reales (los datos geográficos y quizás alguna vaga reminiscencia histórica) están totalmente subordinados a un objetivo poético e ideológico independiente de ellos: el proceso por el que el Cid recupera la honra a través de su propio esfuerzo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Martín, *Diccionario medieval español. Desde las Glosas Emilianenses y Silenses (siglo X) hasta el siglo XV*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986, 2 v.
- ARMISTEAD, Samuel G., «From Epic to Chronicle: An Individualist Appraisal», *Romance Philology*, XL: 3 (february 1987), 338-359.
- y MONROE, James T., «'Mis moros mortaricaca': Arabic Phrases in the *Poema de Alfonso XI* (Strophe 1.079b-d)», *La Corónica*, 17: 2 (Spring, 1989), 38-43.
- BADÍA, Lola, «Frontí i Vegeci, mestres de cavalleria en català als segles XIV i XV», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 39 (1983-1984), 191-215.
- BALDWIN, Spurgeon, «Deception and Ambush: The Cid's Tactics at Castejon and Alcocer», *Modern Language Notes*, 99 (1984), 381-385.
- BELTRÁN, Luis, «Conflictos interiores y batallas campales en el *Poema del Mío Cid*», *Hispania* (Baltimore), 61 (1978), 235-244.

---

<sup>59</sup> Vid. Murray (1982, 147-150 y 221-222), Contamine (1984, 266-268) y Keen (1986, 19, 51, 122 y 150-151) y, para la Península Ibérica, Badía (1983) y Gómez Moreno (1983 y 1990). Esta tendencia se percibe ya en el influyente *Policraticus* (ca. 1150), VI, 2-19, de Juan de Salisbur, que hace frecuente uso de Vegetio y Frontino. Sus palabras pueden aplicarse directamente al episodio comentado: «El conocimiento del arte militar alimenta la audacia. Nadie teme ejecutar lo que piensa haber aprendido bien. Igualmente, en las batallas, más cerca está la victoria de un puñado de hombres bien preparados que de una multitud ignorante, siempre expuesta a la matanza. ¿Qué es lo que hizo a los romanos vencedores de todos los pueblos? El conocimiento, ciertamente, la destreza y la fidelidad» (VI, 2, p. 430). Estas ideas alcanzan su máxima altura doctrinal en el siglo XIII, con la sanción del uso de *insidiae* por parte de Santo Tomás, *Summa Theologica*, 11, 2, q. 40, art. 3, y de Alfonso X, *Partidas*, II, xxiii, 26 y 30, entre otros. Tales datos invalidan la pretensión de Montgomery (1987, 200) de considerar este uso del conocimiento como marca de oralidad.

- Biblia Sacra iuxta valgatam versionem*, edd. R. Weber *et al.*, 3.<sup>a</sup> ed. enmendada por B. Fischer *et al.*, Stuttgart, Deutsche Bibelgesellschaft, 1983.
- BONNASSIE, Pierre, *Vocabulario básico de la historia medieval*, ed. original francesa, 1981; trad. y adaptación M. Sánchez Martínez, Barcelona, Crítica (Serie general, Estudios y ensayos, 110), 1983.
- BORSWORTH, C. E. «Ḥarb. Perse», en *Encyclopédie de l'Islam*, nouvelle édition, Leyde, E. J. Brill; Paris, G. P. Maisonneuve, v. III (1971), pp. 199a-203b.
- BOUDOT-LAMOTTE, Antoine, «Lexique de la poésie guerrière dans le *dīwān* de 'Antara b. šaddād al-'Absī », *Árābica*, XI (1964), 19-56.
- CACHO, Juan Manuel, «El espacio en el *Cantar de Mio Cid*», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 55 (1987), 23-42.
- , ed. Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 255-256), 1987-1988, 2v.
- CAHEN, Cl., «Ḥarb. Sous le Califat», en *Encyclopédie de l'Islam*, nouvelle édition, Leyde, E. J. Brill; Paris, G. P. Maisonneuve, v. III (1971), pp. 185a-188a.
- CATALÁN, Diego, «Crónicas Generales y cantares de gesta: el *Mio Cid* de Alfonso X y el del Pseudo Ben-Alfaraŷ», *Hispanic Review*, XXXI (1963), 195-215 y 291-306.
- , «Poesía y novela en la historiografía castellana de los siglos XIII y XIV», en *Mélanges offerts à Rita Lejeune*, Gembloux, J. Duculot, v. I (1969), pp. 423-441.
- , «El *Mio Cid*. Nueva lectura de su intencionalidad política», en *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae*, ed. J. L. Velená, Vitoria, Instituto de Ciencias de la Antigüedad, Universidad del País Vasco (Anejo I de la Revista *Veleia*), v. I (1985), pp. 807-819.
- Chanson de Roland. Texte établie d'après la manuscrit d'Oxford*, ed. G. Moignet, 4.<sup>a</sup> ed., Rennes, Bibliothèque Bordas, 1980.
- CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*, ed. original francesa, 1980; trad. J. Faci, Barcelona, Labor (Nueva Clío, 24), 1984.
- CORRIENTE, Federico, *Las mu'allaqāt: antología y panorama de Arabia preislámica*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1974.
- , *A Grammatical Sketch of the Spanish Arabic Dialect Bundle*, pról. E. García Gómez, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1977.
- COROMINAS, Joan y PASCUAL, José A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos (B.R.H., V, 7), 1980-, v. 1- (aparecidos cinco).
- CORRAL, José Luis y MARTÍNEZ, Francisco José, «Geografía e Historia en el *Poema del Mio Cid*: la localización de Alcocer», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 55 (1987), 43-64.
- CORTÉS, Luis L., «Ritmo, color y paisaje en la *Chanson de Roland* y en el *Poema del Cid*», *Boletín de la Biblioteca «Menéndez Pelayo»*, XXX (1954), 111-170.
- CRÍADO DE VAL, Manuel, «Geografía, toponimia e itinerarios del *Cantar de Mio Cid*», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 86 (1970), 83-107.
- Crónica del Cid: Crónica del famoso cavallero Cid Ruy Díaz Campeador*, ed. Fr. Juan de Velorado, Burgos, a costa del monasterio de San Pedro de Cardeña, por Fadrique Alemán de Basilea, 1512; ed. facsímil, New York, Kraus Reprint Co., 1967.
- Crónica del Rey D. Alfonso el Onceno*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Tomo primero*, ed. C. Rosell, Madrid, Suc. de Hernando (B.A.E., LVI), 1919, pp. 172-392.
- Crónica de 1344: Crónica Geral de Espanha de 1344*, ed. L. F. Lindley Cintra, Lisboa, Academia Portuguesa da História (Fontes Narrativas da História Portuguesa, 2), 1951-1961, 3 v.; reimpr., Lisboa, Imprensa Nacional - Casa da Moeda, 1983-1984, 3 v.
- Crónica de Veinte Reyes*, ed. Powell (1983, 119-155).



- CURTJUS, Ernst Robert, *Literatura europea y Edad Media Latina*, ed. original alemana, 1948; trad. y ads. M. Frenk y A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, 2 v.
- DE CHASCA, Edmund, *El arte juglaresco en el «Cantar de Mio Cid»*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Gredos (B.R.H., II, 101), 1972.
- DEYERMOND, Alan, «Structural and stylistic patterns in the *Cantar de Mio Cid*», en *Medieval studies in honor of Robert White Linher*, Madrid, Castalia, 1973, pp. 55-71.
- , ed. «*Mio Cid*» Studies, London, Tamesis Books, 1977.
- , *El «Cantar de Mio Cid» y la épica medieval española*, Barcelana, Sirmio (Biblioteca general, 2), 1987.
- y HOOK, David, «The *Afrenta de Corpes* and other stories», *La Corónica*, XI: 1 (Fall, 1981), 12-37.
- DOZY, R., *Supplément aux dictionnaires Arabes*, Leyde, E. J. Brill, 1881, 2 v.; ed. fac-símil, Beyrouth, Lebrairie du Liban, 1968.
- DUGGAN, Joseph J., *The «Cantar de Mio Cid». Poetic Creation in its Economic and Social Contexts*, Cambridge, Cambridge University Press (Cambridge Studies in Medieval Literature, 6), 1989.
- DYER, Nancy Joe, «*Crónica de veinte reyes*' Use of the Cid Epic: Perspectives, Method, and Rationale», *Romance Philology*, XXXIII: 4 (May 1980), 534-544.
- FLETCHER, Richard, *El Cid*, ed. original inglesa, 1989; trad. J. Sánchez y J. C. Zapatero, Madrid, Nerea, 1989.
- FRADEJAS LEBRERO, José, «Intento de comprensión del *Poema de mio Cid*», en *Poema de Mio Cid*, Burgos, Ayuntamiento, 1982, v. II, pp. 245-289.
- GARGANO, Antonio, «Tra difetto ed eccesso di prodezza. A proposito dell'episodio de Pero Vermúdez nel *Cantar de mio Cid*», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, J. Vallcorba Ed., t. I (1986), pp. 311-337.
- GÓMEZ MORENO, Ángel, «Una forma especial del tópic de modestia», *La Corónica*, 12 (1983), 71-83.
- , «Frontino medieval, una vez más», *Revista de Filología Española*, LXX (1990), 167-171.
- GOULLART, Christian, ed. Tite-Live, *Histoire Romaine. Tome XXX. Livre XL*, Paris, Les Belles Lettres, 1986.
- Gran crónica de Alfonso XI*, ed. D. Catalán, Madrid, Gredos / Seminario Menéndez Pidal (Fuentes cronísticas de la historia de España, IV), 1976, 2 v.
- GREIMAS, A. J., *Dictionnaire de l'Ancien Français, jusqu'au milieu du XIV<sup>e</sup> siècle*, ed. rev., Paris. Larousse, 1987.
- GURIÉVIXH, Arón, *Las categorías de la cultura medieval*, 2.<sup>a</sup> ed. rusa, 1984; trad. esp. H. S. Kriúkova y V. Cazcarra, Madrid, Taurus, 1990.
- HART, Thomas R., «Characterization and Plot Structure in the *Poema de Mio Cid*», en Deyermond (1977, 63-72).
- HARVEY, L. P., «Leyenda morisca de Ibrahim», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXX: 1 (1981), 1-20.
- HENDRIX, W. S., «Military tactics in the *Poem of the Cid*», *Modern Philology*, XX (1922), 45-48.
- HERSLUND, Michael, «Le *Cantar de Mio Cid* et la chanson de geste», *Revue Romane*, 9 (1974), 69-121.
- Historia Roderici*, ed. Menéndez Pidal (1969, 906-971).
- HOOK, David, «Pedro Bermúdez and the Cid Standard», *Neophilologus*, LXIII (1979), 45-53.

- , «On Certain Correspondences between the *Poema de Mio Cid* and Contemporary Legal Instruments», *Iberaromania*, XI (1980), 31-53.
- , «The *Poema de Mio Cid* and the Old French Epic: Some Reflections», en *The Medieval Alexander Legend and Romance Epic. Essays in Honour of Daris J. A. Ross*, edd. P. Noble et al., Millwood (N. Y.), Kraus Int. Publ., 1982, pp. 107-118.
- HORRENT, Jules, *Historia y poesía en torno al «Cantar del Cid»*, trad. J. Victorio, Barcelona, Ariel (Letras e ideas, Maior, 2), 1973.
- , ed. *Cantar de mio Cid. Chanson de mon Cid*, Gand, Ed. Scientifiques / Story-Scientia, (Ktémata, 6), 1982, 2 v.
- IBN HUDAYL, *Gala de Caballeros, Blasón de Paladines*, ed. M.<sup>a</sup> J. Viguera, Madrid, Editora Nacional (Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos, 24), 1977.
- JUAN DE SALISBURY, *Policraticus*, ed. M. A. Ladero et al., Madrid, Editora Nacional (Clásicos para una biblioteca contemporánea, 28), 1984.
- JUAN MANUEL, *Libro de los estados, en sus Obras completas*, ed. J. M. Blecua, Madrid Gredos (B.R.H., IV, 15), v. I (1980), pp. 190-502.
- KAZIMIRSKI, A. de Biberstein, *Dictionnaire Arabe-Français*, Paris, Maisonneuve, 1860, 2 v.; ed. facsímil, Beyrouth, Librairie du Liban (s. a.).
- KEEN, Maurice, *La caballería*, ed. original inglesa, 1984; vers. cast. E. e I. de Riquer, pról. M. de Riquer, Barcelona, Ariel, 1986.
- LACARRA, María Eugenia, *El «Poema de Mio Cid». Realidad histórica e ideología*, Madrid, José Porrúa, 1980.
- LACARRA, María Jesús y CACHO, Juan Manuel, *Lo imaginario en la conquista de América*, Zaragoza, Diputación General de Aragón/Eds. Oroel (Aragón y América, 13), 1990.
- LE GOFF, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, trad. A. L. Bixio, Barcelona, Gedisa (Serie Mediaciones, 12), 1985.
- Libro de Alexandre*, ed. J. Cañas, Madrid, Editora Nacional (Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos, 35), 1978.
- El libro de las batallas*, ed. Á. Galmés de Fuentes, Madrid, Gredos (C.L.E.A.M., 2), 1975, 2 v.
- LOMAX, Derek, «The date of the *Poema de Mio Cid*», en Deyermond (1977, 73-81).
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, *Panorama crítico sobre el Poema del Cid*, Madrid, Castalia (Literatura y Sociedad, 30), 1982.
- LOTMAN, Jurij M. y ESCUELA DE TARTU, *Semiótica de la Cultura*, ed. J. Lozano, trad. N. Méndez, Madrid, Cátedra, 1979.
- LULIO, Raimundo, *Libro de la Orden de Caballería*, ed. J. R. de Luanco, en L. A. de Cuenca, *Floresta Española de Varia Caballería*, pról. C. García Gual, Madrid, Editora Nacional, 1975, pp. 149-205.
- MANRIQUE, Jorge, *Poesías completas*, ed. V. Beltrán, Barcelona, Planeta (Clásicos Universales Planeta, 154), 1988.
- MARCOS MARÍN, Francisco, ed. *Cantar de Mio Cid*, Madrid, Alhambra (Clásicos modernizados, 4), 1985.
- MARTÍNEZ, Francisco José, «Metodología para la localización de un yacimiento medieval a través de los de El Torrecid y Alcocer», en *Actas de las IV Jornadas sobre Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas*, Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 309-320.
- , «El yacimiento medieval de El Torrecid. Síntesis de la primera campaña de excavación», en *Actas del estado actual de la Arqueología en Aragón*, en prensa desde diciembre de 1987.

- MARTÍNEZ DEL VILLAR, Miguel, *Tratado del Patronado, Antigüedades, Gobierno y Varones Ilustres de la Ciudad, y Comunidad de Calatayud*, Zaragoza, Lorenzo de Robles, 1598; reimp. facs. Zaragoza, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución «Fernando el Católico», 1980.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, «El *Poema del Cid* y las Crónicas Generales de España», *Revue Hispanique*, 16 (1898), 435-469.
- , «*Roncesvalles*: un nuevo cantar de gesta español del siglo XII», *Revista de Filología Española*, IV (1917), 105-204.
- , ed. *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario*, Madrid, Bailly-Baillere e hijos, 1908-1911, 3 v.; reimp. con ads., Madrid, Espasa-Calpe (Obras Completas de R. Menéndez Pidal, III-V), 1944-1946, 3 v.
- , *En torno al «Poema del Cid»*, Barcelona, EDHASA (El Puente Literario, 5), 1963.
- , *La España del Cid*, 1.<sup>a</sup> ed. 1929; 7.<sup>a</sup> ed. rev., Madrid, Espasa-Calpe (Obras Completas de R. Menéndez Pidal, VI-VII), 1969, 2 v.
- MICHAEL, Ian, «Geographical Problems in the *Poema de Mio Cid*: I. The exile route», en *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, London, Tamesis Books, 1976, pp. 117-128.
- , ed. *Poema de Mio Cid*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Castalia, 1978.
- Mocedades de Rodrigo*, ed. A. D. Deyermond, *Epic Poetry and the Clergy. Studies on the «Mocedades de Rodrigo»*, London, Tamesis Books, 1968, pp. 221-277.
- MONTANER, Alberto, «La toma de Alcocer. Nuevas reflexiones sobre un episodio del *Mio Cid»*, *Boletín de la Asociación Cultural «Miguel Martínez del Villar»*, 3 (octubre 1984), 43-47.
- , «El Cid: mito y símbolo», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXVII (1987), 121-340.
- MONTGOMERY, Thomas, «The Rhetoric of Solidarity in the *Poema del Cid»*, *Modern Language Notes*, 102 (1987), 191-205.
- MURRAY, Alexander, *Razón y sociedad en la Edad Media*, ed. original inglesa, 1978; vers. cast. de J. Fernandez Bernaldo de Quirós, rev. y actualizada por el autor, Madrid, Taurus (Ensayistas, 215), 1982.
- NELSON, Dana A., «“Nunca devriés nacer”: clave de la creatividad de Berceo», *Boletín de la Real Academia Española*, LVI (1976), 23-82.
- OELSCHLÄGER, Victor R. B., ed. *Poema del Cid*, New Orleans, Department of Spanish, Newcomb College, Tulane University, 1942.
- OLIVER ASÍN, Jaime, «Origen árabe de *rebato*, *arrobda* y sus homónimos», *Boletín de la Real Academia Española*, XV (1928), 374-395 y 496-542.
- OLRIK, Axel, «Epische Gesetze der Volksdichtung», *Zeitschrift für Deutsches Altertum*, 51 (1909), 1-12; trad. inglesa anotada, «Epic Laws of Folk Narrative», en Alan Dundes ed., *The Study of Folklore*, Englewood Cliffs (N. J.), Prentice-Hall, 1965, pp. 129-141.
- PALUMBO, Pietro, «Sull'interpretazione di alcuni luoghi delle *Coplas* di Jorge Manrique», *Medioevo romanzo*, IX (1984), 403-420.
- Partidas*: Alfonso X, *Las Siete Partidas*, nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López, Salamanca, por Andrea de Portonaris, 1555, 7 v.; ed. facsímil, Madrid, *Boletín Oficial del Estado*, 1974, 3 v.
- PATTISON, D. G., *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonine Historiography*, Oxford, The Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature (Medium Aevum Monographs, New Series, XIII), 1983.
- , «The Cid and Alcocer», *Bulletin of Hispanic Studies*, LX (1983), 49-51 (=1983b).

- PELLEN, René, «Poema de Mio Cid. Vocabulaire réduit (vocables avec leur fréquence globale et leur fréquence par chant)», *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 2 (mars 1977), 171-251.
- POWELL, Brian, *Epic and the Chronicle: The «Poema de Mio Cid» and the «Crónica de Veinte Reyes»*, London, Modern Humanities Research Association (MHRA Texts and Dissertations, 18), 1983.
- Primera Crónica General*, ed. R. Menéndez Pidal, 2.<sup>a</sup> ed. rev., Madrid, Gredos, 1955, 2 v.; 3.<sup>a</sup> ed. (= reimp.) con un estudio actualizador de D. Catalán, 1976, 3 v. (aparecidos dos).
- RAMSDEN, H. «The taking of Alcocer (*Cantar de Mio Cid*, vv. 574-610)», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVI (1959), 129-134.
- REYES, Alfonso, ed. *Poema del Cid. Texto y traducción*, Madrid / Barcelona, Colección Universal, 1919; reed. *Cantar del Cid*, pról. M. de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe (Selecciones Austral, 12), 1976.
- RIQUER, Martín de, *Literaturas medievales de transmisión oral*, Barcelona, Planeta (Historia de la Literatura Universal 2), 1984.
- RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, Julio, *De la Edad Media a la Edad Conflictiva*, Madrid, Gredos (B.R.H., II, 175), 1972.
- RUSSELL, Peter E., «Where was Alcocer? (*Cantar de Mio Cid*, II. 553-861)», en *Homenaje a J. A. van Praag*, Amsterdam, L. J. Veen's Uitgeversmaatschappij N. V. / Librería Española «Plus Ultra», 1956, pp. 101-107.
- , *Temas de «La Celestina» y otros estudios del «Cid» al «Quijote»*, trad. A. Pérez, Barcelona, Ariel (Letias e Ideas, Maior, 14), 1978.
- SMITH, Colin, *Estudios cidianos*, Madrid, Cupsa (Ensayos Planeta, 56), 1977.
- , *La creación del «Poema de Mio Cid»*, ed. original inglesa, 1983; trad. esp., Barcelona, Crítica (Filología, 16), 1985.
- , «The first prose redaction of the *Poema de Mio Cid*», *Modern Language Review*, 82 (1987), 869-886.
- SPITZER, Leo, «Sobre el carácter histórico del *Cantar de Mio Cid*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), 105-117; reed. en *Estilo y estructura en la literatura española*, pról. F. Lázaro Carreter, Barcelona, Crítica (Filología, 7), 1980, pp. 61-80.
- La traducción gallega de la «Crónica General» y de la «Crónica de Castilla»*, ed. R. Lorenzo, Orense, Instituto de Estudios Orensanos «Padre Feijóo», 1975, 2 v.
- UBIETO, Antonio, *El «Cantar de Mio Cid» y algunos problemas históricos*, Valencia, Anubar, 1973.
- WALTMAN, Franklin M., *Concordance to «Poema de Mio Cid»*, University Park / London, The Pennsylvania State University Press, 1972.
- WITTLIN, Curt J., ed., Pero López de Ayala, *Las décadas de Tito Livio. Tomo I*, Barcelona, Puvill (Biblioteca Universitaria Puvill, III, 6) (s. a.).
- ZWETTLER, Michael, *The Oral Tradition of Classical Arabic Poetry. Its Character and Implications*, Columbus, The Ohio State University Press, 1978.

# EL POEMA DEL CID CONSIDERADO DESDE LA PERSPECTIVA LITERARIA DE LAS PARTIDAS DE ALFONSO EL SABIO

POR

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid

## 1. PLANTEAMIENTO: EL «POEMA» Y LAS «PARTIDAS»

Lo que les diré en esta ponencia no forma aún cuerpo concreto y es un avance sobre estudios que estoy realizando. Mi exposición parte de dos experiencias: he leído muchas veces el *Poema del Cid* para redactar y pulir mi edición modernizada del texto, que va por la novena en 1981<sup>1</sup>. Hace unos pocos años, en 1982, ofrecí a los estudiosos una guía bibliográfica comentada sobre el estado de los estudios del *Poema*<sup>2</sup>. Tengo, pues, por esta parte, una base suficiente para mi empresa.

La otra parte consiste en que he terminado una antología de las *Siete Partidas* y para eso he tenido que leerme manuscritos y ediciones del código alfonsí y comentar muchas de sus leyes; el material fue tan abundante que dentro de poco, además de la antología de las *Partidas*, publicaré dos estudios, uno sobre una posible interpretación utópica de las *Partidas*<sup>3</sup> y otro sobre la peculiar condición y contenidos literarios de esta obra aun siendo un texto jurídico<sup>4</sup>. A este asunto voy a referirme aquí de una manera parcial.

De estos dos polos de atracción comenzaron, al menos en mi visión, a saltar chispas y a iluminarse unas consideraciones que quiero que, por ahora, se consideren como el avance de un ensayo de interpretación del *Poema* desde una pers-

---

<sup>1</sup> *Poema del Cid*, Madrid, Ed. castalia, 1981, Colección «Otres Nuevos», versión métrica y prólogo de Francisco López Estrada, 9.<sup>a</sup> ed. renovada.

<sup>2</sup> FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *Panorama crítico sobre el «Poema del Cid»*, Madrid, Ed. Castalia, 1982, colección «Literatura y Sociedad».

<sup>3</sup> Ha aparecido con el título de «El sentido utópico de las *Partidas*» en *Las Utopías en el mundo hispánico*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, 1990, pp. 205-214.

<sup>4</sup> En un número próximo de *Imprevue* dedicado a la Edad Media.

pectiva renovadora. En primer lugar puedo ya precisar que mi ponencia versa sobre una interpretación de la poética del cantar del Cid partiendo de las manifestaciones que hay dentro de las *Partidas*. Los aspectos jurídicos serán complementarios y me sirven para corroborar las cuestiones poéticas de la obra. Los datos en juego son escasos si se comparan con los que ha obtenido, en un trabajo paralelo a este mío, el profesor Fernando Gómez Redondo, que ha publicado recientemente un artículo sobre las formas poéticas contenidas en la obra histórica del Rey Sabio<sup>5</sup>; las *Partidas*, obra jurídica, dan para menos y en este caso voy a limitarme al estudio de los testimonios sobre la épica dejando otros de lado.

En efecto, en las *Partidas* hay algunas especificaciones que plantean cuestiones de interés para la épica medieval vernácula (en este caso la castellana) y que aplico a una consideración crítica sobre nuestro *Poema del Cid*.

Desde un punto de vista metodológico mi opinión es que en el estudio de la literatura primitiva toda cautela es poca; si en general se conviene en que todo avance en el conocimiento, tanto de los hechos históricos como de los del presente que nos rodea, es conjetural, lo que digo vale sólo para que se interprete como un acercamiento a una realidad oscura que los investigadores tratamos de aclarar, cada cual a nuestra manera. Por eso me atreveré a usar una técnica que no es común: las relaciones que estableceré han de ir desde las *Partidas* hacia el *Poema*, o sea, en la dirección contraria en que es común plantear las cuestiones históricas. Las *Partidas*, según las opiniones más comunes, fueron escritas inicialmente en vida de Alfonso X, entre 1256 y 1265 y su texto fue pronto reelaborado (al menos en parte) de manera que llegaron a obtener su entidad como tratado jurídico, en la forma doctrinal en que se han difundido, en 1290. Esto significa que nos situamos en la segunda mitad del siglo XIII, en la que el código adopta en los escritorios reales la constitución que nos ha llegado.

En la otra parte tenemos el grave problema de la fecha del *Poema del Cid*. Desde la realidad absoluta de un manuscrito del siglo XIV, disponemos del dato de que un Per Abbat lo había escrito en el año 1245 de la Era (1207 de nuestro cómputo) copiando el texto de otro manuscrito desconocido para nosotros. En 1099 murió el Cid y, por tanto, disponemos de poco más de un siglo para que la obra haya sido compuesta (no planteamos cómo ni cuándo), difundida por la vía oral y también por la escrita en una sucesión de manuscritos que nos conducen a lo menos hasta 1207. Poco tiempo, pues, para la elaboración épica de un poema de esta envergadura. Y el baile de fechas de los críticos es grande: desde Pidal, cabeza de los historicistas, acercándola a 1140; la propuesta de las versiones sucesivas de Horrent, que sitúa después de 1160 la versión conservada; Russell después de 1178, hasta Michael, fines del XII o comienzos del XIII, etc. No entramos en el baile porque, para nuestro objeto, sí podemos asegurar que los legisladores que redactaron las *Partidas* pudieron tener ocasión de conocer el *Poema* —éste u otro de la serie— entre las diferentes obras literarias en lengua vernácula que alcanzaran entonces a oír o leer. No hay ocasión para que el *Poema* se mencione en las *Partidas*, pues es obra que tiene un fin jurídico

---

<sup>5</sup> Fernando GÓMEZ REDONDO, «Terminología genérica en la *Estoria de España* alfonsí», *Revista de Literatura Medieval*, I (1989), pp. 53-75.

fundamental; sin embargo, la peculiar redacción que presentan en la forma transmitida hacen de ellas una obra con una participación en la literatura cuya estimación hay que crecer, y ésta es mi posición en el asunto. Por eso me parece que es conveniente matizar la clasificación genérica de las *Partidas*; este libro es un código jurídico pero concebido con un criterio abierto, de tal manera que contiene una sucesión de leyes pero no de la manera común en los fueros locales y que en esto va más allá del mismo *Fuero Juzgo* y del *Fuero Real*; en efecto, mi intención es notar que en muchos lugares las *Partidas* adoptan la forma del tratado (o exposición sapiencial) con esta cita de autoridades y están escritas en una redacción cuidada, en la que el arte de la retórica ha intervenido en abundancia, como lo prueba, por citar un ejemplo, la abundancia de las comparaciones o semejanzas. Por otra parte, el legislador escribe un texto con un contenido propio del Derecho, notablemente razonado en la exposición, con una conciencia de la expresión escrita que se cuida de formular con precisión y cuyos problemas plantea en el mismo curso de la exposición legal. Lo mismo que en las otras obras alfonsíes, lo que el rey pretende es que el que lee la obra (o el que la oye porque se la leen) tenga bastante con el texto escrito para entender de una manera clara y precisa el contenido; no es necesario un maestro en leyes que la comente, pues la glosa se halla embebida en el mismo curso del texto legal. Es un tratamiento diferente de lo que ocurre con los textos destinados a la Universidad de la época, que son el fundamento de la lección del maestro. Más adelante, cuando las *Partidas* aseguren su categoría de código básico de la ley castellana y después española, recibirán la glosa de los juristas que comentaron el texto antiguo, objeto de nuestra consideración. Precisamente en esa parte del contenido que bordea la materia estrictamente jurídica de la obra encontraremos los datos que queremos relacionar con el *Poema del Cid*.

## 2. LA LEY II, 21,20 DE LAS «PARTIDAS»: EL ENTRETENIMIENTO DEL CABALLERO

Lo que quiero destacar es que las *Partidas* se abren también hacia el hecho de la literatura como realidad social con la que cuenta el legislador. Por tanto el que hoy lea las *Partidas*, no como un estricto libro de leyes sino como un tratado jurídico abierto a otras muchas consideraciones, puede presentir, intuir y adivinar lo que haya podido ser la realidad poética de la época primitiva de nuestra literatura vernácula, tan escasa para nosotros tanto en obras como en documentos informativos. Ése será mi fin: hasta qué punto podremos concertar lo que dicen las leyes de las *Partidas* con el único monumento casi completo que conservamos de la épica española. Cierto que esto ya se ha aprovechado en parte, pero mi intención es ir lo más lejos posible en este rastreo de una posible resonancia del *Poema* por entre el gran rimero de leyes que reunieron en forma ordenada los legisladores del rey.

Hay que proceder con tiento buscando las ocasiones más convenientes: así encontramos un primer testimonio en la ley II, 21,20. Es sabido que esta *Partida* segunda es como un espejo de príncipes; traza la figura ideal del rey y, a su alrededor, la de los que le ayudan en la labor del gobierno, y en un círculo más amplio se refiere también a los caballeros en los que fundamenta su poder político. Pues sobre los caballeros dice lo siguiente:

Ley XX. Cómo ante los cavalleros deven leer los grandes fechos de armas quando comieren.

Apuestamente tovieron por bien los antiguos que faziesen los cavalleros estas cosas que dichas avemos en la ley ante desta. E por ende ordenaron que assí como en tienpo de guerra aprendiesen fecho d'armas por vista e por prueva, que otrosí en tienpo de paz lo aprisiesen por oída e por entendimiento. E por esto acostunbravan los cavalleros quando comien, que les leyesen a) las *estorias de los grandes fechos d'armas* que los otros fazieran, e los sesos e los esfuerços que ovieren para saberlos vençer, e acabar lo que querien. E allí do non avie tales escripturas, fazienselos b) *retraer a los cavalleros buenos ançianos* que se en ello açertavan. E sin todo esto, aun fazien más, que los juglares, que non dixiesen ant'ellos otros c) *cantares sinon de gesta* o que fablasen de fecho d'armas. Esso mesmo fazien: que quando non podien dormir, cada uno en su posada se fazie leer e retraer estas cosas sobredichas. E esto era porque oyéndolas les creçien los coraçones, e esforçavanse faziendo bien e queriendo llegar a lo que los otros fazieran o pasaran por ellos<sup>6</sup>.

El testimonio que aporta esta cita es de un gran interés para la historia literaria, pues nos informa sobre la recepción de esta poesía y señala la condición del público con una validez que puede ampliarse hacia un ámbito europeo. Y éste es un aspecto que la crítica actual plantea con insistencia. En el más reciente de los artículos de Erich von Richthofen, repasando los muchos problemas que tiene planteada la época medieval europea, escribe: «Je dirai seulement que parmi les questions à poser de nouveau, la plus importante me paraît être celle qui se réfère à l'influence que l'audience a pu exercer indirectement sur l'auteur...»<sup>7</sup>.

La recepción de la obra es un aspecto que hoy nos importa mucho; representa un motivo de la sociología literaria puesta de relieve por la crítica actual. Pero ¡qué difícil resulta conocer algo de esta época primitiva, sobre todo si queremos hacerlo sin prejuicios! Y en este caso Richthofen plantea uno de los motivos que cabe aplicar a la «historia» del texto épico; actuaría en los poemas una constante re-creación, en la que esta influencia del público sobre el «autor» podría pulir, retocar y rehacer la materia textual, favoreciendo unas partes, modificando otras, rechazando e incorporando otras nuevas si así convenía, y esto en grados diversos según se tratase de la interpretación volandera del juglar (diferente en una audición en un lugar público, ante oyentes del pueblo humilde, a lo que sería en un recital ante caballeros) o de la labor manuscrita del escribano.

El texto de las *Partidas* es precioso por cuanto menciona específicamente a estos caballeros que en leyes anteriores se ha dicho que rodean al rey y son su

---

<sup>6</sup> Dado el grave problema que plantea la cita de las *Partidas*, me valgo del texto correspondiente al manuscrito 12.794, del siglo XIV, de la Biblioteca Nacional de Madrid; véase Jerry R. CRADDOCK, *The Legislative Works of Alfonso X el Sabio*, Londres, Grant and Cutler, 1986, Ah54.

<sup>7</sup> Erich VON RICHTHOFEN, «Anciens problèmes épiques et leur solutions partielles (Quelques indications)», *Olifant*, 14 (1989), p. 57.



apoyo político. Es cierto que la *Primera Partida*, la inicial, está dedicada a cuestiones religiosas; pero la *Segunda* ya monta un aparato político propio en el que el gobierno se instituye con medios civiles; y uno, muy importante, es la formación cortés de los caballeros, en la que la literatura interviene activamente. La ley que estamos comentando lo prueba. En ella se establece una teoría de la conducta bélica; el caballero aprende su oficio con la práctica de la guerra, sobre el campo de batalla, con el ejercicio de las armas. Pero también se preconiza otra manera de aprender: la teórica, por oída (o sea, al caballero le leen en voz alta los libros) y por *entendimiento* (o sea, a través de una actividad intelectual). Y con esto el caballero confirma lo que en tiempo de guerra es *vista y prueba*, actividad personal en la que se asegura su función social en el reparto de las funciones propias de las clases sociales de la Edad Media.

Alfonso X pretende, en otras leyes anteriores a la *Partida segunda*, unir saber y poderío en el rey y el modelo se repite en los caballeros. Si Alejandro llegó a ser el héroe medieval por excelencia fue porque aprendió clerecía con Aristóteles y eso le abrió luego la vía del esfuerzo y la victoria bélicas. Alfonso establece una vía literaria para que sus caballeros se preparen para la guerra, y de esto hace ley, es decir derecho, pero de una peculiar condición. Se trata de promulgar una pedagogía del esfuerzo bélico y para esto estatuye con precisión los medios convenientes, que son los *exemplos* o ejemplos que serán un relato convincente del que resulte la lección. Y estos medios son los que examinaremos a continuación.

### 3. LAS «HISTORIAS» COMO ENTRETENIMIENTO

En primer lugar hemos leído que las *historias* es una de las manifestaciones «literarias» que oyen los caballeros mientras comen en sus casas o en la Corte de los señores o del rey. Esto confirma uno de los motivos por los que Alfonso X hizo que se escribiesen en su escritorio real las historias de España y la general. He aquí un uso específico de los tales libros establecido en lo que el rey quiere que se convierta en hábito social de sus caballeros. Es bien sabido que escribir historia, antes función de eclesiásticos, como Lucas de Tuy (1249) (*Chronicon mundi*) y Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247) (*Historia gothica* y la *Historia arabum*), pasa con Alfonso a ser de la competencia del escritorio real; todo esto está acorde y en consonancia con lo que las leyes estatuyen en el caso indicado para que la historia tenga un fin en la función política y social que le asigna el legislador: el mismo rey provee a la Corte de las historias que conviene leer a los que la forman y convierte esto en ley.

### 4. EL «RETRAER»

En segundo lugar figura un orden de información que está entre la noticia personal y el relato organizado: el *retraer* de los viejos caballeros. Qué sea este *retraer* apenas se conoce y no se ha estudiado. Por fortuna las propias *Partidas* traen una ley dedicada a esto (II, 9,30):

Ley XXX. Quántas cosas deven ser tratadas en el retraer.

Retraer en los fechos o en las cosas cómo fueron o son o pueden ser es grant bien estancia a los que en ello saben avenir. E para esto seer fecho como conviene, deven y seer catadas tres cosas: tiempo e lugar e manera. Tienpo deve catar que convenga a la cosa sobre que quieran retraer mostrando por buena palabra o por buen enxemplo o por buena fazaña otra que semeje con aquella para alabar la buena o para desatar la mala. E otrosí deven catar lugar de guisa que lo que retrayere, que lo digan a tales omnes, que se aprovechen dello, así como si quisieren castigar a onme escaso diziéndole enxemplos de omnes grandes, e el cobarde, de los esforçados. Y manera deven catar para retraer de guisa que digan por palabras conplidas e apuestas lo que dixieren e que semeje que saben bien aquello que dizen. Otrosí, que aquellos a quien lo dixieren, ayán sabor de lo oír e de lo aprender. [...]⁸.

Lo que aquí se dice apenas ha contado en la identificación de lo que sería la realidad poética de la épica medieval y que ha de tenerse en cuenta para el *Poema del Cid*, manuscrito por Pedro Abad, que es por azar el mayor exponente castellano de la épica. Por de pronto la misma palabra es un problema lingüístico que no puedo exponer aquí. *Retraer* se encuentra en textos clericales con la acepción de «contar, referir», tal como se desprende del texto legal, y al mismo tiempo se acusa la otra significación de «vituperar, echar en cara», que es el sentido que aparece en el léxico del *Poema* de Menéndez Pidal⁹. Sin embargo, el término en cuestión aparece sólo al fin del *Poema*, en los versos 2.548, 2.556, 2.733, 3.283 y 3.359. En esta mención se da la primacía a la significación mencionada, que es posible; pero arguyo que, en todos los casos, ocurre que se cuenta algo (para bien o para mal): así «lo que cunvió del león» (2.548 y 2.556); «retraer vos lo han en vistas o en cortes» (2.733) dice doña Sol a los infantes cuando las azotan y en otra se habla de «retraer la barba» del Cid (3.283), o sea, contar algo de ella; Diego González dice que lo sucedido con las hijas del Cid les será retraído (3.359), o sea, que se contará en público. Por tanto, lo que dicen las *Partidas* conviene con el arco de significaciones del *Poema*, pues el *retraer* supone primariamente una comunicación que se hace a un grupo, a un público. Y para lograr el mejor efecto el *retraer* tiene que hacerse con una cierta disciplina oral para la que se requiere alguna experiencia, que puede participar del arte literario aplicado a lo que convenga: aquí, en este caso, los viejos caballeros pueden contar su experiencia en la guerra, si bien en otros casos puede usarse el *retraer* con otro fin, personal o social. El sentido de la palabra como «vituperar o echar en cara algo» es subsidiario frente al básico, que es el de narrar en forma adecuada. Por tanto, según las *Partidas* en ocasión propicia (tiempo y lugar) el *retraer* debe hacerse con palabras *cumplidas* y *apuestas* y de tal manera que semeje que saben bien lo que dicen, y además requiere unos

⁸ Copio sólo del manuscrito indicado en la nota 6 una parte de la ley, lo que se refiere al *retraer*, pues en la misma ley sigue luego lo que toca a los «juegos» de palabra que no nos afecta para la poesía épica.

⁹ Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1945, tercera parte, Vocabulario, II, p. 826, s. v. «retraer».

oyentes que lo acojan con gusto. Tenemos, reuniendo esta suma de condiciones, unas exigencias que coinciden con las que la crítica actual considera como propias del hecho literario.

He aquí el término con el que hay que contar: el *retraer*, que, como se dijo en la ley II, 21,20, pueden realizar los *caballeros buenos ancianos*. Por de pronto de inmediato no hay ninguna relación directa o inmediata posible, pues hay por medio un espacio cronológico insalvable; ni don Rodrigo ni ninguno de sus caballeros vivían cuando se escriben las *Partidas*. Sin embargo, y ya en el dominio de la hipótesis, se puede proponer que en tiempos de Alfonso VI y los reyes que le siguieron pudo haber una práctica semejante que hubiese permitido la información sobre los hechos por parte de los mismos testigos. No se trataría entonces de juglares sino de caballeros. Pero esto es cuestión que dejamos de lado pues lo que importa aquí tratar es el texto y el «contexto» de las *Partidas*.

Y aún conviene hacer otro comentario, que es el que hacen algunos críticos en relación con datos que procedan de las *Partidas*: y es que hay una cuestión de fondo previa que plantear. Se trata de un código que pretende una legislación lo más perfecta posible y cuya vigencia sólo se establece, posteriormente y condicionada, en el Ordenamiento de Alcalá de 1348. Hubo en vida de Alfonso una oposición de intereses locales frente a una ley general y común como eran las *Partidas* promovidas por el rey; siguió después de su muerte su elaboración y su difusión limitada hasta esta mención de 1348. Alfonso se basó, como novedad frente a los anteriores códigos, en la ley romana de Justiniano y en otras fuentes librescas, aún no identificadas por faltarnos una edición crítica. Las objeciones frente a los datos extraídos de las *Partidas* obedecen a que se estima que las prescripciones de su contenido son más teóricas (es decir, procedentes de los libros y hechas para lograr una perfección política) que prácticas (es decir, procedentes de la misma situación vivida en la costumbre).

Aplicando esta prevención a nuestro caso cabe pensar que este *retraer* fuera uno de los buenos deseos del legislador en relación con la organización social de la época, algo conveniente y deseable y, por tanto, que no era común. Sin embargo, aun contando con estas reservas creemos que en este caso hubo una realidad narrativa en la mención de los retraeres.

La palabra *retraer* está abundantemente representada en la épica castellana de grado clerical; al comienzo del *Libro de Alexandre*, en la declaración inicial de su poética, se dice lo siguiente:

*Qui oír lo quisiere* (el mester que ofrece al público), *a todo mio creer*  
*avrà de mí solaz en cabo grant plazer*  
*aprendrá buenas gestas que sepa retraer;*  
*aver-lo-an por ello muchos a conocer.*

(est. 3, ed. D. A. Nelson)

El que habla es el autor, que se presenta como tal escritor clerical que escribe luego «Quiero fer (o leer) un libro...» (est. 5a); precisa que su libro, resultado del mester, es una buena *gesta* que se ha de saber *retraer* para que su comunicación sea efectiva, tal como pretende el autor. En este caso el término se aplica a una gesta (no cantada sino leída) y épica (de la tradición antigua). En la *Primera Crónica General de España* los historiadores de Alfonso X, con-

tando hechos de César, escriben: «Mas desque se assentaron a auer sos solazes en uno, departieron de muchas cosas, fasta que unieron a retraer de los fechos de sus batallas et contar de los golpes que fizieran y cada unos et de los grandes aueres et dotras muchas cosas que ende leuaran» (cap. 97, ed. Menéndez Pidal, p. 72). Salvando el anacronismo temporal, lo que se dice en la *Crónica* es lo que se indica en la ley: el retraer es una memoria de un hecho memorable en la acción (caballería en el caso de la ley y contada por el anciano experimentado).

## 5. LOS JUGLARES COMO ENTRETENIMIENTO CORTÉS

La tercera fuente de entretenimiento que recoge la ley II, 21,20 es la más conocida y citada: son los juglares, a los que dedicó Menéndez Pidal un libro precioso por la suma de noticias que contiene: *Poesía juglaresca*<sup>10</sup>. En esta ley el legislador se cuida de limitar la condición de los juglares: sólo valen los de *gesta* o que cuenten *hechos de armas*, pues de los demás las leyes se muestran recelosas y contrarias. Y en este punto podemos indicar que el *Poema del Cid* cumple perfectamente estas condiciones y, por tanto, pudo ser uno de los leídos a los caballeros y en las cortes.

Menéndez Pidal reconoce que este testimonio alfonsí «nos compensa de la total carencia de noticias referentes a los juglares épicos»<sup>11</sup>, y esto lo hace notar en comparación con las abundantes citas que hay de los juglares de otra clase, líricos, de escarnio, etc. Antes de las *Partidas* no hay otros indicios sobre este punto y en cierto modo es el primer testimonio de un uso social de los poemas en la vida de la época.

Esta ley sobre el entretenimiento de los caballeros sabemos que quedó muy firme en la memoria histórica, probablemente porque recoge una práctica habitual en la sociedad de la caballería. Así ocurre que Juan Manuel, en el *Libro de los Estados*, toma el texto alfonsí y lo vierte a su modo, referido a los emperadores (y a su medida, reyes y nobles y caballeros de su compañía):

Et desque oviere(n) comido et bebido lo quel cumpliere con tenprança et con mesura a la mesa, deve oír, si quisiere, juglares quel canten et tangan estormentes ante él, dixiendo buenos cantares et buenas razones de cavallería o de buenos fechos que mueban los talantes de los que los oyeren para fazer bien<sup>12</sup>.

Y en el siglo XV tenemos otro autor, esta vez Diego Rodríguez de Almela, rebuscador de crónicas, que escribió un *Compendio historial* derivado de la *Crónica de 1344*; fue capellán de Isabel la Católica y en el prólogo de su obra vuelve a recoger este conjunto de indicaciones y lo reúne en estos párrafos:

---

<sup>10</sup> Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, 6.ª ed.

<sup>11</sup> Idem, p. 292.

<sup>12</sup> JUAN MANUEL, *Libro de los Estados*, Oxford, Clarendon Press, 1974, ed. de R. B. Tate e I. R. Macpherson, cap. 59, p. 105.

Aquellos reyes e príncipes antiguos, considerando el muy gran resplandor de los fechos e actos de guerra, mandavan que les leyesen las corónicas de los fechos famosos de cavallería que sus antepasados fizieron; y por estar más desocupados quando comían e cenavan y quando se acostar querían, mandavan otrosí que los menestrilles e juglares viniesen con sus laúdes e vihuelas y otros ynstrumentos para que con ellos les tañesen e cantasen los romances que heran ynventados de los fechos famosos de cavallería; todo esto mandaban para atraer e reduzirles a memoria aquellos buenos fechos e de los contrarios apartarse<sup>13</sup>.

Si estas lecturas de las historias, retraeres y recitales de los juglares no hubieren ocurrido así resultaría extraño que Juan Manuel (1282-1349), cerca de un siglo después de las *Partidas*, reiterase lo mismo en su *Libro de los Estados* en tiempo presente y con el imperativo implícito en el verbo *deber*. Sólo dos siglos más tarde, en tiempos de los Reyes Católicos, Almela habla ya en pasado y lo que se oye en la letra de la música son *romances* de hechos famosos de caballeros, en donde la palabra *romance* toma un sentido ambiguo entre romance literario y narración épica, de caballeros reales o ficticios.

## 6. LA EQUIVALENCIA DE ESTOS TÉRMINOS

El legislador alfonsí señala el propósito de estas tres manifestaciones (*historia, retraer* y *cantar de gesta*) que sirven para lo mismo: formular una teoría de la acción caballeresca que supliera la práctica de la guerra. Y es muy importante que así las *Partidas* nos identifiquen al auditorio de las narraciones épicas y, aunque parcialmente, sabemos quiénes constituían, en estos casos, el público que oía los cantares de gesta y con qué propósito esto se hacía: son los caballeros que rodean y sirven al rey, con el que están ligados por los lazos jurídicos que señalan las otras leyes del código. Y al mismo tiempo se deduce de esta ley que las tres formas de contar indicadas (*historia, retraer* y *cantar de gesta*) sirven para la misma función social y adquieren por ello, en esta perspectiva, una cierta equivalencia. Con ello se favorece la interpretación *verista* de nuestra épica, su historicismo o apego a la noticia de datos concretos e historicificables (si vale el término), como lo prueba el que estemos aquí, en los mismos lugares que cita el *Poema*, estudiando la posible realidad arqueológica de la poesía. Independientemente del problema del origen de la épica cabe también esta otra perspectiva, desde los datos que ofrecen en el siglo XIII nuestro código, para tratar de lo que fueron poemas como el del Cid. Richthofen, desde su posición de estudioso de la épica europea, escribe esto:

Mais comme il n'y a pas de fiction totale, il n'existe pas (à l'autre extrême) d'historiographie vraiment objective [...] Toute histoire — exception faite de la pure statistique — est arrangée, et cet arrangement (une interprétation des faits qu'il a en commun avec la littérature) est réa-

---

<sup>13</sup> Diego RODRÍGUEZ DE ALMELA, Compendio historial, prólogo del ms. de la Bibliothèque Nationale de Paris, segunda redacción hacia 1505, precedida de otra que ya estaría escrita en 1479.

lisé par ceux qui ont été chargés de cette tâche: des politiciens, des chefs militaires, des rapporteurs, des chroniqueurs...<sup>14</sup>.

En este caso concreto el testimonio aducido viene de Alfonso X, cuyo legislador propone la equivalencia de estas tres «comunicaciones» para el fin que se ha propuesto: de esta *historia* (narración procedente de los libros), del *retraer* (testimonio aquí de una experiencia vivida) y del *cantar de gesta* (interpretado por los juglares), y esta ley produce el efecto de igualar estas diversas manifestaciones, coincidentes en su fin. Aplicándolo a nuestro *Poema* para la historia (dejando de lado los originales latinos del *Carmen Campidoctoris* y la *Historia Roderici* por estar en latín y que no entenderían nuestros caballeros), encontramos justificado el paso de episodios de los cantares del Cid hacia las *Crónicas* castellanas de Alfonso. No se trata sólo de que otros historiadores hayan hecho lo mismo antes (y esto vale como un precedente cercano y no una tradición) sino de que el procedimiento venga justificado por la ley del reino. Los episodios incorporados a la crónica pudieron proceder de poemas de la serie cidiana, más cercano al conservado el de los *Veinte Reyes* y oscilante entre una refundición más ficticia la *General*, pero dentro de la misma intención; es cuestión compleja, como plantea G. Orduña<sup>15</sup>.

La declaración de la ley descubre que la historia no sólo se escribe para «aver remembrança» de los hechos, como dice el prólogo de la *General Estoria*<sup>16</sup>, sino con este otro fin político de mantener en la Corte o en la casa de los caballeros el aliento bélico de los caballeros que sirven al rey.

Convertida la historia en arma de educación política, dentro del arco que señaló Richthofen, que se matiza gradualmente desde la información de intención objetiva, pero dirigida, de la historia, hasta el poema ficticio, pero de contenido verosímil, lo que dice el legislador sobre los hechos «que fueron o son o pueden ser» se relaciona con la vieja teoría aristotélica de las diferencias entre la historia y la poesía:

...el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto, y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia, lo particular. Es general a qué tipo de hombres les ocurre decir o hacer tales o cuales cosas verosímil o necesariamente, que es a lo que tiende la poesía, aunque luego ponga nombres a los personajes; y particular, qué hizo o qué le sucedió a Alcibíades<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> E. VON RICHTHOFEN, *art. cit.*, p. 36.

<sup>15</sup> Germán ORDUNA, «El texto del *Poema de Mio Cid* ante el proceso de la tradicionalidad oral y escrita», *Letras* (Buenos Aires), 14, (1985), pp. 57-66.

<sup>16</sup> *Las Poéticas castellanas de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1985, p. 30, notas, y en la ed. Menéndez Pidal, p. 3.

<sup>17</sup> ARISTÓTELES, *Poética*, Madrid, Gredos, 1974, ed. y trad. de Valentín García Yebra, pp. 157-158.

En nuestro caso sería qué hizo o le sucedió a don Rodrigo, o el paso de persona a personaje para seguir valiendo como ejemplo conveniente para los fines políticos que implica, en nuestro caso, la ley alfonsí. Y ésta es la re-creación a que nos referíamos antes. El *Poema* que conocemos, para nosotros un texto único, hubo de estar precedido de otros textos; lo prueban las versiones prosísticas que reflejan otras lecciones y el que el manuscrito conservado sea copia de otro<sup>18</sup>. De entre las muchas interpretaciones que esta realidad textual ofrece en la ley alfonsí tenemos un motivo para explicar una vía posible para esta recreación: la tan mencionada de servir como ejemplo para los caballeros.

## 7. LOS LÍMITES DE LA SOBREMESA

Por otra parte la ley alfonsí nos informa sobre un determinado sistema de comunicación del *Poema* a un público específico que nos obliga a pensar que, dentro del mismo, no es posible la audición completa de la obra en conjunto, ni siquiera en la partición en los tres cantares. Una comida y su sobremesa es poco tiempo para esto y hay que pensar en una división de su curso adecuado a este uso. El *Poema* podría así partirse en episodios, teniendo en cuenta que el argumento de este poema (o de cualquier otro) sería en conjunto ya conocido de todos: en tiempos de Alfonso X los hechos del Cid no podrían considerarse como nuevas o novedades. Su sentido «original» pudo hallarse desviado en nuevos aprovechamientos políticos de la gesta del *Poema*. Esta partición podría hacerse de muchas maneras, según las circunstancias de la sobremesa y los gustos de los concurrentes. Pienso en si la condición de los retraeres pudo haber influido en esto, pues éstos serían exposición de episodios llamativos de la acción de un caballero; pasado esto al caso del *Poema del Cid*, podrían ser cortes determinados de lo que hoy es en nuestra consideración una secuencia poemática total y que ya estudiamos desde este punto de vista.

Todo esto son hipótesis de estudio, pero creo que conviene hacerlas aunque sea para luego rebatirlas. Buscando ejemplos de esta partición y eligiendo la parte del *Poema* que se refiere más directamente a esta región aragonesa de frontera (que don Ramón Menéndez Pidal — como nosotros ahora — recorrió como si de un itinerario cronístico se tratara), haré algunas propuestas a manera de ensayo de interpretación. Así del verso 456, el amanecer sobre Castejón, hasta el 475, valdría para una de estas piezas parciales cuyo asunto fuera la toma, posesión y venta de Castejón. El fragmento tiene unos versos exclamativos que sirven como introducción y un fin, que es el desprendimiento que hacen de sus ganancias los caballeros del Cid hacia su señor, aún en sus primeros pasos. Es una preciosa miniatura de una secuencia de hechos de guerra que puede desprenderse del *Poema* si alguien quisiera recordar «lo que sucedió en Castejón», un ejemplo de la guerra en la frontera de los moros. Otra entidad podría ser del verso 556 al 623, con la toma de Alcocer; uno de los hemis-

---

<sup>18</sup> Vuelta a plantear la cuestión por Samuel G. ARMISTEAD, «Cantares de gesta y crónicas alfonsíes: “Mas a grand ondra, tornaremos a Castiella”», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Frankfurt, Vervuert, 1989, I, pp. 177-186.

tiquios del *Poema* dice: «él fizo un art» (575a). El término empleado resulta clave: Un *art*, un arte militar, esto es, un capítulo de estrategia que conviene aprender para combatir con el moro, lo que se logra con *maña* (610)<sup>19</sup>.

Otro episodio, éste más largo, pudiera ser la batalla entre el Cid y los reyes, Tamín, Fariz y Galve, probablemente personajes fabulosos (623-807), que es precisamente uno de los mejores relatos de combate existentes en el *Poema*. Si en este caso la materia argumental parece inventada está realizado dentro de las líneas de una verosimilitud que conviene con el tono ejemplar de la obra. En otras partes pudieran proponerse otros espacios del *Poema* aislables con este fin que pensamos que se establecerían lo mismo que los de otros poemas para su acomodo a la sobremesa de los caballeros. Si en la parte del *Poema* hasta la toma de Valencia son más frecuentes los episodios bélicos, desde entonces aumenta el influjo de la cortesía, tanto en lo que éste se refiere a episodios en relación con el derecho (las cortes y los duelos), como en las partes de las bodas y escarnio de las hijas del Cid (en donde la invención crece y «noveliza» los sucesos narrados). Proponiendo estas divisiones sólo quiero dar algún sentido a este límite temporal de la sobremesa y no pretendo que se eliminen otras propuestas de difusión ante públicos diferentes, más amplias, ni tampoco lo que pudo ser su concepción total, percibida por el escribano que pasaba al manuscrito el conjunto del *Poema* y por los que lo leyeron por esta vía escrita con cualquier otro fin. Para estos recortes se iguala historia y cantar de gesta, y esto mismo ocurre en el prólogo de la *General estoria*, donde el autor se refiere a las «estorias e gestas en que contaron de los fechos [...] de los altos omnes e de las cauallerias e de los pueblos»<sup>20</sup> y allí ambos términos también están juntos. La consideración de sus efectos en el público, al menos en el cortés y en estas ocasiones, es la misma. La cuestión literaria consiste en saber cuándo comenzó el proceso de la elevación heroica de don Rodrigo y su conversión en el Cid y aún más en el *mio* Cid, personaje del *Poema* conservado, y esto pudo haber ocurrido en el verso de la canción de gesta y en la prosa de la historia, de una manera confluyente en estos casos; pensamos que los retraeres de los caballeros, de los que fueron testigos de los hechos y su sucesiva memoria establecida para la ejemplaridad cortés, pudieron ayudar para sostener la verosimilitud de gestas e historias en esta dirección.

Ya hemos dicho cuán escasa es la información histórica sobre la época primitiva y que la mención de las *Partidas* es la única indicación firme sobre lo que estudiamos. Pidal<sup>21</sup> buscaba sobre todo resonancias populares de la expansión de las gestas, pero sólo pudo añadir otro dato que pertenece al mester de los clérigos y que procede del *Libro de Apolonio*; la mención se encuentra en un libro de ficción, tomado de una traducción latina y escrito hacia 1260, cercano a las *Partidas*: es el caso de la noble Tarsiana convertida en juglaresa, que canta sus propias aventuras y no gestas heroicas. Otro testimonio de Pidal se

---

<sup>19</sup> No importa si hubo influjo de los *Strategemata* de Frontino, como propone Colin SMITH, «Literary Sources of the two Episodes in the *Poema de Mio Cid*», *Bulletin of Hispanic Studies*, 52 (1975) pp. 109-122; lo que se muestra es una lección, por otra parte muy común en la estrategia.

<sup>20</sup> *Las Poéticas castellanas...*, ed. cit., p. 30, nota; ed. Menéndez Pidal, p. 3.

<sup>21</sup> R. MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca...*, ed. cit., p. 293.



refiere a un poema francés, de fines del siglo XII o comienzos del XIII, en el que el juglar detiene la larga declaración del poema *Huon de Bordeaux* y la aplaza hasta el día siguiente. Esto pudo ser un tópico aplicable a cualquier recital y es un aspecto propio de la oralidad frente a la escritura. En nuestro caso no se trata de demostrar la oralidad del *Poema*, cuestión bien fácil, sino, en un sentido contrario, de plantear la posibilidad de que en él hayan intervenido los factores de la escritura dirigida por un criterio de ejemplaridad establecido. Con ello acercamos el *Poema* a un criterio de *diglossia*<sup>22</sup>, o sea, la coexistencia de sistemas orales y escritos en una misma realización poética. Y con esto formulamos una hipótesis de interpretación acerca de uno de los vacíos de la historia literaria y lo hacemos sobre documentos de época o cercanos. Por tanto, limitados al testimonio de las *Partidas*, podemos asegurar que el cantar de gesta fue propio del caballero y de su entorno social: la Corte, que el código alfonsí nos refleja con todo cuidado en la ley II, 9,27, uno de los más conocidos de las *Partidas* pero poco aprovechado con fines literarios.

## 8. FUNCIÓN CORTÉS DE LA LITERATURA

Nos importa notar, sobre todo, la función destacada que logra la *palabra* en la Corte que describe Alfonso X; la cortesía toma su signo característico de ella. La Corte tiene que ser escuela de bien hacer y bien decir y por eso la palabra (y más la apuesta, esto es, la literaria) entra en la legislación de las *Partidas*, que no es sólo un código que castiga el mal sino que inclina al bien, al derecho en un sentido tan amplio que incluye la noción de *castellano derecho* para la lengua que haya de usarse en los círculos cortesés. Y entre lo que allí se hace para «usar del bien» está la teoría de la acción caballeresca, la historia, el retraer o episodio contado por el protagonista o recordado según una tradición cercana, o el cantar de gesta.

Igualando los elementos mencionados encontramos que el *Poema del Cid* cumple perfectamente con los preceptos legales y pudo valer para este fin. Como leímos al principio que dijo Richthofen, lo que debían oír los caballeros para entretenimiento y lección condicionaba el contenido de los textos leídos o interpretados. De ahí que encontramos que los tres cantares del Cid conservados en la versión del *Poema* escrita por Pedro Abad representen de una manera cerrada una serie de cuestiones que pudieron entretener (y aun apasionar) a este grupo social de la caballería. Y aún podemos precisar más: en la Corte del rey y en la de los señores las dueñas (o damas) cuentan también. Y de ahí que podamos notar que la función de la mujer en el *Poema* sea importante. Al fin del mismo y en cierto modo resumiendo el sentido de los hechos contados, los versos traen una especie de máxima que representa una exaltación de la cortesía hacia la mujer:

---

<sup>22</sup> Véase Denis P. SENIFF, «Aproximación a la oralidad y textualidad en la prosa medieval castellana», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ob. cit., I, pp. 263-277.

qui buena dueña escarneçe e la dexa después  
ja tal le contesca o si quier, peor!

(vv. 3.706-3.707)

Y lo mismo ocurre con la ira regia o saña del rey hacia el Cid, que no es tanto una querencia de Alfonso VI como una figura jurídica. Esto es un resorte fundamental en la primera parte del *Poema*, sobrepasado ejemplarmente por la entereza del rey y la voluntad de servicio del caballero penado. Y este proceso se imbrica con el caso de la defensa de la honra del Cid ante las Cortes de Alfonso VI, otro caso legal cuidadosamente expuesto para que sirva de lección a los caballeros. Todo esto es propio de círculos cortesés y queda lejos de las otras clases sociales, tanto de la Iglesia como de los maestros, oficiales, aprendices, menestrales, pueblo común de las aldeas y ciudades, que no se mueven por lo que se dice en el *Poema* y que es ajeno a ellos.

Considerado el pueblo común como público, en vista de lo que llevamos dicho resulta una audiencia lejana y contemplativa, mientras que el círculo cortesés de los caballeros y damas es una audiencia cercana y activa. No pretendo negar que el *Poema* no haya sido expuesto ante el pueblo pero sí he querido señalar que la información histórica nos obliga a tener en cuenta el testimonio de las *Partidas*, hasta ahora único.

De aquí vamos a parar a una cuestión muy tratada en relación con el *Poema del Cid* y que planteó Eduardo de Hinojosa en 1899: «El derecho en el *Poema del Cid*»<sup>23</sup>. El *Poema* se atiene a unas normas de derecho que han sido calibradas cuidadosamente en el estudio de M. E. Lacarra<sup>24</sup>. La conclusión es que la institución de la *ira regia*, tal como se presenta en el *Poema del Cid*, no coincide exactamente ni con el *Fuero Viejo* ni con las *Partidas* ni con las leyes visigodas, pero deriva de ellas<sup>25</sup>. Lo que se dice en el *Poema*, añade, conviene con la documentación del siglo XII y principios del XIII, pero no se desdice de lo que traen los fueros y leyes. Tenemos, pues, un libre tratamiento de la materia legal pero con un evidente sentido jurídico en el planteamiento. El *Poema* no es noticia sino una versión literaria de lo que fue realidad histórica y que, como tal, reingresa en la historia escrita en un vaivén que justificó la declaración del auditorio caballeresco que declaran las *Partidas*. El *Poema* se atiene a esto, no tanto por un afán de verismo como por cumplir este servicio de la ejemplaridad que puede «censurar» con un criterio ennoblecedor las acciones del caudillo convertido en personaje heroico, olvidando las inconveniencias y reforzando las que favorecen el sentido heroico.

Éste es el entramado que nos ofreció el código alfonsí y que nos justifica que el personaje, en la versión del manuscrito de Pedro Abad, sea así y no de otra manera. Ciertamente que las *Partidas* son posteriores, pero el criterio de Alfonso, creador de una historia redactada en un escritorio real bajo su dirección polí-

<sup>23</sup> Eduardo de HINOJOSA Y NAVEROS, *Obras. I. Estudios de Investigación*, Madrid, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, 1948, pp. 181-215.

<sup>24</sup> María Eugenia LACARRA, *El Poema de Mio Cid: Realidad histórica e ideología*, Madrid, Porrúa, 1980.

<sup>25</sup> *Idem*, p. 32.

tica, es consecuente cuando se trata de establecer las implicaciones literarias de las *Partidas* y por eso tiene ocasión de insistir en el propósito ejemplar que puede hallarse en los cantares de gesta.

Esto es lo que justifica algunas de las interpretaciones recientes de algo tan difícil como es la clave del autor del *Poema*. Por eso Colin Smith escribió: «En mi opinión, el autor no pudo haber sido otro que un jurista, o al menos una persona que había estudiado leyes y que tenía un considerable conocimiento técnico de ellas»<sup>26</sup>. Creo que la ley de las *Partidas* comentada orienta mejor la imposible solución de quién fuese el autor del poema: que el refundidor de la versión conocida de Pedro Abad (éste u otro) recompuso un material precedente contando con que el texto iba a difundirse en unas Cortes (real y señoriales) en las que los conocimientos jurídicos se integraban en la vía social; todo cuanto valiese para reforzar estos lazos era válido. Y pensamos que si venía crecido por la eficacia de la palabra poética mucho mejor, con tal de que conviniese con la historia y con los testimonios de los retraeres, si es que existían para el caso. La mención del *Poema del Cid* me ha parecido ilustradora.

## 9. FINAL: SÓLO UN TANTEO

Lo que he dicho quiero que se interprete como tanteos sobre algo difícil —casi imposible— de conocer. Pero creo que nos acercamos a una mejor inteligencia del *Poema* si contamos también con lo poquísimo que sabemos sobre la épica primitiva, aunque sea en testimonios posteriores como son las controvertidas *Partidas*.

Las *Partidas* han alzado en esta ocasión ligeramente el velo y pudimos saber algo de la función literaria propia de un cantar de gesta, al menos en un uso determinado. Nos la han situado en el espacio de la cortesía y le han asignado un fin social: la ejemplaridad. Si un cantar de gesta como el del *Cid* se leía en privado o en público era para que, al menos, cada caballero se sintiese otro *Cid* en su conducta. Podemos añadir cualquier otra interpretación de lo que haya podido ser el *Poema del Cid*, pero este testimonio es válido e irrefutable desde este ángulo, que no excluye otras perspectivas críticas. El *Poema del Cid*, fluyente hacia las crónicas e historias reales, es obra propia del ámbito de la caballería, con unos oyentes identificados en este círculo de gentes en el cual la ley pretende convertirse en la clave de la relación social establecida, tal como lo quería Alfonso X. El contenido de la obra responde a este orden argumental: lección de estrategia en la frontera que logra una culminación que fue una victoria inútil, pues Valencia se perdería en 1102 y pasó luego de manera definitiva a la cristiandad con Jaime I en 1238 al reino de Aragón y Cataluña. Es decir, era una teoría de la acción que pronto pudo plantearse en Castilla sin implicaciones políticas directas; representaba en clave poética el ejemplo de un buen capitán, vasallo probado en la adversidad regia, esposo y padre ejemplar. Planteaba la manera cómo sobrellevar y concluir un caso de *ira regia* en con-

---

<sup>26</sup> *Poema de Mio Cid* (1972), Madrid, Cátedra, 1976, prólogo, p. 42.

junción con el honor de unas bodas que implicaron en poco tiempo honor, deshonra y reivindicación de la honra, una contradicción resuelta por las vías legales. El legislador que escribió las *Partidas* estoy seguro que se complacería oyendo las series de versos del *Poema del Cid*, al menos según el manuscrito de Pedro Abad, pues la poesía corroboraba libremente, como es propio de la literatura, lo que él iba urdiendo en las leyes del código siguiendo las normas del rey que por algo fue llamado «el Sabio».

## REALIDAD Y FANTASÍA EN DOS GESTAS MEDIEVALES: DEL *BEOWULF* AL POEMA DE *MIO CID*

POR

FRANCISCO COLLADO RODRÍGUEZ

Hablar de la realidad y la fantasía existentes en dos poemas épicos medievales nos lleva de inmediato a un problema de base, de naturaleza epistemológica o, cuanto menos, metafísica. Los poemas, al ser tales, son productos literarios que tienen una vida de naturaleza lingüística y el lenguaje, como todos sabemos, es un sistema referencial que la mente humana emplea para «referirse» a otra cosa, el lenguaje no es la realidad en sí a que se refiere. Pero cuestionar la realidad observada y su carácter subjetivo u objetivo no era, al parecer, una de las actividades que pretendía realizar ninguno de los poetas que dieron vida a las dos gestas guerreras objeto de nuestro estudio. Sí cabe, no obstante, hablar de la existencia de dos perspectivas distintas a la hora de apprehender el mundo, manifiestas en cada uno de estos dos poemas.

Como quiera que, por el carácter de este simposio, *Beowulf* será sin duda la obra menos conocida, conviene que mencionemos una serie de datos generales sobre ella antes de pasar a un análisis más detallado de los elementos realistas y fantásticos y a su comparación con *Mio Çid*.

*Beowulf* es, sin duda, el poema más importante que se conserva escrito en *old English* o inglés antiguo. Nos ha llegado en un solo manuscrito, el Cotton Vitellius A. XV, elaborado por dos copistas diferentes. El primero de ellos transcribió tres obritas en prosa que preceden al poema y hasta el verso número 1.939 de éste. El segundo escribió el resto del cantar y un poema, que nos ha llegado de manera incompleta, llamado *Judith*<sup>1</sup>. Tras una azarosa existencia este manuscrito acabaría reposando bajo el busto del emperador Vitelio en la librería del anticuario sir Robert Cotton, sobreviviría a un incendio en el año 1713 y acabaría, definitivamente, en la Biblioteca Británica.

Las aventuras que en el texto se nos narran están insertas en tiempo y lugar bien definidos: el siglo VI, en tierras de daneses y gautas (pueblo que habita-

---

<sup>1</sup> Véase al respecto S. B. GREENFIELD y D. G. CALDER, *A New Critical History of Old English Literature*, Nueva York, New York University Press, 1986, pp. 136-137.

ba en el sur de la actual Suecia)<sup>2</sup>. La lengua utilizada en el manuscrito es una coíné literaria del sajón occidental tardío (alrededor del año 1000) pero los filólogos no se ponen todavía de acuerdo sobre la existencia o no de manuscritos previos que se remontarían al siglo VIII<sup>3</sup>. El claro elemento cristiano del texto y el hecho de que sus héroes son habitantes del norte de Europa nos permite suponer que, en todo caso, *Beowulf* circulaba de forma similar a la que hoy conocemos entre el año 654, fecha de la derrota del pagano Penda en Winwaed, y el 793, año en que los noruegos saquearon Lindisfarne.

*Beowulfes*, como otros textos anglosajones, producto de una tradición poética germánica transformada por la cultura monacal. En el mismo poema se menciona la figura del «scop» o bardo germánico encargado de la transmisión oral, en fiestas y reuniones, de las leyendas y las noticias sobre hechos bélicos de que tanto gustaban los pueblos germánicos. Pero las manos que hay tras el texto que conservamos son, sin duda, las del copista monacal, cristiano anglosajón que aún no ha sabido unificar muy bien la religión que profesa con el antiguo espíritu heroico de su pueblo, espíritu que, como resaltaremos más adelante, adquiere matices claramente distorsionados por el encuentro entre las dos culturas.

En resumen, en *Beowulf* se cuentan tres grandes luchas que el protagonista del mismo nombre ha de sostener con sendos monstruos de no fácil descripción: enterado de que la residencia del monarca danés Hrothgar ha sido asaltada por Grendel, un espíritu maligno, el príncipe gauta Beowulf marcha a Dinamarca, ofrece sus servicios a Hrothgar y libra victoriosas luchas primero con Grendel y más tarde con la madre del monstruo. Mucho tiempo después de estas proezas, cuando Beowulf ha ocupado ya el trono de su pueblo durante cincuenta años, el héroe ha de volver a librar batalla ahora con un dragón que asola el reino. En esta ocasión la bestia muere cobrándose también la vida del protagonista, que expira sin dejar descendencia de su linaje y entre las proféticas palabras del bardo, que augura la desaparición de los gautas.

El poema está escrito utilizando, naturalmente, las normas poéticas anglosajonas: los versos se dividen en dos hemistiquios, separados por la cesura, cada uno de los cuales debe contener dos sílabas con acento primario. Una o ambas sílabas tónicas del primer hemistiquio tiene que aliterar con una o ambas sílabas tónicas del segundo pues la poesía anglosajona no es rimada y la alite-

---

<sup>2</sup> Sobre el carácter verídico de algunos de los personajes que aparecen en el poema, comenta Susana Onega: «los hechos que narra son sucesos históricos que tuvieron lugar con toda probabilidad en las tres primeras décadas del siglo VI en el continente europeo, ya que sabemos por fuentes históricas que el tío y señor de Beowulfo, Hygelac, murió en una incursión pirática en territorio frisio sometido a los francos hacia 521 d.C. y que el rey Hrothgar debió de reinan en Dinamarca durante las tres últimas décadas del siglo V. Con estos datos y otros similares la crítica ha llegado a la conclusión de que, si Beowulfo existió en realidad, debió de morir hacia la mitad del siglo VI, entre 550 y 570 d.C.». En «Poesía épica anglosajona: *Beowulf*», *Estudios Literarios Ingleses: Edad Media*, J. F. Galván Reula, ed. Madrid: Cátedra, 1985, p. 27. Al decir «los hechos que narra», la profesora Onega se refiere no a las luchas del héroe con los monstruos, sino a un conjunto de pequeñas narraciones insertas en la historia principal que el poeta incluye para informar sobre pequeñas batallas sostenidas entre diversos pueblos de la zona, dentro del espíritu de la Era Heroica Germánica (siglos IV al VI).

<sup>3</sup> Véase GREENFIELD y CALDER, *op. cit.*, p. 137.

ración es uno de los recursos más importantes en la producción del ritmo poético. El carácter supuestamente oral de este tipo de poesía exigiría del «scop» o bardo el dominio de ciertas técnicas estilísticas para mantener la atención de sus oyentes y hacer posible que éstos pudiesen seguir el hilo narrativo. Entre los elementos de dicción anglosajones que más llamarían la atención de un lector actual del *Beowulf* estarían, sin duda, el «kenning» y la variación. El primero deriva su nombre de la poética islandesa y se refiere, en sentido estricto, a un compuesto terminológico donde uno de los elementos es metafórico; por extensión, en anglosajón el «kenning» pasaría a ser simplemente un término compuesto que, por yuxtaposición, provoca el significado poético adecuado; así tendríamos «hron-rad», literalmente «el camino de la ballena», o «swanrade», «la senda del cisne», significando ambos «el mar». Por lo que respecta a la variación, es éste, en palabras de Susana Onega,

un fenómeno de *reformulación* múltiple o repetición de una idea por medio de expresiones alternativas. Es decir, en la variación existe un referente expreso (llamado *variatum*) y una o varias expresiones alternativas (o *varians*) en relación generalmente apositiva. Cada expresión alternativa «varía» ligeramente la carga semántica del referente, iluminándolo desde otro punto de vista (p. 23).

Expresiones como «Habló Beowulf, *el hijo de Edgetheow*» o «que ha sido el mejor de los hombres del mundo, *de los seres humanos que ha habido en la tierra*», son ejemplos de esta técnica que abunda en el poema y que, por supuesto, nos traen a la memoria esas otras conocidas expresiones como «Mio Çid don Rodrigo, *el que en buen ora nasco*» o «Ayudól el Criador, el Señor que es en çielo».

Éstas eran, sin embargo, técnicas literarias propias de los pueblos germánicos y los posibles bardos que cantasen las gestas guerreras de Beowulf que se conservan en el poema u otras del mismo o distintos héroes no hacían sino propagar un espíritu común propio de esos pueblos del norte que ya mencionase Tácito en su *Germania* del año 98. *Beowulf* confirma en buen número de ocasiones el espíritu heroico germano y el sistema de vasallaje existente entre estos pueblos. Un somero recorrido por sus versos nos probará hasta qué punto la narración rezuma esa cosmovisión heroica todavía latente en el *Poema de Mio Çid*.

Beowulf llega a Dinamarca para pagar antiguos favores que el rey danés concedió al padre del héroe. El rey Hrothgar dice a Beowulf sobre su padre: «He me a pas swor», «Él me prestó juramento» (v. 472). Existe, por consiguiente, un juramento vasallático previo. Pero al héroe lo mueven también otros motivos, no tan sólo el vínculo de vasallaje entre su padre y el danés. Más adelante Beowulf afirma que ha venido a vencer o a morir:

*¡Yo sabré realizar  
una hazaña gloriosa y, si es de otro modo,  
en la rica morada la muerte hallaré!*

(vv. 636-638)\*

---

\* Utilizo la traducción de Luis Lerate en su edición de *Beowulf y otros poemas épicos antiguos germánicos*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

El afán de gloria y la pervivencia gracias a las hazañas logradas es el heroico deseo del guerrero gauta. Pero, establecida la relación de servicio entre el danés y su huésped, aquél afirma pronto que si el gauta vence a Grendel le habrá de recompensar generosamente (vv. 660-661) y es fiel a su promesa cuando el protagonista cumple su palabra y da muerte al primero de los monstruos:

*El hijo de Haftan dióle a Beowulf  
como premio a su hazaña un dorado estandarte  
valioso pendón, una cota y un yelmo,  
presentósele luego — todos lo vieron —  
un hierro excelente*

(vv. 1.020-1.024)

Es tal la generosidad del rey que el mismo narrador exclama un poco más adelante que de pocos señores tan generosos ha tenido noticia (vv. 1.027-1.030). Tras matar, asimismo, a la madre de Grendel, el héroe recibirá aún más regalos de Hrothgar.

Pero el pacto que Beowulf tiene con el rey danés expira cuando aquél cumple su promesa de liberar a Hrothgar de los espíritus malignos. Vuelto a su hogar es cuando el héroe ofrece sus ganancias a su verdadero señor, Hygelac, rey de los gautas:

*el hijo de Halfdan  
me dio recompensa según mi criterio.  
A ti te la ofrezco, o alto caudillo,  
feliz te la entrego*

(vv. 2.146-2.149)

El acto de entrega de regalos de Beowulf a su rey no supone, por supuesto, un movimiento en una única dirección, del «thane» o vasallo a su señor, sino que este último otorga también sus dones al fiel servidor. Tierras, un palacio y poder concede su rey a Beowulf junto con otro de los elementos clave del espíritu heroico:

*El intrépido rey, el señor de los vasallos,  
mandó que trajesen — con oro adornada —  
la herencia de Rédel: allá entre los gautas  
no había otro hierro que tanto valiera.  
Sobre el pecho lo puso del noble Beowulf*

(vv. 2.190-2.194)

La espada está siempre presente entre los regalos más importantes pues no en vano es el instrumento principal de que se vale el guerrero heroico para obtener la fama y la gloria que habrá de perdurar más allá de su muerte.

Las coincidencias con el *Poema de Mio Çid* son mas que obvias; un cantar preludia las relaciones aún existentes en el otro. Los vínculos vasalláticos existentes entre Alfonso y el Campeador<sup>4</sup>, o entre éste y sus fieles servidores, se

---

<sup>4</sup> Sobre su veracidad, véase María Eugenia LACARRA, *El poema de Mio Çid: Realidad histórica e ideológica*, Madrid, José Porrúa, 1980, pp. 106 y ss.



atisban ya en la épica anglosajona. Beowulf, en clara progresión ascendente, acorde con la naturaleza de sus hazañas, irá consiguiendo más y más riquezas que querrá para su rey y para su pueblo, del mismo modo que el Cid hará más y más ricos a sus vasallos e incrementará constantemente el número de caballos que envía al rey leonés: de treinta a cien, de cien a doscientos. Alfonso, a cambio, levantará su castigo a los seguidores del héroe, dejará marchar a su familia a Valencia, perdonará al Cid y obsequiará a sus paladines. Beowulf no podrá matar a la madre de Grendel más que con una antigua espada forjada por gigantes, recibirá de su rey «la herencia de Rédel» y, finalmente, a punto de expirar, regalará sus pertrechos guerreros a Wiglaf, el único vasallo que no le abandonó en la lucha contra el dragón. Espadas antiguas y valiosas eran también Colada y Tizona y regalos serán, tras su recuperación, para dos de los más esforzados guerreros del Campeador.

El no cumplimiento del pacto vasallático es otro elemento perceptible en ambos poemas y que nos transmite también la realidad reflejada en ambas obras. Al desembarcar en Dinamarca, Beowulf va rodeado por un grupo de guerreros que se aprestan a combatir contra Grendel cuando el monstruo se enzarza en lucha con el noble gauta:

*En torno a Beowulf*  
*sus bravos blandían las viejas espadas*  
*queriendo salvar de peligro a su jefe,*  
*al famoso señor, si posible les fuera*

(vv. 794-797)

De igual manera se aprestan los vasallos alrededor del Cid para defender a su señor cuando el león escapa (vv. 2.284-2.285). Pero hay otros que no tienen la fortaleza de ánimo necesaria para aguantar la embestida de la bestia:

*Fernant Gonçalvez, ifant de Carrión,*  
*non vido allí dos alçasse, nin cámara abierta nin torre;*  
*metiós sol esçaño, tanto ovo el pavor.*  
*Díag Gonçalvez por la puerta salió,*  
*diziendo de la boca: «non veré Carrión!»*

(vv. 2.286-2.289)

Cuando Beowulf, ya viejo, tiene que enfrentarse con el mortífero dragón, lleva a la batalla a un grupo de «thanes», pero al iniciarse la lucha:

*No corrió sin embargo en su ayuda la tropa*  
*no hicieron con él los intrépidos héroes*  
*un corro aguerrido: huyeron al bosque*  
*por temor de sus vidas*

(vv. 2.596-2.599)

Los «intrépidos héroes» que no ayudan a su señor serán en buena medida responsables, por su carácter, de la desaparición del pueblo gauta. Cuando el espíritu heroico comienza a declinar la sociedad guerrera ha de enfrentarse a su disolución: los gautas quedan sin caudillo y sujetos a la rapiña de los pueblos vecinos; los infantes de Carrión quedan avergonzados, tachados de traidores y deben partirse de sus riquezas.

La necesidad de venganza o del pago de una cantidad para lavar una afrenta de honor o sangre es otro de los rasgos que parecen ser comunes a las sociedades de los siglos VI y XI. En *Beowulf* la venganza está presente a pesar de la mano cristiana que supuestamente transcribió el texto que del poema se conserva. Incluso un monstruo, la madre de Grendel, siente la necesidad de vengar la muerte de su hijo aunque ninguno de los dos tendría por qué estar sujeto a este imperativo del código heroico teutón:

*Entonces su madre,  
hosca y rabiosa y con mucho pesar,  
en camino se puso queriendo vengarse*

(vv. 1.276-1.278)

La ogresa satisface sus deseos de venganza matando a uno de los «thanes» más queridos del rey Hrothgar y, enterado Beowulf, el héroe deja claro cuál es la única postura que un guerrero puede tomar:

*Respondióle Beowulf el hijo de Ekto:  
«¡No te aflijas, oh rey! ¡Más cumple en el hombre  
vengar al amigo que mucho llorarlo!»*

(vv. 1.383-1.385)

Dicha postura es, por supuesto, la que aún impera en la sociedad del *Mio Çid*. Como se refleja en las pequeñas narraciones entremezcladas en la historia principal de *Beowulf*, la venganza podía reducirse simplemente al pago de cierta cantidad (*wergild*) a los familiares o amigos de la víctima, costumbre entroncada asimismo con la que estipulaba el pago del rescate por los prisioneros de guerra. De alguna manera a los infantes de Carrión les hubiese gustado que con la devolución al Cid de las riquezas que con él alcanzaron se hubiese saldado la «deuda» de la afrenta. Cuando el Campeador requiere de los infantes la Colada y la Tizona, éstos cobardemente deciden:

*«Démosle sus espadas, quando assí finca la boz,  
e quando las toviere, partir se a la cort;  
ya mas non avrá derecho de nos el Çid Campeador»*

(vv. 3.167-3.170)

Pero, como sabemos, el pago de las espadas no fue suficiente; a ello seguirá el pago de otras riquezas y la venganza sangrienta de los duelos. Si en *Beowulf* el poeta cristiano no quiere insistir en la idea de la venganza de sangre<sup>5</sup>, en *Mio Çid* vemos cómo, sin embargo, ésta sigue existiendo y se superpone a la posibilidad de lavar la afrenta por otros medios.

Pero los dos poemas que aquí estamos considerando coinciden en otro elemento más: la aparición en ellos de la fantasía, la narración de eventos extraordinarios.

---

<sup>5</sup> Nótese lo que a este respecto dicen M. W. GROSE y D. MCKENNA: «When a murder was committed it was the duty of the companions or kin of the victim either to kill his murderer or to obtain from him a material compensation, known as the *wergild*, which varied with the rank of the dead man. The Church did not suppress this practice, but rather encouraged the payment of *wergild*, and preached against the prolonging of a blood-feud yet without whole-hearted disapproval of the taking of vengeance...». En *Old English Literature*, Londres, Evans, 1973, p. 67.

Analizar el componente fantástico de un texto literario no es tan simple como pudiera parecer en un principio: de hecho la fantasía se manifiesta de manera diferente en cada uno de los poemas. El hecho de que sean textos probablemente dirigidos a una audiencia no influye, por supuesto, en la visión del mundo que ambos públicos podían tener. Y en efecto, como veremos en breve, esta visión parece haber cambiado extraordinariamente del siglo VI al XI, o al menos así se concluye tras analizar los elementos fantásticos de los dos poemas.

«Fantasía» es un término imposible de definir con precisión: podemos decir que es aquello que no es real o que no sucede en el mundo normal, pero entonces debemos entrar en el concepto de «realidad» y darnos cuenta de que nosotros no sabemos lo que realmente sucede en el «mundo normal» sino que tan sólo tenemos una visión personal y subjetiva de lo que acaece. En el mejor de los casos podríamos hablar de consenso: cuando varias subjetividades coinciden en percibir lo que sucede de modo similar se puede hablar de «objetividad» o «realidad». Pero nótese cómo esto tampoco nos lleva muy lejos; especialmente en el terreno de la literatura de fantasía a lo largo de la historia y dependiendo también del espacio geográfico, los distintos pueblos han llegado a menudo a «consensos» muy distintos sobre el carácter de la realidad. Anteriormente señalaba ciertos rasgos y costumbres por medio de los cuales se establecían vínculos entre *Beowulf* y *Mío Cid*. Ahora, merced al componente fantástico existente en ambos, veremos cómo las visiones del mundo de unos y de otros son, en buena parte, distintas. Podremos, asimismo, contrastarlas con la concepción del mundo que pueda tener cualquier miembro de esta audiencia.

En *Beowulf* hay tres factores fundamentales a la hora de estudiar la fantasía del texto: el héroe, los monstruos y el miedo. El héroe es un guerrero que, en palabras del rey Hrothgar, reúne en sí la fuerza de treinta hombres (vv. 279-381); en boca de un vigía danés es

*el hombre más fuerte,    equipado guerrero,  
que he visto jamás;*

(vv. 247-249)

De él se dice que ha matado a «seres de la raza gigante» y a «monstruos» (vv. 420-424); sus hazañas contra pueblos enemigos no son tan cantadas como sus combates con seres demoníacos e infernales y, curiosamente, los pocos combates entre humanos que se describen en el poema tienen su lugar siempre en esas pequeñas narraciones que se entremezclan en la trama principal. Los tres grandes episodios en que podríamos dividir el texto anglosajón se refieren a las luchas que el protagonista entabla con tres monstruos, seres todos especialmente siniestros pero que presentan características que los distancian entre sí.

El primero de ellos es Grendel, un merodeador de las ciénagas que, atraído y molesto por las fiestas del palacio de Hrothgar, llega a este lugar una noche y mata a treinta vasallos o «thanes» del rey, insistiendo, noche tras noche, en sus correrías por palacio hasta que los guerreros de Hrothgar deciden abandonarlo por *miedo*. Y no es extraño que la figura de Grendel provoque miedo, incluso al lector del siglo XX, por una simple razón: el monstruo no es nunca definido con claridad; no sabemos cómo es, sólo se nos dice que es un *espíritu* maligno, un ser infernal descendiente de la raza de Caín:

*Llamábase Grendel    aquel espantoso  
y perverso proscrito:    moraba en fangales,  
en grutas y charcas.    Desde tiempos remotos  
vivía esta fiera    entre gente infernal  
padeciendo la pena    que Dios infligió  
a Caín y a su raza*

(vv. 102-107).

Incluso el precisar que pertenece a la raza de Caín no deja de ser más que una distorsión efectuada, posiblemente, por el copista monacal del manuscrito<sup>6</sup>. Grendel sólo aparece y ataca de noche, entre tinieblas (vv. 193 y 411), cuando las formas están difuminadas y el ser humano no puede ver lo que acontece a su alrededor. Al llegar la hora del gran combate con Beowulf, antes de enfrentarse con el héroe, el monstruo se da un sangriento festín con uno de los «thanes» del príncipe gauta:

*Demorarse no quiso    el dañino gigante:  
veloz atrapó,    como presa primera,  
un guerrero dormido.    Destrozó al indefenso,  
en su carne mordió,    bebióle su sangre,  
voraz lo tragó;    pronto del todo  
lo tuvo engullido    con manos y pies,  
el cuerpo sin vida*

(vv. 739-745)

Su efectividad en el combate es, pues, más que evidente. Por si fuera poco, el casi indefinido monstruo tiene poderes mágicos que hacen que las espadas gautas no puedan tan siquiera herirle (vv. 803-805), hecho que posibilita el lucimiento del héroe, que ya había manifestado su deseo de combatir al monstruo con las manos desnudas. En la lucha Beowulf demuestra de forma efectiva su inmenso poder:

*por la mano atrapado    tenía lo el bravo  
el pariente de Híglac.    ¡Cada uno del otro  
la muerte buscaba!    Dolor espantoso  
el monstruo sintió:    ahora en el hombro  
un hueco mostraba,    los tendones saltaron,  
rompiósele el hueso.    Fue de Beowulf  
la gloriosa victoria*

(vv. 814-819)

Este poder físico, sin embargo, no le será suficiente a los pocos días para vencer al segundo monstruo, la madre de Grendel. Ésta nos es definida como un ser de la misma naturaleza que su hijo pero no tan grande como aquél, hecho que causa menos *miedo* a los que la ven entrar en el palacio de Hrothgar (vv.

---

<sup>6</sup> Efectivamente, a pesar de esta distorsión cristiana cabe pensar, dentro del contexto de la mitología nórdica, que Grendel es un «troll» o espíritu maligno de un hombre muerto, lo cual no deja de ser bastante siniestro e inquietante debido, una vez más, al carácter impreciso de esta figura mitológica.

1.282-1.284). Su fuerza y celeridad resultan ser, no obstante, también mortales; agarra, mata y despedaza a uno de los más fieles «thanes» del rey danés y se va con parte del cadáver de la víctima a su guarida, una cueva en un lúgubre lago. Hasta allí la persigue Beowulf, que debe zambullirse en las aguas y librar la batalla sumergido en esa «mansión de monstruos» (v. 1.500). En esta ocasión, para matar al monstruo femenino Beowulf precisará ayudarse de una antigua espada forjada por gigantes que, afortunadamente para el héroe, andaba por allí (vv. 1.557-1.569). Con ella dará un tajo mortal a la madre de Grendel, cortará la cabeza del cuerpo de este último (que vino, tras perder el brazo, a morir a la cueva) y saldrá de nuevo a la superficie del lago cuando ya el cortejo que allí lo acompañó pensaba que había muerto.

Las características de los dos primeros combates de Beowulf y su aparente muerte y resurrección en las aguas han provocado, por supuesto, teorías en torno a los contenidos míticos y psicológicos del poema<sup>7</sup>, pero conviene resaltar una vez más, antes de entrar en otras hipótesis, el carácter impreciso que rodea las «descripciones» que se nos hacen de los monstruos.

Cuando Beowulf ha de vencer al tercer monstruo, el dragón, han pasado ya muchos años desde su victoria sobre los dos seres malignos anteriores. El príncipe Beowulf ha llegado a ser rey y ha gobernado su pueblo durante cincuenta años. El dragón aparece en el poema revestido de las características más importantes que le confiere la mitología nórdica: es una figura gigante, con fuertes escamas, de aliento flamígero y grandes colmillos; pero es, sobre todo, una criatura de la noche, anciana y guardián de un tesoro escondido. Ante sus correrías nocturnas por el reino el caudillo gauta debe salir a su encuentro y enfrentarse con él, ahora en una cueva, al lado del mar. En esta ocasión la espada falla al héroe en su intento por herir a la bestia, los problemas son ya demasiado grandes para el anciano monarca y éste precisará la ayuda del único «thane» que no ha huido para matar a la bestia:

*Su tercera embestida    inició la serpiente,  
el dragón fogueante    enemigo del pueblo;  
cuando tuvo ocasión    se lanzó sobre el héroe  
con rabia y con llamas:    su cuello completo  
atrapó entre sus dientes.    Cubrióse de sangre,  
con fuerza brotó    el sudor de la herida.  
He oído que el noble    mostró su coraje  
ayudando al monarca    en el grave peligro,  
era un hombre capaz    y de espíritu fiero.  
No buscó la cabeza;    mas él, valeroso,  
su brazo quemó    cuando, al rey asistiendo,  
hirió a la serpiente    un poco más bajo.  
El armado guerrero    hasta el puño su hierro,  
adornado, clavó    y al instante las llamas*

---

<sup>7</sup> Véase S. ONEGA, *op. cit.*, pp. 31 y ss.; GROSE y MCKENNA, *op. cit.*, p. 74, y John D. NILES, «Ring Composition and the Structure of *Beowulf*», en *Publications of the Modern Language Association of America*, vol. 99, n.º 5, pp. 935-942.

allá decrecieron. Sus sentidos el rey  
recobró nuevamente y sacando un puñal  
que en la cota llevaba, afilado y temible,  
el príncipe en dos al reptil dividió.  
A la serpiente abatieron, quedóse sin vida,  
ambos parientes juntos lograron  
que el monstruo cayera. ¡Así debe un vasallo  
apoyar a su rey!

(vv. 2.688-2.708)

La muerte del héroe y el hecho de que sus huestes arrojen el cadáver del dragón al mar podrían permitir que un crítico jungiano interpretase el poema en función de los supuestos elementos míticos y psicológicos existentes en el mismo: tras la asimilación del espíritu maligno de Grendel (la «sombra» jungiana) el protagonista ha de absorber el principio femenino (la madre de Grendel o «ánima») y finalmente resolver sus disputas con la figura paterna simbolizada ancestralmente por el dragón. Con ello el héroe habría asimilado los componentes inconscientes más importantes de su personalidad y las aventuras de Beowulf podrían operar sobre la audiencia con un sentido mítico-terapéutico<sup>8</sup>.

Es obvio que todo esto no pasa de ser una hipótesis. No obstante existe una tendencia crítica que considera que nuestro poema es producto de dos tipos de motivos populares de la tradición teutona: el del hombre-oso o héroe capaz de matar a sus enemigos desgarrándolos con su terrible brazo (Beowulf contra Grendel) y el del «dragon slayer» o matador de dragones, ejemplificado incluso en la mitología cristiana por San Jorge<sup>9</sup>.

De ser cierta esta hipótesis del origen puramente folclórico del poema anglosajón y de la mezcla de dos tipos de motivos populares, cabría pensar que la mano que decidiese unificar cronológicamente las tres grandes luchas del protagonista, lo pudo hacer, en parte al menos, dejándose llevar por un proceso psicológico que le indicaría la importancia de incluir tres grandes luchas, de dificultad progresiva, que culminarían con la muerte del héroe. Por supuesto, hemos de tener en cuenta otros elementos muy importantes del texto, como es el de la amalgama existente entre el espíritu cristiano y el heroico de los pueblos germánicos, pero parece claro, después de todo lo expuesto, que el elemento fantástico de *Beowulf* está cercano a los miedos de la psique primitiva, manifiestos en la omnipresencia de la oscuridad, donde el carácter impreciso del monstruo que ataca nos hace que lo temamos aún más<sup>10</sup>.

La cosmovisión de la audiencia ha evolucionado un tanto hacia el siglo XII, o tal parece desprenderse de la naturaleza de los hechos narrados en *Mío Cid*. Si el público de *Beowulf* teme a fuerzas desconocidas y a monstruos fuerte-

---

<sup>8</sup> Sobre las relaciones entre el mito, la literatura y su aplicación terapéutica según las teorías de Carl JUNG, véase su vol. 9, parte I, de *The Collected Works*, Sir Herbert Read, ed. Londres, Routledge & K. Paul, 1956. Véase asimismo el libro de Joseph CAMPBELL, *The Hero With a Thousand Faces*, Princeton, Princeton University Press, 1968.

<sup>9</sup> Más información sobre estas teorías puede encontrarse en ONEGA, *op. cit.*, pp. 28 y ss.

<sup>10</sup> Desde un punto de vista freudiano estos miedos podrían ser los motores que nos hiciesen imaginar los monstruos, que no serían sino manifestaciones de fuerzas inconscientes que la psique

mente impresos en la imaginación del hombre primitivo, los oyentes o lectores del *Poema de Mio Çid* han de contentarse con una serie de elementos fantásticos que, aunque sirven para consolidar el carácter heroico del protagonista, no participan de los ingredientes de terror, imprecisión y exageración que caracterizan las gestas del gauta.

Naturalmente la conocida opinión de Andrés Bello de que no hay fantasía en el *Poema de Mio Çid*<sup>11</sup> no puede entenderse en su sentido más estricto. Aunque no en la cantidad ni naturaleza de la que existe en *Beowulf* o el *Cantar de Roldán*, la fantasía, por motivos diferentes, forma parte intrínseca también del poema del Campeador.

La primera manifestación del elemento fantástico la tenemos ya en el verso 405, con la aparición del arcángel Gabriel al héroe. Como los miembros de esta audiencia sin duda saben este evento es interpretable como la prueba de que Dios y, por tanto, la razón asisten al héroe desde el principio. No sería arriesgado afirmar la función socio-política que el arcángel Gabriel tiene en el texto pero esto prefiero dejarlo para personas más expertas que yo en el tema. Baste señalar que el hecho de que Dios o los dioses asistan al héroe forma parte de la literatura desde tiempos ancestrales, ello ocurre también, por supuesto, en *Beowulf* y así, por ejemplo, tras la derrota del primer monstruo exclama el narrador:

¡Fue el Dios Celestial  
—lo decían los hombres—  
al guardián contra Grendel!

(vv. 665-667)

Los otros dos elementos fantásticos del *Poema de Mio Çid* no distan, en su función, mucho del anteriormente mencionado: el uno es el episodio del león; el otro aparece en las descripciones de las contiendas que el Cid y sus vasallos sostuvieron contra sus enemigos.

Sobre el episodio del león y su carácter manifiestamente simbólico no parece necesario insistir mucho pues la historia nos confirma que el Cid no salió malparado de sus encuentros con las «fieras» de León<sup>12</sup>; a la cobardía de los de Carrión ya nos hemos referido antes.

Las descripciones de las contiendas en que Mio Çid se vio inmerso son, sin embargo, de otra índole: la fantasía queda en ellas manifiesta por un proceso cuantitativo, que no cualitativo. Efectivamente, en *Mio Çid* no hay dragones ni gigantes como en otras gestas medievales, pero sí existe una gradación numérica de las dificultades (esto es, la cantidad de enemigos) que las tropas del Cid han de afrontar. Si comparamos el aumento progresivo del número de soldados sarracenos con el carácter cada vez más peligroso de los monstruos que luchan con *Beowulf*, concluiremos acertadamente que para que el interés se

---

libera exteriorizándolas. Sobre estos conceptos y su interés para el campo de la literatura de fantasía, consúltese el texto de Rosemary JACKSON, *Fantasy: The Literature of Subversion*, Londres, Methuen, 1981.

<sup>11</sup> *Poema de Mio Çid*, Ramón MENÉNDEZ PIDAL, ed. Madrid, Espasa Calpe, 1971 (13.ª edición), p. 35.

<sup>12</sup> Véase LACARRA, *op. cit.*, pp. 106-110.

mantenga es necesario que la altura épica del héroe vaya en aumento. Y en *Mio Çid* la desproporción de los combates es más que manifiesta. De una primera gran batalla, la de Alcocer, donde trescientos caballeros del Cid (e igual número de peones) vencen a tres mil moros (más los fronterizos), llegamos a una de las batallas de Valencia donde cuatro mil «menos treinta» cristianos derrotan a cincuenta mil moros, de los que sólo escapan ciento cuatro (vv. 1.734 y ss.). En el primer combate en que participa en el poema, el de Vivar derrota a quince enemigos; en Alcocer cercena por la cintura a otro de un solo tajo, en tanto que Álvar Fáñez se lleva a la tumba a treinta y cuatro más él solo. En resumen, la proporción entre moros y cristianos no suele bajar del diez a uno pero las huestes del Cid salen siempre victoriosas. Naturalmente la exageración, aunque existente, no es mucha pero hace que el oyente o lector proceda, en palabras de Coleridge, a una «willing suspension of disbelief», esto es, que deje de «descreer» y que se zambulla en una sociedad (acaso la de la España del siglo XII) donde se entienda como posible que las mesnadas cristianas (o simplemente castellanas) se enfrenten y derroten sistemáticamente a unos enemigos siempre muy superiores en número.

En resumen, en *Beowulf* veíamos cómo un elemento fantástico de posible naturaleza mítica y psíquica aparecía para resaltar, entre otros factores, la altura épica del protagonista. A éste no le aguarda, sin embargo, más que la muerte y la gloria heroica de que sus hazañas las canten los poetas: el gauta se convierte así en el prototipo supranacional del héroe germánico cuyas gestas son dignas de elogio por parte no sólo del pueblo a que éste pertenece sino de los otros pueblos del Norte, incluyendo a los anglosajones, responsables de la producción del manuscrito que se conserva sobre las hazañas del gauta.

*Mio Çid*, en cambio, es producto de otra época donde los nacionalismos han adquirido mayor importancia. El Campeador no es ya un héroe germano supranacional, aunque el elemento fantástico del poema sirve aquí también para resaltar el carácter épico del protagonista, un señor feudal que vive inserto en una sociedad desarrollada, en buena medida, a partir de aquellas costumbres de la Época Heroica que aparecen reflejadas en *Beowulf*.

¿Significa todo esto que con el paso del tiempo los miedos primitivos simbolizados por Grendel o el dragón han desaparecido para dar paso a un elemento fantástico más próximo a lo que, por consenso, podríamos definir como «realidad»? Por supuesto que no; los símbolos del dragón o de los monstruos de naturaleza indefinida siguen presentes en la mente del hombre, representantes acaso de nuestros temores más íntimos. Ejemplos de ello van desde la literatura de caballería hasta títulos de la reciente cinematografía tan imprecisos como *It*, *The Thing* o *Alien*. El guerrero, con ayuda de su espada, por razones míticas o políticas, tiene que seguir combatiendo esos productos perversos de la imaginación que tantas veces se han hecho realidad.



## UN CID RUY DÍAZ EN EL SIGLO XV: RODRIGO PONCE DE LEÓN, MARQUÉS DE CÁDIZ

POR

ANGUS MACKAY

Trabajando sobre el siglo XV castellano desde hace unos veinte años, siempre me ha sorprendido el hecho de que, por lo visto, los castellanos de aquella época raras veces se referían al Cid y a sus hechos. Sin embargo, la impresión es seguramente errónea y se debe más que nada a la dicotomía entre lo que el antropólogo Redfield llamaba la «tradición pequeña» y la «tradición grande». La «tradición grande» era más o menos la erudición y cultura de los letrados, de las universidades, etc.; la «tradición pequeña» era la cultura popular de los analfabetos o semi-analfabetos. Estas tradiciones de ninguna manera coincidían con las distinciones sociales porque muchos nobles y caballeros casi no podían leer ni escribir<sup>1</sup>. Pero la dicotomía era a pesar de todo evidente. Pongo el ejemplo — un ejemplo magnífico — del morisco Román Ramírez, procesado entre otras cosas por la Inquisición (los letrados) porque, según ellos, con la ayuda del diablo recitaba de memoria libros de caballerías para un público oyente castellano y cristiano de caballeros<sup>2</sup>. ¿Es que los inquisidores no podían entender cómo lo hacía, si no fuera con la ayuda del diablo? Otra cosa eran los romances, porque eran cortos y sabían callar a tiempo; pero eso de recitar libros enteros era algo diabólico.

Todo eso indica que debemos aceptar unas tradiciones de literatura oral muy fuertes pero difícilmente percibidas, a menos que no llegasen a convertirse en una tradición escrita. Es el caso de las leyendas de Carlomagno que, a través de la Península Ibérica, se difundían en la India donde, desde el siglo XVI en adelante, constituían una tradición literaria muy importante entre los cristianos de Kerala (al sur), siendo los hechos de Carlomagno y los doce pares de Francia celebrados en dos idiomas (el Malayalam y el Tamil), tanto en prosa como

---

<sup>1</sup> Ver Peter BURKE, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, 1978, pp. 23-64.

<sup>2</sup> Ver L. P. HARVEY, «Oral Composition and the Performance of Novels of Chivalry in Spain», *Forum for Modern Language Studies*, X, 1974, pp. 270-286.

en obras teatrales en verso<sup>3</sup>. Y es el caso también de Rodrigo Díaz de Vivar porque sus hazañas dieron lugar a una tradición literaria bastante fuerte durante la baja Edad Media con todas las elaboraciones y exageraciones que un proceso de este tipo implica: La *Primera Crónica General* (con casi 90 capítulos sobre el Cid), la *Crónica de Castilla* de principios del siglo XIV, la *Crónica de 1344*, la *Tercera Crónica General* de la segunda mitad del siglo XIV, la *Crónica Particular del Cid* de finales del siglo XIV, las *Mocedades de Rodrigo* (c. 1300), la *Crónica del Cid Ruy Díaz* (Sevilla, 1498), etc., y todo eso por no hablar de la tradición oral de los romances.

Todo lo anteriormente dicho me parece que indica que, así como en la historia demográfica se aplica un multiplicador a los datos demográficos, así debemos imaginar una especie de multiplicador para los relativamente pocos datos que tenemos en el presente caso.

De que el Cid y los demás héroes épicos jugaban un papel importante en la mentalidad de los castellanos del siglo XV creo que no cabe duda. En realidad casi todo lo que se pensaba acerca del pasado, el presente y el futuro de Castilla se basaba sobre algunos conceptos clave: la destrucción de España, el desarrollo y consolidación del reino castellano-leonés y la santa empresa de la Reconquista. Hasta el mismo Enrique IV, el Impotente, pensaba de esta manera porque, como nos dice el cronista Diego de Valera:

«[...] fortificó maravillosamente el alcázar [de Segovia], e hizo ençima de la puerta del una muy alta torre, labrada de maçonería, y en el corredor que se llama en aquel alcázar *de los cordones*, mandó poner todos los reyes que en Castilla y en León han seydo después de la destruyçion de España, començando de don Pelayo fasta él; e mandó poner con ellos al Cid, e al conde Fernán Gonçález, por ser caballeros tan nobles e que tan grandes cosas hizieron. Todos en grandes estatuas, labradas muy sutilmente, de maderas cubiertas de oro e plata»<sup>4</sup>.

El Cid y el conde Fernán González, pues, alcanzaron la dignidad de reyes y entre los reyes mismos había uno que destacaba, Fernando III. Estos tres y los hechos asociados con ellos, facilitaban para los castellanos lo que Levi Strauss llamaba *bonnes à penser*, «cosas con que pensar», a veces de una manera muy concreta y casi milagrosa. ¿No es cierto que Enrique IV y su condestable Miguel Lucas de Iranzo querían ver al conde Fernán González?: «Y de ally [el rey] fue al monasterio de Arlança, donde está enterrado el conde Fernán Gonçales, al qual su alteza mandó descubrir en la sepultura donde estava, y lo vido, y el señor Condestable con él»<sup>5</sup>. Por su parte, en 1407 y antes de su famosa campaña contra Antequera, el infante Fernando se apropiaba de la espada de Fernando III, que estaba en la catedral de Sevilla, y como le decía un conde que le acompañaba: «Señor, esta espada paresçe que es virtud, e vos la devedes sacar por la

<sup>3</sup> Zacharias P. THUNDYIL, «La Tradition de Charlemagne chez les chrétiens de Kerala (Inde)», *Actes du VI<sup>e</sup> Congrès International de la Société Rencesvals*, Aix-en-Provence, 1974, pp. 389-398.

<sup>4</sup> Mosén Diego DE VALERA, *Memorial de diversas hazañas*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1941, p. 294.

<sup>5</sup> *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1940, pp. 22-23.

iglesia e por la çiudad cavalgando». Fernando de Antequera así lo hizo y más tarde, al volver de su campaña victoriosa, devolvió la espada milagrosa a la mano del rey santo con mucha gratitud, besándole el pie y la mano<sup>6</sup>.

Ahora bien, si los castellanos veneraban estos héroes épicos de tal manera, habría que pensar que estos héroes también les servían como modelos de comportamiento. Y en efecto, éste era el caso. Pero es más. La línea más famosa del *Poema de Mio Cid* era seguramente: «¡Dios, que buen vasallo, si oviesse buen señor!». El señor era desde luego el rey Alfonso VI y en el *Poema* queda sometido a una especie de prueba en cuanto a sus calidades como rey y señor. Por eso y de esta manera, el *Poema* no solamente servía a los castellanos del siglo XV como un modelo de comportamiento para los vasallos sino también para los reyes. Cuando Enrique IV, por ejemplo, en vez de emprender campañas serias contra los moros jugaba a la guerra, los caballeros castellanos reaccionaban de una manera muy sarcástica:

«Y llegaron así con esta gente el rey y la reyna tan cerca de Cambil, que parecían que querían combatir la fortaleza. Y como los moros vieron ansí llegar la gente, salieron a las barreras, y la reyna demandó una ballesta, la qual el rey le dió armada, y fizo con ella algunos tiros en los moros. Y pasado ese juego, el rey se bolvió para Jaén, donde los cavalleros que sabían fazer la guerra y la abían acostumbrado, burlaban y reían diziendo que aquella guerra “más se hazía a los cristianos que a los moros”.

Otros dezian:

“Por cierto, esta guerra bien parece a la quel Cid en su tiempo solía fazer”»<sup>7</sup>.

Estos comentarios sarcásticos pronunciados en Jaén tal vez los debemos relacionar con los argumentos recientemente elaborados por los profesores Lucien Clare y Michel García, que sostienen que el *Poema de Mio Cid* servía como modelo de comportamiento tanto para el condestable Miguel Lucas de Iranzo, que residía en Jaén, como para el que escribió la crónica de los hechos del condestable, que seguramente era el alcaide Pedro de Escavias. Igual que en el *Poema*, el condestable tiene que exiliarse de la Corte a causa de las actividades de los intrigantes que rodean al rey Enrique IV y de hecho el tema de los malos mestureros es uno de los más destacados de la crónica. Luego, en la frontera de los moros y apoderado de Jaén, el condestable descubre con gran sentimiento que sus hazañas contra los moros quedan reducidas a causa de las guerras civiles en Castilla y porque el rey organiza una serie de treguas con Granada. Además, en las pocas ocasiones en que el rey y el condestable de nuevo se encuentran juntos las escenas emocionales son parecidas a las del *Poema*. Pero lo que destaca sobre todo en la crónica es que, igual que el Cid, el condestable permanece absolutamente leal a su señor natural, el rey Enrique IV, a pesar de los defectos del monarca (a la verdad unos defectos bastante graves)

---

<sup>6</sup> *Crónica de Juan II de Castilla*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1982, pp. 129-131, 189-191.

<sup>7</sup> Diego DE VALERA, *Memorial de diversas hazañas*, p. 45.

y a pesar de la perfidia y de la traición de los privados que rodean al rey y le manipulan<sup>8</sup>.

Sin embargo, no hay ni una mención directa del Cid en la crónica de los hechos del condestable. En cambio el caso concreto que quisiera proponer aquí es un ejemplo mucho más directo y en el que no puede caber la más mínima duda de que el Cid servía como modelo de comportamiento. No obstante hay un problema importante por el que hay que preguntar: ¿en qué se basa el modelo de comportamiento, en el *Poema* mismo o en un texto posterior como la *Primera Crónica General* o en una mezcla de textos que incluye el *Poema*? Como veremos, la fuente primordial para este caso concreto es la crónica intitulada *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* y al resumir brevemente la historia de España antes de narrar las hazañas de su héroe el cronista anónimo, refiriéndose al Cid, dice lo siguiente:

«¿Pues qué diremos del santísimo caballero Cid Ruy Díaz, que dejando otros muchos vencimientos que en los moros fizo en su vida, e tovo quince reyes moros por vasallos? Después de su fallecimiento, venció treinta e dos reyes en una batalla en que había sesenta mil de caballo, e doscientos mil moros de pie, con mil e seiscientos de caballo, e cinco mil peones, y por su gran merescimiento, el noble rey don Alonso en las cortes de Toledo donde vino el Cid Ruy Díaz, e los Condes de Carrión, sus yernos, mandó que la silla o escaño del Cid Ruy Díaz siempre fuese puesta junta con la de los reyes, porque allende de ser muy leal a la corona real, venció y prendió muchos reyes moros y cristianos»<sup>9</sup>.

Y de nuevo, en otro lugar, se refiere al Cid «al cual apareció Sant Pedro de Cardeña, el cual le reveló de parte de Dios Nuestro Señor, cómo dende en treinta días supiese cómo había de morir, y que después de su fallecimiento había de vencer una gran batalla de reyes moros»<sup>10</sup>. Estas citas, pues, indican que aunque el cronista tuviese en mente el *Poema de Mio Cid* también conocía un texto o unos textos posteriores, por ejemplo, la *Primera Crónica General*. Tampoco podemos descartar la posibilidad de que conociera algunos romances del Cid porque de vez en cuando las palabras que utiliza parecen reflejar un conocimiento de este tipo: por ejemplo, «ellos en aquesto estando» o «hélos aquí do vienem», que hacen recordar aquel romance que empieza: «¡Hélo, hélo por do viene el moro por la calzada!»<sup>11</sup>.

Todo lo dicho indica que si el *Poema* podía servir directamente o indirectamente como un modelo de comportamiento también tenemos que recordar los mitos que se acumulaban posteriormente y los cambios mentales que ocurrían a través de los siglos. Por ejemplo, aunque es el ángel Gabriel quien se aparece al Cid en una visión en el *Poema*, es la Virgen la que se aparece al segundo

---

<sup>8</sup> Estas afirmaciones intentan resumir algunos de los argumentos de una conferencia pronunciada por los profesores Lucien Clare y Michel García sobre la crónica de Miguel Lucas en un congreso celebrado en París sobre los bandos bajomedievales.

<sup>9</sup> «Historia de los hechos del Marqués de Cádiz (1443-1488)», en *Codoin*, CVI, Madrid, 1813, p. 149.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 213, 270.

y santísimo Cid del siglo XV, aunque este cambio también enfatiza las palabras que el Cid original dirige a la Gloriosa: «¡Vuestra virtud me vala Gloriosa, en mi exida, e me ayude e me acorra de noch e de día!»<sup>12</sup>.

¿Quién era este segundo Cid del siglo XV? Era Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz y, como veremos, sus contemporáneos le identificaron no solamente como el Cid de su época sino como el segundo conde Fernán González también; el cronista anónimo de la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*, por ejemplo, enfatiza este hecho varias veces:

«Y así podemos bien decir por el marqués de Cádiz, el segundo y buen conde Fernando González, y segundo y santísimo caballero Cid Ruy Díaz»<sup>13</sup>,

o

«E segun estos fechos de caballería, bien parece el marqués de Cádiz a los nobles antiguos el conde Fernán González e Cid Ruy Díaz, nuestros naturales, e a otros nobles romanos, así como Plácido que fué capitán del Emperador Trajano...»<sup>14</sup>.

Además, según este anónimo, hasta los Reyes Católicos reconocían al marqués de esta manera. Después de haber conquistado Alhama, por ejemplo, el marqués de dirigió a la Rambla, donde estaba Fernando el Católico y al llegar allí el rey dijo en público: «¡Oh bendito sea Dios Nuestro Señor, que en mi tiempo quiso que oviese un conde Fernand González e un Cid Ruy Díaz!»<sup>15</sup>. Y más tarde, cuando el marqués ganó la villa de Sahara, los Reyes Católicos, que estaban en Vitoria, «dixeron ante todos los grandes de su corte, e muchas otras gentes que ahí estaban “¡Bendito sea Dios, que en nuestros tiempos alcanzamos ver y tener en nuestros reynos otro conde Fernand González!”»<sup>16</sup>.

Claro está que difícilmente pudiéramos aceptar el testimonio de sólo un cronista que se dedicaba a elogiar al marqués, a veces de una manera descarada. Pero el caso es que este anónimo no era de ninguna manera el único que identificaba al marqués como el segundo Cid.

Diego de Valera, por ejemplo, escribió lo siguiente en una carta que envió al marqués después de la toma de Alhama: «Pues de vos, Señor, ¿qué se espera salvo que seréis otro Cid en nuestros tiempos nacidos?»<sup>17</sup>. Más tarde el cronista y cura de Los Palacios, Bernáldez, nos dice que Isabel la Católica y las damas de la Corte se daban cuenta de que Rodrigo Ponce de León era el «Cid Ruy Díaz en su tienpo»<sup>18</sup>. Y hasta el poeta aragonés Pedro Marcuello, sobrino

---

<sup>12</sup> *Poema de Mio Cid*, ed. Colin Smith, Oxford, 1972, p. 9.

<sup>13</sup> *Hechos del Marqués de Cádiz*, p. 151.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 242.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 207.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>17</sup> *Prosistas castellanos del siglo XV*, ed. D. Mario Penna, B.A.E., vol. 116, Madrid, 1959, pp. 22-23.

<sup>18</sup> Andrés BERNÁLDEZ, *Memorial del reinado de los Reyes Católicos*, ed. M. Gómez Moreno y Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1962, p. 238.

del camarero mayor de Fernando el Católico, se dirigía a la Virgen con las palabras siguientes:

*Que bien es merecedora [la marquesa],  
con el marqués tu afectado  
quel tu servicio memora  
y en la sancta guerra ahora  
es al buen Cid comparado;  
pues tal guerra ha principiado  
y los Reyes puesto el sello*<sup>19</sup>.

Ahora bien, ¿cuáles eran los elementos en el modelo de comportamiento del marqués que persuadieron a la gente de la época a identificarle como el segundo Cid Ruy Díaz? En primer lugar y sin duda, el elemento más importante era la manera en que el marqués se dedicaba a la guerra contra los moros y a la conquista de Granada. Para él la tarea de la reconquista era una «santa empresa» y una «tan santa romería»<sup>20</sup>. Y de hecho era el marqués quien inició la guerra para una conquista total de Granada. La relación más detallada de la conquista la debemos al cronista Fernando del Pulgar; en su crónica Pulgar enfatizaba el papel primordial de los Reyes Católicos desde el primer momento. Pero en realidad la verdad era diferente. Era el marqués quien al principio tomó Alhama de los moros y a raíz de esta hazaña los Reyes Católicos no tenían más remedio que ayudar a este segundo Cid. Más tarde, en 1488, cuando los Reyes Católicos no querían hacer la guerra por aquel año a causa de la peste en Andalucía como por los negocios que tenían con el rey de Francia sobre Perpiñán:

«...el marqués escribió luego a sus altezas, pidiéndoles por merced y besando las manos a sus altezas, que por ningunos negocios esta santa guerra contra los moros, enemigos de la Santa Fé no se excusase de hacer, pues que Dios en ello tanto era servido; y que crela, poniéndose en obra, luego la peste cesaría, y no se haciendo, se acrecentaría».

Y luego añadió que esta «tan santa romería era su gloria y descanso»<sup>21</sup>.

Vamos a ver ahora lo que dice Bernáldez cuando narra la muerte del marqués en Sevilla en 1492:

«Este fue el cavallero que más trabajó, de los grandes de Castilla, en la guerra, e desque Alhama tomó non ovo entrada que el rey fiziese que él no fuese en ella en todos los diez años que duró la conquista del reino de Granada. El fizo el comienzo e vido el fin, e ovo su parte de la gloria e victoria; que él fue presente en la entrega de Granada, que fué el sello de la conquista; e assí como fue onrrado en la vida e amado de los esforçados, así fué muy onrrado en su muerte... Acompañaronlo... de su casa fasta la sepultura diez vanderas, que por sus fuerças e guerras que fizo a los moros, *antes que el rey don Fernando començasse la con-*

<sup>19</sup> Pedro MARCUELLO, *Cancionero*, ed. José Manuel Bleuca, Zaragoza, 1987, p. 198.

<sup>20</sup> *Hechos del Marqués de Cádiz*, pp. 267, 294.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 294.

*quista de Granada*, les ganó; las cuales, en testimonio, allí ivan cerca dél, e las pusieron sobre su tumba, donde agora están, sustentando la fama deste buen cavallero, la cual non puede morir e es inmortal, assí como el ánima; e quedaron allí en memoria»<sup>22</sup>.

No cabe duda que el marqués murió providencialmente: había comenzado la guerra y no murió hasta que presencié la entrega de Granada a los cristianos. En esto y normalmente en los hechos de todos los héroes épicos, de alguna manera se veía la grandeza y la intervención de Dios. En el *Poema* el ángel Gabriel le viene al Cid en visión y en la *Primera Crónica General* «San Pedro vino en visión al Cid Ruy Díaz et le dixo quando avie a finar»<sup>23</sup>. Siglos más tarde es naturalmente la Virgen quien se aparece al marqués y le ayuda. Al fin y al cabo el marqués no sólo era muy devoto de la Virgen sino que era literalmente «el que en buen ora nació» porque nació «en día muy señalado y bien aventurado y de gran gozo y alegría, que fue día de la Concepción de Nuestra Señora la Virgen María»<sup>24</sup>.

Así que antes de la primera batalla que hubo con los moros, le apareció la Virgen:

«...le apareció Nuestra Señora la Virgen María visiblemente, e le dijo: “¡Oh buen cavallero, devoto mío, sepas por cierto, que mi amado Jesucristo e yo, habemos rescebido tu oración, y por ser fecha tan continua y con tan limpio deseo de corazón, te otorgamos que en todas cuantas batallas de moros te fallares, serás vencedor”»<sup>25</sup>.

Más tarde, durante la expedición contra Alhama, la Virgen de nuevo le apareció y le habló de una manera que hacen recordar las palabras de Pelayo en Covadonga:

«...le apareció otra vez Nuestra Señora, la Madre de Dios, y le dijo: “¡Oh caballero tan devoto mío! Sepas que porqué tus deseos son muy agradables al servicio de mi amado fiijo Jesucristo e mío, tú irás seguro en paz y tomarás aquella ciudad [de Alhama], é la sosternás y defenderás, y ésta será cuchillo y el comienzo de toda la destrucción del reyno de Granada y de toda la morería del mundo; e la mezquita de los moros farás luego iglesia; y poner le has el mi nombre. Y sepas que tú saldrás de ella con gran victoria, y a la mayor priesa yo seré contigo”»<sup>26</sup>.

Es hora ya de ponderar las relaciones entre el señor, o el rey y el vasallo. En primer lugar tenemos los encuentros entre los dos. En el *Poema* me parece que estos encuentros son fuertemente rituales. Alfonso VI, por ejemplo, llega al sitio del encuentro un día antes; cuando se acerca el Cid el rey sale a recibirle con muestras de gran honor; el Cid, llorando, se pone de rodillas; el rey

<sup>22</sup> BERNÁLDEZ, *Memorial del reinado de los Reyes Católicos*, pp. 236-238.

<sup>23</sup> *Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1955, vol. I, p. 633.

<sup>24</sup> *Hechos del Marqués de Cádiz*, p. 161.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 162.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 200.

insiste en que el Cid tiene que levantarse y que no le bese los pies sino las manos solamente. Más tarde, cuando el Cid acude a la Corte de Toledo, el rey de nuevo sale a recibirle; el Cid de nuevo quiere humillarse, el rey no le deja y luego insiste que el Cid se siente en el escaño a su lado, seguramente a la derecha<sup>27</sup>. El marqués de Cádiz por su parte acude a Sevilla a ver a los Reyes Católicos; después de hablar largamente con ellos hasta las dos de la mañana, se levanta, se pone de rodillas y besa las manos de los reyes; los reyes salen con él «mucho contra la voluntad del marqués, que no pudo más acabar con sus altezas»; les besa las manos de nuevo, los reyes le levantan y se marcha. Después de la toma de Alhama el marqués se dirige en 1481 a la Rambla a ver al rey; Fernando el Católico sale a recibirle «e fizo al marqués señaladamente muy grande honrra, porfiando con él de le non dar la mano, e púsole a la su mano derecha... e dixo: “¡Oh bendito sea Dios Nuestro Señor, que en mi tiempo quiso que oviese un conde Fernand González e un Cid Ruy Díaz!”». En Cartama el marqués besa las manos del rey y «el rey lo levantó e lo mandó posar muy cerca de sí; la cual honrra ningún grande de sus reynos en sus tiempos rescibió»<sup>28</sup>. En Córdoba, en 1487:

«...el marques de Cádiz descabalgó y subió a facer reverencia a los reyes; y sus altezas se levantaron a él, y el marqués, puestas las rodillas en tierra, les besó las manos; y sus altezas le quisieron levantar, y nunca lo pudieron con él acabar, antes el marqués suplicando a sus altezas se asentasen en su estrado real, que de otra manera non se levantaría. E los reyes asentados, el marqués se levantó, y sus altezas le mandaron poner una rica silla cerca de sí, así por el grandísimo amor que le tenían, como por sus grandes y leales servicios...»<sup>29</sup>.

En 1488 los reyes reciben cartas del marqués con muy grande placer y alegría, «y con gran gozo, los ojos llenos de agua, dixeron ante todos los grandes de su Corte: “Nos bien creído tenemos que todos los Emperadores y reyes cristianos no alcanzan más bien andante caballero que nos tenemos en el marqués de Cádiz...”»<sup>30</sup>.

Total que al encontrarse los Reyes Católicos de hecho trataban al marqués como si en realidad fuera el segundo Cid Ruy Díaz, incluso hasta mandando que su silla o escaño «fuese puesta junta con la de los reyes»<sup>31</sup>.

En segundo lugar el mejoramiento de las relaciones entre el Cid y Alfonso VI es en parte medido en el *Poema* por los regalos de caballos que el Cid envía al rey y el aumento del número de caballos — 30, 100, 200 — es al mismo tiempo una indicación también del aumento del prestigio y de los éxitos del héroe. Podemos observar el mismo proceso, aunque en menor escala, en el caso del marqués de Cádiz. En 1483, después de la toma de Sahara, por ejemplo:

«...el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de León acordó de enviar a sus altezas en presente veinte caballos enfrenados y ensillados de muy

<sup>27</sup> *Poema de Mio Cid*, pp. 63-64, 94-95.

<sup>28</sup> *Hechos del Marqués de Cádiz*, pp. 189, 207, 243.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 265.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 294.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 149.



ricos jaeces, y con ellos veinte moros que los llevasen de rienda, todos mancebos, vestidos de grana colorada, todos con sus ricos almayzares. Con los cuales envió a su sobrino Francisco de Pineda, e dióle veinte escuderos, que fuesen con él muy ataviados, e conplidamente todo lo que habían menester para sus gastos, e mandóle que besase las manos a sus altezas por él, e les dixese como él estaba á su servicio con Sahara y con todo lo otro que tenía»<sup>32</sup>.

Cuatro años más tarde, y después de haber ganado una batalla contra los moros, el marqués de nuevo regaló caballos al rey, aumentando el número de 20 a 30:

«E llegados a las tiendas del rey, como su alteza los vió y supo la verdad del marqués, fué muy grande su alegría, y echóle los brazos encima, diciéndole palabras muy hermosas y de grand honrra... Y el marqués presentó al rey treinta caballos con sus jaeces muy ricos, e toda la otra presa repartió por los caballeros...»<sup>33</sup>.

Me parece bastante obvio, pues, que el *Poema* directamente o indirectamente ofrecía un modelo de comportamiento para el marqués de Cádiz. Claro está que tal vez se podría pensar que todo esto fue la invención del cronista anónimo que redactaba las hazañas de Rodrigo Ponce de León. Pero afortunadamente lo que el anónimo afirmaba queda corroborado por otros testigos, entre ellos Diego de Valera, Bernáldez y Pedro de Marcuello. Pero es más; también podemos aceptar lo que el anónimo afirma en cuanto a que los Reyes Católicos reconocían que el marqués era el segundo Cid Ruy Díaz, porque esto también queda corroborado por Bernáldez:

«El rey e la reina, desque supieron la muerte del marqués duque de Cádiz, se retruxieron e encerraron e ovieron mucho sentimiento, e pusieron luto por él, e las damas lo lloraron muy mucho en casa del rey, que lo amavan mucho, porque las servía e dava mucho. E lo conocían de cómo recevía e aconpañava a la reina e a ellas en tierra de moros; porque llevándolo la reina e ellas cerca de sí, fazían cuenta que llevavan al Cid Ruy Díaz en su tienpo; porque los moros le temían tanto, que donde quiera que sabían que iba e conocían su vadera non esperavan ni ossavan pelear».

Afirmé al principio que en el *Poema de Mio Cid* Alfonso VI queda sometido a una especie de prueba: el Cid es un buen vasallo pero ¿es que el rey es un buen señor? Al principio no lo es pero al final logra serlo. El *Poema*, pues, también puede servir como modelo de comportamiento de los reyes, y para terminar voy a escoger dos ejemplos completamente contrapuestos: Enrique IV y Fernando el Católico.

Para el caso de Enrique IV tenemos que volver a la crónica de los *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*. Como se ha visto los profesores Lucien Clare y Michel García afirman que el *Poema de Mio Cid* también servía como modelo de comportamiento para Miguel Lucas y para el cronista, que

---

<sup>32</sup> *Ibid.* p. 234.

<sup>33</sup> *Ibid.* p. 271.

en este caso era el poeta y alcaide de Andújar, Pedro de Escavias. Ahora bien, cuando Escavias nos presenta a un Miguel Lucas que siempre permanecía fiel al rey, que era el único grande en Andalucía que sostenía Enrique IV contra su hermanastro Alfonso, que se intitulaba rey y que más o menos salvó el reino para su señor, no estaba exagerando mucho porque los hechos históricos confirman lo que él afirmaba. Pero después de tanta lealtad y después de tantos sufrimientos, ¿cómo no reaccionar contra un rey tan inútil, tan débil, y tan fácilmente manipulado por sus privados? Así que cuando, bajo la influencia del odiado Juan Pacheco, marqués de Villena, el rey pedía a Pedro de Escavias que le entregase la fortaleza de Andújar, que pertenecía a Miguel Lucas, el alcaide Pedro de Escavias supuestamente le contestó de la manera siguiente:

«Señor rey, todo lo que Vuestra Alteza dize es a mí notorio, si lícito sea llamar rey a quien por su voluntad se faze siervo. E çierto es las leyes destos reynos disponen a los reyes no se nieguen las fortaleças por los alcaydes, ni creo yo sea notado por desleal aviendo fielmente guardado esta fortaleça por el condestable, en tanto que los desleales a vos con muy grandes ynjurias vos trataban... ¡Y aquellos quereys que sean de vos señores, e asi confirmays e fazeys verdad todas las cosas que de vos se dizen, porque verdaderamente mas monstruo o bruto animal debe ser llamado que rey! ...En la memoria debiades tener el áspero y duro çerco que la çibdad de Jaén por vuestro serviçio sufrió del maestre de Calatrava don Pedro Girón, el qual así mesmo quisiera esta villa ocupar, con toda la provincia del Andalucía.

En ninguna parte desta comarca érades avido por rey, salvo en la çibdad de Jaén y en esta villa... ¿Por qué causa podéis aver por leal al maestre a quien teney por señor e obedesçeys por diversos respetos contrarios? [Y ahora refiriéndose a la Farsa de Ávila] El [marqués] e los otros de su parcialidad, yngratos a tan grandes benefiçios quantos que de vos resçibieron, más sin vergüença y temor ynjuriaron de gran fealdad de obras e palabras vuestra persona real, lo qual todo teney olvidado, e por las leyes por ellos quebrantadas e por nosotros guardadas, ¿a ellos quereys aver por leales e a nosotros por traydores?».

Según Diego de Valera: «Estas cosas oydas por el rey, con gran turbación, ninguna cosa respondió; e bueltas las riendas, salió de la villa»<sup>34</sup>. ¡Qué buen vasallo y qué mal señor!

Para Fernando el Católico tenemos que volver a los *Hechos del marqués de Cádiz*. Si para Rodrigo Ponce de León y para el cronista anonimo el Cid servía como modelo de comportamiento, no por eso dejaban de influirles otros modelos, mitos y leyendas. La Virgen dijo al marqués que la toma de Alhama sería no solamente el comienzo de toda la destrucción del reino de Granada sino de toda la morería del mundo también. Esta profecía la debemos relacionar con la leyenda apocalíptica del último emperador del mundo, que empezando con el *Apocalipsis* griego del Seudo-Methodio, escrito a finales del siglo VII, circulaba por el occidente europeo en distintas versiones. En esencia esta leyenda con-

<sup>34</sup> Diego DE VALERA, *Memonal de diversas hazañas*, pp. 207-208.

taba que en los últimos días un emperador iba a vencer a los musulmanes, conquistar Jerusalén y entregar su imperio mundial directamente a Dios en el lugar del Gólgota. Según la versión española de esta leyenda escatológica, este emperador, que desde luego sería español, era el encubierto o el murciélago<sup>35</sup>. Ahora bien, en 1486 el marqués de Cádiz, el Cid de su época, envió una carta a los grandes de Castilla en que proclamaba que Fernando el Católico era el encubierto o murciélago que iba a conquistar Granada, a vencer a todos los musulmanes del mundo, a ganar la casa santa de Jerusalén y a conquistar todo el mundo. Si Rodrigo Ponce de León era un buen vasallo, Fernando el Católico era algo más que un buen señor, era el último emperador mesiánico del mundo<sup>36</sup>.

«Y de nuevo el marqués de Cádiz no era el único que creía estas fantasías. Antes, en 1482, el mismo Pedro Marcuello ofreció a Fernando el Católico unas coplas en que afirmaba que «fállase por profecía» que el rey «conquistaría Jherusalém y Granada»<sup>37</sup> y hasta el mismo rey se dejaba engañar. Según Galíndez de Carvajal y Alonso de Santa Cruz, por ejemplo, la famosa visionaria Sor María de Santo Domingo, conocida también como la Beata del Barco de Ávila, logró convencer a Fernando el Católico «que no avía de morir hasta que ganase a Jerusalén».

Y estando su Alteza en este lugar [de Madrigalejo], se le agravó en gran manera su enfermedad, y le fué dado a entender que estava muy cercano a la muerte. Lo qual con gran dificultad pudo creer, porque en la verdad lo tentó mucho el enemigo en aquel paso, con incredulidad que le ponía de no aver de morir tan presto, para que no se confesase ni recibiese los sacramentos. A lo qual dió causa que, estando en Plasencia, uno del Concejo que venía de la Beata del Barco de Ávila le dixo que la Beata le hacía saber de parte de Dios que no avía de morir hasta que ganase a Jerusalén.

Y por esto no quería ver ni llamar a fray Tomás de Matienço, del orden de los Predicadores, su confesor; puesto que algunas veces el dicho y confesor lo procuró. Pero el Rey lo echava de sí, diciéndole que venía más con fin de negociar memoriales que no a entender en descargos de su conciencia»<sup>38</sup>.

Claro está que tanto el segundo Cid Ruy Díaz como su señor Fernando el Católico, alias el encubierto o murciélago, tenían que morir. Sin embargo, como sostenía Jorge Manrique, había «otra vida más larga de fama tan gloriosa» que los hombres podían dejar aquí en el mundo. Como decía Bernáldez después de la muerte del segundo Cid Ruy Díaz, el marqués de Cádiz, «la fama deste buen cavallero non puede morir e es inmortal, assí como el ánima»<sup>39</sup>.

---

<sup>35</sup> Ver Angus MACKAY, «Andalucía y la guerra del fin del mundo», *Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, 1988, pp. 329-342.

<sup>36</sup> *Hechos del Marqués de Cádiz*, pp. 247-251.

<sup>37</sup> Pedro MARCUELLO, *Cancionero*, p. 51.

<sup>38</sup> Lorenzo GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria*, B. A. E., vol. 70, Madrid, 1953, pp. 562-563; Alonso DE SANTA CRUZ, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. Juan de Mata Carriazo, Sevilla, 1951, II, y pp. 331-332.

<sup>39</sup> BERNÁLDEZ, *Memorial del reinado de los Reyes Católicos*, p. 238.

## SIMPOSIO INTERNACIONAL

# «EL CID EN EL VALLE DEL JALÓN»

Calatayud y Ateca. 7, 8, 9 y 10 de octubre de 1989

Dentro de la historiografía tradicional, el *Poema de Mio Cid* es una fuente excepcional para filólogos e historiadores, los cuales, cada uno en su campo, intentan analizar uno de los cantares de gesta más importantes de la literatura medieval europea.

En el poema el episodio al que se le dedica mayor número de versos es el relativo a la toma de Alcocer, siendo a la vez el que más polémica ha suscitado entre estudiosos del tema.

Recientes investigaciones, corroboradas documental y arqueológicamente, parecen demostrar que el controvertido lugar se encuentra a orillas del río Jalón, en el límite jurisdiccional de las poblaciones de Ateca y Terrer.

Ante la importancia del hallazgo el Centro de Estudios Bilbilitanos cree necesario celebrar este Simposium, intentando esclarecer, en la medida de lo posible, todo lo relacionado con el Cid y el Poema de su nombre en el valle del Jalón, que por extensión afecta a la historia cidiana en general.

### ORGANIZA

El Centro de Estudios Bilbilitanos, filial de la Institución «Fernando el Católico».

### COLABORAN

UNED y los Ayuntamientos de Ateca y Calatayud.

### COORDINADOR CIENTÍFICO

Dr. D. José Luis Corral Lafuente.

*Departamento de Historia Medieval de la Facultad  
de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza.*

### CORDINADOR TÉCNICO

Prof. D. Francisco J. Martínez García.

Centro de Estudios Bilbilitanos. Teléfono 842367.

### FECHA Y LUGAR DEL SIMPOSIUM

7, 8, 9 y 10 de octubre de 1989, en el Salón de Actos de la UNED. Avenida de San Juan el Real, núm. 3, Calatayud, y Liceo Atecaño, en Ateca.

## INSCRIPCIÓN

La cuota de inscripción es de 5.000 pesetas, con derecho a Certificado de Asistencia, recepción de las Actas una vez publicadas, almuerzo del día 10 y billete de autobús para las excursiones que se realicen.

El pago podrá efectuarse mediante giro postal dirigido al **Centro de Estudios Bilbilitanos. Plaza de Costa, 14 - 50300 CALATAYUD**; o transferencia o ingreso a la cuenta corriente núm. 2.740/93 de iberCaja; o a la libreta número 2.153/45 de la CAI.

La dicha de inscripción deberá enviarse a este Centro antes del día 30 de septiembre.

## AVANCE DEL PROGRAMA

### **Día 7 de octubre, sábado:**

**18,00 horas:** Presentación de participantes y entrega de documentación.

**23,00 horas:** Ronda aragonesa y paseo nocturno por Calatayud.

### **Día 8 de octubre, domingo:**

**10,00 horas: Calatayud y comarca en el siglo XI.**

Prof. D. Agustín Sanmiguel Mateo.

**11,00 horas: Relación histórica entre el Cid y la dinastía Hudí.**

Dr. D. Afif Turk.

**12,00 horas: Realidad y fantasía en dos gestas guerreras:  
Del Beowulf al Cantar de Mio Cid.**

Dr. D. Francisco Collado.

**13,00 horas:** Vino de honor ofrecido por el Ayuntamiento de Calatayud.

**17,00 horas: Aspectos jurídicos en el Poema de Mio Cid.**

Dr. D. Francisco López Estrada.

**18,00 horas: Método arqueológico y cantares de gesta.**

Dr. D. José Luis Corral Lafuente.

### **Día 9 de octubre, lunes:**

**9,00 horas:** Salida de los autobuses de la UNED para recorrer la Ruta del Cid por el Jalón: Ariza, Cetina, Alhama, Bubberca, Ateca, Alcocer y las excavaciones arqueológicas de El Torrecid.

**13,00 horas:** Vino de honor ofrecido por el Ayuntamiento de Ateca.

**17,00 horas: En el Liceo Atecano.**

**Excavaciones arqueológicas de El Torrecid:  
campamento base del Cid ante la toma de Alcocer.**

Prof. D. Francisco J. Martínez García.

**18,00 horas: La toma de Alcocer en su tratamiento literario.**

Dr. D. Alberto Montaner Frutos.

**19,00 horas: El Cid y los musulmanes: el sistema de parias-pagas.**

Dr. D. Mikel de Epalza.

**Día 10 de octubre, martes:**

**10,00 horas: En la UNED.**

**El problema de la historicidad del Cantar Primero, después del descubrimiento de Alcocer.**

Dr. D. Gerold Hilty.

**11,00 horas: Tierra e itinerarios del Cid en Aragón,**

Dr. D. Manuel Criado de Val.

**12,00 horas: El Cantar del Cid como modelo de comportamiento en un caso concreto del siglo XV.**

Dr. D. Angus Mackay.

**13,00 horas: Mesa redonda y conclusiones.**

**13,30 horas: Clausura.**

**14,30 horas: Almuerzo ofrecido por el Centro de Estudios Bilbilitanos.**

**17,00 horas: Visita a monumentos y museos de Calatayud y despedida.**

### PONENTES

Dr. D. **Francisco COLLADO RODRÍGUEZ**  
Prof. titular del Departamento de Filología  
Inglesa en la Universidad de Zaragoza  
Universidad de Zaragoza  
50009 ZARAGOZA

Dr. D. **José Luis CORRAL LAFUENTE**  
Prof. titular del Departamento de Historia  
Medieval en la Universidad de Zaragoza  
Universidad de Zaragoza  
50009 ZARAGOZA

Dr. D. **Manuel CRIADO DE VAL**  
Prof. e Investigador del Consejo Superior  
de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)  
José Abascal, 49, 1.º - 28003 MADRID

Dr. D. **Mikel DE EPALZA**  
Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos  
de la Universidad de Alicante  
Universidad de Alicante  
03080 ALICANTE

Dr. D. **Gerold HILTY**  
Catedrático de Literatura  
en la Universidad de Zürich  
Haldenstrasse, 9  
8942 OBERRIEDEN (Zürich)

Dr. D. **Francisco LÓPEZ ESTRADA**  
Profesor emérito en la Universidad  
Complutense de Madrid  
Dr. Federico Rubio, 57, A, 2.º izqda.  
28040 MADRID

Dr. D. **Angus MACKAY**  
Catedrático de Historia Medieval  
en la Universidad de Edimburgo  
Department of History  
William Robertson Building  
George Square  
EDIMBURGO EH8 9JY (Escocia)

Prof. D. **Francisco J. MARTÍNEZ GARCÍA**  
Director de la Escuela-Taller  
de Restauración «Las Murallas»  
de Daroca  
Plaza de España, 2 - 50200 ATECA

Prof. D. **Alberto MONTANER FRUTOS**  
Profesor del Departamento  
de Literatura de la Universidad  
de Zaragoza  
Moncasi, 11 - 50006 ZARAGOZA

Prof. D. **Agustín SANMIGUEL MATEO**  
Catedrático del Instituto Nacional  
de Bachillerato  
«Miguel Primo de Rivera» de Calatayud  
Ramón y Cajal, 3, 6.º B  
50300 CALATAYUD

Dr. D. **Afif TURK**  
Profesor de la Universidad Árabe de Beyrout  
Centro Cultural Español  
Embajada de España en Beirut  
Ministerio de Asuntos Exteriores  
Plaza de la Provincia, 1  
28012 MADRID

## INSCRIPCIONES

**ABENZA BORREGUERO, Jesús José**  
Gran Capitán, 11, 4.º dcha.  
18003 GRANADA

**ALBUIXECH SERRANO, Ana**  
Rúa Alta de Bécquer, s/n.  
50500 TARAZONA

**ÁLVARO BENEDÍ, David**  
Instituto de Bachillerato  
Poeta San Nicolás de Francia, 10  
50300 CALATAYUD

**ANDRÉS HERNÁNDEZ, Luis**  
Cortes de Aragón, 10, 3.º dcha.  
50300 CALATAYUD

**ANGOY GARCÍA, José Luis**  
Monasterio de Siresa, 31  
50002 ZARAGOZA

**ARMENTA DE MEDRANO, Justino**  
Madre Puy, 9, esc. 1.ª, 2.º A  
50300 CALATAYUD

**BAYO MATA, Fernando**  
Cortes de Aragón, 7  
50300 CALATAYUD

**BELTRÁN CARENAS, Ana Rosa**  
Justo Navarro, 3, 4.º A dcha.  
50300 CALATAYUD

**BERNAL PASCUAL, María Ángeles**  
Poeta San Nicolás de Francia, 6 B  
50300 CALATAYUD

**BLASCO MARTÍN, María**  
Ramón y Cajal, s/n.  
50200 ATECA

**BONA LÓPEZ, Javier**  
Rúa Alta de Bécquer, s/n.  
50500 TARAZONA

**BORASTEROS MARTÍNEZ, Elisa**  
José Abascal, 49, 1.º  
28003 MADRID

**CABEZAS MATEO, Teresa**  
Toledo, 9-11, 5.º dcha.  
50005 ZARAGOZA

**CAMPOS PLASENCIA, Isabel**  
General Franco, 2  
50200 ATECA

**CARRERA LACLETA, Jesús Sebastián**  
Daroca, 65-67, 4.º C  
50010 ZARAGOZA

**CASALÉ GIMÉNEZ, María Ángeles**  
Ramón y Cajal, 17  
50600 EJEJA DE LOS CABALLEROS

**CONDÓN GORMAZ, Luis Mariano**  
Mayor, s/n.  
50333 VILLALBA DEL PEREJIL

**CONDOR GÜEMES, Carmen**  
Nápoles, 188, 4.º, 1.ª esc. A  
08013 BARCELONA

**CRISTÓBAL CAMPOS, Crisógomo**  
Travesía General Franco, s/n.  
50600 ATECA

**ERRUZ BLANCAS, Susana**  
Carretera de Sagunto, 40  
50342 PARACUELLOS DE JILOCA

**FERNÁNDEZ OTAL, José Antonio**  
Juan José de Gárate, 8, 2.º A  
50007 ZARAGOZA

**FRAILE RUIZ DE OJEDA, Abilio**  
Anunciación, 1  
28009 MADRID

**FRANCIA MAMBRONA, Goya**  
Calvo Sotelo, 52  
50293 TERRER

**GARCÍA SERRANO, José Ángel**  
Rúa Alta de Bécquer, s/n.  
50500 TARAZONA

**GÜEMES ERRUZ, Montse**  
Nápoles, 188, 4.º, 1.ª esc. A  
08013 BARCELONA

**HERMOSILLA GARCÍA, María Jesús**  
Calle Mayor  
50330 MIEDES

**HERNÁNDEZ BARQUINERO, Elisa**  
Barón de Warsage, 16, 6.º C  
50300 CALATAYUD

**LAGUNAS GIMENOS, Ana**  
Barón de Warsage, 7, esc. 6, 3.º B  
50300 CALATAYUD

**LASHERAS MATUTE, Ángel**  
Rúa Alta de Bécquer, s/n.  
50500 TARAZONA

**LATORRE SÁNCHEZ, Encarnación**  
Rúa de Dato, 9  
50300 CALATAYUD

**LAVILLA MONTAÑÉS, Abelardo**  
Calvo Sotelo, 52  
50293 TERRER

**LEÓN FIDALGO, Carmen**  
Puerta Baja,  
Centro de Estudios Darocenses  
50360 DAROCA

**LLORENTE GRACIA, Ana Isabel**  
Avenida de Madrid, 269, 2.º izqda.  
50010 ZARAGOZA

**MADRID SÁNCHEZ, Leandro**  
García Vaño, 2  
30593 LA PALMA (Murcia)

**MAJARENA GONZALVO, Luis A.**  
Puerta Baja,  
Centro de Estudios Darocenses  
50360 DAROCA

**MARÍN RUBIO, Ángel Millán**  
Doctor Mariscal, s/n.  
50316 BIJUESCA

**MARRERO CABRERA, Juan Antonio**  
Goya, 41  
28001 MADRID

**MARTÍN MONGE, Jesús**  
Travesía General Franco  
50200 ATECA

**MARTÍNEZ GARCÍA, Carmen**  
Plaza de España, 2  
50200 ATECA

**MARTÍNEZ GIL, María Isabel**  
Darío Pérez, 1, 3.ª A  
50300 CALATAYUD

**MARTÍNEZ MENDIZÁBAL, Antonio**  
Riglos, 11, 2.º izqda.  
50012 ZARAGOZA

**MARTÍNEZ TORRECILLA, José Manuel**  
Rúa Alta de Bécquer, s/n.  
50500 TARAZONA

**MATEO MARTÍNEZ, Juan José**  
Cortes de Aragón, 10, 2.º dcha.  
50300 CALATAYUD

**MILLÁN GIL, Julián**  
Justo Navarro, 8, 4.º E  
50300 CALATAYUD



**MOLINA PÉREZ, Luis**  
Fresnedillas, 8  
28035 MADRID

**MONTÓN PUERTO,**  
Emilio Gimeno, 18, 1.º  
50300 CALATAYUD

**MOZO, Ricardo**  
Tenor Fleta, 81-83, 2.º C  
50008 ZARAGOZA

**MUÑOZ GUTIÉRREZ, Alfredo**  
Rúa de Dato, 9  
50300 CALATAYUD

**OMEÑACA LABARTA, Javier**  
Puerta Baja  
50360 DAROCA

**PALACIO GÓNGORA, Rosalía**  
Emilio Gimeno 4, 1.º B  
50300 CALATAYUD

**PÉREZ INOGES, María Carmen**  
Castelar, 81, 3.º B  
50013 ZARAGOZA

**PÉREZ JÚDEZ, Adolfo**  
Bodequillas, s/n.  
50200 ATECA

**PÉREZ MANUEL, María Teresa**  
Zorzano Ledesma, 36, 2.º dcha.  
50300 CALATAYUD

**PÉTRIZ ASO, Ana Isabel**  
Ramón y Cajal, 3, 6.º B  
50300 CALATAYUD

**RINCÓN BARRANCO, Enrique**  
Madre Rafols, 5  
50300 CALATAYUD

**RODRIGO ESTEVAN, María Luz**  
Puerta Baja  
Centro de Estudios Darocenses  
50360 DAROCA

**ROMERO GASPAR, José Miguel**  
U.N.E.D.  
San Juan el Real, 3  
50300 CALATAYUD

**ROY MARTÍNEZ, Jesús María**  
Barón de Warsage, 16, 1.º D  
50300 CALATAYUD

**SÁENZ MÚJICA, Joaquín**  
Pablo Iglesias, 12, 4.º B  
50015 ZARAGOZA

**SÁNCHEZ PORTERO, Antonio**  
Cuesta de Santa Ana, 3  
50300 CALATAYUD

**SARMIENTO LANUZA, Andrés**  
Mundillo, s/n.  
50200 ATECA

**SARMIENTO LANUZA, Francisco**  
Mundillo, s/n.  
50200 ATECA

**SEGURA MARTÍNEZ, Mar**  
Cecilio Navarro, 4, 11.º D  
50014 ZARAGOZA

**SIMORTE ALEGRE, Francisco**  
Capitán Pina, 29, 2.º  
50010 ZARAGOZA

**SOLA GARRIDO, Luis**  
Cervantes, 25-27, 3.º izqda.  
50006 ZARAGOZA

**SOLER I BALAGUERO, María**  
Rambla de Ferrán, 17  
25007 LÉRIDA

**VERÓN GORMAZ, José**  
Bermúdez, 2  
50300 CALATAYUD

**YAGÜE GIRLES, Ángel**  
Instituto de Bachillerato  
Poeta San Nicolás de Francia, 10  
50300 CALATAYUD

## ÍNDICE

<i>Presentación</i> .....	4
Agustín SANMIGUEL MATEO, <i>Calatayud y su comarca en el siglo XI</i> .....	6
Afif TURK, <i>Relación histórica entre el Cid y la dinastía Hūdī</i> .....	22
José Luis CORRAL LAFUENTE, <i>Método arqueológico y cantares de gesta</i>	31
Francisco J. MARTÍNEZ GARCÍA, <i>El Otero del Cid o Cerro Torrecid: enclave militar del Campeador en el Valle del Jalón</i> .....	47
Gerold HILTY, <i>El problema de la historicidad del Cantar Primero después del descubrimiento de Alcocer</i> .....	94
Mikel de EPALZA, <i>El Cid y los musulmanes: el sistema de Parias-Pagas, la colaboración de Aben Galbón, el título de Cid-León, la posadita fortificada de Alcocer</i> .....	103
Manuel CRIADO DE VAL, <i>Tierra e itinerario del Cid en Aragón</i> .....	122
Alberto MONTANER FRUTOS, <i>La toma de Alcocer en su tratamiento literario: un episodio del Cantar del Cid</i> .....	132
Francisco LÓPEZ ESTRADA, <i>El poema del Cid considerado desde la perspectiva literaria de las Partidas de Alfonso el Sabio</i> .....	164
Francisco COLLADO RODRÍGUEZ, <i>Realidad y fantasía en dos gestas medievales: del Beowulf al poema del Mio Cid</i> .....	180
Angus MACKAY, <i>Un Cid Ruy Díaz en el siglo XV: Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz</i> .....	192
<i>Programa y participantes</i> .....	203